



# Capricho

ALMUDENA DE  
ARTEAGA

Lectulandia

Goya, el más fiel cronista de su tiempo, cede a los apasionados caprichos de tres de sus musas sin medir las consecuencias que estos desatinos le pueden deparar. La condesa-duquesa de Benavente, la duquesa de Alba y la condesa de Chinchón, como el reflejo de la sabiduría, la seducción y la dulzura, tres de los atributos que el pintor más admira en la mujer, resucitan en esta novela para guiar al lector por el languidecer del siglo XVIII y el convulso nacimiento del XIX. Bajo su mecenazgo paseará por los teatros, plazas, conventos y palacios para profundizar en aquella acomodaticia sociedad que, rendida al divertimento y la desidia, a punto estará de perderlo todo a manos de los invasores napoleónicos.

Ésta es una historia de caprichos: los de la narradora de la historia, duquesa de Osuna, en su Palacio del Capricho, los de Goya con sus obras, los de la sociedad con su vida entregada a la vida ociosa y los de Godoy con su obsesión por dos sugerentes obras pintadas por Goya, que está dispuesto a encontrar cueste lo que cueste y que se convierten en el eje principal de la trama. En torno a la búsqueda de estos dos cuadros, asistiremos a una historia de robos y asesinatos con la sombra de la Inquisición cerniéndose sobre los protagonistas.

**Lectulandia**

Almudena de Arteaga

# **Capricho**

**ePub r1.0**

**Samarcanda** 14.02.14

Título original: *Capricho*  
Almudena de Arteaga, 2012

Editor digital: Samarcanda  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi marido,  
José Ramón Fernández de Mesa

*Para ocupar la imaginación mortificada en la consideración de mis males, y para resarcir en parte los grandes dispendios que me han ocasionado, me dediqué a pintar un juego de cuadros de gabinete en que he logrado hacer observaciones a que regularmente no dan lugar las obras encargadas y en los que el capricho y la invención no tienen ensanches.*

*Carta de Goya a Bernardo de Iriarte*

En los albores de esta historia, España languidecía abandonada al más acomodaticio libertinaje. Por sus villas, pueblos y campos vagaban hordas de hombres y mujeres que, esposados a sus pasiones, se resistían a dar la bienvenida a la nueva centuria sin antes haber devorado las últimas migajas de un extinto siglo XVIII.

La inmensa mayoría hacía oídos sordos a todo lo que pudiese alterar su bienestar. Parapetados tras un perfumado biombo de divertimentos, disfrazaban el nauseabundo tufo del incipiente declive, de las famélicas cosechas y de un batiburrillo de confusos ideales ilustrados que pocos alcanzaban a entender. Con una parsimonia asombrosa, casi todos degustaban el cocido de oscuros vaticinios con que los catastrofistas amenazaban los tiempos venideros.

Al otro lado del bastidor, las corridas de toros, los conciertos y las representaciones teatrales abonaban el baldío terreno y permitían el florecimiento de grandes artistas.

De entre todos estos amantes del arte había uno en particular que destacaba especialmente: don Francisco de Goya y Lucientes, un pintor que se convertiría en el más fiel cronista de su tiempo y que quiso convertir en musas de su inspiración a tres mujeres de lo más dispares.

Los retratos de la condesa-duquesa de Benavente, la duquesa de Alba y la condesa de Chinchón le servirían para reflejar la sabiduría, la seducción y la dulzura, los tres atributos que más admiraba de la feminidad.

En contraposición a éstas, y casi siempre por encargo y obligación, tendría que plasmar a otros personajes nada santos de su devoción. Patéticos títeres que bailaban al son de un solo impulso, el de vanagloriarse sin preocuparse demasiado de la salvación de sus almas.

Tropeles que seducidos por sus caprichos delinquían sin pudor contra todo lo que hasta entonces se consideraba sagrado, petimetres que aireaban desvergonzadamente

la batuta de sus antojos frente a una apurada orquesta dispuesta a tocar la más vanidosa de las melodías.

Era un juego peligroso que el sabio destino se encargaría de depurar y al que tanto él, mi fiel amigo, como yo misma, pese a las inmensas vicisitudes, los sinsabores y los violentos golpes que la vida no dudaría en depararnos, finalmente terminaríamos por sobreponernos. Pese a todo, conseguimos sobrevivir y, a nuestra manera, triunfar.

Porque así como Goya sigue vivo a través de sus obras y de los ojos de quienes las contemplan, también yo, María Josefa Alonso-Pimentel de la Soledad y Téllez-Girón, condesa-duquesa de Benavente y duquesa de Osuna, una de esas tres damas nobles a las que el maestro inmortalizó, sigo viva y floreciente pese al paso del tiempo y de la historia.

Otras damas de belleza inmemorial, como Cayetana, duquesa de Alba, tan deseada y tantas veces por él retratada, se marchitaron hace centenares de años. Su belleza, su legendaria capacidad de seducción, que tan bien él se encargó de representar, se han perdido, y sólo quedan las coplas que la recuerdan, los misterios que rodean su nombre, sus amoríos, su herencia y la lápida que esconde su piel ajada ya convertida en cenizas.

De algunas otras, como de la condesa de Chinchón, que el sabio pintor quiso representar colmada de dulzura e inocencia, ni siquiera un recuerdo amable persiste. Una densa capa de olvido la cubre, y su nombre y su imagen sólo son capaces de convocar un sentimiento de enorme compasión al conocer la historia de su triste matrimonio y contemplar su retrato, cargado de ingenuidad y funestos vaticinios.

Ellas están muertas, es cierto. En cambio, yo permanezco. Yo sigo viva y florezco cada primavera, siento el caminar de los paseantes que recorren mi Capricho, me llega el perfume de las lilas que ordené plantar y el murmullo del agua en los estanques que mandé construir. Yo, que fui mecenas de tantos artistas, que ideé un lugar mágico y eterno donde la única premisa fuera el solaz, florezco cada primavera y me mezo en mi descanso arrullada por las hojas de los árboles que pueblan el lugar de mi sosiego, mi parque, mi hogar. Y sigo aquí, viva a través de su vida, presente gracias a las obras de aquellos a quienes ayudé, como las de Goya, también vivas, que dan cuenta de quién fui y hacen hablar a mis ojos a través de los que él me pintó para contar que amé y luché; tuve hijos y fui querida, envidiada y vilipendiada; estudié, disfruté y leí; sufrí una revolución y la caída de mis reyes; hubo quienes me tomaron por traidora a mis soberanos y otros por defensora de mi país; asistí a la creación de una España libre del invasor; presencié motines y asesinatos; viajé, luché, creí... y viví.

Yo, como Goya, sigo viva, y ésta es mi historia.

*Haciendo de andante caballero,  
te ciñes el botín, riges la brida,  
y al bruto dócil oprimiendo el lomo,  
sin ser vista ni oída,  
ya estás en la Alameda,  
llevando al gran Olmeda  
por tu caballero, mayordomo,  
bastonero, trinchante,  
escudero y perpetuo acompañante.*

Versos de Tomás de Iriarte para la  
condesa-duquesa de Benavente

## 1796

Aun consciente de todo lo que Dios me ha otorgado, nunca he disfrutado de un momento de sosiego. Y tampoco lo hacía aquel día. ¿Desagradecida?, ¿inconformista hasta la médula? Nunca lo he sabido ni creo que llegue nunca a averiguarlo, a pesar de la vida tan opulenta que me ha tocado en gracia.

Pasados los cuarenta, sabía que todo lo que poseía era mucho, mucho más de lo que probablemente hubiese merecido, pero el destino me quiso como la única heredera de las grandezas de mis antepasados y eso ya nunca cambiaría. Habría sido una estúpida si hubiera renegado de mi suerte.

Yo no había hecho nada extraordinario para merecerlo, excepto crecer en el útero de mi madre, sobrevivir al parto y superar la niñez sin que me masacrara alguno de los males que a tantos pequeños mataban en aquellos tiempos.

En mi reducido entorno, la mayoría de las señoras pasaban alegremente por la vida disfrutando de todos y cada uno de los placeres que aquélla les otorgaba. No demostraban más inquietudes que las de danzar, engalanarse o reírse incluso de sí mismas. Sumidas en ese tedioso transitar desperdiciaban el tiempo en las perjudiciales apatías a que el aburrimiento conduce, pero aquello era algo con lo que yo no comulgaba.

Tenía cuarenta y cuatro años, cinco hijos, uno más en mi vientre y un matrimonio feliz con un hombre al que amaba y respetaba. Era, según se decía, una de las mujeres más poderosas del Madrid de mi tiempo, y me había granjeado el afecto y aprecio de grandes e ilustres hombres dedicados a las letras, a la pintura, a la música... Lo tenía

todo para ser feliz y sentirme plena y, sin embargo, nunca terminaba de hallarme satisfecha, jamás creía que no tuviera nada que hacer ni conseguir. Mi mente siempre estaba bullendo en busca de nuevos planes y quehaceres, y aquel día no podía ser una excepción.

Descorrí, como solía hacer con frecuencia, los cortinajes de la ventana que daban a la Cuesta de la Vega para observar el frenético bullir de la calleja. Como un volcán en erupción, cada mañana la Puerta de la Vega se abría a muchedumbres que accedían a Madrid desde los arrabales del campo del Moro y las riberas del río Manzanares.

Unos iban en dirección a los mercados para comprar o vender sus mercancías, y otros caminaban dispuestos a trabajar en sus talleres de artesanos. Aquella entrada, que durante siglos había estado fuertemente custodiada, por ser la más antigua y vulnerable de la metrópoli, ahora jamás cerraba sus rejas. Todo el que a la villa y corte quisiese venir la cruzaba sin necesidad de salvoconductos ni explicaciones.

En lo más alto de su arcada central, metida en una hornacina, la talla de Nuestra Señora de la Almudena, aquella morena virgen que según la leyenda salvaron los cristianos de manos de los musulmanes escondiéndola entre los sillares de la antigua muralla, vigilaba junto a esta su servidora el frenético transitar de cientos de almas.

Sólo unas pocas bajaban a contramano. Eran las humildes lavanderas que, habiendo entrado al amanecer desde más allá del puente de Segovia, ya habían recogido sus encargos. Con los cestos repletos de ropa sucia sobre la cabeza y armadas con cuarterones de jabón que habían hecho ellas mismas con el aceite pasado que les donaban los mesones, bajaban al lavadero que Juan de Villanueva les había construido en la orilla oriental del río por orden del padre del rey. Allí cada día, y sin dejar uno solo al descanso, cuajadas de sabañones se arrodillaban dispuestas una vez más a desollarse los nudillos.

Frota que te frota la colada, las desriñonadas solían huir de la compasión ajena entonando alegres canciones que, además de disipar sus miserias, amenizaban a los que chapoteaban en los cercanos baños públicos, y es que pocos oficios podían calificarse de más ingratos que aquél.

Observando a estas y otras gentes no podía dejar de pensar en cómo hubiera sido mi vida si en vez de nacer en una cuna cuajada de puntillas lo hubiese hecho, como ellas, en un mísero jergón de paja y heno. Intentaba imaginarme vestida con los andrajos de aquellas mujeres. La mayoría eran lidiadoras de la vida. Provenían de las aldeas circundantes y a diario recorrían varias leguas para dirigir sus pasos hacia la plaza del mercado. Lejos de despreciarlas, como la mayoría de los privilegiados de mi entorno, las admiraba por su entereza y su fuerza.

Allí estaban. Las más afortunadas portaban un gran cesto de huevos, pan recién horneado, verduras, cántaros de leche o jaulas de aves para vender. Las menos,

cualquier baratilla sisada de sabía Dios dónde para procurar un digno trueque. Un mendrugo o un pedazo de mojama bastaban para llenar los quejumbrosos buches de las criaturas que a modo de fardo llevaban envueltas en una pañoleta anudada a la espalda y que sus desecados pechos ya no podían amamantar.

Para ellas, probablemente el arte no tenía otro significado que la demostración altanera del boato en los pórticos de las catedrales, en las pinturas y esculturas sacras de los altares o en el relumbrón enjaezado de nuestros carruajes. Pero ¿y si ellas hubiesen tenido, como yo tuve, la posibilidad de aprender a apreciar esa belleza? ¿Y si no tuviesen que levantarse cada mañana con el único propósito de sobrevivir y sin tiempo para nada más antes del anochecer? Quizá existiese alguna que estuviera tocada por el don de la sabiduría. Si fuese así, la susodicha jamás lo sabría. Claro que tampoco lo lamentaría. ¡Qué desperdicio! ¡Bendita ignorancia que impide echar de menos lo desconocido!

Al contrario que ellas, y puede que para mi desgracia, a mí me ocurría que, cuanto más sabía de algo, más sed de profundizar en ello se me abría. Necesitaba continuamente ampliar horizontes, instruirme, discernir sobre lo aprendido e incluso encontrar a alguien digno para rebatirlo. Aún quedaban en el mundo muchas cosas por mejorar y yo no era mujer dada a quedarme de brazos cruzados.

¿Utopía? Puede que sí. Era probable que aquella obra de santo Tomás Moro que había leído apenas cumplidos los quince años fuera lo que estimuló mis hasta entonces anquilosados pensamientos de rica heredera consentida y mimada. Pero esa lectura me cambió y, después de ella, otra decena de libros de muy diferente índole comenzaron a hacerme pensar y me impulsaron a dar una y mil vueltas a las nimiedades y a otros muchos aspectos más trascendentales de la vida. Aprendí a buscar respuestas lógicas y, probablemente a raíz de eso, aprendí también a respetar a todos los librepensadores, científicos y filósofos, compartiesen o no mi ideología, moral o religión.

Ahora, tantos años y volúmenes después, seguía impenitentemente fiel a mi afición por la lectura. De las obras recientemente prohibidas por la Santa Inquisición, las de Rousseau y Voltaire fueron las que más me influyeron, hasta el punto de que sus parámetros y fundamentos me guiaron a la hora de educar a mis hijos según algunos de sus dictámenes. Debió de ser por aquel entonces, recordé sin dejar de mirar por la ventana, cuando decidí hacer algo más para ayudar a todo aquel que me necesitase.

Me vino a la memoria cómo había tomado aquella decisión: si era cierto que los nobles de Madrid dábamos trabajo a una tercera parte de las gentes que a la capital se allegaban, pensé, yo además podría dar mecenazgo a los tocados por las gracias y las musas que, por falta de peculio, no podían dedicarse por entero a ellas. Como los

Médicis en su tiempo, yo me propuse ayudar a todo aquel artista, ya fuera poeta, dramaturgo, pintor o músico, que según mi juicio lo mereciese. A todos los sabios que lejos de aspavientos innecesarios luchaban por reflejar sus barruntos, alegrías y padecimientos sin necesidad de llorar, carcajearse o gritar. A los anónimos genios, que a partir de entonces sólo sudarían por el esfuerzo que sus mentes les demandasen.

Sí, y para que mis propósitos llegaran a buen puerto utilizaría en nuestro beneficio la estupidez de los cortos de sesera, envidiosos de mis posesiones y abultados bolsillos. Para tentarlos bastaría con invitarlos a disfrutar de mis últimas adquisiciones y presentarles a sus artífices. Estaba segura de que ellos, sólo por imitarme, pronto estarían dispuestos a prestar su apoyo, al igual que yo hacía, a cualquier artista digno de mi admiración y en la forma que yo les aconsejase.

Mi plan, al menos ahora así lo recordaba, me parecía perfecto. Sería, o al menos así lo deseé, una manera de limar por fin los grilletes que me tenían encadenada a esa desesperanzadora frontera que mis ojos veían con tanta claridad: la que separaba a los poderosos de los necesitados. Mi propuesta abriría una brecha, pequeña pero firme, en la infranqueable muralla que separaba a las hormigas trabajadoras de las holgazanas. Sería un sutil pasadizo que permitiría a las primeras colarse en el mundo de las segundas.

Calle arriba resonaron los cascos de varios caballos que iban a galope y me sacaron de mis pensamientos y recuerdos. Presté atención y divisé a los guardias de corps de la cabecera, que, encargados de prevenir a los transeúntes para que ningún caballo los arrollara, no sabían hacerlo de otra manera que gritando:

—¡Haceos a un lado! ¡Dejad paso!

Tan poco tiempo tuvieron de reaccionar los viandantes que más de uno optó por empotrarse en la pared para que no lo cocearan. De seguir así acabarían matando a alguien, y, sin embargo, el hombre a quien escoltaban, en vez de mandar a sus guardias que amansaran el paso, espoleaba aún más a su corcel. No me hizo falta fijarme en el jovencísimo jinete para saber que se trataba de Manuel Godoy. Sí, por supuesto que se trataba de él. Hacía dos días que los reyes habían llegado desde Aranjuez y con ellos tenía que venir, como era habitual, su inseparable sombra, ese advenedizo que tan rápido había ascendido en la corte.

Manuel, a quien yo, y no por mi gusto, tan bien conocía, era un hombre de rutinas arraigadas que siempre que paraba en la villa y corte repetía ruta: salía de palacio para recorrer las callejas de la Cava Alta de ida y la Baja de vuelta cruzando la plaza Mayor, de la cual salía por el arco de Cuchilleros para ir a parar en la hostería de Botín, donde invariablemente le esperaba una jarra de chocolate caliente con buñuelos. Bien lleno el buche, solía montar de nuevo para bajar por la Cuesta de la

Vega, bajo mis ventanas, hacia las oreadas riberas del Manzanares. Él decía que aquel paseo le servía para hacer ejercicio antes de comenzar a despachar con los reyes, pero todos los que le conocíamos sabíamos que probablemente fuese otro de sus ardidés para hacerse notar. «Aquí estoy yo», parecía decir con cada uno de sus gestos, dispuesto a satisfacer todos y cada uno de los deseos de sus majestades los reyes y a comerse el mundo mientras tanto.

A medida que se acercaba a todo galope estudié con detenimiento su rostro: su mirada altiva y despótica asustaba. ¡Y pensar que hacía muy poco el primer secretario era tan sólo un simple guardia de corps tan importante como los hombres que ahora lo custodiaban, o incluso menos que ellos! ¿Con qué levadura se había rociado aquel jovencito que unos cuantos meses atrás había alcanzado la treintena para esponjarse de semejante manera? ¿Cómo podía estar tan seguro de sí mismo?

Como una exhalación, Godoy desapareció calle abajo dejándome sumida en las reflexiones que su visión me había suscitado. Tan pensativa estaba, con la mirada extraviada en la lejanía en que él se perdía, que no estuve atenta al revuelo que se acababa de provocar frente a mi casa.

De pronto tomé conciencia de los gritos y las exclamaciones alteradas que se producían bajo mi ventana y, abriéndola, salí al balcón y me asomé a tiempo de ver cómo una mujer yacía tumbada en el suelo junto al carro de abastos que a diario salía para surtirnos. Aquel día debió de hacerlo con demasiada prisa y sin mirar, pues la había atropellado.

El cochero ya había saltado del pescante para socorrerla y con mucho cuidado, y adelantándose al curioso observar de la muchedumbre, la ayudó a levantarse, si bien la arrollada, aún tambaleante, se soltó del apoyo de su brazo con rapidez, más preocupada por sus bienes que por su salud, en un frustrado amago de rescatar todo lo que de su cesto había quedado esparcido por los suelos. No lo logró. Ante sus incrédulos ojos, media docena de sombreros, plumas, hebillas y las vistosas cintas que antes llevaba, probablemente con objeto de venderlas, desaparecían como por arte de magia. ¿Qué invisibles zarpas eran las ladronas? Era imposible averiguarlo entre el gentío. Compadecida por la suerte de la muchacha y apenada por lo sucedido, pues en cierto modo me sentía responsable al saber que el causante de aquel atropello era un hombre que estaba a mi servicio, grité sobre sus cabezas para hacerme oír:

—¡Antonio! —pedí a nuestro cochero—, ¡decidle a la moza que me hago cargo del expolio! ¡Sacadla inmediatamente de ahí y metedla adentro para curarla!

En aquel momento, la joven alzó la mirada y advertí que la brecha de su frente sangraba a borbotones. Con los ojos vidriosos me dedicó un gesto desmayado de agradecimiento antes de dejarse guiar al interior de mi casa.

Cuando bajé al comedor de servicio para constatar cómo estaba, pude comprobar que, tal y como me había parecido desde el balcón, aquella joven era, sin llegar a ser bella en el pleno sentido de la palabra, delicada de movimientos y de porte elegante. Por su vestimenta se hubiera dicho que procedía de una familia moderadamente acaudalada. Bajo la capota y a la altura de la nuca le asomaba un moño de castaña. La horquilla de carey con forma de mariposa que lo sujetaba resaltaba sobre el rubio de su melena. Moderna forma de peinarse comparada con la redecilla que sujetaba las coletas de las manoleteras de su alrededor, me dije. A falta de corpiño, llevaba un vestido de un tono albero descolorido y demasiado recatado para su edad. Mientras me acercaba vi que, agarrándose una esquina del mandil, se apretaba con él la hemorragia. Pensé que podría ser francesa y no tardé en corroborar mi suposición.

Cuando todos se dieron cuenta de que yo había llegado, rápidamente se levantaron. Pero ella, débil y probablemente todavía asustada, no tardó en volver a sentarse en el banal del comedor de servicio, para seguir soportando pacientemente la verborrea de la cocinera a la espera de que don Hilario Torres, el médico de la familia, la asistiese. Las excusas que el cochero me dirigió rompieron el momentáneo silencio:

—Señora, os juro que no la vi. Con tanto gentío es difícil salir del zaguán, y la atropellé...

Le hice un gesto sereno para que se calmara, pues lo había presenciado todo y sabía que aquél no había sido más que un lance desafortunado del que él no tenía mayor culpa, y, sentándome al lado de la muchacha, le aparté con cariño el arrebujado mandil para comprobar la profundidad de la herida.

—El cirujano está de camino —la tranquilicé—. No se preocupe ni por esto ni por lo que le robaron, porque todo se le restituirá. ¿Cuál es su nombre?, ¿a qué se dedica?

Con timidez me contestó:

—Me llamo Michelle Brayé. Soy peluquera y sombrerera.

Había estado en lo cierto, su marcado acento francés no dejaba lugar a más dudas. No sé si fue por mis pensamientos de hacía unos momentos o porque la intuición me decía que aquella joven merecía ser una de mis protegidas, pero las palabras manaron de mi boca sin pensarlo dos veces:

—Michelle, me encantaría ver lo que hace. Si todo tiene la distinción de esa mariposa que lleva en el moño, sin duda merecerá la pena. ¿Querría aceptar un encargo? Si me agrada, quién sabe, quizá pueda llegar a formar parte del servicio de esta casa.

Ruborizada, ella asintió.

—¿Lo ve, criatura? No hay mal que por bien no venga —la consolé—. Anítese, que el médico está por llegar.

—En efecto, excelencia, aquí estoy.

La voz del cirujano resonó a mi espalda y me vi obligada a interrumpir mi conversación para dejarle mi lugar. Con los anteojos sobre la punta de la nariz le tiró del pellejo de la ceja antes de dictaminar con despreocupación:

—Dos puntos y listo.

Cuando vi que el doctor comenzaba a enhebrar una aguja curva de su instrumental decidí marcharme. No deseaba por nada del mundo presenciar aquel grimoso zurcido. Sin embargo, antes me despedí de la sombrerera:

—Michelle, mañana la espero. El mismo Antonio, una vez que esté curada, la llevará al mercado para que compre todo lo que sea menester. Ascargorta, mi contable, le dará dinero para los gastos.

Dejé al cirujano desinfectando la aguja con la llama de una vela para regresar a mis aposentos, tranquila por haber cumplido con los dictámenes de mi conciencia. De pronto me di cuenta de que, sin comerlo ni beberlo, había acogido a otra artista, una más de los muchos a los que desinteresadamente ayudaba. Ahora sólo necesitaba que mi proyecto de ampararlos y de ofrecerles un lugar tranquilo donde poder trabajar a sus anchas y sin interrupciones se hiciera por fin y plenamente realidad, y eso sólo ocurriría cuando la construcción de ese lugar, iniciada ya hacía nueve años, alcanzara su final.

Y es que no podía considerarme completamente una mecenas sin ofrecerles un término donde el fluir de las musas los inspirase, donde todos sus sueños se hiciesen realidad.

Cuando planeé su creación decidí que en él reuniría a todos los músicos, cantantes, pintores, escultores y poetas ya conocidos o por conocer y les proporcionaría la paz que ansiaban para crear y las viandas para alimentar su inspiración. La casa tendría que estar en un lugar lo bastante alejado de la corte como para no contaminarse de sus puerilidades, pero sin llegar al aislamiento de un monasterio. ¡Qué más quisieran algunos para perderme de vista! Aquello era un gusto que no pensaba otorgarles. Además, si yo desapareciese, ¿a quién iban a copiar en usos, modas y costumbres con esa menguadita imaginación que los caracterizaba? ¿De quién hablarían? ¿A quién despellejarían o achacarían amantes?

Como soy mujer de rápida disposición y me animaba la fuerza de la juventud de que por aquel entonces aún disponía —por la época en que me decidí a llevar a cabo mi idea, allá por 1783, no contaba más que con treinta y tres años—, no tardé en ponerme en contacto con el conde de Priego para comprarle una pequeña finca que tenía en Canillejas y que me parecía perfecta para mis planes. Estaba a poco más de

veinte leguas, o, lo que es lo mismo, a un paseo de hora y media a galope desde el centro de Madrid. Aquella *folie* sería el reflejo de mis futuros anhelos. Una alameda de antojos.

Allí plantaría un aristocrático jardín francés con tiznes de romanticismo inglés para casar, a través de arbustos, senderos y macizos, a las dos naciones enemigas desde siempre; construiría un paraíso donde las fuentes de ninfas, querubines y faunos rociasen con su manar el mágico entorno; erigiría estatuas más hermosas que la de la fuente de la Mariblanca en la Puerta del Sol o que el recién estrenado carro de la Cibeles; mandaría construir estanques de amarillentos reflejos y guaridas de nenúfares; trazaría zigzagueantes senderos que indujesen al paseante a perderse por entre los cromatismos de cada estación, a danzar al son del trinar de un millón de exóticos pájaros acompasados con el batir de las hojas de los centenarios álamos y con el arrullo relajante de un entramado de manantiales, ¡a soñar despierto arropado por los cuatro elementos de nuestro universo!

Aún recuerdo el día en que Domingo Ascargorta, mi contable mayor, me dio carta blanca para los presupuestos que todo aquello demandaba. Los legados que varios parientes me dejaron como única heredera de más de una decena de mayorazgos me lo permitían sin necesidad de tener que pedir una sola moneda a don Pedro de Alcántara y Téllez-Girón, duque de Osuna y esposo mío, ya que desde mi juventud mi carácter independiente y emprendedor me había llevado a creer firmemente que, cuando se trataba de conseguir o llevar a cabo mis caprichos, era de justicia que yo misma, con mis propios medios, me los costeara. Lo cierto es que nunca me había caracterizado por derrochar, pero aquella anhelada ilusión bien lo merecería. Y lo haría de tal modo que mi familia al completo compartiese mi ilusión.

Recordando las aficiones de Pedro, pedí al arquitecto Manuel Machuca que trazase el plano del palacio donde residiríamos como si de un acogedor pabellón de caza se tratara.

En cuanto a mis hijos varones, para que se iniciasen en los juegos de la guerra, Antonio López Aguado proyectó la construcción, allá por 1787, año en que comenzaron las obras, de un fortín a pequeña escala de los que teníamos en la frontera con Portugal, para lo que reutilizaría los sillares de nuestro ruinoso castillo de la Alameda. No le faltó detalle: foso, puente levadizo, doce cañones de bronce como piezas de artillería, arquetas para la munición y estandartes de colores con nuestros escudos de armas para que ondearan al viento. Dentro, un muñeco vestido con el uniforme de las guardias del duque de Osuna velaría día y noche por la seguridad de la batería. ¡Fue la alegría de Paquito y Pedro!

Para las niñas decidí aprovechar otro recoveco del parque para trazar una pista de croquet, otra de bádminton, otra de petanca y un juego de la sortija donde podrían dar

vueltas hasta marearse sobre los caballos y las cestas de globo o balancearse en el columpio con forma de barca que compré al mejor juguetero de París.

¡Incluso quise contentar al ermitaño! Fray Arsenio era un hombre al que un día descubrimos agazapado entre la maleza mientras se dedicaba a desbrozarla. Fui incapaz de echarlo, ya que vivía prácticamente enraizado en la cueva que le servía de hogar. Opté por arreglar la ruinoso ermita a la que acudía a diario para rezar, y el tramoyista milanés Ángel María Tadey recibió el encargo de pintar su fachada con trampantojos de adobes resquebrajados y escarchados musgos. En su altar se labraría una hornacina donde poder colocar un erosionado cristo, despojo de un antiguo cruceiro al que tenía particular devoción.

A pocos metros de la ermita, las diferentes rías del jardín convergían en un pequeño lago artificial donde se alzaba una casa de cañas a modo de embarcadero cuyo interior el mismo Tadey decidió pintar con ricos cortinajes, para hacer así más suntuosas las meriendas y desayunos ocasionales.

Como colofón, se tomó también la decisión de arreglar otra casa de labranza prácticamente derruida igual a las que la decapitada María Antonieta tenía en Versalles. Para ella encargué dos autómatas que, a diferencia del soldado del fortín, se movían, y es que otra de mis intenciones fue que ninguna construcción pareciese abandonada. De este modo, una vieja hilandera y un labrador sorprendían, por su realismo, a todo al que a ella se allegase. En aquella finca, ¡hasta las abejas zumbaban de flor en flor fabricando la más exquisita miel en su particular palacio-colmena!

No pude elegir otro nombre para ella que El Capricho. Era la palabra que una y otra vez me venía a la mente cuando me refería al lugar donde todos mis deseos, sueños y anhelos se hicieron tangibles.

*Suave sería el labio de mi musa  
modular solitario sus congojas,  
al son del agua y silbo de las hojas  
de selva y río en variedad confusa;  
tal vez allí la ilusa  
copia de mis pesares,  
en tan nuevos cantares  
sanara que envidioso a mis recreos  
el ruiseñor, en circulares giros  
bajara y repitiera entre gorjeos  
lo que yo le cantara entre suspiros.*

Juan Bautista Arriaza,  
*Recuerdos de Amor*

Aquella mañana, huyendo del estrépito que en el interior de casa montaban los decoradores al desembalar los muebles chinescos, relojes y chimeneas que acababan de llegar de París y Londres para decorar mi palacio de El Capricho, decidí salir a pasear por los jardines. A raíz de mi embarazo, nuestro médico me había recomendado caminar con frecuencia, pues, según decía, resultaba bueno en mi avanzado estado de gestación.

Bordeé la fuente de las Ranas para seguir camino de la plaza de los Emperadores. Allí, en lo alto, cual pétreos y eternos guardianes, media docena de bustos romanos que traje de mi palacio de Gandía vigilaban la entrada. Su siempre despótica mirada achantaría a cualquiera que viniese con dudosas intenciones, o al menos eso era lo que yo pretendía cuando ordené que los pusieran allí. Ligeramente cohibida por el peso de aquellas inquisitivas miradas, decidí girar a la derecha en busca del hombre encargado de moldear el paisaje a mi antojo. Después de un invierno tan lluvioso, resultó una más que exuberante primavera en la que los árboles del amor tiñeron de frambuesa sus copas, los lilos de morado los senderos, y los pétalos desprendidos de la flor de los castaños de blanco la verdosa superficie de los estanques. Aquel otoño, como queriendo emular a las estaciones pasadas, también quiso teñir la naturaleza de una hermosura embriagadora. Los árboles del amor teñían de rosa sus copas y los cuajados lilos perfumaban el sendero. La cálida brisa posaba los pétalos desprendidos de la flor del castaño de Indias sobre el agua de los estanques, en los que parecía

haber caído una nevada tardía.

No tardé en encontrarlo frente a la tapia. Pierre Prévost vociferaba indignado por algún grave error que los albañiles habían cometido en la canalización de las aguas.

—¡Vaya con el gabacho! —pude oír que respondía el artífice del desaguisado—. ¡Si al menos se explicase en cristiano, lo mismo le entendíamos! ¿Qué es lo que quiere? ¡La falúa llega a donde tiene que llegar arrastrada por la corriente y no hay más que hablar!

Prévost, ruborizado por la rabiosa impotencia, pataleó con las palmas de las manos extendidas hacia arriba en señal de desesperación. Rebuscando bajo su casaca resopló antes de secarse el sudor de la frente con un pañuelo cuajado de encajes. Demasiados y ya pasados de moda desde la decapitación de los reyes franceses, pensé. Su enojo revelaba su regular dominio del castellano.

—*Mon dieu!* ¡Así su excelencia nunca tendrá lo que quiere! ¡Un paraíso en cada recoveco es lo que dijo, y yo lo he diseñado! ¿Y qué es esto? ¡Dije románticos riachuelos, no burdas acequias!

Desde mi discreta posición pude distinguir la expresión de besugos de aquellos hombres, que, desconociendo por completo el gusto por una determinada estética, sólo buscaban la simple utilidad de sus obras. Decidí no intervenir, ya que esas disputas eran una constante y, aunque no lo supieran, aún les quedaba mucho más por hacer en aquellas veintiuna fanegas. Seguirían trabajando hasta el día en que mis caprichos dejasen de nacer, cosa que, conociéndome, probablemente no ocurriría hasta que anduviese con un pie en la tumba.

Cansada de caminar, me dirigí hacia la casa de las cañas dispuesta a retomar mi lectura del día anterior. Apenas había pasado una página, allí tumbada en mi *chaise longue*, cuando oí cómo por el sendero avanzaba lo que parecía un regimiento. El sonido de las espuelas y el del metal de los sables al golpear las botas eran inconfundibles. Irrumpieron de tal modo que las dos macetas que flanqueaban el paso del atrio cayeron estrepitosamente.

—¡Pepa, por fin os encuentro! —me llegó desde el exterior una voz masculina—. Y no ha sido fácil en este capricho de derroches que os habéis propuesto construir.

Por sus palabras, reconocí al intruso de inmediato. No era difícil dado el marcado acento extremeño de Godoy. Aquel advenedizo podría haberse dirigido a mí como su excelencia la condesa-marquesa de Benavente o haber mencionado cualquiera de mis dos principados, nueve ducados, seis marquesados, diez condados o el vizcondado. Podría, acaso, haber recurrido a los cuatro títulos de mi marido, don Pedro de Alcántara. Pero, para aquel joven descastado, María Josefa de Pimentel sólo se

llamaba Pepa. Tal y como iban las cosas, no tardaríamos en verle tutear a la reina María Luisa en público, pero no fue eso lo que más me incomodó de su inesperada aparición, sino que por toda presentación sólo se le hubiera ocurrido hacer una lamentable referencia a mi despilfarro.

Yo sabía que podía vérseme perfectamente desde fuera, de modo que alcé la mano, como invitando a entrar a Godoy, al tiempo que, sin levantar la vista de mi libro, le contestaba:

—«El consumo del rico anima a la industria popular y traslada los fondos de una mano opulenta a otra menesterosa». —Cerré el libro con un golpe—. Es una de las reflexiones más sabias a las que don Juan Sempere llegó en su estudio económico sobre el lujo y las leyes suntuarias. Si Floridablanca le hubiese hecho caso en su momento, otro gallo cantaría. Supongo que publicar ese tratado tan progresista un año antes de la Revolución francesa no le ayudó en absoluto... Pero, en fin, cambiemos de tema: ¿a qué se debe este honor?

Se acercó, me arrancó sin la más mínima cortesía el libro de las manos y leyó el título.

—¿Disimulabais acaso? —me recriminó con ironía—. No es a Sempere a quien leéis, sino a Rousseau, ¿es que no sabéis que el Santo Oficio ha prohibido esta lectura? Podría ordenar que os detuvieran por el simple hecho de tener esta obra en vuestro poder, aunque no os hubierais atrevido ni siquiera a abrirla.

Por fin alcé la vista y, muy despacio debido a mi avanzado embarazo, comencé a levantarme.

—¿Es que el príncipe de la Paz no sabe que hace mucho tiempo que tengo bula de su majestad para ello? —le respondí—. Es extraño sabiendo que de palacio no sale un documento firmado por sus majestades sin que vuestro bufete lo haya revisado previamente. Además, ¿qué importa ya si leo a franceses prohibidos; después de haber firmado la Paz de Basilea con Napoleón y de nuestra alianza con los franceses en el reciente Tratado de San Ildefonso del pasado agosto, estas lecturas deberían estar permitidas.

Godoy, ofendido, se defendió de inmediato:

—Deberíais saber que lo firmamos para terminar de una vez con la guerra del Rosellón y para liberar a Cataluña, Navarra y las Vascongadas de la invasión francesa y de la amenaza de su república. Lo hice para defender a los reyes de su insidioso acoso. Pero ¿qué importa cuáles fueran mis nobles motivos. Aquí, como siempre, hagamos lo que hagamos prevalece el reproche.

—Decid y haced lo que queráis. —Terminé de levantarme sujetándome los riñones con ambas manos—. Sólo espero que sepáis llevar a cabo vuestra tarea mejor que Floridablanca y que Aranda. Espero también que la muerte del general Ricardos

y la entrega a Francia de la mitad de la isla de Santo Domingo no hayan sido en balde.

Impaciente y cansado de escucharme, Godoy alzó el libro ante mis narices con el fin de recordarme mis contradicciones y me reprendió:

—El miedo nunca es buen consejero. Pero ¿por qué desconfiáis tanto de nuestros vecinos si luego os ilustráis con sus enseñanzas?

—Una cosa es la cultura y otra la ambición de los franceses, y hay que estar muy ciego para no ver que de eso andan bastante sobrados. —Me calcé los chapines de raso—. ¿Qué os induce a pensar que después de invadirnos una vez no lo intentarán de nuevo? Mirad lo que hacen, si no, con el resto de Europa. ¿Por qué hemos de ser nosotros diferentes para ellos?

Incómodo, chasqueó la lengua.

—Eso son simples hipótesis que se desbaratan precisamente con la firma de esta alianza.

Cansada de discutir, extendí la mano hacia él.

—Manuel, haced el favor de devolverme el libro. No querréis disgustar a una preñada, con lo que eso puede acarrear. Mirad que éste es mi undécimo embarazo y pienso sacarlo adelante, dado que sólo tengo cinco hijos vivos.

—¿Queréis acaso emular a la reina? —preguntó, con un cierto tono de burla en su voz.

No era un secreto que la reina María Luisa vivía permanentemente embarazada. Pero, aparte de en eso, esperaba no coincidir en nada más con ella. Fingí no sentirme aludida por tan desafortunada comparación:

—¡Qué estupidez! Mi lealtad a la corona está bien probada. Nunca he intentado superar a la reina en nada, pero, como bien sabéis, la lacra de la mortalidad infantil nos obliga a engendrar el mayor número de hijos posible. ¿Cómo, si no, perpetuaríamos nuestros linajes? Si Dios nos otorgó el don de la fertilidad es para explotarlo.

Con incrédula displicencia y no poca crueldad, el mal llamado príncipe de la Paz escondió el libro tras su espalda para tentarme de nuevo.

—Su majestad nunca leería a Rousseau.

No me pude contener:

—Dudo que ni siquiera le suene el nombre.

Tendría que haberme mordido la lengua antes de pronunciar frente a su protegido semejante verdad, pero lo cierto era que, quizá por nuestros dispares intereses, nunca nos habíamos tenido la una a la otra en alta estima. No recordaba ni una sola conversación interesante con la reina, y Godoy, como hombre culto que era, lo debía

de intuir. Por otro lado, sabía que su majestad me acusaba de metomentodo y, sobre todo, de inmiscuirme en negocios que deberían estar exclusivamente reservados a los hombres. ¡Como si ella no se entrometiera en los del rey!

Sacándome de mis pensamientos, Godoy me preguntó con una sonrisa ladina:

—Así pues, ¿insinuáis que la reina no lee?

Era su tercer jaque, su tercer reproche acerca de pensamientos que yo ni siquiera había llegado a convertir en palabras. Fue en aquel preciso momento cuando comprendí que no venía para nada bueno. Esta vez me obligué a contener mi lengua y a esperar, dejándole a él la iniciativa de la conversación, y Godoy se dio cuenta de que me había ganado terreno.

—Querida Pepa —dijo entonces, sin perder la sonrisa pero con marcada zalamería—. No era mi intención venir a vuestro recoleto lugar de descanso para importunaros. Os aseguro que olvidaré esta desagradable conversación acerca de vuestras lecturas y de la reina, siempre y cuando me ayudéis a buscar algo que quiero encontrar sin levantar demasiada polvareda.

Arqueé las cejas intrigada. ¿Es que había algo en la vida que Godoy no pudiese lograr? Tenía al rey dominado, y no era un secreto que la reina suspiraba por sus huesos desde hacía años.

—Sabéis que no soy mujer que se rinda a los chantajes. Devolvedme el libro y después, si queréis, me contáis lo que os preocupa.

Como un adulto que consiente al reiterado suplicar de un indefenso niño, lo puso en mi mano con galantería.

—Os lo devuelvo, aunque me extraña que lo sigáis a pies juntillas sabiendo lo misógino que se muestra en ocasiones.

—La Ilustración, si en algo se destaca, es en el reconocimiento de ciertos valores femeninos que hasta ahora se nos había negado —le contesté apretando el tomo contra mi pecho, y me encaminé por delante de él a la orilla del lago, pues no deseaba que viera en mi rostro lo interesada que de pronto estaba en aquella conversación que tanta curiosidad estaba empezando a provocarme—. Si el maestro suizo a veces nos resta protagonismo, no creo que tengamos que tomárselo en cuenta, pues, por muy sabio que sea, siempre se puede equivocar en algo. Sólo hay que dar tiempo al tiempo para que este desbocado río de novedosos ideales se encauce.

Suspiré posando la mirada en el reflejo que nuestras figuras dejaban sobre el agua y aguardé a que llegara a mi altura. Godoy pareció no querer entender mi metáfora y, tras ordenar a su séquito que le esperasen, me tendió el brazo para que me asiera a él y pudiéramos pasear juntos como si fuéramos buenos amigos, algo que sin duda estábamos ambos muy lejos de sentir.

A pesar de mis reticencias hacia él, debo reconocer que era por aquel entonces — hacía apenas unos meses que había cumplido los veintinueve— un hombre bien parecido, agradable, inteligente, tremendamente ambicioso y amante de toda mujer que le pudiera otorgar algo.

Caminamos en silencio hasta una pequeña loma donde le señalé el templo de Venus, adonde podríamos subir siguiendo un sinuoso camino. Comencé a ascender resguardada bajo mi sombrilla cuando Godoy se separó de mí para trepar campo a través pisoteando cada una de las flores que decoraban la ladera. Al llegar arriba sonrió:

—Da vértigo.

Enfadada por el estropicio que había causado, ladeé la sombrilla y le contesté:

—Todo ascenso rápido sin medir las consecuencias suele provocar una estrepitosa caída.

Manuel se carcajeó.

—¿Es otra alegoría?

Me obligué a responderle sin dar demasiada importancia a mis palabras, a pesar de que, en los ocho años transcurridos desde que Carlos IV había sucedido a su padre, Manuel había pasado de ser un simple guardia de corps a cadete supernumerario con servicio en palacio, coronel de caballería, comendador de la Orden de Santiago, mariscal de campo, gentilhombre de cámara, teniente general y, por si todos esos títulos fueran pocos, recientemente había sido agraciado con el ducado de Alcadia y el principado de la Paz, además de las condecoraciones de Carlos III y el Toisón de Oro que adornaban su pechera.

—Interpretadlo como queráis, Manuel —dije al fin—, pero lo cierto es que a los hombres como mi marido, el duque de Osuna, que arriesgaron su vida en Gibraltar y en la toma de Menorca contra los ingleses, o en el Rosellón y en Navarra a las órdenes del general Urrutia contra los franceses, aparte de haber sido agraciados con el Toisón de Oro, no se los ha homenajeado como a vos.

—No basta con el sacrificio —ladeó la cabeza con suficiencia—, también hay que saber inclinar la cabeza ante los reyes, y eso es algo que parece costar mucho a los nobles más antiguos de esta corte. ¿Será por vanidad?

No pude contenerme.

—Yo diría que más bien por orgullo, y por el desencanto que últimamente provocan las coronas a las que debemos lealtad.

Se rascó la barbilla como si estuviese meditando en voz alta:

—Eso suena a república. Algo impensable en boca de una mujer a la que, de desaparecer la monarquía, se la privaría de todos sus títulos.

Por mucho que me costase reconocerlo había dado en el clavo, pero admitir que no era eso precisamente lo que quería decir, sino que cualquier hijo de los reyes probablemente gobernaría mejor que sus padres, pondría en un grave aprieto al príncipe de Asturias. Corté por lo sano.

—¡Qué labia tenéis para desviar los cauces de las conversaciones! No era de mis pensamientos de lo que hablábamos, sino de vuestros rápidos ascensos. Miraos: ¡si apenas tenéis tiempo de estrenar un uniforme cuando un nuevo nombramiento demanda otro!

—Si os abstuvieseis de juzgar a la reina, quizá vuestro marido conseguiría el reconocimiento que demandáis para él.

—¿A la reina o a vos, su excelencia? —tuve tiempo de replicar mientras, ya arriba, tomábamos asiento entre las columnas.

Se trataba del punto más alto de mi jardín. Desde allí lo dominábamos todo y a todos sin temor a que nadie nos oyera. Godoy me miró directamente a los ojos para rebatir mi último comentario:

—Vuestro sarcasmo no me afecta. ¿O es que a vos también os corroe la envidia?

—No confundáis las cosas, Manuel. Sólo os deseo el bien y sentiría mucho que todo se truncase por vuestra excesiva confianza —tuve que decir para aplacarle y no despertar su peligrosa ira—. Tened cuidado, porque la reina María Luisa es voluble y, si jugáis demasiado con las señoras de vuestro alrededor, se le puede pasar ese apasionamiento por vos que tan alto os ha subido.

—Como la gran mayoría, me subestimáis. —Sonrió sarcástico—. Supongo que es uno de los inconvenientes de haber saltado por encima de muchas cabezas. Ya estoy acostumbrado, y agradezco que no tengáis pelos en la lengua que os hagan temer represalias. Pero creo, Pepa, que os equivocáis con respecto a la reina, porque la señora no es celosa. Os lo aseguro.

—Es posible que no lo haya sido hasta ahora —dudé—, pero nadie sabe mejor que vuestra excelencia en qué piensan las mujeres y cómo pueden variar sus preferencias según la dirección en que sopla el viento. Yo sólo os advierto. Las noticias vuelan, los rumores gritan y en los mentideros añaden a vuestra interminable lista de amantes el nombre de una de las máximas rivales de su majestad.

Hice un silencio antes de continuar para cerciorarme de que escuchaba todas y cada una de mis palabras. Quería demostrarle que, a pesar de mi retiro en El Capricho y de la postración a que a menudo me obligaba mi avanzado estado de gestación, seguía siendo una dama bien relacionada que estaba al tanto de todo lo que se cocía en la corte. Aquellos inmensos ojos azules suyos me observaban entre expectantes y divertidos.

—Bien sabéis, Manuel, que no me refiero a Pepita Tudó —proseguí—. No es un

secreto que habéis sabido aprovechar su juventud para seducirla y que la habéis acogido en vuestra propia casa junto con sus hermanas. Dicen que a su padre le habéis conseguido sin tener méritos para ello el cargo de gobernador del Buen Retiro. ¡Si incluso habéis encargado unos versos para la niña! ¡Qué original!

Acariciando el puño de su espada, me desafió con la mirada. Sabía que con aquel gesto pretendía intimidarme para que me callara, y precisamente fue aquello lo que me impulsó a envalentonarme y seguir adelante. Era el momento de pronunciar sin tapujos el nombre de la dama en cuestión, y nunca había sido yo mujer dada a amedrentarme fácilmente:

—Decidme, Manuel, ¿cómo puede la Tudó envidiar lo que a mi prima Cayetana le regalan los poetas? ¿Cómo osa siquiera soñar con estar a su altura? Y lo peor es que vuestra excelencia es incapaz de negarle cualquier capricho. Deberíais enseñarle cuál es su lugar sin que quepa confusión alguna. ¿Acaso no sabéis que Meléndez Valdés, José Quintana y Juan Bautista Arriaza escribieron a la duquesa de Alba por iniciativa propia y no por encargo? El verdadero arte es el que sale del alma, pero quizá esa niña que no alcanza los dieciocho años y que ahora calienta vuestro lecho no lo sepa, como tampoco sabrá de vuestras recientes querencias por Cayetana.

Sonriendo de lado, me halagó sin por ello admitir ninguna de mis veladas sugerencias:

—¡Siempre tan perspicaz, Pepa! Vos os lo guisáis y vos os lo coméis.

—No os lo toméis a risa —continué sin inmutarme—. La Tudó, al ser de baja estofa, no preocupa a la reina; pero mi prima es res de otro ganado. No olvidéis que pertenece a la vieja nobleza, y que las glorias de sus ancestros, como las de los míos, vienen de casi cuatro siglos atrás. Son de tiempos de los Trastámara, de antes incluso que de los Austria. Los Borbones, al fin y al cabo, son unos advenedizos en España y eso es algo que María Luisa tiene muy clavado.

—No sé cómo lo hacéis —me contestó resoplando—, pero los viejos grandes siempre termináis hablando de las rancias glorias.

—Quizá sea porque la gloria de los ancestros es lo único que nunca se podrá comprar —dije sonriendo—. Como mucho podría su excelencia falsificar en las partidas de bautismo, matrimonio o defunción de vuestra amante la existencia de algún abuelo ilustre que diera brillo a la estirpe de Pepita... —Advirtiendo que Godoy fruncía el ceño y enrojecía debido a la rabia, fui consciente de que me estaba adentrando en terreno farragoso y, para frenar mi imprudencia, procuré dar un vuelco a la conversación—. Pero dejémonos de rodeos y decidme a qué veníais, querido amigo.

El príncipe de la Paz pareció hacer un esfuerzo por sosegar y, mirando a un lado y al otro, se cercioró de que estábamos solos.

—Es precisamente Cayetana la que hoy me trae a El Capricho. Ella y el especial mecenazgo que os une con el maestro Goya. Creo que no hay nadie mejor que vos para ayudarme a encontrar un determinado cuadro que realizó el maestro. Si existe, deseo obtenerlo a cualquier precio, y sospecho que, por vuestra amistad tanto con el pintor como por vuestra estrecha relación con la de Alba, vos sois la persona más indicada para ayudarme.

—No sé a qué os referís —sonreí—, pero lo que sí os puedo decir es que esta vuestra servidora aquí presente no tiene precio. Si por casualidad diera con esa obra que tanto anheláis..., ¿con qué podríais pagarme que no tenga ya?

Sin dudar, me contestó de inmediato:

—¿No depende vuestra felicidad en gran parte de la del duque de Osuna? Sé que, desde que no hay contiendas en las que intervenir, el tedioso mundo se le cae encima a vuestro amado esposo, como también sé que su sueño es que lo nombren embajador en París. Si me ayudaseis, quizá pudiese convencer al rey para que el duque de Osuna suceda a su actual emisario en dicha capital. Ahora más que nunca necesitamos a alguien cualificado para dialogar con los franceses, y no dudo de que don Pedro cumpliría sobradamente con el cargo.

Me fastidió que aquel pérfido supiese tanto de nosotros, pero no era una mala proposición. Si yo lograba conseguir para Godoy su nuevo capricho, él procuraría a mi marido la consecución del destino que más anhelaba. Rendida a sus tejemanejes, no pude evitar suspirar.

—Goya, siempre Goya, como si no hubiera otro pintor en la corte... ¡Y pensar que apenas habíais reparado en él hasta que lo rescaté de la casa del infante don Luis en Arenas de San Pedro! Empezó pintando casi exclusivamente para nosotros y hoy todos queréis sus obras. La misma Cayetana me lo robó durante este pasado verano para llevárselo a Sanlúcar con la excusa de que así se repondría de su enfermedad. Pero... ¿de qué cuadro me habláis?

Godoy dudó un segundo antes de susurrarme al oído:

—Dicen que Goya ha pintado un desnudo femenino.

—No es el primero. —Fruncí el ceño—. ¿O es que no habéis visto lo ligeras que están de ropa las brujas de sus dibujos?

—He oído hablar de esas estampas. Se dice que comenzó a pintar muchas de ellas este verano, durante su reposo en la casa de Sanlúcar de la duquesa de Alba. Hay incluso una en la que, según dicen, una vieja dama se prueba con coquetería un sombrero frente a un espejo sin comprender que la edad se ha apoderado de ella y la ha vuelto fea... Dicen que se parece bastante a vos, y que está pensando en titularla *Hasta la muerte*. —Sonrió—. Lo que no alcanzo a entender es cómo le tenéis tanto aprecio, le hacéis tantos encargos y hasta optáis por colgar sus obras más oscuras en

un lugar tan romántico como este vuestro palacio de reposo si él se ha atrevido a dibujaros así...

Intenté refrenarlo interrumpiendo su perorata:

—No sé a qué dibujo os referís y, si las habladurías son la base de vuestras suposiciones, tampoco me importan ni pienso darles pábulo. De todos es sabido que a mi esposo y a mí nos une una gran amistad con Goya, ¿creéis que se arriesgaría a romperla simplemente a causa de un dibujo?

Incapaz de callarse y haciendo caso omiso de mis negativas, prosiguió:

—Dicen que la vieja adornada con cintajos que se contempla frente al espejo sois vos ante la mirada juvenil de dos mozos y una joven que se carcajean de vuestra vanidad.

Mi gesto se tensó al oír aquel desafortunado comentario, y respondí con voz fría:

—Son infamias, mentiras que pergeñan los que sin conocerme envidian mi cercana relación con el maestro. De todos es sabido que no soy presuntuosa ni me asusta la vejez.

Godoy, alzando la vista al cielo y suponiendo que, después de sus desagradables insinuaciones, yo tenía baja la guardia, echó su codicia a volar:

—Todo os lo decís vos, Pepa. Pero, volviendo al cuadro que me interesa, os diré que no es la estampa de una hechicera sino un retrato de gran formato de una bella mujer. Una que muestra su tímida nobleza sin necesidad de ornamentos. Una que, lejos de irradiar lujuria, lo que exhala es erotismo. Una que los dos conocemos bien y que yo, como ya intuís, deseo desde hace tiempo.

Por su expresión de contenida avidez comprendí que sus pensamientos sobrepasaban en mucho los límites del decoro.

—Caprichos, siempre caprichos —suspiré—. Los míos en esta casa y en el jardín de la Alameda, los de Goya colgados en mis paredes y ahora el que trae a mi reclamo el príncipe de la Paz.

En ese instante me hubiese gustado saber quién podría haberle hablado a Godoy de la existencia de ese desnudo, cómo es que él había logrado averiguar, si es que existía tal obra, que ésta se había pintado. Sin embargo, a sabiendas de que nunca me lo diría, me abstuve de preguntar. Después de un breve silencio le miré a los ojos y me permití bromear acerca de su desafortunada virilidad:

—Veo que volvemos a las andadas, Manuel. Lo vuestro se torna una obsesión. ¿Es que no os deleitan lo suficiente los desnudos de vuestras dos amantes fijas y de otras tantas esporádicas? ¿Deseáis ahora no ya a una mujer de carne y hueso sino también su retrato? ¿Es que no pudiendo obtener la real deseáis consolaros con su retrato? —le reconvine—. A vuestra edad deberíais sentar cabeza, tomar estado y

dejaros de flirteos.

—¿Para qué? —Sonrió—. ¿Para hacer de mi mujer una desdichada? Quitad, que la reina últimamente me tiene harto con la misma proposición, y ella mejor que nadie sabe que nunca seré de una sola mujer.

¡Ególatra insoportable! Parecía tan orgulloso de sí mismo que preferí no ahondar en sus lascivias. Finalmente, no pudiendo contenerme, hice la pregunta que desde hacía ya un buen rato me rondaba la mente:

—Si es verdad que existe esa obra, ¿sabéis cuándo la pintó Goya?

—Precisamente este mismo verano que acaba de abandonarnos —respondió sin dudar.

Quedé pensativa un instante mientras mis sospechas se confirmaban:

—Entonces el maestro estaba en Sanlúcar con Cayetana. Manuel, no estaréis insinuando que...

Mi frase quedó inconclusa, pues en ese instante vi que mis hijos se acercaban corriendo hacia nosotros. El dolor de haber perdido a sus cinco hermanos mayores me había enseñado a valorar lo efímera que una párvula vida puede llegar a ser, y procuraba disfrutar intensamente de cada momento a su lado. Ni siquiera Godoy podía robarles ese instante.

Paquito, de once años y el mayor de mis hijos varones, arrastraba un caballo de madera donde iba montado su hermano Pedro, un año menor. Josefa y Joaquina, ya unas muchachas de trece y doce años, venían peinadas con dos moñas donde resaltaban dos rosas de pitiminí casi iguales a las de los bordados que llevaban en los bajos de sus vestidos. Las cabezas de sus muñecas de porcelana asomaban por la apertura de los bolsitos, que llevaban colgados del cinto de raso a la altura de sus caderas. Eran precisamente los atuendos con los que el maestro Esteve las estaba pintado, y por eso supe que venían de posar para él.

Tras ellos, tres mujeres y un hombre los seguían jadeando. Eran sus preceptores, el murciano Diego Clemencín, el aya madame Saint-Hilaire y Michelle Brayé, aquella sombrerera a la que no tanto tiempo atrás habían atropellado a las puertas de casa en la Cuesta de la Vega y que desde entonces había pasado a formar parte de la casa. Precisamente ella era la que llevaba en brazos a Manolita, que aún era incapaz de seguir el acelerado ritmo de sus hermanos.

Apenas Michelle entró a nuestro servicio supimos que era una de tantos franceses que, tras haber servido fielmente a la nobleza, para salvar la vida se vio obligada al destierro a causa de la Revolución. Había llegado a España con la expectativa de adornar las cabezas más insignes y podía constatar con orgullo que, después de que nuestros caminos se cruzaron en ese aparatoso atropello, estaba comenzando a conseguirlo; pues, como había hecho con mi jardinero, Pedro Prévost, nada más saber

de sus habilidades e historia no dudé en contratarla a mi exclusivo servicio, aunque le permitía ocasionalmente hacer tocados a alguna de mis amigas. Craso error, ya que el número de señoras que ahora la apabullaban con ofertas de un mejor jornal que el que yo le daba crecía a diario. Aun así, sabía que nunca me traicionaría ni sucumbiría a vanas tentaciones, pues era mucha la gratitud que me tenía.

Al ver a Godoy, los cuatro niños mayores se detuvieron en seco. Uno a uno se los fui presentando. Tras ellos, los sirvientes que los acompañaban le saludaron con una sumisa reverencia y un taconazo. Aunque aquél era un saludo reservado a los reyes, preferían, por el conocido poder de mi visitante, excederse antes que quedarse cortos.

Dispuesta a solazarme con mis hijos, y nada deseosa de proseguir nuestra conversación en su presencia, opté por darla por finalizada y despedir a Godoy:

—Manuel, tened por seguro que si existe ese cuadro lo averiguaré y os mantendré informado. A cambio, ya sabéis lo que quiero.

Mientras los pequeños me rodeaban, él se levantó y, con una leve inclinación de cabeza a modo de saludo, me contestó:

—En lo que esté en mi mano, Pedro tendrá el cargo en el extranjero que se merece.

Buena respuesta, ya que de no cumplirse su promesa él siempre tendría la excusa de la negativa real. Sabía que ésa era su manera de no comprometerse demasiado con nada, pero no me importaba, porque no estaba dispuesta a desperdiciar la oportunidad.

Le observé mientras esquivaba a los pequeños y se batía en retirada. No se había alejado ni diez pasos cuando la niñera y su preceptor quisieron contarme el porqué de su repentina aparición. Fue la primera la que me habló:

—Perdonadme, señora duquesa, pero es que los señoritos cada vez se muestran más rebeldes. En cuanto les dije que hoy no la podrían ver por la importancia del visitante que tenía, salieron como alma que lleva el diablo hacia vos.

—¿Cómo les tengo que decir que no hay nadie en esta corte más importante para mí que ellos? —Sonreí y los abracé—. Déjenmelos aquí jugando y vayan a seguir con sus tareas. Michelle me ayudará.

La niñera se alejó mascullando improperios mientras se limpiaba con el delantal las manos manchadas. La sombrerera venía con un ramillete de plumas, sin duda para que eligiese las que más me gustaban para el postizo que me estaba confeccionando.

—Guárdelas al menos hasta que la modista termine el vestido con el que pretendo ponérmelo —le sugerí—. Sólo entonces podremos comparar tonalidades.

Obediente a todos mis mandatos, las introdujo en una bolsa de tela que llevaba a la espalda y de donde las había sacado para mostrármelas. En cuanto hubo acabado

de hacerlo y vi que volvía a prestarme toda su atención, la requerí:

—He deseado que nos dejasen a solas para preguntarle algo: ¿sigue manteniendo la amistad con aquel mozo de cordel que sirve de mandadero al maestro Goya? Juan Cidante creo que se llama...

Ligeramente sonrojada por la inesperada intromisión en su intimidad, Michelle bajó la mirada en gesto de asentimiento.

—¿Piensan casarse? —le pregunté a bocajarro—. No disimule, querida, que todo se sabe, y conteste a mi pregunta con sinceridad, pues si algo me mueve a entrometerme de semejante manera en su vida es la buena intención.

Al ver que ella asentía de nuevo, no dudé y fui directa al grano:

—Por lo que sé, ese soguilla fortachón y ancho de espaldas tiene fama de honrado, y ésa es una cualidad digna de elogiar en los tiempos que corren. Supongo que si aún no se han desposado es sólo por falta de patrimonio. —Cabizbaja, ni asintió ni lo negó, simplemente se encogió de hombros. Con sutileza proseguí—: El caso es que lo he estado pensando y deseo ayudarles. Todos los años lo hago con una de las jóvenes parejas que está a mi servicio y que, a pesar de las contrariedades, se lo merece. No es una obra de caridad, sino que me mueve el secreto afán que siempre he tenido de favorecer el amor a mi alrededor. Así, además, enmendaré la injusticia de que vuestra merced fue presa al tener que salir despavorida de París con una mano delante y otra detrás después de que los revolucionarios incendiaron la sombrerería de su familia.

Incapaz de levantar la mirada, ella seguía en silencio, escuchándome.

—¿No ha soñado nunca con abrir otro comercio similar aquí en Madrid? ¿Qué diría si le ofreciese mi ayuda? ¿Y si además me comprometiese a dotar su matrimonio? —Muda ante mi oferta, sólo fue capaz de alzar la mirada para abrir los párpados presa de la incredulidad—. Sería, claro está, siempre y cuando vuestras mercedes me ayudasen en una empresa. Si aceptan, he pensado en donarles una pequeña casa que tengo en la calle Carretas. Su futura familia podría vivir en el primer piso y reservar el bajo para abrir la tienda. No debería ser una sombrerería cualquiera, no. Enmarcaremos su puerta principal con vistosos azulejos añiles y alberos de Talavera. El nombre lo dejo a su elección. Será un lugar donde cualquier mujer con ahorros pueda, además de peinarse y tocarse, asesorarse sobre los últimos secretos de belleza de París, un lugar donde las pomadas, mantecas de cerdo para desenredar, polvos de velutina para la cara, los lunares de pega, los sombreros, botones, pelucas y perfumes compartirán estantes. Sé que es capaz de transformar esas quincallas en los valiosos deseos de todo el que la visite.

—¡Podría incluso vender dentaduras de porcelana de Talavera en vez de las de Sèvres, que son costosísimas! —exclamó, más para ella que para mí, incrédula

todavía por la suerte que le esperaba.

—Si no se le ocurren ideas, yo se las daré —me ofrecí, encantada al ver cómo aceptaba mis sugerencias y su espíritu emprendedor la llevaba a imaginar nuevas ofertas y mejoras.

—Pero es demasiado, excelencia —añadió de pronto—. No podría aceptar tanta generosidad...

—No crea que le hago un favor. Al contrario —insistí—. Sería vuestra merced la que me lo haría a mí, ya que el ejercicio del comercio está muy mal visto entre los nobles y es la única manera que tengo de poder jugar a ese entretenimiento que me está vedado.

Michelle me miró confusa. Ella no lo sabía, pero mis intenciones iban mucho más allá de aquellos proyectos. ¿Quién mejor que ella para entrar en los gabinetes y salir de ellos con la discreción necesaria? Michelle peinaría, maquillaría y tocaría a las damas más ilustres, y sabido es que, durante esas horas de quietud obligada en que se dejan embellecer, suelen soltar sus lenguas y mostrar sus verdaderos complejos, debilidades y proyectos, desvelando, como sin darle importancia, lo que jamás confesarían de otro modo. ¡Cómo no hacerlo ante una mujer que cubre las calvas de sus cabezas, emplasta las cicatrices de sus pieles y disimula las mellas de sus bocas escondiendo sus secretos más azarosos!

Y yo necesitaba toda esa información, no para venderla al mejor postor, no para dañar a nadie ni para sembrar rumores o manipular vidas ajenas, sino para sobrevivir. En una corte poblada de alimañas, advenedizos, interesados y materialistas como la de Madrid, era impensable hacer frente a los envidiosos, a los maledicentes, a todos cuantos deseaban el mal de mi esposo, el mío propio e incluso el de mis hijos sólo porque éramos respetados, porque éramos bien recibidos en los talleres de los pintores y en los salones de los poetas, sólo porque habíamos logrado conservar nuestros nombres limpios de los dimes y diretes que traían y llevaban infidelidades, mentiras y ruina. El hecho de ser nobles, el hecho de poseer propiedades y rentas, que Pedro y yo nos amáramos y nos respetáramos eran cosas que bastaban por sí solas para que muchos y muchas desearan nuestro mal. Y, finalmente y venciendo mis naturales escrúpulos, no me quedaba más remedio que prestarme a jugar su juego, sólo que mejor y más inteligentemente y en legítima defensa, para, de este modo, hacer frente a los ataques que, por nuestra postura política o social, sin duda recibiríamos sin cesar.

—Si todo va bien, Michelle, muy pronto contará con jóvenes aprendices, y con el tiempo podrá relajarse y limitarse a vigilar sus quehaceres —le prometí.

Convencida de la oportunidad que le brindaba, no se anduvo por las ramas y, como si me hubiera leído el pensamiento, me preguntó:

—Aparte de manteneros informada de todo lo que averigüe cuando el asunto esté en marcha, ¿qué debo hacer para empezar?

—Por ahora sólo una cosa. —Fui directa al grano—. Pregúntele a su prometido si recientemente ha llevado algún cuadro de la casa de Goya al palacio de Buenavista, donde reside mi prima Cayetana, la duquesa de Alba. Ha de ser un cuadro especial que probablemente ni siquiera haya visto por estar muy bien empacado.

Como acordándose de algo me interrumpió:

—Sé que precisamente ayer tuvo un encargo muy parecido, si no igual, al que me estáis describiendo. Debió de entretenerse en ello porque quedé con él al atardecer pero por alguna extraña razón no acudió. Tampoco me mandó aviso. Es extraño, porque es un hombre muy cumplidor. Una buena excusa ha de tener. Mañana he quedado en recogerle en su casa para almorzar a la sombra de las encinas de los montes de El Pardo. Es fiesta, ¿sabéis?, y siempre que lo es aprovechamos para hacer una comida campestre. Allí le preguntaré y luego correré a informaros.

—Gracias, Michelle.

Satisfecha por su disposición y sintiendo que mi plan estaba ya en marcha —y, con él, los cambios que tanto necesitaban mi amado esposo y nuestra familia—, me decidí por fin a echarle un vistazo a las plumas con que habíamos de adornar el sombrero.

NI SE LA DISTINGUE

¿Cómo ha de distinguirla? Para conocer lo que ella es, no basta con el antejo, se necesita juicio y práctica del mundo.

Manuscrito del Museo del Prado con respecto al  
Capricho n.º 7 de Goya

A la mañana siguiente, la curiosidad me carcomía las entrañas. Incapaz de esperar a las noticias que me trajese Michelle al finalizar el día, decidí pedir que me preparasen la carroza para ir a la finca de la Moncloa. Aquel templo para el descanso ubicado en el camino de El Pardo servía —al igual que mi particular Capricho— de retiro a María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, duquesa de Alba y conocida afectuosamente como Caye por amigos, primos y demás parientes.

La perfecta excusa para visitarla no fue otra que la de ir a ver un pequeño retrato que el maestro Goya le había pintado y en el que aparecía junto a María de la Luz, una pequeña niña africana que recientemente había adoptado. A solas, aprovecharía la intimidad del encuentro para comentar los pormenores de su primer veraneo como viuda en Sanlúcar, pues su marido, José Álvarez de Toledo, duque de Medina Sidonia y seis años mayor que ella, había fallecido a principios del mes de junio, e intentaría sonsacarle algo acerca de la existencia del lienzo que Godoy buscaba. Su adorada costa andaluza, como siempre que la frecuentaba largas temporadas, le habría hecho mucho bien.

Una vez franqueada su puerta, el zaguante me anunció:

—¡La condesa-duquesa de Benavente, doña María Josefa Alonso-Pimentel!

Cayetana, que estaba sentada frente a una mujer de dudoso aspecto, dejó lo que estaba haciendo, se levantó y vino a abrazarme. No pude evitar una mueca de desagrado, ya que un fuerte aroma a tabaco la envolvía. Al dirigir mi mirada a la mesa donde hacía un segundo estaba sentada pude distinguir varios cuencos con lo que parecían ser virutas de tabaco y otros tantos instrumentos que no llegaba a reconocer. La mujer que la acompañaba, sin levantar la vista siquiera para saludarme, proseguía, muy concentrada, en lo que estaban haciendo: con sorprendente habilidad liaba entre sus afilados dedos un cigarro mientras otro, más pequeño, humeaba apoyado en un cenicero.

No pude disimular mi sorpresa:

—¿Fumas?

Cayetana, divertida por mi expresión de sorpresa, cogió el cigarrillo que estaba encendido. Le dio una profunda calada y poco a poco fue exhalando el humo de su boca.

—Deberías probarlo. Ruperta me está enseñando a liarlos sin romper las hojas, y te aseguro que es mucho más divertido que bordar.

—Y mucho menos femenino. —Me salió del alma.

—¿A qué te refieres, a fumar o a liar?

—Prima, sabes muy bien a qué me refiero. Fumar es algo muy de hombres, aunque puestas a saltarnos la norma siempre será más digno que liar, un vil oficio de cigarreras. Ni una cosa ni la otra son quehaceres de damas.

Cayetana, tras dar otra calada, se carcajeó:

—Como tantas otras cosas que por ñoñas mentecatas acabaremos perdiéndonos. Pepa, para mí desde que murió José se acabaron para siempre los tiempos del deber ser o hacer. Ya sólo actuaré por los impulsos que mi corazón dictamine, y fumar es una de las tantas cosas que siempre me han intrigado y nunca me he atrevido a probar. Ha llegado el momento de mi libertad absoluta y pienso hacer todo lo que se me antoje.

Se dio la vuelta y le ordenó a la cigarrera que saliese. La mujer, desganada, sacó una cesta, extendió un paño, guardó en él todo lo que sobre la mesa había desplegado y se marchó tras hacer una forzada reverencia. El contoneo de sus caderas daba que pensar. Sin duda era una de los cientos de mujeres que se habían preparado para entrar a trabajar en la fábrica de aguardientes, papel sellado y barajas; y, posiblemente y dado su marcado acento andaluz, con la promesa de una vida mejor aquí se la había traído Cayetana desde Cádiz, donde la Fábrica Nacional de Tabacos tenía su sede. Además, se había dejado oír por la villa y corte el rumor de que muy pronto se necesitarían despalladoras, embotadoras, empaquetadoras, cartucheras y cigarreras para trabajar también en Madrid, y esta noticia había corrido como la pólvora entre las que, esperanzadas por la oportunidad, no quisieron dejarla pasar. He aquí que más de una mujerzuela, cansada de otros oficios más viles aún, se preparaba para dejar las calles y dedicarse a algo más digno.

Cayetana esperó a que nos quedásemos solas para apagar el cigarro. Al pensar en lo que había venido a decirle, agradecí que su madre, la condesa de los Arcos, no estuviera presente. Mi prima retomó la conversación:

—Fumar sólo es uno de los muchos privilegios que tenemos las viudas frente a las casadas, Pepa. Pero no sé de qué te extrañas, escuchando cómo os presentó el zaganete me da que pensar que tus ideas no están tan lejanas de las mías, pues si yo prefiero ser duquesa de Alba en vez de duquesa viuda de Medina Sidonia, y me lo

puedo permitir, tú te haces llamar condesa-duquesa de Benavente en vez de duquesa de Osuna. ¿Dónde olvidaste el nombre de tu marido? Creo que a Pedro no le gustaría saberlo.

Reprimenda por reprimenda, Cayetana tenía la virtud de encaminar todas las conversaciones hacia su propio terreno.

—Supongo que es la costumbre —respondí—. Pedro se empeña en anteponer el ducado de Osuna a cualquier otro título de los que poseemos, y no me opongo a ello, pero cuando estoy sola me sigue gustando usar el mío, el que heredé de mi padre. Hazme un favor y no me reproches, prima, que no quiero privarme de ese placer.

—Haz lo que te plazca, que yo haré lo mismo —asintió Cayetana—. Cualquiera que te escuche... ¡Ni que necesitaras de mi permiso para hacer lo que te venga en gana! ¡Qué diantre, qué más dará el estado! Viuda, soltera, casada o monja, a una mujer siempre le gusta conservar su identidad, y más si ésta iguala o supera a la de su consorte.

Antes de tomar asiento le tendí un pequeño detalle que le traía. Siempre era difícil hacerle un regalo a alguien que todo lo tenía, pero sabía que le gustaría. Al desempaquetarlo, descubrió una jaula de bambú blanco. En su interior, una pareja de ruiseñores incubaban los huevos de su nido.

—El macho es uno de los mejores cantarines de mi jardín. Sólo tienes que dejarlos bien escondidos entre los ramajes de un matojo cercano a tu ventana y no tardarás en comprobarlo. Su trinar te animará cada mañana al levantarte.

—Gracias. No te pregunto cómo ha conseguido Prévost robárselo a las ramas del árbol sin romper uno solo de sus huevos, porque también tendrá sus secretos.

Desconfié de que supiese el nombre de mi jardinero, eso indicaba sin duda que probablemente se le había pasado por la cabeza arrebatármelo. Y es que las grandes señoras alimentaban sus envidias con las peores intenciones. Robar un sirviente de valía para después alardear de ello en público era algo que las hacía sentir bien, y nunca se paraban a calcular que un desertor nunca suele serlo una sola vez. Fue entonces, al observarla en silencio, cuando reparé en que iba vestida con una bata de color verde y, por la confianza que nos teníamos, no me reprimí:

—Pero ¡Cayetana! ¿Y el luto?

—El luto para quien lo quiera. —Fue tajante—. Después de cuatro meses disfrazada de cuervo a todas horas procuro evitar el negro como a una epidemia de viruela.

—No seré yo la que te diga lo que tienes que hacer. —Me encogí de hombros.

—Te lo agradezco —sonrió—, porque, a pesar de lo que se supone que debo hacer, a mis treinta y cuatro años lo que me pide el cuerpo es vestir de colores

llamativos. Y es que no hay nada que solivianta más la libido de una joven viuda que el antiguo lecho conyugal perpetuamente vacío.

—Haz caso de esta prima mayor y da tiempo al tiempo sin desmadrarte —le aconsejé—. Yo supe lo que era la soledad cuando, recién casados, Pedro tuvo que partir a Nápoles como miembro del comité de representación del rey para el nacimiento de su nieta, la infanta María Teresa. Esa vez fue mi embarazo lo que me ayudó a evitar tentaciones.

—No es lo mismo, Pepa. Tú sabías que él regresaría. ¿O acaso fue diferente cuando años después viajó al asedio de Gibraltar o a la reconquista de Menorca contra los ingleses? La incertidumbre de un certero regreso sano y salvo ¿no te tuvo en vilo? —Cayetana sabía de nuestras vidas como si de una hermana se tratase.

Recordando, asentí:

—Por supuesto, pero no por ello me lancé a los brazos de cualquiera. ¿O es que crees que no tuve oportunidades para ello?

—No lo dudo. —Su mirada pícaro insinuaba cierta malicia—. Esa mirada de ojos garzos hubiera podido levantar más de una pasión si tu recta moral no te hubiese frenado en el impulso. El riesgo de una preñez por correspondencia es algo que tu integridad nunca hubiera permitido.

—¡Cayetana! —le espeté.

—Tanto leer a Rousseau y a los grandes ilustrados por un lado y tan retrógrada por el otro... —Sonrió—. Te creía más liberal. Mira a la reina María Luisa, preñada sin descanso y sin saber exactamente de quién. Debería dar lecciones de cómo lograrlo, es probablemente la mejor maestra en ese tipo de empresas.

Aunque eran rumores que todo el mundo conocía, la chisté. Cerró los ojos y comenzó a abanicarse como si un ardor interior le hubiera sobrevenido de pronto.

—Reconócelo, prima —prosiguió—, si existiera un método para certificar la paternidad verdadera de los niños que nacen, esta corte ardería. Nunca más que hoy los hijos son de las madres, mientras que el padre simplemente se les supone.

Me indigné tanto que no pude evitar arrancarle el abanico de las manos.

—Con esos comentarios sólo conseguirás denostarte. Cayetana, bien sabes que de haber tenido hijos éstos deberían tener la sangre de sus antecesores para ser así los únicos portadores del recuerdo de sus grandezas. ¿O es que encontrarías lógico que un rey, duque, marqués o conde lo sea sin ser descendiente de su verdadero antecesor? ¡Te imaginas al hijo de un porquero convertido en rey! La nobleza ha de llevarse en la sangre, y la veracidad de ello sólo depende de nuestra honestidad.

Recuperando el abanico y aireándose de nuevo, se carcajeó.

—¿Cómo puedes decir eso sabiendo que la corona más grande es la más cornuda?

¿Quieres que te dé nombres? —Su voz se quebró por un instante. Bajando la mirada, cerró de golpe el abanico antes de continuar—. Pero... ¿y a mí qué me importa todo eso? No sé por qué pierdo el tiempo discutiendo contigo si, como bien has apuntado, nunca logré ser madre. Lo único cierto de todo esto es que el día en que la decimotercera duquesa de Alba de Tormes falte, todos mis títulos pasarán al pariente vivo que mejor derecho tenga para sucederme, al igual que los de mi marido han pasado a su hermano Francisco. —Tragó saliva—. Pepa, yo ya he cumplido con creces con todo lo que se me demandaba por mi posición. Me casé con José Álvarez de Toledo por consejo y conveniencia de mi madre a los trece años, intenté durante casi dos décadas cumplir con el débito de la maternidad, lidié reiteradamente con ese sentimiento de frustración que produce la sangre de cada mes al bajar después de haberlo intentado con todo el ahínco imaginable... Y por eso te puedo asegurar que tengo la conciencia tranquila.

Como si de una confesión se tratase, calló un segundo para suspirar. Por respeto no quise interrumpirla, pero ya la imprevisible Cayetana, la que hacía un segundo se sumía en la melancolía más dolorosa, ahora se erguía como un pavo para apretarse a la cintura la lazada de la bata chinesca color esmeralda. Y es que si algo caracterizaba a la duquesa de Alba eran sus perpetuos y repentinos cambios de humor. Tomando una bocanada de aire, alzó la voz:

—Sí, prima, tengo la conciencia tan tranquila que ahora que me veo liberada del débito conyugal no pienso poner trabas a mis deseos. Al ser viuda huera no tengo un hombre a quien ponerle los cuernos ni hijos a los que defraudar.

Me cerré la mantilla sobre mi abultado vientre e inconscientemente intenté ocultar mi avanzado embarazo. Me puse en su lugar y pensé que, a pesar de haber tenido que enterrar cinco cajas blancas, yo tenía otros cinco pequeños en los que refugiarme. Ella, en cambio, por mucho que procurase disimular se sumía en la soledad más absoluta. Intenté animarla:

—Eres joven y aún puedes casarte de nuevo. Mira a tu madre, que llegó a hacerlo tres veces. La primera con tu padre, el duque de Huéscar, después con el conde de Fuentes y más tarde con el duque de los Arcos. Y mírame a mí también, soy más de una década mayor que tú y...

Al ver su mirada me detuve, no terminé mi frase por no herirla del mismo modo que tampoco tuve ánimos para evitar que se acercara a mí y, retirando el chal y rescatando mi vientre de su escondrijo, me lo acariciara.

—¿Casarme de nuevo? —repuso—. ¿Para qué? ¿Para seguir sufriendo? No, Pepa, no. Desde que soy mujer he consultado con decenas de cirujanos, parteras y sacasangres, y todos coinciden en una sola cosa: estoy desahuciada para ser madre. Soy tan inútil como la más vieja para concebir. —Sin dejar que el tono decayese,

continuó fingiéndose ufana—. ¡Pero de todo hay que sacar algo positivo y yo lo he encontrado! Hace mucho tiempo que los herreros dejaron de forjar cinturones de castidad y yo no pienso fraguarme uno de prejuicios. Gracias a mi problema tampoco he de preocuparme por un embarazo no deseado. Eso al menos me otorga la ventaja de hacer lo que quiera sin temer las consecuencias.

Chisté de nuevo temiendo que alguien de la casa la hubiese oído y, susurrando, la reconvine:

—¡Por Dios, Cayetana, calla y conserva la dignidad! ¿O es que quieres acabar en boca de todos?

—A estas alturas de la vida no me importa. ¡No sabes hasta qué punto disfrutaré robando el protagonismo a la reina! ¡Qué gozo dar carnaza a los mentideros!

—En las tertulias ilustradas ése es el último tema del que se habla, te lo aseguro —le negué—. Los toros, la literatura, el arte y el amor dan para muchas horas de conversación sin tener que recurrir a chismes de mal gusto. Si vinieras a las que celebro en mi casa, lo sabrías.

—De hacerlo hubiera preferido ir a las que Moratín organizaba en la fonda de San Sebastián, menos encopetadas y regadas con todo tipo de elixires —me espetó enfadada.

Tan lanzada a las calles la encontré que procuré encontrarle un divertimento más acorde a sus apetencias:

—Déjate de fondas, que no son lugar para damas, y acompáñame algún jueves a la Canosa. Es la botillería más frecuentada de la Carrera de San Jerónimo. Allí, mientras esperamos en la calesa a que nos traigan alojas o refrescos helados para llevarnos al Paseo del Prado, podrás recrearte en las discusiones a pie de calle.

—Tú, prima, siempre manteniendo las distancias —resopló—. ¿Temes acaso que nos escupan? Yo lo que quiero es ir de romería, danzar, cantar y emborracharme con las gentes de a pie. Por eso sólo aceptaría tu proposición siempre y cuando vayamos tocadas de mantillas blancas y vestidas con basquiñas.

—¿De verdad quieres llevar las ropas de una vulgar manoletera?

—Sí, y está claro que tú no estás dispuesta a seguirme en este juego. Hazme un favor, Pepa, deja de organizarme la vida, que yo bien sé cómo hacerlo a mi gusto y sin intimidar. Si no te divierten los asuntos de cama ni los usos del pueblo, deja ya de disimular y pregúntame sin temor, porque me parece evidente que no es tu preocupación por mi estado de ánimo lo que te ha traído hasta aquí, ya que nunca acudes a mi casa con tanta premura. Dime, ¿qué es lo que de verdad te ha hecho venir a mi casa?

Con la vista fija en el dibujo de Cayetana y de su hija adoptada, decidí ir directa

al asunto:

—Busco saber si el maestro Goya pintó para ti este verano algo más que ese retrato con tu prohijada negrita.

—Se llama María de la Luz.

—Curioso nombre para una niña africana.

—No hace referencia al color de su piel sino a cómo iluminó mi vida al llegar a esta casa. —Fue tajante.

—Sea por lo que sea, es preciosa. —Intenté rectificar y abandoné el sarcasmo que dejó traslucir mi comentario anterior—. Pero, dime, ¿te pintó Goya algún otro cuadro? ¿Tienes algo más de él aparte de tus retratos, los de tu suegra y tu difunto esposo, y los dibujos de su cuaderno? Se lo podría preguntar a él, pero ya sabes cómo es de discreto, y no quiero ponerlo en un brete. Sé que el maestro acostumbra a trabajar a destajo, y no puedo creer que en todo el tiempo que estuvo en Sanlúcar sólo pintase ese cuadro.

Cayetana, haciéndose la remolona, se enroscó un mechón de su negro pelo en el dedo.

—Y no lo hizo. Goya, a pesar de ese carácter hosco, fue tremendamente generoso y cedió a todos y cada uno de mis caprichos.

No era de extrañar, ya que tanto para mí como para muchos otros era evidente que no la miraba como a todas las demás, y en más de una ocasión había admitido en público no conocer en toda la corte a una mujer más bella. No me anduve por las ramas:

—¿Sería mucho preguntar en qué consisten ahora tus caprichos? ¿No será el pintor uno de ellos por casualidad?

Se rió:

—¿Tú le has visto bien? Es serio, distante y, desde su enfermedad, parece mucho más viejo. Además, está sordo. ¡Si es un cascarrabias que gruñe cada vez que le encargan un retrato por muy bien pagado que esté!

No la creí.

—Las dos sabemos que a don Francisco hay unas personas que le estimulan más que otras. Y no es tan viejo, sólo tiene cincuenta años, muy poco más que yo. ¿Qué es lo que te molesta? Como acérrimo amante de la belleza femenina, suele afanarse con las modelos que rezuman inspiración, y en ti la encuentra sin problema. Él mismo lo ha reconocido. No es ningún secreto que disfruta como con nadie más reflejando tu figura en el lienzo. ¡Si cada vez que se lo puede permitir pinta tu cuerpo a otras mujeres! Tus separados pechos y tu cinturita de avispa se repiten en sus dibujos, aguafuertes, óleos y grabados una y mil veces. ¿O es que no te has percatado de cómo

te mira de soslayo? Imagínate cómo gozaría pudiendo retratarte sin tapujos durante horas y analizando cada pulgada de tu semblante...

—No hace falta que lo imagine porque ya lo ha hecho —asintió Cayetana.

Disimulé mi satisfacción. ¡Estaba consiguiendo sonsacárselo y no haría falta que la encizañara más para que siguiera hablando, pues ella misma parecía deseosa por contármelo todo! Aun así, la ayudé un poco:

—¿Te refieres a los retratos que te hizo vestida de blanco y de negro?

Ladeando la cabeza, Cayetana me miró.

—Puede.

—A mí no me engañas —insistí, sentándome a su lado para acortar distancias—. Por tu expresión sé que me escondes algo. Si me lo revelas..., te haré una importante confidencia sobre Godoy.

Cayetana dudó un segundo.

—Mi capricho nunca ha sido el maestro, sino la manera que tiene de manejar los pinceles sobre el lienzo, lo que de ellos surge y el realismo de sus retratos. Por eso lo elegí a él para verme reflejada en todo mi esplendor sin ornamentos de ninguna clase.

Tragando saliva intenté no delatar mi curiosidad:

—¿Te refieres a sin vestidos ni joyas?

—¡Tan desnuda como la *Danae* de Tiziano o la *Venus* de Velázquez, y tan sensual como Afrodita! —exclamó sonriente.

—¿Os visitó Eros? —No pude contenerme a la pregunta.

Como intentando recrear un lejano recuerdo, alzó la vista a la lámpara:

—Allí, entregada a su escutar, me embargó un extraño sentimiento de libertad que me impulsó a soñar. Inmóvil, lo observaba rastreando cada pulgada de mi piel. Parecía un perro hocicando en una tierra virgen de excavaciones para hallar sus ansiadas trufas. Tanta ansia demostraba en ello que hubo un momento en que mi pecho se excitó y delató lo único que a sus ojos yo escondía: mis levantiscos deseos. Al empezarle a fallar el pulso, don Francisco disimuló acercándoseme para recolocar el almohadón donde andaba recostada. Al tenerlo tan cerca de mí, el abultamiento de sus calzas me rozó el brazo. Fue entonces cuando, a pesar de su usual cautela, se atrevió a mirarme fijamente a los ojos esperando algún ademán por mi parte, pero yo no deseaba tal intimidad y supe frenarlo: me levanté rauda, me envolví en la sábana de seda que tenía bajo mi cuerpo y desaparecí. Las siguientes sesiones fueron mucho más distantes, pero, a pesar de ello, ¡no sabes lo bien que ha quedado el cuadro!

No pude dejar de pensar en la gélida frialdad que Goya debió de sentir al verse rechazado, pero Cayetana era así. Le gustaba jugar siempre y cuando ella estableciese las reglas. Por otro lado, era tremendamente imaginativa y todo esto que me estaba

contando bien podía ser perfectamente una más de sus usuales invenciones, un ardid para ver cómo reaccionábamos los demás ante su actitud provocadora, para dar que hablar o para vengarse de alguien.

Necesitaba ver el cuadro en cuestión; sólo así podía asegurarme de que lo que me había contado era cierto. Cayetana, divertida, se levantó para servirse un coñac.

—Pepa, confío en tu discreción —me advirtió—. Esto no lo sabe nadie, y el maestro Goya no será quien lo desvele a sabiendas de que últimamente el Santo Oficio está censurando todo tipo de libros, obras y retratos.

—No me engañes, Cayetana, porque sabes que los rumores vuelan. —No pude contenerme—. Yo misma ya había oído algo al respecto, aunque no lo quise creer, y precisamente por eso he venido a preguntártelo. Ahora que tú me lo confirmas, ¿no tienes miedo de que alguien pueda verlo y te denuncie? Hacer pública esa obra significaría tu detención por falta de decoro, y ya sabes las ganas que te tiene la reina.

Tendiéndome otro vaso, me contestó:

—Soy osada pero no idiota, Pepa. Nadie jamás me podrá identificar como la retratada. —Yo, incrédula, arqueé las cejas. Ella prosiguió—: Goya pintó mi cuerpo sin rostro. Ahora mismo el retrato está, pues, inacabado, y ya veremos más adelante si lo completamos o ponemos la cara de otra mujer.

—¿Y para qué quieres un cuadro si no es para pasar a la posteridad? No lo entiendo. —Mi pregunta sonó absurda.

—Ya sé que tú eres capaz de acuchillar tu propio retrato si no te ves reflejada en él, pero yo con éste precisamente lo que busco es el anonimato.

Me sentí molesta por que se hubiese enterado de aquel ataque de furia que tuve con el maestro Esteve, más que nada porque vulneraba la imagen pacífica y serena que siempre había procurado aparentar.

—Aún no sé cómo puedo mantener a Esteve de maestro de los niños... —respondí, haciendo alusión al incidente pero sin entrar en detalles; yo quería cambiar de tema—. Pero esto es diferente, ¿de verdad crees que nadie será capaz de identificar tu cuerpo con todas las pistas que según dices muestra el lienzo?

—Nadie, porque como sabes siempre he sido morena, y esa mujer sin rostro es rubia de pubis y pezones.

Cayetana sonrió abiertamente, como una niña traviesa que, antes de ser descubierta en una trastada, se hubiera procurado una coartada que ella consideraba infalible.

—¿Puedo verlo? —pregunté, ya sin poder contenerme.

—Te lo enseñaría, pero hace dos días que espero a que el mandadero del maestro me lo traiga. No sé por qué se demora. Espero que Goya no se haya arrepentido y

ahora no quiera enviarme la obra porque está inconclusa. Hoy mismo le escribiré para recordárselo. No deseo que la retenga, quiero que mi cuerpo, incluso el pintado al óleo, sea sólo mío. En fin —suspiró—, cuando lo tenga, no dudes de que te avisaré.

Levantándome con cuidado, para no destrozarme los riñones por el peso de la tripa, me dispuse a despedirme:

—No dejes de hacerlo, porque ardo en deseos de que me lo enseñes.

—Como tantos otros, Pepa. —Sonrió besándome en la mejilla.

No quise decirle todavía que Godoy era el primero de esa lista de posibles y fervorosos espectadores de su retrato. Aún no podía. Tenía que esperar a que Michelle me corroborara esa misma noche su definitiva existencia, así como el lugar donde ese desnudo, si es que todo lo que había oído de boca de Cayetana no era una más de sus fantasías, podía encontrarse.

EL AMOR Y LA MUERTE

De los amores ilícitos, no se suelen seguir más que ruidos y peticiones.

Manuscrito de la Biblioteca Nacional sobre  
el Capricho n.º 10 de Goya

Aquella tarde de toros decidí vestirme en nuestra casa de la Cuesta de la Vega para llegar a tiempo a la corrida. Desde que El Capricho se convirtió en nuestra morada preferida, aquella casona del centro de Madrid atestada en el pasado languidecía en la estacada. A excepción de diez sigilosos cuerpos de casa y cuatro guardias de seguridad, prácticamente nadie más circulaba por sus estancias. Como en otras ocasiones, podría haber arrastrado a todo el mundo tras de mí, pero aquella tarde primaveral preferí dejar que los niños disfrutaran de sus juegos en El Capricho y que Pedro acudiera a una de sus apreciadas cacerías en los cercanos campos de Viñuelas.

Mi solitario reflejo en un espejo de cuerpo entero me recordó que sólo contaba con las prodigiosas manos de Michelle para suplir los trabajos de las doncellas y ayudas de cámara.

Impaciente, al ver que no llegaba me decidí a vestirme sola. Después aguardé durante más de media hora por si aparecía para maquillarme y peinarme, pero ella seguía retrasándose a pesar de su usual puntualidad. ¿Qué estaría ocurriendo? Comencé a preocuparme, pues no olvidaba que aquél era el día en que se había comprometido a traerme noticias frescas de casa de su novio. La ansiedad fue haciendo mella en mi imaginación y, cuando quise darme cuenta, comprendí que la intranquilidad se había adueñado de mí.

Procurando recuperar el sosiego, pensé en mi prima Cayetana y en los extraños caprichos que últimamente la poseían y, como asociando una cosa con otra, vinieron a mi memoria los cuadros que Goya había pintado hacía ya nueve años para mi antesala. La belleza y la alegría costumbrista que aquellas obras reflejaban llenaban el lugar de fresca y dicha. Su realismo y su hábil plasmación de las escenas de recreo habituales entre las capas más populares de la villa y corte hacían que observarlas fuera como asomarse a un balcón sobre la dehesa para contemplar lo que en realidad sucedía allí un día de fiesta.

Acostumbraba a recrearme en aquellos cuadros paseando muy despacio para estudiarlos y disfrutarlos con detenimiento: *Asalto al coche*, *El columpio*, *La cucaña*,

*La caída, Procesión de aldea, Asalto de la diligencia y La conducción de un sillar*, todas eran escenas cotidianas que plasmó en el lienzo según su propia elección, ya que Pedro y yo, después de indicarle el lugar para el que deseábamos la obra, confiábamos plenamente en su gusto y en su criterio, y le dábamos libertad absoluta, no en vano de lo que se trataba era de ayudarle a dar rienda suelta a su genio creativo y no de abrumarle con encargos demasiado estrictos que coartarían su albedrío como genio y artista.

Con los años, y sobre todo después de su enfermedad, que le había tenido gravemente encamado en 1793 y que le había dejado la terrible secuela de una sordera permanente, don Francisco cada vez se mostraba más reservado, y esto le hacía ser más crítico con todo lo que le rodeaba. Quizá fuese porque la privación del sentido del oído le había ensimismado y le había hecho más perceptivo a la paz, a la tranquilidad y al sosiego, o tal vez porque al no oír podía percibir mejor lo que los rostros muchas veces muestran sin necesidad de hablar —las envidias, la ira, el enojo...—; era posible, en fin, que al comunicarse menos se hubiera vuelto todavía más observador de lo que ya de por sí era. De ese modo, ahora era capaz de reconocer como nadie la injusticia o la alegría que latían en nuestro mundo, o quizá la enfermedad había provocado que la locura propia que escondía empezara ahora a emerger.

Fuera como fuese, el caso era que, al preguntarle por su estado, él solía culpar de todos sus males al envenenamiento que le provocaba la continua inhalación del plomo de albayalde en su paleta, algo que, paradójicamente, era dañino pero inevitable, dado que aquella ponzoña le daba de comer y prescindir de ella significaría robar fuerza a las texturas y colores de sus obras, lo que bajo ningún concepto estaba dispuesto a sacrificar. Sonreí al recordar las palabras que recientemente había pronunciado después de que Pedro y yo le hicimos la proposición de pintar una segunda serie de obras, concretamente cinco, para decorar El Capricho:

—Para ocupar la imaginación mortificada en la consideración de mis males —nos respondió don Francisco, ilusionado— me dedicaré a pintar un juego de cuadros para el gabinete de su excelencia que no den lugar a ninguna obra encargada y en los que mi capricho y la invención no tengan ensanches.

Y, en efecto, esperaba que aquellos cuadros, que todavía no nos había entregado, pues el encargo era reciente, no fueran sino el capricho de mi pintor preferido y su mejor presente para con nuestra familia.

Seguía absorta en ellos cuando oí el jadeo de alguien a mi espalda. Era Michelle, que al fin había llegado. Su expresión era de espanto, traía los ojos hinchados a causa del llanto y las manos convertidas en dos puños que, cerrados con rabia, parecían de

piedra. Me acerqué a ella y, asiéndola de los hombros, la obligué a tomar asiento junto a mí.

—¿Qué te ocurre, criatura? —le pregunté preocupada, y, como ella no respondía y permanecía con la mirada perdida en un punto infinito, por entretener aquel incómodo silencio comencé a desatarle la lazada del sombrero.

Al hacerlo sentí que uno de sus extremos estaba empapado, miré la mancha que había dejado en la palma de mi mano y me asusté. ¡Era sangre! Michelle, aún incapaz de articular palabra, me miraba trémula. Temiendo que estuviera herida le arranqué de un tirón la capa para descubrir consternada que su pechera también rezumaba muerte. Contuve la respiración hasta estar segura de que la sangre no era de ella.

Esperé una explicación, pero ella únicamente alcanzó a proferir unos cuantos balbuceos antes de romper a llorar de nuevo. Escondió su rostro entre las manos y comenzó a mover a un lado y a otro la cabeza, como negando una y otra vez. Acariciándole la espalda, esperé a que se calmara.

—Señora, siento el retraso —alcanzó a decir—, pero es que...

Un oscuro presentimiento me asaltó de pronto: ¿sería aquella alma cándida capaz de matar a alguien? Dispuesta a desentrañar aquel misterio cuanto antes, me levanté rauda y, alcanzando una jarra de cristal dispuesta a tal efecto, le tendí un vaso de agua mientras le indicaba que lo bebiera. Tenía que tranquilizarse lo antes posible para poder contarme cuál era la causa de su estado.

—Bebe despacio, es de la saludable fuente de la Mariblanca y está muy fresquita, la acaba de traer en su cuba un aguador asturiano.

Le hablaba con calma, procurando distraerla y hacer que pensara en otra cosa, que se entretuviera con cualquier nadería para que así dejara de llorar, como sabía que solía funcionar con mis hijos cuando rompían a sollozar presos de cualquier rabieta. Tomé un azucarillo y, con gesto sereno, demorándome en la tarea, lo eché en su vaso para que se disolviese; después, procurando que mi pulso no delatara el nerviosismo que también me dominaba, lo revolví calmosa con una cucharilla de plata. Ella, con labios temblorosos, lo miró ausente durante un instante que se me hizo eterno antes de prorrumpir en un aullido angustiado:

—¡Me lo han matado!

Dejé pronta el vaso sobre la mesita de mármol antes de que mi mano, que ahora sí había comenzado a temblar convulsamente también, lo soltara y lo convirtiera en añicos contra el suelo. No ignoraba que en la villa morían a diario muchos hombres, pero nunca había podido imaginar que la mala suerte se cebaría de tal manera con la pobre Michelle y su enamorado, el soguilla de Goya.

Me sentí profundamente desolada; no era, por supuesto, en absoluto responsable de aquella muerte, pero sí en cierto modo de que hubiera sido aquella pobre

muchacha la que, precisamente por mi orden, la hubiese descubierto. Ella, agotada de tanto llorar, posiblemente ya sin lágrimas, se enjugó las que todavía le corrían por las mejillas, suspiró desamparada y comenzó:

—Hoy, como sabe, llena de ilusiones por la proposición que me hizo su excelencia de dote para mi matrimonio, casa y comercio para la sombrerería, he ido a ver a Juan a la buhardilla donde vive, en la calle Desengaño, esquina Fuencarral. Quizá la conozca porque está justo enfrente de la tienda de perfumes y licores donde el maestro Goya suele vender sus estampas.

Asentí con la esperanza de que fuese directa al grano sin andarse por las ramas, pues la ansiedad por saber qué había sucedido me tenía en vilo. Michelle, de nuevo suspirando profundamente, continuó:

—Al llegar me pareció extraño que la puerta trasera de la cuadra estuviese entornada, pensé que quizá anduviese cargando algo, pero allí no había nadie excepto sus dos mulos y el carro vacío. Junto a la puerta estaban tirados dos tableros grandes tapizados de algodón, un trapo y un montón de sogas cortadas.

La interrumpí para averiguar si eran los protectores del cuadro que desde hacía días esperaba recibir Cayetana. El mismo por el que Godoy suspiraba.

—¿Eran como los parapetos que ponen a las pinturas para protegerlas en las mudanzas? —le pregunté.

Michelle asintió con un gesto de la cabeza y continuó con su relato:

—Asomada a la escalera llamé a gritos a Juan y, al no recibir respuesta, decidí subir. —Su voz se rompió en hipidos que anticipaban lo que había hallado al llegar al final de la escalera—: A tientas entre la penumbra acudí junto al único ventanuco que aireaba su buhardilla para abrir los postigos y... fue entonces cuando lo descubrí.

Una mueca de dolor a punto estuvo de detener de nuevo su desconsolada narración. Haciendo un ímprobo esfuerzo inspiró para terminar de contármelo:

—Allí estaba. Tumbado bocabajo sobre un gran charco de sangre. Se me heló la sangre y no fui capaz de dar un solo paso, ¡había llegado tarde, señora!

Se derrumbó entre mis brazos y retomó su llanto. Yo la dejé desahogarse, pues comprendía su dolor y su impotencia.

Cuando se hubo calmado la obligué a beber un poco más. Gracias a esto recobró algo la compostura y pudo explicarme:

—Tentada estuve el día anterior de allegarme allí, pero mi orgullo de mujer a la que habían plantado me lo impidió. ¡Y pensar que si lo hubiese hecho entonces quizá habría llegado a tiempo para salvar a mi hombre!

La mala conciencia desató de nuevo su contenido dolor. Aquella muchacha necesitaba un hombro amigo sobre el que llorar. La abracé de nuevo. ¿Qué sabía el

protocolo de consuelos?

—No te disculpes, Michelle. Probablemente, de haber estado allí en el fatídico momento no hubieses podido hacer otra cosa que morir junto a él.

Le tendí mi pañuelo para que se sonase. Al abrirlo reparó en los hermosos bordados de la corona que las monjas jerónimas me habían hecho y se negó a utilizarlo haciendo un amago de devolvérmelo. Sin pretender azuzarla, pero ansiosa por que continuase, yo misma le estrujé la nariz para que soprase. Cerré en mi puño aquel húmedo pañuelo y, definitivamente, se lo regalé.

—Quédatelo.

Suspirando, lo guardó en su faltriquera y se dispuso a terminar de detallarme lo más duro de su relato:

—Cuando la sangre empezó a correr de nuevo por mis venas, lentamente me acerqué para darle la vuelta. Su mirada inerte se clavó en mis ojos como dos punzantes alfileres. Sólo cuando besé aquellos labios sin vida fui totalmente consciente de que realmente ya no estaba en este mundo. —Cabizbaja, se posó la mano en el pecho—. Al cerrarle los párpados y abrazarle por última vez fue cuando me manché. Porque aunque ya no le quedase un aliento para derramar, su sangre todavía manaba a raudales. Conté cinco puñaladas en su pecho. ¡Juanillo de mi vida! ¡Y pensar que iba dispuesta a enfadarme con él por no haberme avisado de su ausencia el día anterior!

Intuyendo que volvería a recaer en el llanto, formulé una pregunta destinada a despistarla:

—¿Diste la voz de alarma? —Lamentaba ser tan directa, pero el asunto me preocupaba.

—No hizo falta avisar a nadie —contestó Michelle a mi pregunta con la parsimonia de quien habla con los pensamientos a mil leguas de distancia—. Muy al contrario, al oír una gran algarabía en el patio de la corrala salí despavorida por el ventanuco del que ya le he hablado y salté a un tejado de los aldaños sin que nadie me viera. Desde allí, como una sigilosa gata, pude avistar a los alguaciles que en el patio andaban trasteándolo todo.

—Eso sólo puede significar que alguien antes que tú debió de descubrir el cadáver de Juanillo —conjeturé.

—Así tuvo que ser, mi señora —asintió—. Sé que yo no tenía nada que esconder, pero ante el temor de que me endosasen el muerto decidí quitarme de en medio discretamente y sin dar demasiadas explicaciones. ¿Hice mal?

Todo aquello sonaba demasiado extraño.

—¿Estás segura de que lograste huir sin que te vieran, Michelle? —pregunté.

Con la mirada anclada en la punta de sus botines, susurró temerosa:

—No del todo. La verdad es que uno de los alguaciles, al sentir caer una teja, alzó la vista. Dudo que le diese tiempo de verme la cara, pero me llamó a gritos. Lo siento, mi señora. Quizá fue una idiotez actuar de semejante modo, pero quería evitar a toda costa que me detuviesen porque... ya sabe que muchos llaman interrogar a matar lentamente. Siento reconocer que, de haber caído en un calabozo de torturas, al primer zurriagazo hubiese delatado que vuestra excelencia fue quien me mandó acudir allí. Señora duquesa, ya sabe que le seré fiel hasta la muerte, pero si hay algo que puede doblegar mi voluntad es el miedo al dolor.

Agradecí su sinceridad. Mientras, entre suspiros más calmados, ella se percató de que debía arreglarme para ir a la corrida y, levantándose y moviéndose con torpeza, lenta de reflejos como una anciana, comenzó a recogerme el pelo en una redecilla para ponerme la peluca que sobre una cabeza de maniquí aguardaba preparada desde mucho antes de su llegada. La detuve.

—Déjalo, que hoy no estás para peinar a nadie. Me dejaré el pelo suelto, sólo lo recogeré con esta cinta salmón y blanca a modo de diadema. ¡Malditas las ganas que tengo de ir a los toros después de todo esto! —exclamé, aunque después de esta explosión de mal genio recapacité—. Pero debo hacerlo, Michelle. Después de lo sucedido, y precisamente para averiguar qué se oculta tras la muerte de tu prometido y si tiene relación o no con ese misterioso retrato pintado por Goya, más que nunca debo estar atenta a lo que se cuece en los mentideros y codearme tanto con Cayetana como con Godoy, pues los dos tienen relación con esa obra. Ambos estarán esta tarde en la corrida, así como también el maestro, y es imperioso descubrir hasta qué punto cualquiera de ellos puede estar implicado en este asesinato. Sólo así, Michelle, podremos descubrir al culpable y hacerle justicia a tu enamorado, y sólo así podré estar tranquila, pues algo me dice que, hasta que esa pintura no aparezca, ni tú ni yo ni mi propia familia conoceremos la paz.

Con el cepillo de plata aún en la mano derecha, me miró a través de nuestro reflejo en el espejo y habló con una serenidad que me desarmó:

—Perdone por mi intromisión, excelencia, pero si le sirve mi opinión, creo que tiene razón: hay muchos que la esperan y faltar sólo levantaría sospechas sobre usted, ya que todos saben que soy una de sus protegidas. Además, déjeme hacer algo y arreglarla, así estaré entretenida mientras la peino. Necesito no pensar.

Incapaz de discutir, se lo permití, y Michelle se puso manos a la obra. Al cabo de un rato, en silencio las dos, mientras ella me engrasaba con manteca perfumada un pequeño mechón para trenzarlo y empolvarlo y yo esperaba paciente a que terminara, oímos claramente cómo el peso de un cuerpo saltaba sobre la forja del balcón. Al desviar a la vez nuestra mirada hacia la ventana, las cortinas de encaje flamearon al

viento y dejaron entrever la sombra de un hombre agazapado tras ellas.

A esas horas, la corrida habría empezado ya. Los toreros más populares del momento se estarían batiendo en la plaza y no habría una alma en la corte que no estuviese deleitándose con su lidia. Estaba claro que el ladrón, fuese quien fuese, debía de suponerme fuera.

Pensé en llamar a la guardia, pero la intuición me detuvo y comprendí al instante que el intruso creía, en efecto, que la casa estaba vacía, pues las dos llevábamos ya mucho rato en silencio y, al estar la estancia en penumbra y nosotras quietas en un rincón, nuestra presencia no era fácil de descubrir. Con un movimiento rápido puse mi dedo sobre los labios de la sombrerera para evitar que profiriese sonido alguno.

Llamar a la guardia y que detuvieran al intruso sin averiguar antes a qué había venido sería como lanzar un chorro de tinta sobre la única pista posible. Fuera quien fuera no le temía; muy al contrario, estaba dispuesta a desafiarle dejándole entrar en nuestra guarida para luego sorprenderlo con las manos en la masa. Allí me sentía segura y protegida, y, además, no estaba ni mucho menos sola. Michelle estaba conmigo y no olvidaba que unos cuantos de mis más fieles empleados, los que no permanecían en El Capricho, estaban en otros lugares de la casa. Además, a pesar de mi avanzado estado de gestación yo seguía siendo la misma mujer ágil y dispuesta que siempre me he jactado de ser.

Con sigilo tomé las tenacillas calientes que previamente Michelle había introducido entre las brasas de la chimenea para rizarme el pelo, y con la otra mano la cogí a ella fuertemente para que me siguiese de puntillas.

Juntas cerramos con cuidado la disimulada puerta que la servidumbre utilizaba para pasar inadvertida de una estancia a otra del palacio; yo suponía que el petimetre no la vería fácilmente, ya que estaba perfectamente mimetizada con el entelado de la pared. Aunque desde nuestra posición no podíamos ver al susodicho, fuimos capaces de seguir sus movimientos por el sonido de los muebles que iba moviendo y, supusimos, registrando.

Por el tintineo de los tarros de pomadas, perfumes y ungüentos que chocaban entre sí, deduje que primero se había detenido frente al tocador. Después trasteó en mi aparador, más tarde reconocimos el golpear de la palmatoria que había sobre mi mesilla y el rodar de su vela por la tarima del suelo, y, a continuación, nos llegó el rasgar de las anillas de las cortinas del dosel sobre la barra de mi cama y el flamear de un tapiz tras el cual debió de mirar. Y por último, nada. Un tenebroso silencio que aceleró aún más nuestra respiración.

Más que a robar, parecía haber venido a trastocar todos y cada uno de los muebles de la estancia. Para entonces, ni siquiera la cama debía de estar aún en su sitio. Con un oído pegado a la puerta, Michelle me susurró:

—¿Se ha dado cuenta mi señora de que aún no ha tocado el cofre de las joyas?

No había reparado en ello, pero lo cierto era que lo había dejado abierto de par en par sobre la mesa y, por lo que habíamos podido oír, ni siquiera parecía haberlo rozado. El intruso debía de estar buscando otra cosa.

Tiré de la cadenilla que colgaba de mi corpiño y saqué un pequeño reloj de bolsillo. Acababa de decidir que sólo esperaría cinco minutos más antes de pasar a la acción. No sé exactamente por qué, pero los consideré suficientes para asegurarnos la salida de nuestro escondrijo sin peligro. Supuse, quizá, que en ese lapso de tiempo el intruso habría acabado ya con su registro y habría abandonado la casa por donde había entrado y sin peligro para nosotras. Michelle me miraba expectante y, juntas y en silencio, permanecimos agarradas de la mano, para darnos valor, mientras el tiempo pasaba a mi parecer más despacio que nunca. Cuando el minuterero llegó a la posición marcada, y comoquiera que en la otra habitación ya hacía un buen rato que no se oía nada, aparté a la sombrerera de la ranura de la puerta para que me dejase salir en primer lugar, contuve la respiración, agarré firmemente el rizador de pelo con una mano, con la otra así más fuertemente la de Michelle, y sin dar un segundo más a mis pensamientos, no fuesen a atemorizarme, abrí de golpe la portezuela.

El desbarajuste era monumental. Absorta en aquel caos, y tras comprobar que no se veía por ninguna parte al invasor, di un paso adelante cuando un grito de Michelle me hizo dar media vuelta con el rizador en alto. El muy ladino debía de haber advertido de algún modo nuestra presencia y, cual asquerosa rata, se había agazapado justo donde la puerta, al abrirse, le escondía.

Armado con un cuchillo, intentó en un frustrado lance ensartarme por la espalda. Lo hubiese conseguido de no ser por mi fiel servidora, que, plena de reflejos, lo tenía trincado por la despeluchada coleta. Aproveché el forcejeo entre los dos para atizarle con todas mis fuerzas en plena cara. El hierro aún incandescente le imprimió su calcinante huella, dividiéndole el rostro en dos.

Tuerto de un ojo, y abrasada media cara, aún persistía el salvaje en lanzar cuchilladas al aire cuando Michelle le partió uno de los morillos de la chimenea en la crisma. Esta vez, el mequetrefe cayó a plomo sobre el suelo. El olor a gallina quemada me provocó una arcada cuando mi guardia abrió la puerta.

Sintiéndome ya protegida, me agaché lentamente para verle más de cerca. No lo conocía. Ni siquiera me sonaba su cara. Harapiento, desdentado, medio calvo y muy cetrino, bien podría ser cualquiera de los desagradables maleantes que acudían regularmente a Madrid para robar, matar y cometer todo tipo de tropelías imaginables.

Tomando un espejo de mi tocador se lo puse bajo la nariz. Ya no respiraba. Me acerqué a él y le agarré del mentón fuertemente para susurrarle entre dientes.

—¿A por qué venías y quién te ha mandado?

El silencio por respuesta evidenció la frustración de un interrogatorio imposible. Lo solté despreciativamente y dejé paso a mis guardias, que, alertados, acababan de entrar en la habitación para que lo sacase de mis aposentos.

A punto estaban de salir con aquel fardo inútil cuando Michelle los detuvo para desabrocharle el guardapolvo. Con sorpresa descubrimos que debajo de aquel andrajo llevaba el pulcro uniforme de un guardia de corps. Según eso, sólo tres personas podían haber mandado a aquel hombre a mi casa: el rey, la reina María Luisa o Godoy.

—¿Lo conoces, Michelle?

La sombrerera descubrió sobre la camisa la mitad de un guardapelo de latón. Un pequeño rostro de mujer se adivinaba pintado en el interior de la tapadera de aquella diminuta caja. Sin dudarlo, tiró del colgante hasta partir la cadena por detrás de su cuello y, pegándose al pecho, me contestó:

—Este desgraciado no es otro que el hombre que me vio huir por los tejados de la corrala donde estaba la casa de Juanillo.

—¿Estás segura? Mira que el dolor hace imaginar fantasmas donde no los hay. Me hablaste de un alguacil y no de un guardia de corps.

Se rebuscó bajo el corpiño y me mostró la otra mitad del guardapelo. Los dos encajaban perfectamente.

—Lo vi sólo un segundo y de refilón —explicó—. Quizá por eso equivoqué su indumentaria, pero esto demuestra que este mequetrefe robó a mi Juanillo. A falta de anillos, nos habíamos comprometido con este colgante. Fue precisamente el maestro Goya el que en un santiamén y con un pincel de a un pelo esbozó nuestros rostros en ellos.

Miré el colgante de cerca y distinguí perfectamente los trazos. Cerrando el puño de la sombrerera sobre el colgante, la tranquilicé.

—Esto quizá convierta a este ladrón en asesino, porque cabe la posibilidad de que no se lo robara a un cadáver sino a un moribundo. ¿Recuerdas si Juan llevaba puesto el guardapelo cuando lo encontraste?

Michelle pareció detenerse a pensarlo un momento.

—No. Estoy segura de que no, porque siempre lo llevaba sobre la camisa. Al abrazarle lo hubiese sentido, y no lo hice. De hecho, en aquel breve instante en que me vi obligada a abandonarle acuciada por el sonido de los intrusos no lo pensé, pero ahora sí que reparo en ello. —Convencida, negó con la cabeza—. No, seguro que Juanillo ya no tenía el guardapelo, lo que significa que ya se lo habían robado y que...

Con toda su furia pegó una patada al cadáver.

—Probablemente fue él quien lo mató —terminó añadiendo.

Hice una seña a mis guardias para que lo sacasen de mis aposentos. Mientras lo arrastraban, se oyó fuera una voz masculina que nos sobresaltó.

—¡Venga, que el tiempo apremia y nos van a descubrir! ¿Tan difícil es encontrar un lugar idóneo?

Corriendo hacia la ventana me asomé para ver quién gritaba y descubrí a otro hombre mirando hacia arriba. En una mano sostenía el final de una soga que su compañero debía de haber pasado por la barandilla para hacer polea antes de entrar, y, en la otra, un gran cilindro de cartón atado al otro extremo de la soga.

Al verme se asustó y, tras desatar con gran rapidez el cilindro del extremo de la cuerda, se lo colgó de la espalda. De un salto montó en el caballo que tenía a su lado y salió a galope calle abajo llevando con él tan extraño objeto. No podía ser más que un compinche del ladrón que había entrado en la casa, pero si era así..., ¿qué buscaban realmente ambos en mis habitaciones? ¿Simplemente robar? Y en ese caso, ¿por qué el intruso que mis guardias ahora se llevaban no había prestado la más mínima atención a mi joyero? Por otra parte, ¿para qué serviría ese curioso cilindro? Quizá para llenarlo con todo lo que encontrasen, supuse, pero, de ser así, ¿por qué no subió con él el primero de los maleantes?

Con rapidez, me volví hacia uno de mis guardias para indicarle que bajara a toda velocidad a la calle e intentara perseguir al huido o, al menos, dado que parecía imposible que le diera alcance, para que intentara hallar alguna pista que nos permitiera dar con él. Era posible que alguno de los viandantes que habitualmente frecuentaban aquella vía con tanto tráfico de personas y animales hubiera reparado en algún detalle que pudiera ayudarnos.

Mientras los demás guardias se llevaban por fin al compañero muerto del huido, Michelle le dirigió una última mirada de furia al cadáver mientras musitaba:

—¡Vengado estás, Juanillo!

Le acaricié la espalda y lamenté contradecirla:

—Aún no, Michelle. Aún no. No es más que un sicario. La moral languidece desde que las malas cosechas sólo alimentan el hambre, y ahora es más fácil que nunca encontrar a un esbirro dispuesto a vender su alma por un puñado de monedas. Este que se llevan probablemente sólo fuera un mequetrefe angustiado; aún tenemos que descubrir a su endiablado mentor y, sobre todo, el porqué de este ataque.

Tras guardarse el guardapelo entre los pechos, se arremangó:

—Sí, eso es cierto, no hemos de perder una sola ocasión para desenmarañar esta madeja de intrigas. Seguro que en la plaza saca su excelencia algo en limpio. ¡Mire

qué hora es! Vamos, señora. Si me deja hacer aún llegará al tercer toro.

Michelle me posó la mano sobre el pelo y comenzó a cepillarme con nervioso brío, y lo cierto es que aquel gesto mecánico contribuyó en cierta medida a calmarme, pues no en vano pesaban sobre mi mente los peligrosos acontecimientos que ambas acabábamos de vivir y el no menos impactante hecho de que, juntas y mano a mano, acabábamos de dar muerte a un hombre.

—Vaya allí —me solicitaba encarecidamente la francesita mientras seguía peinándome—. Observe con los cinco sentidos ese hervidero donde no faltará nadie, ni siquiera el cobarde que buscamos, y acúselo del crimen que ha cometido. Hágalo por mí y por vengar la muerte de mi prometido.

Según hablaba su dolor se transformaba en furia.

—Por vos y por mí, Michelle. Porque, si bien es cierto que vuestra pérdida es incomparable, también lo es que yo he visto mancillada mi casa con este allanamiento. Sea como sea, os prometo que desenmascararé al causante de estos desatinos.

Ya dispuesta, bajé la escalera lo más rápido que pude. Me sentía algo cansada, pues a lo vivido se sumaba mi embarazo y el doble miedo que había pasado al encararme con el agresor, ya que no sólo me preocupaba mi integridad, sino también la del hijo que llevaba en mi vientre. Al menos en la plaza sólo tendría que aguzar el instinto para saber separar los rumores ciertos de los insidiosos, en vez de luchar e intentar detener los envites y navajazos de un asesino.

*Dos duquesas se disputan  
los amores de un torero,  
no se llama Pepe-Hillo,  
se llama Pedro Romero,  
leró, leró, leró.*

Cantar de ciegos que circulaba por Madrid

Rastrillaban el coso a la espera de que irrumpiese el tercer toro cuando me senté. Disimuladamente, procuré sosegar el jadeo, provocado por la precipitación con la que llegué. Desde mi palco me asomé a la barandilla para mirar a la derecha, donde estaba el de la duquesa de Alba, mi prima. Como casi siempre, aunque el palco rebosaba de sus invitados, ella no estaba. Miré hacia abajo, hacia la barrera, y la localicé de inmediato. Como era de esperar, su momentáneo capricho la había llevado a eludir las comodidades de un acogedor palco para impregnarse del polvo de la plaza y de la sangre y el sudor de los valientes diestros, tanto que, si la hubiesen dejado, con toda probabilidad hubiese saltado al ruedo. No habría sido la primera vez. Amante de las pasiones arriesgadas, no perdía una oportunidad para vivirlas intensamente.

Allí estaba, tan radiante como siempre. Bastó que un banderillero que aguardaba en el callejón me señalase mientras le susurraba algo al oído para que me saludase aventando notoriamente el abanico. Apoyada tras la barandilla, le respondí con un leve alzamiento de cabeza. Cientos de miradas en los tendidos siguieron con su movimiento la conversación que manteníamos mediante gestos. Al percatarse de ello, un coro de manoleteras comenzó a cantar con gran algazara: «Dos duquesas se disputan...».

En medio del bullicio formado por quienes coreaban la coplilla vi cómo Cayetana se levantaba. Vestida escandalosamente con los tonos carmesí y albero de los capotes, se abrió paso entre el gentío del tendido de sombra hasta los corrales traseros para tomar la escalera que subía a los palcos. Era la primera vez desde que murió su marido que se presentaba en público, y estaba claro que por nada del mundo quería pasar inadvertida. Hinchida de orgullo, y alentada por el estribillo de aquella canción que no llegaba a entender, apareció a mi lado. Parecía disfrutar sabiéndose más observada que el mismo torero. Me besó en la mejilla al sentarse junto a mí.

—Te echaba de menos.

—Un imprevisto sin importancia me ha retrasado. Pero... ¿qué es lo que dice la copla? No logro oírla bien. ¿A quién se refieren con «dos duquesas»? —le pregunté haciéndome la despistada.

—Pepa, te creía más avispada —dijo riendo Cayetana—. Asegura el pueblo que las dos lidiamos por un torero.

—¿Disfrutas con ello?

—¿Por qué no he de hacerlo? —Sonrió—. ¡Alegra esa cara, que no todos los días se es protagonista de una tonadilla! Míralos, no hay nada que estimule más a los aburridos que los asuntos de cama de los demás. No querrás defraudarlos...

—Y tú tan tranquila. ¡Yo no tengo amantes! —Me indigné—. ¡Lo que propaga esa mujer no es más que una calumnia! Me quejaré al corregidor y tendrá su merecido.

La carcajada de Cayetana atrajo el descaro de los hasta entonces disimulados espectadores.

—Yo ya lo hice y de nada sirvió porque, cuando la detuvieron, la muy fresca culpó de todo a su compositor. Por lo que sé, éste ya está en la cárcel. ¿Contenta? Si quieres puedes seguir removiendo este pútrido caldito, pero por experiencia propia te diré que sólo conseguirás dar más que hablar. A mí ya sabes que no me importa estar en boca de todos, pero a ti parece superarte.

Suspiré tratando de recuperar la compostura.

—Cada vez son más los parásitos que alimentan sus vidas con escándalos ajenos. Estamos rodeadas de manoleteras, tonadilleras y lolas ansiosas por chuparnos la sangre para darse a conocer sin pensar si la patraña de su alimento puede estar envenenada.

Cayetana cerró el abanico de un golpe y alzó un poco la voz.

—¿De verdad crees que alguno de los sentados en los tendidos puede tener una vida interesante que historiar, recordar o aderezar? Deja que se recreen. Al fin y al cabo, ¿qué daño nos pueden hacer?

Alzando la vista observé a la multitud hacinada que nos rodeaba. Parecía mentira que, a pesar de lo que le gustaba mezclarse con el pueblo, Cayetana tuviese un concepto de él tan inmisericorde y tan falto de interés. ¿Cómo explicarle que de la simpleza siempre se puede sacar alguna historia digna de recordar y que éstas suelen ser las más interesantes por lo inesperado de su esencia? Sin embargo, y aunque no estaba de acuerdo con ella, no la contradije, sobre todo por no desviarnos del tema que nos ocupaba, el de los rumores que sobre nosotras circulaban. Mientras toro y matador ya entraban en faena, yo me preguntaba cómo era capaz de dudar del daño que nos podían hacer las mentiras que se inventaban sobre nosotras.

—¿Te parece poco vilipendiar nuestro honor? —le pregunté—. Y sin embargo no los culpo a ellos, a quienes los propagan, sino a los que, haciendo buen fuego de ello, inician los rumores. Estoy harta de que me atribuyan amantes. Primero tu padrastro y mi tío, el duque de los Arcos; luego el marqués de Bondad Real, Manuel de la Peña, nuestro amigo; ¡y ahora Romero!

Pegándome un codazo, Cayetana adoptó un tono propio de quien va a hacer una confidencia:

—¿Y cómo sabes a quién se refiere la copla si dices que no la has escuchado toda? No recuerdo haberte dicho aún el nombre del hombre por quien supuestamente nos peleamos... A ver si ahora va a resultar que no andas tan sorda de los mentideros como pretendes aparentar.

Incómoda por que me hubiera descubierto tan fácilmente, intenté enmendarlo calzándome los binoculares para fijar la vista en el coso.

—No necesitaba que me lo dijeras —me justifiqué—, porque la letra de la canción que todos entonan lo deja claro. Además, ¿no es el que ahora torea? Todos saben que es mi preferido por haber fundado la plaza de toros de Ronda. Al igual que no ignoran que el tuyo es Costillares, no sé aún por qué.

—Por su estocada a volapié —me espetó indignada—. Por la manera de lucir el calzón de seda, por su fajín de colores, por haber instituido el oro para los bordados de las chaquetillas de los maestros y la plata para los subalternos. Por ser sevillano y por...

—Queda clara tu devoción por el matador —la interrumpí—, pero hoy no me siento con ganas de empezar otra discusión interminable. Bastante tenemos con los típicos abucheos y vítores con que los costillaristas y romeristas animan la plaza.

Disgustada por mi pésimo sentido del humor, mi prima se dispuso a abandonar su lugar junto a mí. La sujeté del brazo para impedirselo. En su palco aguardaban su regreso una decena de invitados entre los cuales pude distinguir claramente a Goya y a su hijo.

—Antes de marcharte dime algo. —Intrigada por mi inquietud, tomó asiento de nuevo—. ¿Llegó Goya a enviarte el retrato que esperabas?

Decepcionada por lo poco interesante que le pareció mi pregunta, Cayetana hizo ademán de levantarse:

—Aún no, pero si me lo permites, ahora mismo se lo voy a recordar.

—¡Espera!

—Mira, Pepa, he venido aquí a divertirme —dijo enfadada, ya de pie—. ¿Acaso has olvidado lo aburridas que estábamos cuando el padre del rey prohibió las corridas? Fueron quince años de suspensión de los que estoy dispuesta a resarcirme,

más ahora que se rumorea que Godoy quiere volver a prohibirlas. No sería de extrañar, porque hoy ni siquiera ha venido. —Miré hacia la presidencia y vi que, en efecto, el palco estaba vacío—. Si a ti no te interesa la tauromaquia, libre eres de hacer lo que te plazca, pero déjanos a los demás disfrutar mientras podamos. Si te soy sincera, Pepa, no sé qué diantre te ocurre. Preocupada por tantas cosas que no te atañen se te está agriando el carácter. ¡A todo le das tantas vueltas! Ten cuidado con tanto pensar, que lo mismo se te derrite la sesera y no quiero que me contagies.

Ya no la escuchaba, mi mente se había puesto a bullir a toda velocidad. ¿Por qué el príncipe de la Paz habría faltado a una de las mejores corridas de la temporada? Como fuera que Cayetana aguardaba una respuesta, le contesté con una verdad a medias, ya que no quería desvelarle aún lo que en realidad ocupaba mis pensamientos:

—Te he preguntado lo del cuadro porque han matado al mandadero de Goya. Creo que han robado tu desnudo y, por si fuera poco, esta misma tarde un ladrón ha entrado por la ventana de mi gabinete en busca de algo que intuyo relacionado con el asesinato del mandadero. A estas horas es posible que el maestro ya lo sepa, pero tal vez no te lo haya querido decir para no preocuparte.

Supe que por fin había conseguido captar su atención cuando vi que meditaba sobre lo que acababa de decirle y, seria, me respondía:

—Don Francisco nunca falta cuando le invito a mi palco. Le insté a que esta tarde viniese con toda su familia, pero a su mujer, Josefa Bayeu, no la saca de casa ni con agua hirviendo. Me aseguró que llegaría muy pronto a la plaza, pues no deseaba perder ni un detalle de esta corrida. Como sabes, le fascina tomar apuntes y dibujar del natural las escenas taurinas, y dado que hoy se citan aquí tres matadores únicos estaba ansioso por presenciar el espectáculo. Es muy probable que no sepa lo sucedido con su mandadero, prima; si no, no estaría tan sereno, ¿no crees?

Las dos volvimos a un tiempo nuestras cabezas para observarle: Goya pintaba bocetos a una velocidad vertiginosa y, una vez trazados, se los pasaba a su hijo Javier, un joven de unos doce años que, embelesado por el arte de su padre, guardaba cada uno de los papeles en una carpeta con el mismo cuidado con que un naturalista pincha sus mariposas en los tableros. Cayetana me preguntó:

—¿Cómo puedes sospechar nada de Goya? No puedo creer que dudes de él después de la estrecha relación que le une contigo y con tu marido. Además, si hubiese querido deshacerse del cuadro, cosa que dudo por la pasión que le vi poner en él, le hubiese bastado con quemarlo; no necesita organizar un robo de su propio estudio.

Mirando a derecha e izquierda temí que alguien pudiese haberla oído. Recién terminada la faena de Pedro Romero, la ovación de la plaza silenció cualquier

comentario entre nosotras hasta que, después de ordenar mis pensamientos, pude responder:

—Seguramente tienes razón, prima —admití—, pero debes comprenderme, yo no he visto esa pintura y no alcanzo a entender cómo puede suscitar tantas pasiones. ¿Qué es lo que oculta? ¿Qué puso el maestro en ella para que ahora estén muriendo hombres por su causa?

El pintor seguía garabateando, absorto en su trabajo, mientras cientos de pañoletas de vivos colores, incluida la de Cayetana, rogaban el merecido premio para el diestro, que obtendría finalmente un triunfal paseílo regado de flores y piropos.

El séptimo de la tarde dio paso a Pepe-Hillo, y es que en el cartel de ese día no podía faltar el mejor alumno de Costillares. A pesar de ser fiel seguidora de Romero, yo admiraba a Pepe-Hillo, pues, además de sus muchas hazañas taurinas, el diestro acababa de publicar un soberbio tratado de tauromaquia, y sólo por aquello se diferenciaba en mucho de sus congéneres, ya que no era usual casar a los toreros con las letras. Sin embargo, esa admiración mía era algo que nunca le reconocería abiertamente a Cayetana, sobre todo porque me seguía divirtiendo mantener ciertas diferencias con ella.

El diestro ya impartía su arte sobre el albero. Un pase, dos y, sin poder evitarlo, desvié de nuevo la mirada hacia Goya: el maestro clavaba su mirada ahora en el coso, ahora en el papel, en tanto mil ideas contradictorias bullían en mi cabeza.

¿Y si Goya en efecto nos estuviera engañando? Quizá por eso no le había comentado a Cayetana lo de la muerte de su mandadero ni tampoco se le notaba afligido. ¿Y si temiera una persecución del Santo Oficio que le hubiera hecho arrepentirse de aquel cuadro en especial? De todos era sabido que la Inquisición acostumbraba a perseguir con fiereza a los autores de pinturas en las que aparecieran desnudos si la obra no justificaba esta situación de sus personajes por incluirse en una temática pía o mitológica. El retrato de Cayetana, según todo indicaba, mostraría un desnudo femenino gratuito y abiertamente erótico... ¿Sería tanta la amenaza como para que el artista, temeroso por su integridad, no dudara en asesinar tan vilmente a un sirviente? Pero no, era imposible, Goya era franco y directo, terco, serio, recto dentro de su particular sistema de valores... No, era incapaz de algo así. Quizá no fuera el miedo a la Inquisición lo que lo moviera, sino alguien mucho más temible, como Godoy, que lo estuviese presionando de otra manera más cruel. Todos tenemos secretos inconfesables, y corría el rumor de que el preferido de los reyes tenía comprados ojos y oídos hasta debajo de las piedras. Seguro que Goya también guardaba secretos, y no sería difícil chantajearle con hacerlos públicos a cambio de...

Pero cómo podía pensar aquello, me reproché a mí misma, Cayetana tenía razón. Lo conocía desde hacía muchos años, podía resultar a veces antipático, pero esto se

debía nada más que al aislamiento al que la sordera lo tenía sometido. No era mala persona. ¿Cómo iba don Francisco de Goya a ordenar el asesinato de su soguilla?

Sacudí la cabeza procurando despejar esos oscuros pensamientos de mi mente cuando Goya detuvo el trazo para fruncir el ceño con una mueca de espanto. Las uñas de Cayetana, cual salvaje garra, se me clavaron en el antebrazo, y todos a una gritamos.

En el centro del coso aquel toro había hecho el amago de empitonar a Pepe-Hillo. Lo había zarandeado y volteado de tal modo que, más que un hombre, parecía un inerte muñeco de trapo al compás del meneo de las embestidas de la bestia.

No habían llegado los de su cuadrilla aún a socorrerle cuando salió disparado como un proyectil para caer boca arriba; entonces, todos pudimos comprobar que aquel horrible incidente no había sido más que un susto. El matador estaba aturdido y malherido a causa de los golpes, pero los pitones del animal no habían llegado a causar, por fortuna, más que un enganchón en sus ropas de torear y unos leves rasguños. Un suspiro de alivio recorrió las gradas. Sin embargo, y como ya había hecho más de una vez en otras ocasiones, por prudencia pedí a dos de mis zaguanetes que bajasen inmediatamente para traer a mi palco al diestro a fin de poder hacerle allí con tranquilidad las curas que fueran necesarias, pues el herido, en el lugar que justo en ese momento yo ocupaba, podría sin duda serenarse y respirar sin que la multitud lo acosara. Antes incluso de que llegara el diestro, un cirujano se acercó al palco para asistirle en la cura, ya que la gravedad de la cogida no parecía hacer necesaria la presencia de un cura, que sí hubiera sido preciso para darle la extremaunción. Cayetana, viendo que mis hombres se acercaban con él en volandas, se despidió apresuradamente, sin querer mirar de frente al dolor y huyendo de él.

—Dejo mi lugar libre. Adiós, Pepa.

Sentí tener que aplazar nuestra conversación, pero los acontecimientos no nos permitían en ese momento prestar atención más que al herido y sus cuidados.

—¿Te veré mañana? —le pregunté.

Me miró desconcertada. Al día siguiente, la reina celebraba la imposición de las bandas moradas y blancas de su Real Orden de María Luisa en la convocatoria de su capítulo e investidura. Era la primera orden nobiliaria que reconocía a las mujeres por su calidad, pero comprendí que ella no debía de haber sido agraciada aún. No era extraño, ya que la reina la detestaba, y más ahora que su joven valido parecía demostrar su admiración por ella sin recato alguno. No quise ahondar más en la llaga. Viendo los acontecimientos que aquella tarde habían tenido lugar en la arena, opté por ceder mi lugar a las personas más cercanas y queridas del torero, pues comprendí que, aunque su daño no era grave, querría tenerlos cerca mientras el cirujano le aplicaba sus cuidados. La seguí.

—Yo también me voy, prima, aquí sólo estorbaría. Dentro de quince días he preparado una actuación en El Capricho que te gustará.

Medio ocultando su rostro con el encaje de la mantilla, ella me miró a través:

—No esperemos tanto, Pepa. Hace tiempo que pienso en encargarme un sombrero al uso francés. Ya sabes que no soy muy de ese estilo, pero por una vez quiero probar. Sólo tu Michelle es capaz de crear un tocado único, castizo y casto. Si me la dejas para un encargo, te diré algo más sobre ese desnudo que tanta curiosidad te causa.

La conversación se vio truncada por la irrupción de la cuadrilla. Cayetana se alejó cabizbaja con ese bamboleo tan suyo de caderas. Ese que, a pesar de la solemnidad del momento, hacía resoplar a los hombres.

Por mi parte, abandoné la plaza con la tranquilidad de saber que la vida de Pepe-Hillo, pese a lo aparatoso del revolcón, no corría peligro. Y, sin embargo, cuando llegué junto a mi coche una extraña opresión agobiaba mi pecho casi sin dejarme respirar, como si un mal presentimiento se hubiera adueñado de mi instinto.

Me senté con una expresión sombría, di la orden de partir y me alegré, sin alcanzar a entender el motivo, de poder alejarme de allí. Poco podía imaginar que en aquel mismo lugar, sólo que cinco años después, el magnífico matador Pepe-Hillo moriría una tarde de mayo empitonado por el último toro de la tarde, también un Peñaranda de Bracamonte, y que tanto Goya como la reina, Cayetana y yo volveríamos a coincidir en la plaza y seríamos testigos de dicha cogida. Cuando todo sucedió, tiempo después, no pude evitar reparar en el paralelismo de esas dos tardes de toros; pensé, también, que los malos presentimientos que me asaltaron en la primera no habían sido sino un anticipo de las desdichas que tanto a mí como al malogrado torero, e incluso a Cayetana, nos acecharían después.

Pero entonces, aquella tarde de 1796, embebida como estaba en mis pensamientos y suposiciones sobre el retrato desaparecido, el enigmático silencio de Goya y la promesa de Cayetana de hablarme más de la obra, no supe interpretar los malos designios. Con el traqueteo del coche, la criatura de mis entrañas se movió y recuerdo que sus pataditas me entretuvieron por el camino y me hicieron sonreír. Pero, al llegar a casa, comprobé que dos guardias de corps flanqueaban la puerta y mi ánimo, de nuevo, se ensombreció.

Si hacía un rato me preguntaba dónde estaría Godoy, ahora daba con uno de sus carros de presidiarios, que esperaba, vacío, a la puerta de mi casa. Dos de sus perros guardianes cortaron el paso a mi calesa. Indignada, abrí de par en par los cortinajes.

—¿Quién osa impedirme la entrada a mi propia casa? —pregunté airada.

No se excusaron. Al reconocerme, retiraron con desgana sus armas para dejarme

paso franco. ¿Qué ocurría? Una vez dentro me extrañó que nadie estuviese en el piso de abajo. Subí corriendo hasta las buhardillas, a pesar de que jamás había estado en los dormitorios de la servidumbre.

Allí, pegados a la pared de un largo y oscuro pasillo, aguardaban firmes todos y cada uno de sus moradores frente a sus respectivos dormitorios. Por el aspecto asustadizo de éstos intuí que el allanamiento debía de haber comenzado hacía un buen rato.

Doncellas y cocineras temblorosas guardaban en un protector abrazo sobre sus pechos aquellas pertenencias que habían logrado salvar del inesperado registro. El sonido de mis pasos resonó sobre las tablas del suelo. Me detuve un segundo al oír un grito conocido.

—¡Eso no! Pero ¿qué es lo que buscan?

El estruendo de mil cristales rotos en uno de los últimos cuartos evidenciaba el destrozo que estaban haciendo. La voz era la de Michelle. Allí, en la penumbra, sólo su puerta entreabierta filtraba la luz. Las siluetas de los invasores, tan similares a las sombras chinescas de pavorosos perfiles que se representaban tras las sábanas de los teatros, se recortaban contra el suelo. Aceleré y, al llegar al umbral de aquella estancia, me encontré con un espectáculo sobrecogedor.

Dos guardias de Godoy tenían agarrada a Michelle por los antebrazos, mientras otros tantos registraban sus cajones, cama, armario y tocador. Plumas, puntillas, lazos, hebillas, botones y otros mil abalorios rodaban por el suelo a cada patada de los expoliadores.

A pesar del destrozo se adivinaba que Michelle, con ese arte innato que la caracterizaba, había logrado hacer de una estancia humilde la más acogedora. Pero ahora las cortinas y las cajas con la materia prima para su oficio, las sábanas y la colcha se veían desgarradas, rotas y pisoteadas sobre el suelo. Me enfurecí. A punto estaba de quejarme por el atropello cuando un hombre asomado de medio cuerpo bajo el catre gritó eufórico.

—¡Aquí está! ¡Lo he encontrado!

Al ver lo que sacaba, todos enmudecimos. ¡Era un grueso cilindro de cartón idéntico al que llevaba el canalla que aquella misma tarde había conseguido huir bajo mi balcón! Pero ¿cómo había llegado allí aquel paquete de casi un metro de largo?

Michelle pareció leerme los pensamientos. Por un segundo la miré solicitándole una explicación, y su expresión me lo dijo todo; una mezcla de desesperanza, confusión e impotencia se dibujaba en su rostro. Supe que aquello no podía ser otra cosa que una trampa urdida contra ella y, también, contra mí.

—¡Le juro, señor, que eso no es mío! —exclamé desesperada dirigiéndome al oficial—. ¡Eso pertenece a un maleante que no sé identificar, y no sé cómo ha llegado

hasta aquí!

Michelle, por su parte, se revolvió enloquecida y comenzó también a chillar y a pedir clemencia. Los hombres que la mantenían presa la amordazaron y le pegaron un empujón.

—¡Calla, bruja! —le gritaron.

—Y usted, señora —me dijo el que a todas luces era el jefe—, debe refrenar su lengua. ¡Ese al que llama maleante era uno de los nuestros! ¡Y le mataron aquí esta tarde!

Lágrimas de desesperación brillaron en los ojos de la francesa e hicieron que se me subiera a la cabeza toda la ira que llevaba acumulando desde el principio de aquella tarde de locura. Encarándome con quien acababa de hablarme, no dudé en demostrar mi enojo.

—¡Esa muerte fue en legítima defensa! Esa mujer me salvó la vida y, además, quien portaba el cilindro era un segundo maleante. ¿Dónde está su señor? ¡Dígale que venga y enmendaremos el entuerto! A tiempo estamos de no generar males mayores. ¡Lo que dice es cierto y puedo atestiguarlo!

El de mayor graduación se carcajeó:

—Sólo sé que mi señor nos mandó cumplir con lo que su excelencia no supo. ¿El qué? Vaya usted a saber. Yo sólo cumplo órdenes del príncipe de la Paz, y entre ellas está la de detener a esta mujer.

—¡Suéltela, es inocente! —grité, pegando un empujón al guardia que se la llevaba.

—Eso, señora, vaya a atestiguarlo a galeras, que es adonde la llevo.

Parecía tan seguro de sí mismo que no pude evitar preguntarle:

—¿De verdad os manda Godoy?

Sin contestar a mi pregunta, se abrió paso.

—Apártese, señora, y no defienda a una ladrona y asesina que mal parada saldrá.

—Pues ¿qué es lo que tiene ese endemoniado paquete? —dije intentando sonsacarle información—. Sea lo que sea, si es mío no me lo ha robado.

—Hágame caso y deje de decir esas cosas, porque esto es robado y le aseguro que no es suyo. —Su impertinencia se acentuó.

—¿Y cómo lo sabe si ni siquiera lo ha abierto? —No pude contenerme.

Deteniéndose de golpe, sólo me dedicó una mirada de odio por respuesta. Desesperada, le espeté:

—¿Cómo está tan seguro de que no fue otra persona la que ha puesto ese objeto en su cuarto para incriminar a esta muchacha? ¡Pregunte a los presentes si alguien la

vio acarreado ese misterioso fardo! ¡Por su tamaño y peso no le sería fácil trasegar con él y pasar desapercibida! ¡Pagará por su equivocación!

El escaso temor que mostró ante mis amenazas era la prueba más evidente de que alguien de mucha valía lo protegía.

Michelle, rendida a su destino, se dejaba llevar escalera abajo sin oponer resistencia. Sólo cuando la introdujeron en la carreta enrejada se sentó sobre la paja y me miró suplicante. Consciente de que en ese momento no podía hacer más, le grité:

—Niña, esto es un error que voy a aclarar. ¡Te sacaré cuanto antes!

Agarrada a los barrotes de la portezuela trasera, ella lloraba con la mirada ausente. Recordé entonces el terror que le producía recordar lo que le aconteció en París durante la Revolución francesa.

### BELLOS CONSEJOS

Los consejos son dignos de quien los da.

Manuscrito del Museo Real,  
comentario al Capricho n.º 15 de Goya

No había desaparecido la carreta del alguacil calle abajo cuando un pinchazo me taladró los riñones, las piernas se me doblaron y caí al suelo como un fardo.

La criatura de mis entrañas quiso adelantar su nacimiento. Angustiada por la suerte de Michelle, la de mi bebé y hasta la mía propia, pasé la noche entre dolorosas contracciones que a la mañana siguiente, y después de más de doce horas de sufrimiento, tocaron a su fin con el mal parto del que hubiera sido mi sexto hijo.

Las desagradables experiencias del asesinato del mandadero, la irrupción de aquel par de malhechores en mi casa y la detención de Michelle en un solo día fueron suficientes para provocar aquel aborto. Procuré afrontar la desesperanza de un vientre prematuramente vacío con estoicismo, pero no pude, y es que sabía que a mis años la posibilidad de otro embarazo no era más que una vana esperanza. Mi edad fértil tocaba a su fin, y sería inútil luchar contra la naturaleza. Como siempre hacía cuando no encontraba una solución a un problema, procuré evadirme, echar a un lado la frustración con otras preocupaciones, pero la obligada quietud del reposo que los médicos me habían ordenado llevar me indujo a pensar improprios durante todos y cada uno de los minutos que permanecí acostada en mi cama.

Al principio intenté consolarme recordando a la mismísima reina María Luisa. Veinticuatro embarazos y catorce hijos llevados a buen término no eran unas cifras nada desdeñables. Sobre todo porque el último niño sano lo parió a los cuarenta y tres. El infante don Francisco Antonio era el claro ejemplo de que yo también podría ser madre de nuevo, aunque compararme con aquella infiel desdentada no era algo que me sedujera, sobre todo porque eran muchos los que aseguraban que tanto al infante como a su hermana, María Isabel, sólo podía haberlos engendrado un hombre mucho más joven que el rey, y todos los dedos señalaban a Godoy, ese metomentodo incapaz de mantener sus calzas alzadas.

Después me exasperé a la espera de noticias de Michelle. Aquella criatura llevaba ya más de cuatro días con sus noches presa en la casa-galera de la calle del Soldado, y no podía dejar de pensar en lo que estaría sufriendo.

Sabía que Ascargorta se desvivía para liberarla, pero nadie parecía querer admitir su soborno. Ni siquiera la media docena de cartas que entregó de mi puño y letra parecieron servir. En ellas suplicaba hasta límites que rozaban mi desprestigio, pero a pesar de todo nada consiguió. Estaba claro que en palacio esperaban mi humillación en persona, pero, hasta mi completa recuperación, yo sólo podía rezar para que no torturasen a mi sombrerera y seguir enviando cartas, mandados y peticiones a través de mis sirvientes y hasta del mismísimo Pedro.

Mientras todo esto sucedía, una pregunta me asaltaba una y otra vez y me atormentaba en mi lecho: ¿qué diablos contendría aquel cilindro que tantos estragos estaba causando? Y, sobre todo, ¿cómo había terminado en el cuarto de Michelle? La intriga y el aburrimiento al que la enfermedad me tenía sometida me embotaban la cabeza. Sólo cuando las calenturas empezaron a remitir caí en la cuenta y recordé las palabras del alguacil al llevarse a Michelle.

«Mi señor nos mandó cumplir con lo que su excelencia no supo».

Aquel cilindro sólo podía contener una cosa: ¡el último y más absurdo capricho del príncipe de la Paz! ¡El cuadro de Goya que me encargó buscar! ¿Qué mediría? Si coincidía con la longitud del cilindro, quizá alguien hubiese introducido la obra del maestro enrollada dentro. Posiblemente los ladrones que vinieron a casa aquella tarde no querían robar sino dejar el paquete. Al no conseguirlo, los mismos guardias lo trajeron después para esconderlo bajo la cama de Michelle al menor descuido, y así incriminarla en el robo.

Pero no tenía sentido: ese retrato era lo que Godoy más deseaba en el mundo, no podía ser que, justo después de obtenerlo a través del robo y asesinato del soguilla prometido de Michelle, se desprendiera de él dejándolo en mi casa para incriminarnos tanto a ella como a mí.

Definitivamente, aquella conjetura parecía absurda. Lo más probable era que el retrato permaneciese en poder del príncipe de la Paz, y que éste, temeroso de que Goya o más posiblemente Cayetana interpusieran una denuncia por dicho robo y de ese modo hicieran pública su existencia y, sobre todo, la posible implicación de Godoy en la desaparición de la pintura, hubiera urdido aquel maquiavélico plan para acusar a Michelle. Sólo que —ahora estaba segura de ello—, el cilindro, que tan ligero me había parecido en manos del malandrín que huyó con él a la espalda, había estado vacío en todo momento: primero cuando los dos maleantes intentaron meterlo en mi casa, y también luego, cuando la guardia llegó para detener a Michelle.

El cuadro de Goya nunca había estado en su interior. Desde el mismo instante en que se lo robaron a Juan, Godoy lo tenía en su poder; seguro que el príncipe de la Paz se regodeaba contemplándolo en ese mismo momento mientras la pobre Michelle penaba en prisión y yo me veía implicada, aunque de rebote, en un robo y un

asesinato. En verdad era un hombre diabólico.

Durante mi enfermedad, mi esposo apenas se separó de mí sino para interceder en mi nombre por la pobre Michelle. Apesadumbrado, me confesó que el día de la corrida le hubiese gustado acompañarme, pero no tuvo tiempo de cambiarse, ya que la cacería a la que había acudido esa mañana se había prolongado hasta entrada la tarde y lo había dejado demasiado cansado como para ir a los toros. Añadió, también, que Goya había participado de esa actividad junto a él y otros hábiles aficionados a la cetrería, si bien el pintor tuvo la precaución de abandonar dicha actividad algo antes que él excusándose ante los compañeros y alegando que, precisamente, se iba a celebrar una corrida de toros esa misma tarde que no deseaba perderse. Comprendí que eso quizá explicaba que en la plaza no se mostrara abatido por la muerte de su mandadero; si pretendía llegar pronto a la plaza, con toda seguridad después de la cacería no le habría dado tiempo a pasar por su casa y no se habría enterado de la desgracia.

Aclarado este punto, y descartado que el maestro pudiera ser sospechoso, para intentar avanzar en las pesquisas llamé al soldado de mi guardia encargado de entregar e identificar el cadáver del ladrón que Michelle y yo conseguimos reducir. ¿Era de verdad otro guardia de corps o acaso el que detuvo a Michelle había mentido?

El guardia entró en mi alcoba visiblemente acobardado y avergonzado; se llevaba continuamente la mano al pescuezo para aflojarse el cuello de su casaca, como si ésta no le permitiera respirar. En cuanto le ordené que avanzara y se acercase más a mi lecho, se descubrió y rompió en excusas:

—Lo siento, mi señora, hace días que quiero informarle, pero no he querido importunarla mientras estaba enferma.

Parecía azorado por el simple hecho de que le recibiese en la cama. Impaciente, no me anduve por las ramas:

—No debe disculparse, a fin de cuentas he sido yo quien le ha pedido que viniera a verme en este estado. ¿Y bien? —inquirí—, ¿qué puede contarme sobre el intruso?

—En un primer momento... —comenzó, tragando saliva— dudamos de adónde llevar el cadáver, pero dado su uniforme decidimos entregárselo a sus compañeros para que lo identificasen. De los tres hombres que nos recibieron, uno resultó ser el dueño de la mitad de las preseas que el mequetrefe llevaba encima, y es que la noche anterior había sido víctima de una emboscada bajo los soportales de la plaza Mayor. Tan inesperado fue el robo que no tuvo tiempo de defenderse, y se lo arrebataron todo, dejándole prácticamente desnudo. Al infeliz le molestó reconocerlo por la vergüenza de su ultraje, pero lo cierto es que, basándonos en esa confesión, excelencia, podemos concluir que el maleante que entró en su casa no era más que un

fugitivo de la justicia ataviado con parte del uniforme del guardia de corps al que había asaltado. Por lo demás, aquí tiene la carta de su coronel, en la que le agradece la entrega de semejante joyita.

Si aquello era verdad, esa misiva y el agradecimiento del general se contradecían abiertamente con la acusación de que Michelle fuera la asesina de un miembro de la guardia, como aseguró el oficial que la detuvo. ¿Por qué se la habían llevado entonces? Se me ocurrió que quizá el intruso sí fuera en realidad un guardia de corps camuflado y que, en tal caso, tras acabar nosotras con él y descubrir su uniforme y su identidad, y sobre todo tras ordenar yo que lo llevaran a su cuartel, no les había quedado a sus compañeros y superiores otra alternativa que encubrir su delito disimulando no conocer al muerto e inventando aquella patraña. No sería tan descabellado si lo que pretendían era proteger a su señor y el malnacido hubiera obrado por encargo de éste.

Ahora bien, ¿cómo podía dar yo con una prueba fehaciente de que esta teoría mía podía ser factible? Medité unos minutos y, al cabo, se me ocurrió una manera de esclarecer todo aquel embrollo: tal vez alguien hubiese acudido al entierro de aquel hombre y, teniendo en cuenta la calaña de los asistentes, podríamos interrogar a alguno de ellos y averiguar algo más.

—¿Se sabe si se le pudo dar cristiana sepultura? —pregunté a mi guardia.

—Intenté, como me ordenó, averiguar todo lo posible sobre el destino que tendría el cadáver —confesó éste negando con la cabeza—, pero la guardia se quedó con el cuerpo y no quiso dar ninguna información concreta sobre su destino. Lo único que pude sonsacarles fue que, siempre según ellos, si se quedaban con el cuerpo era para exhibirlo en la plaza como ejemplo de escarmiento.

—Gracias, veo que ha hecho todo lo que ha podido. —Pesarosa, despedí a mi sirviente agradeciéndole su diligencia.

Cuando éste se hubo marchado me lamenté en soledad. Cuanto más intentaba deshacer semejante maraña, más prietos se hacían los nudos de aquella madeja de intrigas.

Ante todas aquellas dificultades no se me ocurría otra cosa que encaminar mis pasos al punto de partida, por lo que decidí que, en cuanto estuviera plenamente recuperada, volvería a dirigir mis pesquisas a casa de Cayetana.

Sí, me reafirmé, tenía que preguntarle todo lo que pudiera recordar sobre el cuadro, y averiguar también cuáles eran sus medidas y si podía ser que los restos de maderas que Michelle encontró destrozados a la puerta de la casa de su amor, el mandadero, pudieran encajar con las de la pintura.

De inmediato, mandé llamar a mi doncella. Al hacerlo, expresé claramente que debía vestirme para acudir a una cita con mi prima. No hubo suerte, de nada me

sirvió ni mi tono imperativo ni mi empeño, mi partera puso el grito en el cielo y, como sea que no parecía yo muy dispuesta a hacerle caso y obedecerla, hizo llamar al cirujano y al mismísimo Pedro y, entre los tres, lograron disuadirme de que esperara unos días más antes de reincorporarme a mi acostumbrada actividad.

A regañadientes, y como no me quedaba otro remedio, tuve que aceptar. Pero la ansiedad me carcomía. ¡Si el mal parto no me había matado, lo haría la impaciencia!

Días después, la duquesa de Alba, que se había enterado de mi reciente infortunio, me recibió inusualmente cariñosa. La ventana de sus aposentos abierta de par en par filtraba los cantos del ruiseñor que le regalé. Al verme aguzar el oído sonrió.

—¿A que anima a un muerto? Estoy tan acostumbrada a su trinar que me cuesta cerrar la ventana en los días fríos. Gracias, Pepa, no pudiste hacerme mejor regalo. — Después, tomando mis manos en las suyas, se excusó—: Quise ir a verte durante tu recuperación, pero me abstuve, pues tras mandarte un mensaje me dijeron que no querías ver a nadie.

—Te lo agradezco como si hubieras venido —le respondí con sinceridad—. Es cierto que tenía tan pocas ganas de ver a nadie como ahora las tengo de recordar el motivo de mi postración.

Cayetana asintió con un gesto comprensivo y un brillo hondo en sus ojos que me hizo saber que me comprendía perfectamente: ella también sabía de muerte y de dolor, y la confianza entre ambas, pese a todas nuestras diferencias, era tal que ninguna de las dos necesitábamos frente a la otra de más argumentos ni de más excusas.

—Tú dirás entonces —comentó a la expectativa, y, anudándose un rizo en el dedo índice, como siempre hacía cuando se encontraba absorta en algo, me invitó a sentarme con un ademán.

—Vengo, entre otras cosas, para decirte que Michelle no podrá hacer aquel tocado que tanto ansiabas. Al menos por ahora.

—Eres una egoísta. —Frunció el ceño como una niña enfurruñada.

—No te adelantes ni me insultes sin saber el porqué —le reproché—. Este contratiempo no tiene nada que ver conmigo ni con que quiera quedármela toda para mí.

Cayetana abrió sus inmensos ojos simulando una exagerada expectación antes de exclamar:

—¿Y por qué entonces no puede venir tu peluquera a tomarme medidas?

—Hace una semana exacta que está en la casa de galeras acusada de un robo y un

asesinato que no cometió —le expliqué—. Me he propuesto sacarla hoy mismo, pero te necesito para llevar a cabo tal empresa.

Como esperaba, no dudó un segundo antes de ponerse a mi disposición:

—¿Qué puedo hacer al respecto?

Fui directa al grano.

—Cuando la detuvieron ni siquiera me permitieron ver qué era lo que había robado, y es que creo que ese objeto nunca llegó a estar cerca de nosotras. Aun así, intuyo que lo que se pretende es acusarla precisamente de la sustracción del cuadro de tu desnudo. Si la pintura mide lo que sospecho, ya no me cabrá duda alguna de que ése es el delito que buscan imputarle. ¿Recuerdas las medidas, Cayetana?

Levantándose, se dirigió a la pared de enfrente para medir a palmos el hueco que debía de haber ocupado.

—Mi postura pedía a gritos un apaisado no demasiado grande. Si no me equivoco tenía casi un metro de alto por dos de largo.

—¡Lo que suponía! —pensé en alto—. Un lienzo de esas medidas enrollado podría caber en el cilindro que encontraron bajo su cama.

—¿Una obra de Goya enrollada? —Cayetana me miró sorprendida—. ¿Con el riesgo que supone eso para la conservación de la pintura? ¡Qué majadería!

—Cosas más extrañas se han visto —respondí, aunque para mis adentros obtuve la satisfacción de comprobar que, como había supuesto, en efecto ese cilindro siempre había estado vacío: un amante de la pintura y de las artes como Godoy nunca se habría arriesgado a dañar una obra de Goya enrollándola, pero nada impedía que, con esa estratagema del cilindro vacío, pudiera inculpar a Michelle en un juicio.

—¿Te gustaría ver un boceto? —se ofreció, comprendiendo que mi exacerbado interés por ese retrato se estaba convirtiendo en una obsesión.

La incredulidad ante esa posibilidad me hizo susurrar:

—¿Lo tienes?

Se agachó y rastreó al tacto la pata izquierda de la mesita que había a nuestro lado hasta dar con un mecanismo que, al apretarlo, abrió la tapa baja de la mesa. Sobre la alfombra cayeron dos pequeños papeles.

—Gracias por confiar en mí hasta este punto, Cayetana —afirmé emocionada.

—Es sólo uno de mis mil lugares secretos y, desde hoy y como comprenderás, ha dejado de serlo.

Comenzó a desplegar los legajos con tranquilidad. Me tendió uno de los pliegos mientras se quedaba con el otro. Se trataba del dibujo de una desconocida mujer sin rostro que se insinuaba lascivamente. Absorta en el boceto recordé la descripción que

me había hecho del momento en que estuvo posando. Sólo los rizos de aquella alborotada melena podrían delatarla. Su voz me devolvió a la realidad:

—Como ves, lo que lo hace obsceno no es más que el dibujo del vello del pubis. Fue idea mía, y es que no sé por qué hasta ahora los pintores los representan lampiños.

¿Era ingenua o se lo hacía? Si muchos hombres veían en el pelo de la cabeza un símbolo claro de tentación, ¿qué pensarían del de las partes pudendas?

—Si lo tenías cuando te lo pregunté la primera vez, ¿por qué no me lo enseñaste? Se hizo la remolona al responder.

—Porque entonces no lo tenía, lo he recibido después junto con este anónimo. Ahora que parece que el óleo principal ha desaparecido creo que lo mejor es que tengas una leve idea de cómo era. Más que nada para hacerte una impresión aproximada de lo que buscamos, y porque tanto Michelle como tú ya no sois las únicas amenazadas.

Pensé que se refería a la Inquisición, pues de todos era sabido que prohibía la tenencia, el encargo y la realización de pinturas o grabados que contuvieran desnudos si no estaban justificados por motivos mitológicos o religiosos. Y aquel cuadro de Goya que tan de cabeza nos traía podía llevarnos a la cárcel al maestro por pintarlo, a Cayetana por posar y a mí como mandante de Michelle si alguien conseguía demostrar que ella lo había robado por orden mía.

Pero, para mi sorpresa, no era a eso a lo que se refería mi prima. Extrañamente temblorosa, abrió el segundo pliego y comenzó a leerlo en voz alta:

—«Ahora nadie sabrá nunca a quién perteneció este hermoso cuerpo». El mensaje no está rubricado.

—¿Por qué va esa frase en pasado? «Perteneció» suena a...

Consciente de la crudeza de mis palabras, callé. Pero, como siempre, fue demasiado tarde, ya que Cayetana leyó mis pensamientos:

—Dilo sin miedo, suena a difunto, a chantaje, a intimidación, a... —El temor le impidió decir más sinónimos.

—¿Estás asustada? —pregunté en un susurro.

—No es para menos, Pepa. La primera vez que viniste a preguntarme por el cuadro te tomé a risa. La segunda, en la plaza, cuando me dijiste lo del asesinato del soguilla, empecé a preocuparme, pero ya sabes cómo soy. A los dos días de no poder hacer nada preferí olvidarlo, pero ahora es diferente, sobre todo desde que recibí este anónimo. Estoy más asustada por cómo lo mandaron que por su contenido. Llegó en una hermosa cesta de flores que escondía una rata a la que le habían cortado el morro, y el anónimo iba prendido de sus garras.

—Tanta insidia suena femenina —conjeturé. Luego, agarrándola de la mano, procuré infundirle ánimos—. Esto sólo lo ha podido urdir una mujer que te odia. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

—Bien podría haber sido la reina. Pero no, Pepa. —Cayetana negó rotundamente—. Estoy casi segura de que la letra es la de Godoy. La conozco bien por alguna carta que me ha escrito anteriormente.

—Eso sólo puede significar que ya tiene el cuadro en su poder y que piensa disponer de él a su antojo, como yo suponía —pensé en voz alta—. Pero, si es así, ¿por qué no me ha informado de ello? ¿Por qué quiere que lo siga buscando?

—¿No le prometerías por casualidad conseguirlo? —adivinó Cayetana.

—No sólo eso... —mascullé arrepentida—. Además alardeé de no existir en este mundo nada que me propusiese y no hubiese conseguido. Supongo que fue el orgullo, que me pudo frente a ese...

Eran tantos los insultos que se agolparon en mi mente que me quedé sin palabras. Cayetana se echó las manos a la cabeza.

—¿Tú, Pepa? Precisamente tú, que a la mínima oportunidad te eriges como voz de mi conciencia y mi mentora. ¡Has caído como un ingenuo pececillo en las vanidosas redes que te tejieron! ¡No comprendes que todo es una trampa destinada a cazarte y hacer que estés en deuda con él, que seas una marioneta más en sus manos, tú, que hasta ahora siempre alardeaste de una libertad política y de pensamiento sin igual en esta corte de miserias, secretos y conveniencias!

«¡Trágate tu prepotencia!», parecía susurrarme su voz. Tuve que reconocer que Cayetana probablemente tenía razón. Si Godoy tenía ya el cuadro, sólo había una razón para que no me lo hubiese dicho aún: regodearse en mi frustrada decepción, tenerme en sus manos, jugar conmigo como un gato con un ratón. Lamenté haberle pedido la embajada para Pedro únicamente por la satisfacción que le iba a producir negármela.

Cayetana, agachada junto al escritorio, doblaba cuidadosamente la nota amenazadora y el boceto para introducirlos de nuevo en el cajón secreto de su tocador.

—¿Qué vas a hacer, Cayetana? ¿No te intriga averiguar qué cara pintarán a tu cuerpo? ¿No crees que resultará una chapuza si no es el mismo Goya el que culmina el cuadro?

Tras presionar el botón de la pata, mi prima se puso en pie para guardar de nuevo el boceto en su escondrijo.

—Godoy puede tener muchos defectos, pero la incultura no es uno de ellos —respondió, y sus apreciaciones coincidieron de nuevo con lo que yo pensaba—. Jamás

atentaría contra la obra de Goya encargando el rostro a otro pintor. Sin duda será don Francisco quien lo finalice, sea quien sea el que tenga la pintura en su poder; por eso creo que lo mejor será esperar a que el maestro reciba dicho encargo. Sólo hay que dar tiempo al tiempo, y el mismo Goya nos dará las respuestas que ansiamos.

—¿Por qué lo iba a hacer? —dudé—. Muy segura estás de ello. Mira que el maestro está pintando sin poner objeciones al príncipe de la Paz, a toda la familia real y a todo el que se lo pide en palacio.

—¿Qué conseguiría negándose a pintar a sus majestades? —me espetó—. Sólo cavarse su propia tumba como artista. Es un hombre al que le cuesta exteriorizar sus sentimientos, pero tiene la habilidad de plasmarlos en el alma de sus retratos. Fíjate, si tienes la oportunidad, en los rostros de los reyes de sus últimos retratos. María Luisa parece escupir entre su escasa dentadura todos los defectos de su alma al observador, y la mirada distraída de don Carlos hará que la historia le recuerde como el rey más ausente que ha tenido España. ¡Más si cabe que el último de los Austria!

—Es cierto que no les tiene cariño, pero no por eso Goya nos hará partícipes de estos secretos —negué—. Además, si Godoy tiene tu desnudo, quizá tarde años en ponerle un rostro. ¿Podrías esperar tanto? ¿No te asusta la amenaza que has recibido?

—Sí, pero he llegado a la conclusión de que Manuel la escribió sólo porque quiere holgar conmigo —contestó sin titubear—. Mientras has permanecido encamada y convaleciente, nuestro inicial flirteo a punto ha estado de pasar a mayores. Hasta ahora, por lo que parece, su capricho era poseer mi desnudo, pero ahora que parece tenerlo no se conforma con observarlo, ya que por lo que se ve también lo quiere catar.

Como veleta incauta, repentinamente olvidó el miedo de hacía un momento para dejarse caer despreocupadamente en el sofá.

—La verdad es que, por muy vil que sea, me agrada que el hombre más poderoso del reino me desee. A ti te confieso que me enloquece saberlo empecinado conmigo.

Entrelazándose de nuevo el rizo de su nuca en los dedos, se quedó pensativa. La conocía bien y adivinaba lo que le pasaba por la cabeza, y no era nada bueno. Sentí tener que reprobársela de nuevo:

—Una vez que te consiga perderá todo interés en ti. No necesito recordarte que es el preferido de la reina y que tú eres su más cordial enemiga. Ya te enfrentaste a ella por los amores de Pignatelli y no saliste bien parada. No le des motivos para hacerte daño de nuevo.

Me miró de reojo y sonrió. Era un secreto a voces que no se trataba de la primera vez que la reina le era infiel a su fatuo consorte. Al principio, y siendo mucho más joven, cuando aún vivía su suegro Carlos III o Floridablanca gobernaba, éstos velaban por que el escándalo de sus debilidades no trascendiese. Ahora que ninguno de

aquellos grandes hombres podía tapar las deslenguadas bocas, la descastada se había desbocado.

El recuerdo del enfrentamiento entre Cayetana y la entonces princesa María Luisa por los amores del oficial Juan de Pignatelli, hijo del conde de Fuentes, aún perduraba en la memoria de los más locuaces. La princesa en ningún momento disimuló su capricho por el joven, que a su vez aprovechó la circunstancia para jugar a los celos y tentar a Cayetana flirteando con su rival. Un juego peligroso que dejó claras sus preferencias cuando en más de una fiesta bailaba con la princesa sin dejar de mirar ni un segundo a la duquesa de Alba. Antes de acceder plenamente a los deseos de Pignatelli, mi prima le pidió un solo regalo, una caja con brillantes que sabía que la princesa le había regalado hacía poco y que la duquesa de Alba se encargaría de una manera más o menos disimulada de mostrarle a la menor ocasión. A cambio de la caja, ella le entregaría uno de los anillos que más se ponía.

La princesa se enteró de que Juan le había regalado la caja a Cayetana por su peluquero, pues éste la reconoció llena de pomada entre sus enseres personales. La tonta de María Luisa intentó pagar a Cayetana con la misma moneda y le pidió insistentemente al desdichado oficial el anillo que le había regalado la duquesa de Alba para lucirlo ante ella, pero sin calcular que a Cayetana no le importaría en absoluto. Muy al contrario, disfrutó comprobando la falta de imaginación de la princesa para infundirle celos.

Cayetana pareció disfrutar con la evocación.

—Juan era como un pelele de trapo en nuestras manos. Durante un tiempo lo tuvimos trincado por cada uno de sus brazos para tirar de él a diestra y siniestra según nuestros antojos. Pero Manuel Godoy es más ducho en conquistas femeninas, mucho más de lo que nunca lo fue Pignatelli, y conoce bien las burdas triquiñuelas femeninas. Precisamente por eso jamás caería en ellas, por muy abonado que estuviese el terreno previamente. Ceder a sus intenciones sin pretender más argucias es la única manera que tengo de olvidar su amenaza. Además, ¿quién te dice que no soy yo la encaprichada? Esta misma tarde lo veré y quizá mañana sepa algo más del dichoso retrato.

Aquella traviesa sonrisa sólo podía significar una cosa. Segura ya de que ignoraría mis consejos con respecto a Godoy, decidí aprovecharme de su despreocupado libertinaje. Sólo el ardor de sus primeros escauceos con Cayetana podría convencer al príncipe de la Paz de liberar a Michelle sin la necesidad de mi humillante intercesión.

Me levanté y la besé en la mejilla para despedirme.

—Hazme un favor: pídele indulgencia para Michelle. Su inocencia se lo merece.

Al ver que asentía complaciente, la besé de nuevo.

—Tu buena acción compensará las otras faltas.

Frunciendo el ceño, Cayetana me recriminó:

—Pepa, me aburres con tus prejuicios. Sólo lo haré porque quiero y porque a cambio espero un precioso tocado de manos de esa muchacha.

Ya en la puerta suspiré. ¿Cómo podíamos ser tan diferentes?

—Te dejo para que te prepares. Por el bien de la chica tienes que deslumbrarle.

Antes de cerrar el zaguante a mis espaldas pude oír su carcajada mientras afirmaba:

—Dada la fogosidad con la que viene el señor, no necesito de demasiados aderezos para cegarlo.

Sonreí pensando en su desvergüenza. Era tanta la seguridad que tenía en sí misma, tan poco su sentido de la decencia y el pudor, que, de algún modo inexplicable, la envidiaba.

Pero, hiciese lo que hiciese con su vida, lo importante era que esta vez sus devaneos servirían a dos buenas causas: la primera, liberar a una inocente de su prisión; la segunda, evitarme la vejación de suplicar justicia ante Godoy y la reina. Quién sabía, quizá también diese con el desnudo.

*El teatro es un remedio para los pueblos, porque atrae a la gente desocupada y la restituye a la sociedad animada de unos principios capaces de mejorarla. Lo que en él debería representarse son lecciones dignas de estimularlos a la virtud y de hacernos aborrecer el vicio.*

Carta del duque de Fernán Núñez,  
embajador de España en París

A pesar de mi desacuerdo con las argucias que Cayetana pretendía esgrimir para conseguir información, esperaba ansiosa su efectividad. Cuando aquel hermoso atardecer vislumbré desde una de las ventanas de mi palacete de El Capricho a aquellas dos figuras que se acercaban por el camino e intuí de quién se trataba, no pude sino dar gracias por la inusual veracidad de los mentideros al atribuir a Cayetana una gran pericia en las artes amatorias. ¡Cómo, si no, había conseguido tan rápido lo que pedí! Sobre todo teniendo en cuenta que Godoy estaba sobrado de mujeres dispuestas a complacerle.

Salí a la puerta y, apoyada aún en la barandilla, pedí que me trajesen los anteojos para cerciorarme. Apenas tuvo tiempo mi camarera de ajustarme las patillas a las orejas cuando ya bajaba yo corriendo la escalera. Sí, definitivamente el deseo no traicionaba mis sentidos: ¡era Ascargorta el que ahora cruzaba a caballo la plaza de los Emperadores! Consciente de su éxito, iba más erguido, si cabía, que los marmóreos bustos que le rodeaban.

Tras él, Michelle venía montada sobre un burro. Incapaz de agarrar por sí misma las riendas, una sogá atada a la parte trasera de la silla de mi contable tiraba del animal y de su derrengada amazona. Ligeramente encorvada hacia delante, parecía no poder sujetar su propia y tambaleante osamenta. Llegué justo a tiempo para impedir que cayera de bruces al suelo.

No hizo falta que dijese nada. En ese abrazo de sostén, sus profundas ojeras y los cardenales de sus mejillas evidenciaron los padecimientos a los que la habían sometido. Un injusto castigo que yo trataría por todos los medios de hacerle olvidar.

Sin apenas fuerzas para vocalizar, susurró:

—¿Sabe mi señora que la muerte es sorda? De nada sirve evocarla, porque cuanto más se le suplica que te recoja más se carcajea. ¿Por qué quiso sorprender a mi Juanillo desprevenido y a mí me ignora? —Colgada prácticamente de mi cuello,

ancló su vidriosa mirada en la mía—. Dichosa vida, que se aferra a una a pesar de despreciarla. ¿Por qué no me ayuda a reunirme con él? Me lo debe.

La acaricié mientras la tumbaban en una parihuela que, prestos, mis sirvientes habían acercado al paseo.

—Desvarías —le dije, con mi voz preñada de cariño—. El cansancio y el dolor nunca fueron buenos consejeros, Michelle. Descansa y deja que te curen esas heridas. Dormirás en uno de los aposentos de invitados hasta tu completo restablecimiento. Ya verás cómo dentro de un par de días lo ves todo de otro color.

Dándose la vuelta hacia el lado contrario al que yo estaba, sólo contestó:

—Lo dudo.

No quise hacer más comentarios que la obligaran a pensar en lo sufrido. Comprendí que en ese momento las llagas del rencor y la infamia supuraban en su sentir, pero sabía que sólo era cuestión de tiempo el que cicatrizaran.

Visto el maltrato al que sometían a las reclusas, decidí utilizar mi posición como presidenta de la Junta de Damas de la Sociedad Económica para hacer todo lo posible por mejorar las condiciones a que se sometían a las presas en las cárceles. Sería mi primera proposición en la próxima reunión.

En cuanto a Michelle, con el objetivo de descubrir lo que su timidez podría ocultarme mandé a mi partera a sus aposentos para que la examinara. Enorme fue mi alivio cuando ésta me aseguró que, aparte de unos cuantos moratones en la espalda y en las piernas, pocos daños más había sufrido, y que no la habían sometido a torturas más sangrientas ni tampoco la habían forzado.

Después de dos días entre pesadillas y duermevelas, al ir a visitarla acompañada por los niños, un esbozo de sonrisa se dibujó en sus labios. Pasada una semana más ya se la veía paseando por el jardín en busca de flores para secar, nidos abandonados y plumas de pavo real con los que hacer tocados.

Fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de seguir indagando, y nada mejor para ello que celebrar aquella fiesta cultural que tantas veces me había visto obligada a posponer por un motivo u otro. Nadie podría faltar. Asistirían amigos, enemigos y anodinos en general, pues cualquiera podría serme de utilidad respecto a mis hasta la fecha infructuosas pesquisas.

El evento tenía que resultar todo un éxito, y no estaba dispuesta a escatimar en medios para lograrlo: contrataría a los mejores músicos, actores, poetas y cantantes, y ellos serían el mejor señuelo para tentar a todos los amantes del arte por un lado y de la juerga por el otro. ¿Por qué sería que quería unirlos en mi fiesta?, pensé. ¿Tal vez porque siempre me había sentido identificada con esos dos mundos por muy dispares

que fuesen?, ¿o porque fuera de éstos no quedaba nadie interesante a quien citar?

Dicho y hecho. Utilizando para congrega a todos aquellos personajes ilustres la excusa del estreno del teatrillo, me puse a la tarea con mi energía habitual y, al cabo de un par de días, ya estaban redactadas las listas, escritas las invitaciones y repartidos los billetes. Sólo quedaba, pues, que el personal a mi servicio cumpliera diligentemente con su deber según sus asignaciones. No creía que fuera muy difícil lograrlo, la frecuencia con la que festejaba en mi casa los había convertido en los mejores especialistas.

Y al fin llegó el día.

Desde el palacio se adivinaban entre las copas de los árboles cientos de antorchas flameantes a ambos lados del sendero que servían para guiar a las calesas hasta la zona designada para el baile.

Tanto los miembros de mi familia como yo teníamos previsto aparecer cuando la mayoría de los invitados hubiese llegado ya. En un escondrijo entre altas lilas nos aguardaba una falúa decorada con decenas de almohadones adamascados e iluminada por varios faroles. Se trataba de una réplica perfecta, aunque más pequeña, de la que un maharajá de la India usaba para navegar por el Índico.

Cuando llegué a ella, los niños me esperaban impacientes junto a su padre. Pedro, cosa extraña, llevaba más de un mes en Madrid. Sólo eso hubiese sido motivo de alborozo, ya que sus ausencias solían ser mucho más largas que sus estancias. Me tendió la mano para subir y me asió fuertemente a ella. La obligada distancia me había desacostumbrado tanto a su caricia que no quise soltarla hasta que llegamos.

El duque de Osuna, lejos de ser posesivo, siempre me había dado libertad para decidir hasta en los negocios más reservados a los hombres. Sabía que disfrutaba comprando, vendiendo y reuniéndome con los contables, y simplemente me dejaba hacer sin inmiscuirse en nada. A cambio, él se dedicaba plenamente a la guerra y a la diplomacia sin tener que desconfiar de la fidelidad de los administradores, sabedor de que yo los vigilaba estrechamente. Era la nuestra una unión dichosa y bien avenida en la que ninguno de los dos pugnaba por sobresalir o destacar más que el otro. Nos amábamos, nos complementábamos, pero, por encima de todo, nos respetábamos. Yo deseaba, más que ninguna otra cosa, que él fuera feliz, y por eso precisamente había aceptado el envite de Godoy y me desvivía intentando conseguir para él aquella tan ansiada embajada en París. Sin embargo, ahora empezaba a temer que el príncipe de la Paz, a sabiendas de nuestros mayores deseos, fuese a disfrutar precisamente truncándolos.

Pensando en aquello estaba, mientras la barca surcaba las aguas de los estanques y los ríos que los unían, cuando sentí cómo mi marido me besaba la mano. Mirándole

a los ojos apreté más mi puño. Sumida siempre en las preocupaciones que yo misma me había creado, eran muy pocos los momentos en que estábamos solos, pero él me conocía bien. Sabía que eso no demostraba en absoluto que no lo tuviese permanentemente en mis pensamientos. Si no fuera precisamente porque ansiaba verle aún más engrandecido, jamás hubiese caído tan fácilmente en la trampa que Godoy me había tendido.

Avanzábamos en silencio, al son de los golpes de los remos sobre el oscuro ondear del agua estancada. Los reflejos del fuego de las candelarias bailaban cual serpientes destellantes sobre las olas del canal. Ya percibíamos la música de una docena de instrumentos musicales afinándose en la lejanía cuando Pedro me distrajo.

—¿Por qué llevas ese ejemplar del *Cancionero* de Juan del Encina?

Consciente de que no le hacía ninguna gracia que prestase libros a nadie, no quise engañarle:

—Me lo ha pedido Moratín. No se lo he podido negar. Lleva más de un año buscando una copia y no la ha conseguido. Me lo devolverá cuando lo termine. No te preocupes.

Como si yo fuese un obispo a quien no se debe nunca contradecir, consintió besándome el anillo de esmeraldas. Sabía que siempre que me lo ponía era porque andaba esperanzada por algo, pero no me preguntó por qué.

Tras un meandro aparecieron ante nosotros todos nuestros invitados, expectantes. Al bajar de la falúa, a los primeros que encontramos hablando en círculo fue al abate Pedro Gil, a Moratín y al marqués de Bondad Real. Estos señores en particular, a pesar de reunirse dos veces por semana para debatir sobre lo humano y lo divino en eternas tertulias, nunca terminaban de expresar un tema de conversación.

Separadas en otro corro, las damas de la Real Sociedad rememoraban sus últimos logros benéficos entre bocado y bocado. Las más orondas no habían terminado de engullir el santí blanco cuando ya robaban a hurtadillas un pedazo de turrón de la pastelería Ceferino de las bandejas del joyero Martínez. Sin recato alguno, e ignorantes del pecado de gula, lo embutían entre sus estallantes carrillos hasta el punto de engolliparse, momento en que los mayordomos les ofrecían una copita de crema de *futé* para que pudieran tragarlo.

Los señores, siempre más comedidos en el yantar, se limitaban a elegir entre las mil y una bebidas. Aparte de las alojas de siempre encargué limonada de Flandes, naranjadas de Zedrato de Florencia, melé rosa de Nápoles, zumo de grosella y el que a mí más me gustaba: un refrigerio de «bobo dulce».

El director de ceremonias se las vio y se las deseó para arrancar a las señoras de

las mesas de las viandas. Llevaba más de media hora sentando a cada cual en su lugar cuando me di cuenta de que ni Godoy ni Cayetana habían llegado aún. Junto al sitial vacío del príncipe de la Paz se abanicaba nerviosa María Teresa de Borbón, una muchacha dulce y apocada a la cual yo nunca habría sentado allí si no hubiese sido por una petición que me llegó directamente de palacio. La prima del rey era muy joven aún y, al saberse observada, no pudo evitar que el rubor cubriera sus mejillas. Pedí a mi hija Pepita que la entretuviese hasta que el descastado de su acompañante se dignase aparecer. Apenas hacía una semana que la joven había sido arrancada del convento toledano, en el cual había entrado al morir su padre, para traerla a la corte. Aquello daba que pensar.

Desde mi premeditada posición podía observarlos a todos sin parecer descarada. Solía interpretar el lenguaje de los gestos con bastante certeza y tenía los cinco sentidos alerta para desmenuzar cualquier movimiento, mirada, mueca o quiebro de voz que me diese una pista sobre la dichosa pintura, el asesinato o el robo. Estaba dispuesta a enterarme de si definitivamente Cayetana se habría rendido a los libidinosos deseos del príncipe de la Paz o si, simplemente, había sido capaz de conseguir la liberación de Michelle sin llegar a mayores. Y no desistiría hasta saber si, en efecto, Godoy había orquestado aquel enrevesado plan del robo y asesinato para conseguir la pintura y, de paso, incriminarme a mí en el proceso.

Lo más seguro era que Godoy, si es que poseía el retrato, como yo pensaba, y acostumbrado a no dar nada a cambio de nada, lo que ahora pretendiese fuera comparar el desnudo al natural de la modelo con el cuadro en sí. ¿En qué casa lo tendría? Por aquel entonces se estaba mudando del cuartel del Conde Duque, en la calle Leonardo, al antiguo palacio de los Grimaldi, junto a la iglesia de San Justo. Pero ¿y si lo tuviese en su casa de Aranjuez? Cayetana tendría que holgar con él en demasiados sitios para descubrirlo si es que había optado por no preguntárselo directamente. Por otro lado, ¿habría ya pedido Godoy a Goya que le pintase un rostro al desnudo de la duquesa de Alba? ¿Y habría aceptado el pintor?

Entre saludo y saludo por fin vi llegar a mi prima. Estaba deseando agradecerle la liberación de Michelle, pero ella no me lo permitió. Posándome el dedo sobre los labios me susurró:

—Fue un favor mutuo. No digas nada, no tienes que darme las gracias. —Y, alzando repentinamente el tono inicial de voz, comenzó con sus habituales aspavientos—: ¡Con razón dicen, Pepa, que su majestad la reina María Luisa no viene por miedo a que la emules!

Mi prima sabía muy bien que yo estaba más acostumbrada a recibir las gracias que a darlas, y no quiso incomodarme en público. Le seguí el juego:

—Hoy la señora nos honra enviando en su lugar al príncipe de la Paz para que la

represente —respondí.

Cayetana sonrió con picardía.

—¿Querrá su excelencia que le rindamos los mismos honores que a la reina? No sé, Pepa, sea como sea, te he traído un presente... —Entusiasmada, hizo una señal a alguien que aguardaba sentado en la penumbra de su calesa, y en ese momento una mujer se irguió para hacerse ver—. Se trata de Rosario Fernández, más conocida como «la Tirana», mi actriz preferida.

Descastada donde estuviese, la susodicha me pegó un caderazo a modo de saludo en cuanto descendió del carruaje. Ante semejante desfachatez, no pude contenerme:

—Siento deciros, señora, que el programa es muy apretado —le comuniqué—. No dudo de vuestras cualidades, pero la Chulapona Sainetera ya ha cubierto el único hueco que nos quedaba libre.

Confundida, la Tirana me miró antes de contestarme con un marcado deje castizo:

—*Pos* por eso mismo. La *seora* duquesa me dijo que siempre sus excelencias se pelean por todo: por los toreros, por las cantantes, por las actrices, por las modas y por un millón de cosas en las que esta menda se pierde. La gran Chulapona Sainetera es compañera mía de fatigas, y en más de una ocasión me ha *quita* el pan, pero hoy tenemos *hablao* ofrecerles un careo a dos voces. ¡Ya verá el aire que le damos a *Donde menos se piensa salta la liebre!* Qué digo aire, ¡huracán!

El guiño de Cayetana me convenció.

—Puestas a interpretar una obra del maestro Iriarte, les va más *Donde las dan las toman* —le sugerí.

Ligeramente contrariada, se encogió de hombros:

—Si ha de ser, me la sé —afirmó lacónica.

—Corra a que la maquillen, las peinen y les presten vestidos apropiados. ¡Son las primeras en actuar! —apremié, ya sin poder ocultar la sonrisa que me provocaba su desparpajo.

Fue tan brusco el achuchón que me dedicó que casi habría preferido que me lo agradeciera con otro golpe de cadera. Con las castañuelas colgando del pulgar tocó dos ría pitas, se abrazó a su mantón y aceleró sus andares manoleteros.

Fue rápida, porque no habían pasado ni cinco minutos cuando el sonar de las trompetas solicitó silencio entre los espectadores. El tramoyista Francisco González había dibujado una calle de pueblo donde aparecía una botica. Luego supe que era Sacedón. Frente a la puerta, sentadas en sendas sillas, la Tirana hacía de Gregoria y la Chulapona de Pascuala. La primera tocaba la guitarra y la segunda hacía calceta. Las acompañaba una tercera a la que no conocía y a la que, por mantenerla ocupada, la habían puesto a hilar.

Las tres mujeres tiraron de lo más hondo de sus voces y la nueva zarzuela de Iriarte entusiasmó a todo el mundo. En las apuestas que hicieron sobre quién ganaría de las dos cantantes ganó la mía. No podía ser de otra manera, ya que yo era la anfitriona.

Después de despellejarnos las palmas aplaudiendo, le llegó el turno al casticismo más puro que nos trajo el recuerdo de don Ramón de la Cruz y que manaba de las voces de su mujer e hija. Agradecidas por los seis reales diarios con que Pedro las mantenía desde que el poeta murió, decidieron dedicarle unas estrofas que, cual fecundas semillas de polen, se esparcieron por el auditorio preñando de envidia a todos los ávidos de halagos.

*Peregrino,  
busco al padre de los pobres y soldados,  
busco al señor más justo que imagino,  
busco al ciego que tuvo el mejor tino en su gobierno;  
y el de sus estados;  
busco un patricio de los más honrados.*

Al terminar apareció el músico más esperado, Luigi Boccherini, que traía de la mano a su más aventajada alumna, nuestra hija Pepita, que tomó asiento en la bancada frente al fortepiano. A sus trece años, vestida con gasas blancas y tocada por una corona de flores, antes de posar los dedos sobre las teclas del curioso instrumento se entretuvo acariciando los camafeos que, incrustados entre los geométricos dibujos de su marquetería, lo decoraban. Hacía tan poco que lo habíamos adquirido en Inglaterra que sería la primera vez que lo escuchábamos. Mirándole de reojo, nuestra niña esperó a que su maestro y director le diese la entrada.

Luigi indicó a Manfredi, Nardinni, Cambini y a otros dos músicos de su orquesta a los cuales pude reconocer, si bien no alcancé a recordar sus nombres, que recogieran las colas de sus elegantes casacas y tomaran asiento en círculo alrededor de mi hija; y él hizo lo mismo. Las bruñidas hebillas de sus zapatos, las calzas de rico terciopelo, las chupas de seda, las charreteras bordadas en oro y las botonaduras con nuestro escudo esmaltado convirtieron a los maestros en sus más elegantes custodios.

Los acordes que Boccherini arrancó a su *violoncello* abrieron el primer surco de un melódico pentagrama que los tres violines, el violón y el clavicordio terminaron de arar. Pepita los acompañaba como plantando la simiente. El juego de luces y sombras que ideó el tramoyista para este concierto hizo aún más etéreo el escenario.

Aquella noche, Luigi podría haber tomado de mi biblioteca cualquier partitura de Mozart, Haydn, las de Marmoy o las de Cimarosa para interpretarlas para nosotros, pero no lo hizo. Cuando reconocí las primeras notas de *La Clementina* me alegré por

el sentimiento que ésta albergaba. Se trataba de una obra que había escrito a la memoria de su mujer, poco después de quedar viudo y al cuidado de seis hijos, cuando servía en Arenas de San Pedro al infante don Luis Antonio. Me fijé en que María Teresa, la hija del infante, pareció recordarla también, pues, a pesar de que seguía sin acompañante, con sus pensamientos perdidos en los recuerdos que la melodía le inspiraba, pareció olvidarse de su timidez y su soledad, y crecerse y esponjarse al abrigo de las notas. En aquel momento pensé que no había sueldo mejor pagado que los mil reales mensuales que le dábamos al compositor.

Al terminar la actuación, mi propia hija animó a todo el que quisiera a subir al escenario para bailar seguidillas, fandangos, boleras o tonadillas. Incluso llegó a dedicar una manchega al príncipe de la Paz.

Sorprendida, me volví para contemplarle; no sabía exactamente a qué hora había llegado, pero lo cierto fue que en ningún momento de la larga actuación había ocupado el sitio que le teníamos reservado. De haberlo hecho, yo podría haber observado con detenimiento sus gestos. Quizá hubiese intuido mi exacerbada curiosidad y había preferido eludirla quedándose rezagado en algún lugar del final. Tal vez lo que de verdad evitaba con toda intención era sentarse junto a su solitaria acompañante.

Y es que desde que Pepita había subido al escenario nadie en absoluto se había acercado a la joven María Teresa. Tímida como nadie, había pasado más de una hora dando palmadas al son de la música sobre el reposabrazos de su butaca, pegando pataditas al suelo o moviendo cual péndulo el bolsito de cuentas plateadas que colgaba de su muñeca, todo ello en un intento de disimular el abandono al que la estaban sometiendo.

Me vino entonces a la mente el emocionante día de su bautizo en Cadalso de los Vidrios. Sobre todo porque el nacimiento de aquella niña sellaba un amor prohibido: el de su madre y su padre, un infante que por amor había desoído todos los mandatos y amenazas de su hermano Carlos III. Por amor colgó el capelo cardenalicio y lo desterraron de la corte tras despojarlo de todos sus honores.

Todos pensamos que el escarnio con el que se le trató había sido ya suficiente, pero cuando el padre de María Teresa falleció tan sólo cinco años después de su nacimiento y los reyes ordenaron que sus tres hijos fueran arrancados del regazo de su viuda y que los llevaran, cual niños huérfanos, a diferentes conventos en Toledo, comprendimos con horror que la herida, al menos para nuestros señores, no estaba en absoluto cerrada.

A su hermano Luis María lo dejaron en el Palacio Arzobispal al cuidado del cardenal Lorenzana, en tanto que a las féminas, María Teresa y María Luisa, las llevaron a vivir al convento de San Clemente y se las dejaron en custodia a las

monjas bernardas para que las educasen. Los pequeños no volvieron a ver a su madre hasta siete años después, cuando de camino a su Zaragoza natal sólo la dejaron pasar una tarde en Toledo.

María Teresa tenía la tez tan blanca como las monjas que había dejado atrás, o incluso más. Me extrañó que aquella noche portase uno de los collares preferidos de la reina María Luisa, sobre todo porque no ignoraba el desprecio con el que la señora siempre había tratado a esa parte de su familia. ¿Por qué entonces le había prestado una de sus joyas? Quizá su majestad aún tuviese un lugar en su corazón para el arrepentimiento que los demás no conocíamos.

El reflejo de los brillantes proyectaba diminutos puntos de luz sobre la piel de la muchacha. Rubia, casi pelirroja, de ojos claros y soñadores, rezumaba dulzura. Más de uno de los veinteañeros presentes hubiesen ocupado con gusto el sitio vacío de su lado, pero el simple hecho de que fuese la hija de un infante de España los intimidaba. El protocolo les exigía ser presentados debidamente y, si a eso le uníamos los rumores que corrían acerca del porqué de su presencia, la desgana se tornaba prudencia.

¡Degenerada cobardía! Desde siempre, el hombre español se había batido en duelo por amor, pero ahora todos se amedrentaban ante un simple rumor. ¿Dónde se escondían los valientes de antaño? ¡Si de mí dependiera, mis hijos nunca serían así!

Creció mi enojo cuando distinguí la figura de Manuel acercándose al escenario desde las sombras del fondo. El canalla, al ver a María Teresa sentada sola, había preferido recular y volver sobre sus pasos para avanzar por un pasillo más alejado de ella. Aquel botarate hacía lo imposible por no pasar al lado de la prima de los reyes. Sin mirarla ni saludarla siquiera, subió la escalera del escenario para plantarse en medio de la improvisada pista de baile.

Allí estaba Cayetana bailando con Pignatelli, su amante de antaño, su hermanastro al ser hijo del segundo marido de su madre y su primo a una vez. El mismo por el que un día lidiaron la reina y ella en sus amores y del cual hacía tan poco habíamos hablado en su casa.

Ahora la duquesa de Alba era de nuevo uno de los vértices de otro triángulo amoroso, pensé, y comprendí que la historia se repetía de tal modo que daba grima.

Las dos protagonistas principales, reina y duquesa, repetían y remachaban su papel en tanto que se limitaban a sustituir al actor secundario, al hombre, aunque esta vez se trataba de Godoy, un varón con más poder que el que ostentaba el amante de hacía un tiempo y que, por tanto, siempre podría herir con más saña.

Al ponerse Godoy entre Pignatelli y Cayetana, la duquesa no dudó un segundo en cambiar de pareja. El primero cedió su lugar al príncipe de la Paz sin poder disimular su contrariedad. Mi descastada prima, tomando las manos del recién llegado entre las

suyas, le reverenció sosteniéndole la mirada antes de pegar su mejilla con la de Manuel al dar el primer paso de baile.

El cosquilleo de un secreto susurro al oído y otros tantos sinuosos movimientos dieron que pensar a todos los presentes. A más de un ignorante le sorprendieron los inesperados refrotes. ¡Sobrepasaban en tanto los límites del pudor! Manuel y Cayetana, como anguilas en celo, aprovechaban cualquier cruce para entrelazarse despacio y como sin querer soltarse para continuar con el ritmo del baile en cuestión. Eran mudas insinuaciones que a nadie pasaron desapercibidas.

Inconscientemente, mis ojos se desviaron hacia donde estaba sentada la joven prima del rey. Cabizbaja y sumamente nerviosa, eludía mirar directamente a la pista y procuraba distraerse enrollándose los flecos del mantón entre los dedos hasta despelucharlos.

Sufriendo por la incómoda situación a que estaban sometiendo a la criatura, busqué amparo en mi marido. Pedro, sentado frente al piano, acompañaba a la orquesta. Esperé a que me mirase en cuanto terminó la pieza y con un simple movimiento de ojos le indiqué los dos puntos en donde debía centrarse.

Inmediatamente comprendió qué era lo que me proponía hacer y simplemente, sin más, aceptó cumplir mis deseos, aunque yo no esperaba su consentimiento ni que él llevase a cabo mi plan, sino simplemente informarle de mis intenciones, como así hice: sin dar un segundo más al despropósito, me levanté, me dirigí a donde la altanera pareja bailaba e intenté interponerme entre ellos. Cayetana me lo impidió apretando su pechera contra la de Manuel. Por no añadir leña al fuego esperé hasta que el silencio entre tonadillas los obligó a parar. Fue entonces cuando aproveché para darle un disimulado empujón y plantarme en su lugar. Orgullosa como nadie, dio un taconazo en el suelo, evitó mirarme directamente a los ojos, giró sobre sí misma y fue a sentarse lejos del escenario.

Godoy me tomó de la mano derecha y comenzó el baile sin inmutarse. Dimos dos vueltas y ya no pude reprimirme:

—¿Os entretenéis? —le pregunté mordaz.

—Ser el capricho de las dos señoras más insignes siempre divierte. —El vanidoso sonrió—. Lo único que siento es no haber podido llegar antes, pero las cosas en palacio se han complicado a última hora. Ni siquiera tuve tiempo de mandaros recado. ¡Me hubiese gustado tanto escuchar a Boccherini!

Aquel ladino sabía esquivar ataques. Preferí seguirle el juego y olvidar los sinsabores.

—¿De verdad que era a Luigi a quien deseabais ver? ¿Aun a sabiendas del enfrentamiento que ese músico tiene con la reina?

Godoy me taladró con sus inmensos ojos azules:

—Los gustos de su majestad pueden diferir de los míos sin estorbar en mi fidelidad para con la corona. Y más ahora que voy a casarme con una de las primas del rey. —Hablabas de ella como si no estuviera allí, entre nosotros.

—Se llama María Teresa, y nada me hubiera importado vuestro retraso si no fuese porque ella lleva toda la noche esperándoos.

En la media vuelta que tocaba dar aprovechó para cruzar una mirada cómplice con Cayetana. ¿Cómo podía estar hablándome de su futura mujer al mismo tiempo que flirteaba con otra?

Recuperada de nuevo su atención, quise saber más de sus futuras intenciones. Todo menos que sacase a colación lo de mi infructuosa búsqueda del cuadro.

—Me contáis que es vuestra prometida y la evitáis como a la lepra. ¿Cómo podéis demostrar tanto desprecio antes incluso de pasar por la vicaría?

—Sólo cumplo órdenes. —Encogiéndose de hombros, sonrió de nuevo—. Dentro de muy poco tiempo, María Teresa cumplirá diecisiete. Está en edad de merecer, ya que, a pesar de llevar casi doce años viviendo en un convento, la vocación no parece haberle sobrevenido. Por eso precisamente su tía, la reina María Luisa, ha pensado que su mejor destino sería matrimoniar con un alto cargo y... ¿qué pretendiente hay más idóneo que el aquí presente?

Engreído. ¿En qué beneficiaría a aquella desdichada casarse con Godoy? ¿Acaso le habrían prometido los reyes devolverle el lustre perdido? Y si fuese así, ¿cómo podía el rey Carlos ceder tan sumisamente a los caprichos de Godoy y de la reina cuando su padre se había ensañado tanto con la familia de esta infeliz en el pasado? Aquello sólo podía ser otra de sus ya famosas bajadas de calzón.

¿Qué interés podría tener aquella joven en ese enlace sino la venganza? El rey había vilipendiado de todas las maneras posibles a su padre, el infante Don Luis. Le había privado de sus títulos, desterrado de la corte e incluso prohibido que sus hijos adoptasen el apellido Borbón. Y ahora, para denigrar más a esa criatura que de nada tenía culpa, le proponía casarse con un hombre de un rango mucho menor.

¿Es que no había en toda la corte otro inocente mirlo blanco en quien ciscarse? Pensándolo bien, la verdad era que no abundaban las jóvenes de sangre real castas y vírgenes de todo el veneno que los reales trapicheos escupían. En cambio, él no era más que un advenedizo criado al calor de las monárquicas pecheras. No pude contener mi repugnancia ante semejante enlace:

—Manuel, sólo os faltaba emparentar con los reyes y de un modo u otro a punto estáis de conseguirlo. Espero y os pido que tratéis con respeto a esa joven, porque no ha de tener más malicia que la de una novata que espera para ordenarse.

Inteligente como era, cazó al vuelo mi insinuación:

—No sé a qué os referís con ese «de un modo u otro», pero lo que sí está claro es que mis hijos tendrán sangre real. Antes de eso me gustaría pedirlos que Pepita introdujese a María Teresa de Vallabriga y futura princesa de la Paz en todos estos círculos de amistades. Lleva demasiados años separada del mundo y creo que no hay nadie mejor que la hija de la duquesa de Osuna para guiarla. —Calló un segundo a la espera de mi aceptación. Como no llegó, la dio por concedida—. No me la podéis negar después de haber fracasado en el hallazgo de aquel que fue mi capricho.

Aquel hombre no daba puntada sin hilo.

—¿Compensaría una cosa con la otra? —alegué, incapaz de morderme la lengua—. ¿Si consigo que vuestra esposa sonría y conozca a todo el mundo, nombraréis a Pedro embajador? La verdad es que, a pesar de no tener el retrato que tanto anhelabais, no parecéis disgustado. Al contrario, se diría que disfrutáis restregándome mi fracaso, que también os perjudica, por las narices. ¿Será acaso que conseguisteis el desnudo de Goya sin mi ayuda?

Henchido como un pavo, se hizo el gallego:

—Justo castigo por vuestra ineptitud es que nunca lleguéis a saberlo. No desmentiré ni reconoceré si lo tengo o no. De todas maneras, decidme vos que creéis saberlo casi todo: ¿para qué querría una réplica en óleo de lo que ya he podido catar?

Guiñando un ojo a Cayetana, cortó por lo sano la conversación y el baile para dejarme plantada y dirigirse a donde estaba ella. La tomó de la mano y se la llevó hacia los jardines sin importarle en absoluto que los vieses.

Alguien me pisó la cola. Al darme la vuelta me topé con un tambaleante Goya que, copa en mano, trató de excusarse. En sus ojos ebrios brilló un viso de celos al mirar a la pareja que se alejaba. Sus altisonantes palabras me resultaron inconexas.

—¡Sólo yo puedo vestir a la gitanilla desnuda! —exclamó.

Dado su estado de embriaguez preferí llevarle la corriente:

—¡Vestir al desnudo como buen cristiano, sí señor! ¡Bien está cumplir con los mandamientos del Señor! —solté.

El pintor, frunciendo el ceño, se puso la mano sobre la oreja esperando haber oído mal. Al ver que yo no rectificaba, lo hizo él:

—¡Qué dice del Señor! ¡En todo caso será por los mandamientos del Choricero!

Temerosa de que Godoy le hubiese escuchado apodarle de aquella manera, me volví para averiguar dónde estaba. Afortunadamente, ya había desaparecido en compañía de Cayetana entre los setos de boj.

Obligada a ocuparme de todos mis invitados, tuve que dejar al maestro absorto en el final de aquel sendero, sin comprender entonces que aquella observación de beodo desvelaba mucho más de lo que parecía.

*Lejos de mi sacrílega osadía; bástame que con plácido semblante aceptes,  
diosa, a mis anhelos pía, mi ardiente oración.*

Manual María de Arjona,  
*La diosa del bosque*

### ***Enero de 1797***

El día después de Reyes, a la espera de que me trajeran el primer ramo de jacintos que habían florecido en el invernadero, me dirigí a la ermita. Arrodillada frente al altarcillo me impacienté por no poder concentrarme en mis oraciones. ¿Desde hacía cuánto nadie entraba en la ermita para limpiar? No soportaba el desorden. Los marchitos jarrones de acebo que lo adornaban habían alfombrado de hojas secas el suelo. ¿Era tal vez yo demasiado perfeccionista? No, más bien amante de la hermosura.

Preguntándome y contestándome a mí misma, me di cuenta de que posiblemente mi mal humor se debiera a mi rebeldía: me negaba a aceptar que me encaminaba de manera inevitable a la vejez, y mi inconformismo, mi reticencia a dejarme vencer por el paso del tiempo, hacía de las suyas.

—Pepa —me reconvine, aconsejándome a mí misma en un intento por calmarme —, acepta sin ofuscarte lo que no tiene solución y compensa el deterioro de tu cuerpo con la sabiduría de la experiencia.

A diario procuraba convencerme de aquella máxima, pero lo cierto era que, por mucho que la repitiese, aún no había llegado a asumirla.

—¿Decía? —La voz de Prévost, cuya presencia no había advertido, disipó aquellos pensamientos.

Levantándome del reclinatorio, me sacudí las hojas que habían quedado pendidas de mi falda y respondí:

—Nada, no decía nada, sólo hablaba conmigo misma.

Con una reverencia, se me acercó para colocar en mi regazo el gran ramo de jacintos. Al retirarse se cruzó con uno de los porteros, que, al parecer, traía un billete urgente que acababa de llegar a la garita de la entrada. Debía de ser importante, porque venía sudoroso y jadeante.

Fray Arsenio, al verle tan cansado, se le acercó para ofrecerle un vaso de agua de

la fuente que manaba junto a su cueva en tanto yo, que procedía en ese momento a dividir el ramo en dos haces y a ponerlos en sendos jarrones a cada lado del altar, me disponía a tomar la nota de sus manos. Al ver en el lacre el escudo de mi familia lo rompí y, nada más desdoblar la nota, reconocí de inmediato la caligrafía. Era del secretario de mi madre.

Profundamente abatida tomé asiento. El fraile, consciente de mi pesar, no tardó en tomarme de las manos para consolarme.

—¿De qué se trata, excelencia?

—Doña María Faustina Téllez-Girón y Pérez de Guzmán se muere, y no parece querer hacerlo sin verme antes —suspiré—. Mi madre, antes de dejar este mundo, requiere mi inmediata presencia en Aranjuez.

—Apresúrese, señora —me recomendó—. Entretanto, yo rezaré por ella.

Y, dicho y hecho, arrodillándose y juntando las manos en posición orante se puso a la tarea. Sin embargo, yo me mostré incapaz de moverme y, mirando al suelo pensativa, permanecí un buen rato junto al fraile. Al darme cuenta de que éste me miraba de reojo, le confié mis secretos pensamientos:

—Como siempre, mi madre se ha mostrado cabezota hasta en sus últimos días. Hacía años que la venía advirtiéndole de que dejase el servicio de la reina María Luisa. Ser dama de la reina está bien para las jóvenes nobles que vienen a vivir a la corte para encontrar junto a los reyes un buen marido si aún no están comprometidas o para conocer a todos los personajes influyentes, ya sean españoles o extranjeros, pero hacía décadas que ella tenía todo aquello. ¿Qué le podía aportar entonces el tener que satisfacer los caprichos de una reina díscola e impertinente? ¿La fidelidad a la corona? —El ermitaño, más acostumbrado a escuchar que a parlamentar, me dejó continuar—. Si al menos eso me hubiese servido para enterarme de las cosas que se fraguan en palacio y que me preocupan..., pero tampoco. Anduvimos siempre tan distanciadas que nunca me ha hecho partícipe de sus confidencias. La última vez que la vi la advertí de las consecuencias que seguir al servicio de la reina le podrían acarrear, pero no hubo manera de convencerla de que a sus setenta y dos años ya había cumplido sobradamente. «Me niego a sentarme a morir, Pepa. ¡Si pudiese cambiar este cuerpo por otro más joven, podría hacer todo lo que me falta sin dar la lata a nadie!», me dijo. Y debía de ser verdad, porque cuanto más se anquilosaban sus miembros más le hervía la mente.

El fraile me interrumpió:

—¿Necesitáis liberar vuestra conciencia? ¿Desea vuestra excelencia confesarse antes de partir?

Negué sonriendo tristemente.

—No es eso, fray Arsenio. Lo he intentado todo y tengo la conciencia muy

tranquila. Lo único que siento es carecer de tiempo para enmendar las cosas. Su tozuda resistencia a aceptar lo inevitable y mis constantes reprimendas la llevaron a ocultarme sus achaques. Este invierno, al sentirlo especialmente frío, le ofrecí mudarse a casa para celebrar la Navidad, pero me rechazó únicamente porque prefería celebrar las fiestas con los reyes. Supongo que en su negativa también había un poco de apego a su propia independencia. De todos modos, ella nunca podría residir en una casa, aparte del Palacio Real, de la que no fuese su señora. No malinterprete mis palabras. No es rencor lo que siento, sino que estoy tan acostumbrada a no formar parte de sus preferencias desde niña que ya apenas me molestan sus desaires.

Dándome la absolución, el religioso se despidió como si nuestra conversación se hubiese enmarcado dentro de una confesión:

—Id en paz y procurad una reconciliación antes de que sea demasiado tarde.

Obedeciéndole, salí de la capilla. La nota no me procuraba más datos; sólo informaba de que mi madre llevaba cerca de un mes de encadenados enfriamientos que la habían ido debilitando y de que se requería mi urgente presencia.

Temiéndome lo peor, mandé aviso a mi esposo y lo dispuse todo para partir; pero, antes de espolear al caballo, ordené que fuesen desempolvando las libreas de luto por lo que pudiese ocurrir. Las horas que anduve galopando junto a Pedro me dieron mucho que pensar.

Hacía más de treinta años que habíamos enterrado a mi padre, don Francisco Alfonso Pimentel y Borja, gentilhomme de cámara de Carlos III. Desde entonces, mi madre había dedicado su vida por entero a las reinas de España, a pesar de que aquello la hubiese tenido eternamente separada de mi lado. Primero fue dama de Bárbara de Braganza, después de María Amalia de Sajonia y ahora lo era de María Luisa de Parma. Quizá por eso la reina, a pesar de tenerme atragantada, nunca quiso prescindir de sus servicios.

Aun cambiando de caballo en las diferentes paradas de postas sin dar tregua a nuestros huesos, llegamos tarde. Aquel 7 de enero había amanecido muerta en su cama. La encontré ya amortajada. Al no haber podido hablar con ella, como fray Arsenio me había aconsejado, opté por dedicarle mis pensamientos a los pies de su féretro, y he de reconocer que hacerlo me reconfortó. Tal vez fuese porque, al no existir la posibilidad de réplica, no cabía discusión por su parte ni tampoco por la mía.

Al atardecer salimos tras la carroza fúnebre de regreso a Madrid para, al día siguiente, enterrarla junto a mi padre y a mis pequeños en el panteón familiar que teníamos en San Felipe Neri.

Sólo una carta de pésame redactada de manera impersonal llegó de palacio. Los reyes ni siquiera alcanzaron a escribirla personalmente. Como siempre en esas ocasiones, sólo se limitaron a firmar lo redactado por su escribano. El tiempo en que se estampa una rúbrica es lo que la reina le dedicó a las pompas fúnebres de mi madre después de toda su vida a su servicio y al de sus antecesoras.

Aunque me dolió por ella, no me importó, porque allí estaba yo para suplir esa imperdonable falta. Así que los funerales se sucedieron hasta el día 16 de febrero, tiempo durante el cual me acogí al luto más riguroso y no recibí absolutamente a nadie. Las cortinas, nuestros vestidos y hasta las camas se tiñeron de oscuros augurios. Fueron muchos los que me criticaron por dedicar a la muerte de mi madre más de un mes de pompas fúnebres.

—Será engreída. Ni que su madre hubiese sido la propia reina —oí susurrar a dos cotillas justo después de haber pasado por segunda vez a darme su más sentido pésame. A todos aquellos hipócritas de lágrima falsa los refuté pagando otras dos mil misas por su alma.

Precisamente aquel 16 de febrero salía de San Andrés acompañada por mi marido, mi hija Pepita y su ya inseparable amiga la prometida de Godoy, cuando un gran revuelo nos alertó de que algo grave debía de estar ocurriendo.

La muchedumbre se agolpaba alrededor del hombre que leía en voz alta un pasquín. Al acercarnos supimos el motivo. Era lógico que muchos se santiguasen al conocer la catástrofe que había asolado a nuestra armada el día de San Valentín frente al cabo de San Vicente.

Aún no se sabía el alcance exacto de la desgracia, pero debía de ser grande conociendo la inclemencia con la que el almirante Jervis y el comodoro Nelson trataban a nuestros navíos desde nuestra alianza con Francia. Mi esposo no pudo evitar hacer un juicio de valores.

—Las treguas entre Inglaterra y España nunca han durado lo suficiente como para perpetuarse.

—Es difícil mantenerlas cuando sus corsarios siguen atacándonos exista o no paz. Pedro invocó los tiempos pasados.

—Hace tan sólo dos décadas hubiésemos vengado como se merece semejante humillación, pero ahora no podremos. ¡Qué lejos quedan ya los tiempos en que el padre del rey, don Carlos III, enalteció la armada española! Si seguimos así apenas nos quedarán barcos para que los manden nuestros capitanes.

Bastante difícil es la vida a la que se enfrentan nuestros almirantes como para además pretender que se sacrifiquen sin el merecido reconocimiento y menos sueldos

mientras lidian con una marinería compuesta casi en su totalidad por pillos, maleantes y petimetres que se enrolan únicamente para conmutar sus penas. ¡Ya podría el príncipe de la Paz poner remedio!

No pude evitarlo y miré a la única persona que podría sentirse aludida por el comentario. Sabía que la discreta María Teresa no diría nada a su prometido por las tristes confidencias que ésta le hacía a Pepita, y es que cuanto más íntimamente lo conocía, más lo aborrecía.

—En vez de solucionar este problema de raíz, Godoy mareará la perdiz y eludirá sus posibles responsabilidades —continuó mi esposo—. Ya veréis como, en vez de premiar la valentía de los almirantes de la escuadra, dispone un consejo de guerra para culparlos del descalabro. Tira la piedra aliándose con los franceses para después esconder la mano cuando los enemigos de éstos nos machacan.

La callada joven se limitó a subir a la carroza con la mirada gacha. Al llegar a casa intentamos enterarnos de algo más, pero las noticias eran sesgadas y tuvimos que esperar casi tres semanas a que la *Gaceta de Madrid* nos diera más detalles. Las cifras sobrecogían. Habíamos perdido cuatro barcos y los que consiguieron salvarse llegaron al puerto de Algeciras prácticamente destrozados. Doscientos ochenta y cuatro hombres perdieron la vida luchando por España, pero a pesar de aquella calamidad la única noticia que parecía importarle a Godoy era que el *Santísima Trinidad* se hubiese salvado.

El ladino hubiese querido tener más albricias para esgrimir en su defensa cuando los más osados le atacaron por su alianza con Francia, pero ni las tuvo ni las encontró. Ya nadie creía sus mentiras.

¡QUÉ SACRIFICIO!

*¡Cómo ha de ser! El novio no es de los más apetecibles pero es rico y a costa de la libertad de una niña infeliz se compra el socorro de una familia hambrienta. Así va el mundo.*

Manuscrito del Museo del Prado,  
Capricho n.º 14 de Goya

### **2 DE Octubre de 1797**

Habían pasado ocho meses desde aquella desgracia cuando Pepita me dijo que María Teresa por fin había enviado la invitación a su boda en El Escorial.

Conociéndose como se conocían ya los novios, sabíamos que de no ser por el mandato incuestionable de los reyes ella nunca hubiese aceptado. Estaba claro que, a falta de padres, necesitaría de todo nuestro apoyo en ese día, por lo que, a pesar de que no se hubiese cumplido el debido año de luto, decidimos asistir.

Por lo que sabía, la intimidad entre Cayetana y Godoy hacía meses que se había roto. Era de esperar, y bien que se lo advertí a mi prima. Manuel era un hombre tan caprichoso como olvidadizo. Una vez conseguidos sus propósitos perdía completamente el interés por ellos, y la duquesa de Alba, por lo que ahora se veía, sólo había sido uno más de ellos. Sus amores finalmente no habían resultado ser sino el fruto de un arrebato momentáneo.

Con todo, y a pesar del odio que la reina le tenía, Cayetana también había sido invitada a la boda.

No sería la única amante del novio presente en la catedral, pero al menos esperábamos que, por respeto a la novia, no hiciera acto de presencia la Tudó.

Desde el preciso momento en que los novios se prometieron y no nos quedó más remedio que aceptar que aquel incongruente matrimonio se celebraría, tanto mi hija Pepita como yo tomamos de mutuo acuerdo la decisión de prestar nuestro apoyo a la joven y futura princesa de la Paz en todos y cada uno de los seguros desencuentros que viviría pasado el «sí, quiero». Entretanto, de camino a la ceremonia en la calesa nos entretuvimos hablando de lo que comentaba media España: ¿se alcanzaría una alianza con Inglaterra, o sería con Francia? Mientras oía a Pedro disertar sobre la mejor opción posible, yo reflexionaba, y llegué a la conclusión de que, visto lo que la Revolución francesa estaba trayendo a su pueblo, era más que lógico por mi parte

empezar a dudar de todas las teorías de Rousseau que había aprendido y que un tiempo atrás había seguido a pies juntillas.

Nuestros vecinos habían cortado la cabeza a un rey para instaurar una república en la que sus máximos gobernantes se erigían casi en reyes. ¿Qué diferencia había entonces entre lo que tenían antes y lo de ahora? El poder les hacía pasarse por el forro de sus casacas la igualdad, la libertad y la fraternidad por la que tanto clamaron. Además, desde hacía un tiempo los gabachos se mostraban más déspotas con nosotros que nunca, mientras que una alianza con Inglaterra terminaría con sus constantes ataques por mar.

Esa misma mañana muy temprano, varias horas antes de que tuviera que prepararme para asistir a la boda, había salido a cabalgar por la sierra de Guadarrama. Durante el paseo paré cerca de la piedra a la que todos llamaban «la Silla de Felipe II», por ser éste el lugar sobre el que el rey se sentaba para vigilar desde lontananza la construcción del monasterio, y sentí cómo la brisa fresca de las cumbres ya nevadas me acariciaba las mejillas.

Desde allí arriba, el monasterio-palacio se divisaba como el más grandioso de los que España nunca tuvo. ¡Excelsos tiempos los de su primer morador! Ya podía seguir el ejemplo de su antecesor nuestro Carlos IV, al menos a la hora de despachar con sus validos sin permitirles jamás un abuso de poder o un desmandamiento en sus resoluciones.

Sentada sobre el mullido musgo de aquel trono de granito, calculé el tiempo que le faltaría a Michelle para terminar de peinar a la reina antes de venir a mi encuentro. Galopando bajé al monasterio, dejé mi yegua en caballerizas y me encaminé a mis aposentos. Llegué justo cuando Michelle entraba en la estancia. Como siempre que traía albricias, no esperó para hacerme partícipe de las recientes confidencias que su majestad había compartido con sus damas, aunque en esa ocasión no me reveló ninguna de especial interés para mí. Por la descripción que me hizo mi peluquera del peinado y el maquillaje que había elegido María Luisa aquel día, tampoco pude adivinar su verdadero estado de ánimo, a pesar de que casar a su preferido no debía de ser un plato de buen gusto para ella.

Sólo un comentario acerca de la colocación de su lunar de quita y pon, que ordenó situar esta vez en la barbilla, me dio una pista. Conociéndola, podría haber elegido hacerlo en la mejilla, demostrando galantería; o junto al ojo, para señalar la pasión que sentía por el novio; o al lado de la nariz, incitándolo con una invitación atrevida el mismo día de su boda o subrayando la boca por simple coquetería. Pero no fue así. Era desafío, desconfianza y recelo lo que quería irradiar. Extraña elección para un día tan señalado.

Sea como fuere, al cabo de poco más de media hora pude constatar lo que Michelle me había dicho cuando, perfectamente vestida y peinada de gala, me incorporé a la fila de la comitiva que cruzaba el patio en dirección a la catedral y observé a la reina, emperifollada, altiva y, en efecto, con el lunar en la barbilla.

Ya en el templo fue la primera en avanzar por el pasillo central. Erguida, con actitud orgullosa y paso firme, tomó asiento a tan sólo tres pasos del expectante novio. Ellos dos, así como los invitados, quedaron a la espera de la entrada de la novia junto al padrino.

Éstos no tardaron mucho en hacer su aparición. Sin prodigarse demasiado, don Carlos salió, con la novia del brazo, por una de las puertas del patio. El monarca, como siempre afable, se detuvo un instante para saludar al gentío que se hacinaba junto a la verja. Desde la lejanía, el populacho no pudo distinguirlo, pero a los que allí cerca estábamos nos chocó que todo un rey ni siquiera se hubiera molestado en cambiarse de zapatos para acompañar a su prima al altar. Sus embarradas botas demostraban el poco interés que ponía en lo que estaba haciendo. Y es que, como hombre rutinario que era, aquel amanecer se había dedicado a escuchar su misa diaria para luego salir a su imperdonable partida de caza sin que, a su vuelta, hubiera podido sacar tiempo para atusarse mínimamente antes de ejercer como padrino en la boda de su válido.

Fueron pocos los que se percataron de la mirada inquisitiva que le dedicó la reina al verlo pasar de esa guisa ante ella. Aquélla era la prueba más palpable de que al rey aquel acontecimiento, como casi todo lo que pasaba a su alrededor, ni le iba ni le venía, hasta el punto de que ya éramos muchos los que pensábamos que, o era miope, o se lo hacía. ¡Podría al menos haberse puesto otra casaca más suntuosa que aquélla de burdo paño!

En contraste con su apatía, el asustado y tímido semblante de María Teresa chocaba vivamente con los despreocupados andares de quien la conducía ante su futuro esposo. Desaliñado, despeinado, con las uñas astilladas y las palmas más ásperas incluso que las de un labriego, don Carlos no parecía en absoluto ni su primo ni su padrino ni mucho menos el rey de España. Imaginé lo que aquella dulce muchacha debía de estar sintiendo cuando observé que el monarca, en un amago de delicadeza, le acariciaba el envés de la mano. Aquel gesto me escoció. Probablemente, aquel mimo le había dado la impresión a la pobre novia de que estuvieran lijándole la piel, y es que el rey era un fanático de la ebanistería y muy posiblemente dedicaba más atención y cariño a cualquier pedazo de madera de su apreciado taller que a un miembro de su familia, como era, por otra parte, la doncella que en ese instante apadrinaba. Dejando a un lado a Cristo, nunca antes conocimos a otro rey carpintero, y maldito el momento en que nos tocó en gracia. Hasta el hombre más modesto de los allí presentes hubiese cumplido como padrino de boda con más

empaque que él, pero su majestad podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera. ¡Solemne estupidez! ¡Si algunos incluso perseveraban en la idea de que creaba escuela! ¿Qué escuela? ¡La de los necios, la de los dejados, la de los harapientos o la de los cornu...! Preferí amordazar mi enojo y seguir observando antes de que mi enfado se evidenciara y me comprometiera de algún modo.

Al llegar al altar, don Carlos entregó la novia al novio como si de un pesado fardo se tratase. La reina, sentada a la izquierda de los contrayentes, no disimulaba su arrogancia. Nada de extrañar, ya que ella era la principal artífice de aquella pantomima. La despiadada no parecía sentir ni la más leve compasión por la novia. ¡Por un segundo podría haberse puesto en su lugar! Pero recapacité, ¿cómo se podría pretender que fuese de otra manera si en su propia boda hacía treinta y dos años también se mostró de piedra? Hice memoria y rememoré el aplomo con que aquella niña de tan sólo catorce años y fea como un demonio había avanzado hacia el altar. Su expresión, su mirada de entonces, aún me producía escalofríos.

¿Cómo era posible que hubiera una diferencia tan abismal entre aquellas dos novias, la princesa María Luisa de hacía tres décadas y la María Teresa que en ese mismo momento veía pasar ante mí? ¿Sería porque la reina tuvo la oportunidad de educarse en la frívola corte de Parma mientras la desgraciada hija del infante lo había hecho con las buenas monjas bernardas?

Pero me obligué a dejar mis elucubraciones a un lado para fijarme en el novio. Godoy, como en el reciente baile del casinillo, miraba a todas las mujeres hermosas menos a la que debía, en tanto la novia parecía una pequeña pelota de petanca a merced de los golpes que todos los que estaban a su alrededor le arreaban.

Entre las sombras, su sobrino, el príncipe de Asturias, a punto de cumplir los trece, la observaba con una mezcla de pena y enojo: tristeza por la desgraciada ventura de su suerte y cólera por tener que presenciar semejante injusticia con las manos asidas a la espalda.

El príncipe Fernando, acostumbrado como estaba a los desaires de sus propios padres, probablemente se sintiera más identificado con la novia que cualquier otro de los presentes. La aversión que su madre le había tenido desde niño seguramente fue lo que lo cinceló dotándole de un carácter tan huraño como desconfiado. Aunque él no lo sabía aún, aquéllos eran principescos defectos que los enemigos de sus padres pretendíamos usar en contra de ellos mismos. Y es que sólo había que alimentar este odio fraternal para, en cuanto la ocasión lo permitiese, lograr entronizar al joven en el lugar de sus inútiles progenitores.

Un sollozo hizo que desviara la mirada del heredero hacia la bancada situada tras él; en ella se sentaban el resto de los hermanos del príncipe. El más pequeño tenía tan sólo tres años de edad: se trataba de don Francisco de Paula, al que muchos

consideraban el supuesto bastardo del novio.

Por su parte, y habiendo terminado ya su paseo hacia el altar, María Teresa buscaba los ojos de su hermano Luis María esperando hallar en ellos una mirada de consuelo. Con una mezcla de pena, compasión y vergüenza ajena, me pareció evidente que éste sólo pensaba en las grandezas que aquel matrimonio le proporcionaría y no en la desgracia de su inocente hermana.

¡Pobre muchacha que a nadie parecía importarle!

Y, menos que nadie, a su esposo. No pude evitarlo y conté con la mirada a todas las mujeres que, presentes en la ceremonia, calentaron o calentarían la cama de dicho cabestro: Cayetana en el bancal que había a mi lado, la reina en su sitio, la novia en el altar —próxima a la repugnante expectativa del lecho nupcial— y... ¡la Tudó! Todos habíamos pensado que no se atrevería a venir, pero allí estaba, agazapada en un banco de la quinta fila.

Empalidecí y, por un instante, la incredulidad, la ira y hasta la incapacidad de formular palabra y expresar mi asombro me dominaron sucesivamente. No podía dar crédito a tanto despropósito y deseé con todas mis fuerzas que aquella ceremonia de la iniquidad, esa pantomima destinada a sellar lazos políticos y económicos, terminara cuanto antes.

Parece que mis deseos se cumplieron, porque el resto de la boda se me pasó en un suspiro y, cuando ésta hubo terminado y según palabras del cardenal pudimos marchar en paz, fui testigo de cómo el príncipe del mismo nombre salió ufano del brazo de una mujer ausente, la suya. María Teresa caminaba como uno de mis autómatas, con la mirada perdida en la coloreada luz de una vidriera.

Dado que el día de la ceremonia nos fue imposible hablar tranquilamente con ella, nos obligamos a esperar una semana para mandarle a su casa un recado en el que le pedíamos una cita. Como amiga inseparable de María Teresa, se encargó mi hija Pepita de rubricar la petición.

Sin embargo, y por alguna extraña razón que no alcanzábamos a entender, el protocolo de la casa del príncipe de la Paz nos dio largas una y otra vez hasta que el tesón y la constancia consiguieron lo que empezaba a parecernos imposible: una fecha para reunirnos con ella en su propia casa.

Entretanto, yo no dejaba de sorprenderme y de preguntarme por lo que sucedía. No me explicaba cómo podía ser que fuera tan difícil visitarla. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso Manuel, ya casado, no consideraba interesante la amistad de Pepita con su mujer? Desde la boda parecía querer aislarla de todo y de todos.

Finalmente, ya con nuestra paciencia casi al límite, mi hija y yo llegamos a las

Vistillas del Río decididas a adentrarnos en el palacio de los Ministerios cuatro meses después del enlace. Al subir la gran escalinata no pude evitar escrutar con atención el edificio y abstraerme en mis pensamientos: ¿y si en alguna de sus estancias, tras esas paredes de la residencia de Godoy, estaba colgada la gitanilla desnuda de Goya que tanto tiempo después seguía buscando y recordando?

Después de anunciarnos, mientras nos internábamos en los pasillos de la mansión, me dije que, si tenía ocasión de hablar con ella, debía preguntarle a María Teresa si había podido ver aquel cuadro. Tal vez algún día lo descubriese y, quién sabe, incluso quizá me lo enseñase. Entretanto, Pepita iba también meditabunda. Mi hija llevaba meses preocupada por cómo su amiga habría podido afrontar su noche de bodas. Lo de menos era que él fuera un hombre experimentado y ella una redomada inexperta, lo de más era cómo se habría tomado la muchacha el tener que entregarse por entero al hombre menos atrayente que conocía.

Cuando por fin la encontramos, ambas percibimos que se la veía muy desmejorada. Ni siquiera se levantó para recibirnos. Seguía, como cuando la dejamos después de la celebración de su boda, mirando a la lontananza, pero esta vez a través de la ventana. Era la melancolía personificada.

Pepita se lanzó a sus brazos.

—¿Qué tal fue nuestro invento? —le preguntó.

—De nada sirvió. —Suspirando, la princesa de la Paz bajó la mirada—. Como Cayetana predijo, acabó hecho jirones a los pies de la cama.

Incapaz de intuir a qué se referían, me interpuse entre las dos y, abrazando también a María Teresa, me interesé por saber de qué estaban hablando. Ésta, ahora también inquisitiva, se dirigió a mi hija:

—¿No se lo contaste?

—Todo menos eso —negó Pepita avergonzada—. Además, lleva tantos años casada que seguro que se lo imagina —supuso.

Fue María Teresa quien intentó entonces aclararme las cosas:

—Como no sabía qué hacer para pasar el amargo trago del débito conyugal sin padecer repulsión o vergüenza, le pedimos a mi costurera que me hiciese un camisón como los que antaño usaban las mujeres castas a la hora de holgar con sus maridos. La duquesa de Alba, al saberlo, me advirtió de que no serviría nada más que para enojar a Manuel, pero yo no quise creerla —suspiró—. Desgraciadamente atinó de lleno: aquella enagua sólo sirvió para llenarme la piel de sus arañazos cuando me la arrancó de cuajo.

Hice un esfuerzo por no reírme.

—¿Por qué no me lo dijisteis a mí?

María Teresa se encogió de hombros:

—Pepita no quería por nada del mundo involucraros en esto, y, como Cayetana sabía lo que a Manuel le gustaba, pensamos que lo mejor sería preguntarle a ella. Pero ya nada importa. Lo pasado, pasado está.

Sólo de pensar en la agresividad que Godoy debió de emplear con ella se me pusieron los pelos de punta.

—Criatura, yo también soy mujer, si me hubierais preguntado podría haberte aconsejado que recurrieras al opio, las setas o cualquier otra planta alucinógena que, inhalada o en infusión, os hiciera olvidar la realidad.

Con la mirada aún vidriosa intentó sonreír.

—¿Y eso existe? Qué más da ya. Lo importante es que gracias a este sacrificio mi hermano, el infante Luis María, ya ha sido nombrado arcediano de Talavera. Cuando logre concebir y tener un hijo me aseguraré de conseguir que, además, le asciendan a cardenal primado. Se lo debo a cambio de haberme cedido el condado de Chinchón, gracias a lo cual me he convertido en la decimoquinta titular de este nombre.

Pepita no pudo abstenerse de comentar:

—Favor por favor. Siempre lo mismo. Yo creía que eso no funcionaba entre hermanos.

Al oírla, María Teresa se enojó:

—No lo entiendes, no sólo lo han engrandecido a él. También han ordenado al obispo de Ávila rectificar nuestras partidas de bautismo en los libros parroquiales. Ahora el apellido Borbón, del que mi tío Carlos III nos despojó al nacer, antecede al de Vallabriga de mi madre. Y a ella, después de haberla tratado como a una simple mujerzuela en el reinado anterior, ahora le reconocen el tratamiento de infanta y la han condecorado junto a nosotras con la banda de la Real Orden de María Luisa. ¿Os imagináis cómo se debe de sentir?

Cuanto más intentaba disfrazar su amargura más le temblaba la voz. Tomándola de las manos la miré fijamente a los ojos.

—¿Cómo? —le pregunté con dulzura—. Decídmelo vos, María Teresa. Con ese afán por hacer el bien a todos los de vuestro entorno a base de sacrificio estáis olvidando muchas cosas. No os engaños, vos no habíais nacido cuando vuestros padres se casaron, pero yo sí os puedo decir que sólo fue él quien renunció a todo por el amor de tu madre. Ella, en cambio, no tenía nada que perder. Para ella el destierro de vuestro padre era un paraíso. Un edén que le había caído en gracia sólo por enamorar a tu padre. Y, después de la boda, se lo agradeció menospreciándole en público. ¡Menudos calzonazos estos Borbones! ¿Cómo podéis sacrificaros por una madre que apenas luchó por teneros a su lado al quedar viuda? Vamos a ser sinceras,

no es un favor por favor lo que hacéis, sino un todo por prácticamente nada.

Arrugando el ceño se echó las manos a la cara. Inmediatamente me arrepentí de la dureza inintencionada de mis palabras. Tomé una jarra de plata con aloja helada y se la tendí para que se tranquilizase.

—Perdonadme —me disculpé—. Nunca debería haberos hablado así, porque sois la última responsable de todo este desbarajuste.

Sorbiendo las lágrimas se abrazó a mí.

—Desde que he decidido restar importancia a mi honra de mujer ya no me importa cumplir como esposa. Manuel puede disponer de mi cuerpo a su antojo y quedar satisfecho. Ya sabéis que no me casé por amor. Pensándolo bien, sois muy pocas las señoras que de verdad lo habéis hecho así, y a estas alturas sería de necias quejarse por ello. Mi matrimonio, como tantos otros, desborda interés por sus cuatro costados. Ya sólo aspiro a que mi marido me guarde el respeto que por ahora se empeña en negarme. Si supierais...

Ese instante de silencio le sirvió para apretar las mandíbulas hasta rechinar los dientes antes de continuar:

—Si supierais cómo me viola cada noche. Es como un caballo desbocado. ¡Qué digo como un caballo! Las bestias, al menos, cubren a sus hembras con anhelo. Él acude a mí con desgana, me asalta prescindiendo de todo tipo de preámbulos, cumple con su propósito de procreación y desaparece —balbuceó—. En la penumbra de esta reiterante pesadilla estrujo mi impotencia con las dos manos en la seda de la funda de mi almohada. Ni siquiera me queda en el recuerdo la desdibujada huella de una miserable caricia, ni un beso ardiente en la mejilla, sólo un sucio vacío que el insomnio tarda horas en borrar. Cuando me despierto cada mañana en mi solitario lecho repaso mi cuerpo con la sensación de tener un montón de porquería adherida a la piel. A menudo descubro los cardenales que recibo de él a causa de mi rechazo.

Me hubiese gustado darle alguna solución, pero sólo pude besarle las manos con compasión. Ella las apartó delicadamente y cambió el tono de voz:

—Pero alegremos las caras, porque hoy he sabido que esto no será eterno.

Las dos la miramos sorprendidas. No tardó en explicarse.

—Al fin he conseguido que me prometa que me dejará tranquila el día que quede preñada. Si me queréis ayudar, rezad a Dios para que así sea lo antes posible. El día en que dé a luz un niño sano de un golpe satisfaré su ansia de paternidad y la deuda que mis primos, los reyes, me demandan.

Pepita, emocionada, la abrazó con fuerza.

—María Teresa, haz que esa alegría sea verdadera. Sueña con las noches tranquilas que os esperan.

—¡Bendito ese embarazo que me otorgará la libertad! —asintió enjugándose las mejillas y alzando la mirada al cielo—. ¡Y que me libraré de sus puercas embestidas!

Mordiéndome la lengua salí de la estancia discretamente para dejar a las ingenuas amigas a solas. Bastante amargada andaba la pobre condesa de Chinchón como para desencantarla aún más con mis conjeturas. ¿Cómo iba a comentarle que parir una niña no le serviría de nada?, ¿o que Manuel no sólo buscaba vincular el apellido Godoy al de Borbón sino que lo que de verdad pretendía era anteponerlo por siempre al del rey y que eso sólo lo lograría teniendo un varón?, ¿o que, por muchas promesas que su marido le hubiese hecho, él era más de objetivos que de ofrecimientos, y que era tan pertinaz en sus caprichos como infiel en la palabra dada?

Andaba tan absorta en mis pensamientos que tardé en darme cuenta de que no estaba sola en el salón contiguo. Tras un caballete con un lienzo a modo de biombo reconocí los zapatos de Goya. Por el lado izquierdo, mientras él se movía ensimismado en su quehacer, asomaba de vez en cuando la paleta del maestro, que, de espaldas a la ventana, daba pasos adelante y atrás antes de dar otra pincelada a la pintura.

Su sordera debió de impedirle oír mis pasos. Dado que tampoco me veía, fui acercándome a él lentamente mientras el corazón se me aceleraba. No era para menos, si, como todos mis datos indicaban, Godoy tenía en su poder el cuadro del desnudo pintado a Cayetana. Quizá el príncipe de la Paz hubiera llamado a Goya para encargarle que pintara un rostro al retrato a fin de terminarlo y quizá estuviera yo a punto de descubrirlo. No podía contener mi curiosidad, ¿de quién sería ese rostro? En aquella habitación sólo estábamos don Francisco y yo, por lo que debía sin duda de tratarse de una dama cuyas facciones el pintor conociese de memoria. Con el corazón palpitante, a punto de salirseme del pecho, seguí acercándome dispuesta a descubrir de una vez por todas los secretos que ese dichoso desnudo encerraba; al proyectarse mi sombra sobre el lienzo, el maestro se dio cuenta de mi presencia y se volvió para mirarme. Yo, por mi parte, procuré disimular mi decepción.

—La condesa de Chinchón ni siquiera me comentó que le estabais pintando un retrato —comenté por todo saludo en referencia a la pintura que Goya tenía ante él.

—Acordamos guardar el secreto hasta que estuviese terminado —masculló, contrariado por mi interrupción—, pero supongo que a la duquesa de Osuna no hay muchas cosas que se le puedan ocultar.

Me acerqué un poco más para observarlo con atención.

—Es hermoso. Habéis logrado reflejar en su mirada toda su dulzura, su sentimiento, su melancolía, su...

Don Francisco alzó el pincel para solicitarme silencio.

—Su inocencia —concluyó.

—Sí, es el adjetivo perfecto —dije sonriendo—. Nadie como vuestra merced para pintar semblantes. ¡Qué diferente expresión a la que tiene en el retrato que le pintasteis en Arenas de San Pedro cuando apenas tenía tres años! La luminosa sierra de Gredos de fondo, el caniche a sus pies, la mirada fija en el espectador y los brazos en jarras sujetándose la mantilla a la altura de la cintura. Demostraba esa seguridad en sí misma que ahora de adulta tanto le falta. —Estudié más minuciosamente la pintura inacabada—. Hoy, en cambio, la pintáis sobre un fondo oscuro como la noche. Nadie ni nada la acompaña excepto la miniatura de un insignificante retrato de su marido en el anillo. Está sentada. Casi derrengada. Es como si hubiese cumplido mil años de mustia soledad. Sólo las espigas de su tocado pueden hacer referencia a la ansiada compañía de un hijo, a su futura fertilidad.

—Su excelencia es de las pocas que saben interpretar los símbolos.

Consciente de que al maestro le incomodaba que observase mientras trabajaba, procuré abreviar:

—Don Francisco, ya que casualmente nos hemos encontrado, debo deciros que desde hace tiempo tengo pensado que me gustaría encargáros otro retrato de la familia. ¿Cuándo podría ser? Tal vez al terminar éste..., a no ser que tengáis algo más que hacer en esta casa, claro.

Fastidiado por mi pertinaz intromisión, colocó el pincel sobre la paleta como dando por hecho que, mientras yo estuviera allí entreteniéndole, no podría pintar.

—Aquí poco trabajo queda ya —se sinceró—. Podría cumplir con vuestro encargo después de terminar el retrato que tengo que hacerle al señor de Jovellanos.

Instintivamente me llevé el dedo índice a los labios para después susurrarle al oído procurando que, a pesar de estar casi sordo, me oyera:

—No deberíais mencionar ese nombre en esta casa. ¿O es que no sabéis aún que es uno de los mayores enemigos del príncipe de la Paz por atreverse a publicar sus ineptitudes?

—Ya sabéis tanto usted como el príncipe que yo pinto a quien me lo demanda sin llegar a más. Retrataré a ese señor como y cuando se me antoje. —Y, frunciendo el ceño, tomó el pincel de nuevo y de ese modo dio por terminada nuestra conversación.

Dolida al comprobar una vez más que su carácter reservado me impediría averiguar el paradero del retrato de Cayetana, me dirigí hacia la puerta a fin de ir a buscar a Pepita y apremiarla para que nos marcháramos cuanto antes. No había alcanzado a cerrarla tras de mí cuando me topé con Godoy. Algo en su gesto, así como la inmediatez de nuestro encuentro, me hizo concebir la sospecha de que había

estado escuchando tras la hoja.

—¡Qué sorpresa! —acertó a exclamar por todo saludo.

—He traído a la niña para que venga a charlar con vuestra mujer —me excusé, a sabiendas de que no éramos bienvenidas.

—A cotillear, queréis decir...

Su irónica sonrisa me preocupó.

—Fuisteis vos el que me pidió un día que la introdujésemos en la corte, sabido es que el roce hace el cariño, y ellas ahora se lo tienen. Pepita no la veía desde la boda y, si os soy sincera, la hemos encontrado bastante quebrantada. Quizá deberíais tratarla, si no con mimo, con algo más de respeto.

—Metomentodo, ¿quién os habéis creído que sois para darme este tipo de consejos? —saltó ofendido—. ¿Y por qué no ha venido sola vuestra hija? Vos no la acompañáis para ver también a María Teresa, sino para fisgar. ¿Por un casual no vendríais a buscar aquello que un día os pedí y no conseguisteis?

La certeza de su acusación podría haberme dejado sin palabras, pero, en vez de callar, opté por fingir ignorancia. ¿Cómo podía ser tan malpensado el cretino?

—¿A qué os referís?

Pero, por lo visto, no conseguí engañarle:

—¡Desistid de vuestras argucias, Pepa, porque nunca sabréis si lo tengo! A cambio de vuestro fracaso os pedí que guiaseis a mi mujer en sus primeros pasos por la corte, y en vez de eso estuvisteis emponzoñándola en mi contra; y, no contenta con ello, ahora volvéis a mi casa para proseguir con vuestro empeño. ¡Os ordeno que la dejéis en paz!

¿A qué venía ese ataque repentino?

—No me acuséis a mí de vuestros desatinos —me defendí—. ¿Dónde perdisteis vuestra galantería? ¡Es con ella con quien tenéis que derramarla en vez de con todas las rameritas que se os ponen a tiro!

—¿Galantería con doña Frígida? —suspiró—. Difícil me lo ponéis si apenas consigo penetrar con la mirada en ese bosque rojizo de rizos que se peina frente a los ojos. ¡No os voy a explicar el esfuerzo que he de hacer para clavarle otras cosas! Pero qué digo. Dado que desde hoy os prohíbo verla de nuevo, eso ya no os incumbe.

—Le tenemos aprecio y no pensamos abandonarla a su suerte —contesté indignada.

—Si persistís, ateneos a las consecuencias.

—¿Otra amenaza? Hace mucho tiempo que ya no me asustáis, Manuel.

—Alejaos de María Teresa o haré lo posible por defenestraros —insistió.

—¿Vais a desterrarnos quizá? Dudo que os dé tiempo, porque muchos son ya los que sitúan a Jovellanos en vuestro lugar.

Sabía que aquello le dolería mucho más que mentarle cualquier asunto de familia, y tal vez hubiese cruzado demasiado la linde del peligro, pero no me importó. Aquel hombre necesitaba a alguien que le dijese las verdades a la cara.

—¡Ya se verá! —me contestó antes de alejarse dando un portazo.

Entré en el cuarto donde María Teresa y Pepita me aguardaban procurando por todos los medios mostrar serenidad y actuar como si nada hubiese sucedido. Al despedirme, no pude menos que desear que Godoy no tomase represalias contra ella por culpa de nuestro enfrentamiento.

*Pocas almas hay tan patéticas como indiferentes.*

Carta de Godoy a la reina María Luisa de Parma describiendo a su mujer, la condesa de Chinchón

### **Marzo de 1798**

Contados fueron los que creyeron la noticia cuando se hizo pública, pero, por muy inverosímil que pareciese, ¡era cierto! La Paz de Basilea y el Tratado de San Vicente, firmados con Francia, sólo nos habían traído problemas con Inglaterra, y la derrota de nuestra escuadra frente al cabo de San Vicente a manos de ésta había marcado el colofón de la nefasta política internacional del príncipe de la Paz.

Se especulaba en los mentideros que por fin el rey sustituiría a Godoy como primer ministro y que los días de su mandato llegarían, sin que pudiera ponerle remedio, a su fin. Los secretarios de Hacienda y Justicia, Saavedra y Jovellanos, respectivamente, eran los nombres que más sonaban como sus probables sustitutos.

La mayoría, tan sometidos como habíamos estado al capricho y libre albedrío de Manuel, desconfiamos de una retirada tan fácil, así como de su inminencia. ¿Qué era lo que ocultaba el Choricero en los últimos estertores de su poder? La única manera de terminar con él para siempre sería aprovechar la oportunidad que se nos brindaba para demostrar lo mal que lo había hecho, y eso sólo estaba en manos de los que, según los rumores, serían sus sucesores.

Albergábamos la esperanza de que fuesen ellos precisamente los que con sus novedosos ideales supiesen recolocar a España de nuevo a la cabeza de Europa. Si eso nos llevaba a una alianza con Inglaterra, bienvenida fuese.

Aquel atardecer en El Capricho celebré la noticia colgando los cinco cuadros que el maestro Goya me había enviado. Quedaban perfectos sobre aquel papel pintado que Giroud Villette me había diseñado en el taller que tenía junto a las Comendadoras de Santiago.

¡Tenían tanta fuerza! Y es que, a pesar de haberle dado carta blanca para que eligiese la temática, aún desconfiaba de sus cambiantes estados de ánimo. Sin embargo, y a pesar de que, como me temía, se trataba de pinturas de temática macabra, el resultado era tan brillante, su imaginería tan rica, su técnica tan perfecta y la crítica social que conllevaban tan acertada que no pude menos que recibirlos

satisfecha. Aquél era su genio, su arte en estado puro, y no cabía poner cancelas a su instinto para retratar lo que su imaginación le dictaba.

Recostada en un tú y yo junto a mi hija Pepita, nos deleitamos con la belleza de aquellas obras: *La cocina de los brujos*, *El convidado de piedra*, *El hechizado por la fuerza*, *El aquelarre* y *El conjuro*. En el fondo, al ser tan curiosos sus protagonistas, tan rematadamente populares algunos y tan estrambóticos otros, nos sentimos como si estuviésemos asomadas a una gran balconada viendo pasar a las más variopintas gentes en un día de romería.

Pepita no supo disimular su disgusto.

—Madre, si te he de ser sincera, me producen escalofríos. Prefiero mil veces la alegría que transmiten los cuadros de Goya que penden de la pared opuesta.

Dándonos la vuelta a la vez, en silencio nos regodeamos en la alegría de aquella colección.

Bien podría tratarse de la peregrinación a la ermita de la Virgen del Puerto, más conocida como «la Melonera» por celebrarse su fiesta en septiembre, o a la nueva, la de San Antonio de la Florida, a la que cada 13 de junio acudían las modistillas, engarzadoras y sombrereras, como Michelle, para buscar novio. Rezaba el dicho popular que tantos conseguirían como alfileres se les quedasen clavados en las palmas de la mano al introducirlas en la pila bautismal que había frente a los frescos de los milagros del san Antonio de Padua que hacía tan poco pintó el maestro. Pero no cabía duda de que lo que Goya había representado en aquellas obras era la fiesta del santo patrón de Madrid: la romería de San Isidro.

Goya, sobrevolando la pradera con la imaginación, había logrado reflejar en las pinturas realizadas para nosotros su paisaje, las costumbres y la algazara que en ella se vivía. Como el genio que estaba demostrando ser, y aunque San Isidro fuese el 15 de mayo, en los cuadros jugaba con los diversos matices de cada estación anual. Los rosas, azules y plateados de sus cielos separaban, sin necesidad de más explicación, el soporífero verano del gélido invierno. Se regodeaba en el transitorio otoño y primaba a la primavera como la única y verdadera protagonista de las populacheras fiestas.

Algunos de ellos resultaron ser las perfectas réplicas de los cartones para tapices que los anteriores reyes le habían encargado para las estancias de las infantas casi diez años atrás y que sabía que, debido a la muerte repentina de Carlos III, habían quedado inacabados, pero no me importó. Qué más daba que pudiera tratarse de los lienzos que trazó como bocetos para esos tapices si, sea como fuere, el resultado era magnífico. Eran los diez mil reales mejor invertidos en la obra de don Francisco de Goya y Lucientes.

Eludiendo la obligatoriedad de una fecha impuesta en el calendario, frente a aquellas imágenes, Pedro, los niños y yo nos brindábamos el capricho de revivir una

y mil veces aquella fiesta que tanto nos gustaba y que cada año reunía a gentes de todo tipo y condición.

Eso siempre que no nos sorprendía en la casa de la Cuesta de la Vega, donde acostumbrábamos a celebrarla en vivo, saliendo en calesa sobre las siete de la mañana para seguir al grueso de la romería, que a esa hora solía pasar frente a nuestra vivienda.

Mecidos por una mezcla de cánticos entre sacros y paganos bajábamos la Cuesta de la Vega, cruzábamos el puente sobre el río Manzanares y subíamos el repecho en dirección a la pequeña colina sobre la que se erige el diminuto santuario, el mismo que la reina Isabel de Portugal, la mujer del emperador Carlos V, construyó hacía siglos para agradecer la curación de su hijo, el futuro Felipe II, al beber el agua del manantial que, según la leyenda, hizo brotar san Isidro en las huertas que él labraba.

Aproximadamente a las ocho, recién finalizado el orto, un anacoreta vestido de labrador —a excepción de los birretes que le identificaban como el ermitaño del lugar— acudía a abrir el diminuto templo para officiar la misa de alba en honor al santo patrón. Después, muchos de los asistentes aprovechaban para llenar sus botijos y jarras de aquella agua milagrosa, mientras otros acudían al son de guitarras, panderos, gaitas, bandurrias y castañuelas a los tenderetes de lona para proveerse de perdices escabechadas, liebres, conejos o cabritos asados. Y es que aquel día hasta los mendicantes llenaban sus quejumbrosos buches. No era extraño topar con una larga cola formada por quienes aguardaban ansiosos a que el ayuntamiento terminase de montar una mesa franca. Masticaban aire con la boca hecha agua hasta que el cazo regalado les llenaba los cuencos, que ellos mismos traían, con un guisote de olla, casi siempre de ropa vieja hecha con los restos del cocido de carne y acompañado de gallinejas, entresijos, tiras u otros despojos del cordero donados por los generosos carniceros de la plaza Mayor y entresacados de sus despieces.

Muchos majos llevaban colgados de sus fajines odres de vetusto hipocrás, que a falta de buen vino de Arganda o aguardiente de Chinchón habían mezclado ellos mismos con vino peleón, miel, canela, clavo, nuez moscada y pimienta negra. Pertrechados todos con sus viandas y refrescos, grandes grupos de jóvenes y familias enteras se sentaban en corrillos a pasar un día campestre de galanteos, retozos y bailes.

Inevitablemente me vinieron a la mente unos versos de Quevedo que pronuncié en alto:

*Lo verde de San Isidro  
dulces y coches me cuesta;  
para mí verde es el santo  
pero la salida negra.*

Mi hija Pepita me sacó de mi ensimismamiento al contestar a mi recitar:

—Y tan negra. ¿Recuerdas, madre, aquel año que entre el gentío se quedó nuestra carroza atascada en el barro de la pradera? Se incrustó de tal modo que ni las dos mulas que trajeron consiguieron desatorarla.

Sonreí, debía de hacer de aquello un lustro.

—¡En brazos tuvieron que sacarnos los mozos de cuadra ante las estridentes pitadas de los presentes! —exclamé—. Tan entusiasmados estaban con nuestra desdicha que fueron muchos los que sufrieron robos al descuidar sus viandas. Y es que no hay nada que divierta más al pueblo llano que topar con un noble en apuros.

—Bien merecido lo tuvieron, por desalmados. ¿Cómo pretendían, si no, que saliésemos del atolladero sin enlodar nuestras manoleínas?

—Difícilmente hubiéramos podido, pero lo cierto es que, con tanto remilgo, sólo conseguimos convertirnos en el hazmerreír de la romería.

—¿Llegamos al final a la ermita? —me preguntó frunciendo el ceño—. Fue tanta la vergüenza a la que nos sometieron que apenas lo recuerdo.

—Las niñas os echasteis a llorar asustadas por el jolgorio de los hampones y desistimos por miedo a que los más borrachos provocasen una riña en nuestra contra.

De nuevo quedamos en silencio, sumidas en nuestros recuerdos. Tan atónitas andábamos que olvidé por completo que aquella misma mañana vendría María Teresa a vernos. Lo hacía a escondidas y pese a la prohibición de su marido. Sólo al oír las ruedas de su carroza rodando sobre los guijarros de la plaza recordé que nos había anunciado su visita. Nos levantamos impacientes a recibirla, ya que, por el riesgo que asumía, era de suponer que lo que venía a contarnos sería importante. Bien pudiera ser que la infeliz condesa de Chinchón se allegase para ampliarnos quizá noticias sobre el reciente alejamiento de palacio de su marido.

Después de la advertencia que Godoy me había hecho, sólo Pepita mantuvo el contacto con ella a través de una correspondencia que, a sabiendas de la censura a la que la someterían, no podría calificarse de otra manera más que de anodina.

Tanto miedo tenía a su esposo la desdichada prima del rey que ni siquiera se había atrevido a hacernos partícipes de su embarazo, pero las noticias corrían en la corte y no había una alma en Madrid que no lo supiese ya.

Nada más bajar de la calesa corrimos a darle la enhorabuena. Su abultado vientre ya lo hacía evidente. La tristeza de su mirada, sin embargo, frenó nuestro impulso. ¿Qué era lo que le sucedía? Pronto supimos el motivo de aquella desesperanza.

Acababa de llegar y nada más hacerlo ya estaba comenzando a despedirse. No estaría mucho tiempo, nos explicó. Prácticamente se había tenido que escapar de su casa para poder acudir a nuestro encuentro y, si rompía la promesa que le hizo a su

esposo de no volvernos a ver, era sólo porque deseaba advertirnos.

A pesar de que ardíamos en deseos de saber contra qué o quién deseaba ponernos en guardia y el porqué de la premura que la urgía, conseguimos convencerla para que nos acompañase al invernadero a tomar un rápido refrigerio. Allí nos expuso que, al parecer, el príncipe de la Paz, antes de entregar el bastón de mando, estaba dedicando los últimos días de su mandato a tomar represalias contra los que él consideraba sus enemigos, y entre ellos había incluido a nuestra familia. Ella no sabía exactamente lo que había urdido, pero nos alertaba para que anduviésemos ojo avizor.

Como habitualmente solía mostrarse muy callada, se nos hizo extraño verla hablar de forma desaforada. Apenas tomaba aire para enlazar una frase con otra. Sentada frente a una mesa repleta de pasteles no había tragado uno cuando ya tenía en la mano el siguiente. Las migajas se desperdigaban por su abultado escote. Su nerviosismo era casi palpable. Al intuir nuestro pensamiento se excusó separando la bandeja de sí:

—Lo lamento, y agradezco que no me deis la enhorabuena por este más que incómodo estado, pero lo que hacía un tiempo pensé que me haría feliz no sabéis hasta que punto me altera. ¡No puedo estar quieta! Calmo esta desesperanza devorando todo lo que a mi alcance está, y es como si mis pesares padeciesen hambre. Un voraz apetito que suele acabar en empacho —suspiró—. Hay días en que me quiero morir, y otros en que nada más pienso en cómo arrancarme a este ser de las entrañas; y es que, a pesar de ser medio mío, lo siento endemoniado.

Se pellizcó la tripa con tal rabia que Pepita la tuvo que sujetar.

—No hagas barbaridades y piensa que, si este niño sale adelante, todo habrá terminado —le aconsejó.

—Es lo que tú te crees. —Bajó la mirada—. Ese hombre no tiene límite. Primero me prometió que me dejaría en paz en cuanto le diese un descendiente. Ahora une otra condición a la anterior obligándome a jurarle que, si alguna vez le abandono, renunciaré para siempre a ver a mi propio hijo. Sólo me dejará marchar siempre que lo haga a solas. Dime: ¿cómo puede en esas condiciones una mujer desear ser madre? No quiero sufrir más. Procuro plantearme este embarazo como una enfermedad de la que sanaré dentro de unos meses. —Tras alzarse los pechos con ambas manos bajo el escote de la *chemise*, continuó—: Olvidarlo es lo que quiero, pero estos pechos turgentes, esta barriga exultante y las arcadas que cada mañana me provocan el vómito se obcecan en recordarme que no estoy enferma sino embarazada.

El que la Tudó estuviese esperando un hijo de su marido, casi gemelo del que ella pariría, apenas parecía importarle. Durante la media hora que duró su visita nos fue imposible retomar la conversación hacia lo que más nos interesaba. ¿Qué podría ser lo que Godoy había urdido en nuestra contra? Por mucho que lo pensase, no llegaba a

imaginar de qué modo aquel mequetrefe podría hacernos daño.

Terminada la bandeja de pasteles, María Teresa se levantó, abrazó con fuerza a mi Pepita, me besó en la mejilla y subió a la carroza como alma que lleva el diablo. Ya en marcha, descorrió las cortinas para asomarse.

—¡Adiós, amigas! ¡Sólo espero que no tardemos mucho en vernos de nuevo! ¡No bajéis la guardia frente al Choricero!

No me extrañó que María Teresa se refiriera a su marido de una forma tan despectiva, dado el odio que le tenía. Muy a su pesar, aquella dulce joven maduraba presa de una amargura difícil de erradicar. Pero ¿a qué venía semejante despedida? Sus palabras parecían más un adiós casi definitivo que un «Hasta pronto», y, como ya había pasado aquella tarde de toros en la plaza de la Puerta de Alcalá, una indefinida sensación oscura y opresiva me embargó.

Esa misma tarde, al llegar a su casa, andaba tan precipitada que se resbaló y rodó escalera abajo. Abortó a las pocas horas. Dijeron que se había pisado las faldas. De un modo u otro, al final lo había conseguido. Qué idiotez si pensaba que así se deshacía de un problema. Aquello sólo daría pie al reinicio de su mayor pesadilla, porque Godoy no pararía hasta conseguir lo que anhelaba.

No pude evitar malpensar. Él, por mucho que la despreciase, nunca la habría empujado, así que ¿fue de verdad un accidente?, ¿o sería la misma María Teresa la que, en un arrebató de desesperación, se tiró? Eran preguntas que nunca tendrían una respuesta clara.

El día de San José desperté cuando los relojes daban las diez en punto. Entre toda aquella algarabía de campanas, timbres y carillones me extrañó el trino de un canario que se me antojó dentro del mismísimo cuarto. Las doncellas ya habían entornado los postigos de las ventanas para dejar que irrumpiese la claridad del día.

Poco a poco fui entornando los párpados hasta descubrir varias figuras observándome. Era mi familia al completo. Incorporándome sobre los almohadones distinguí a Pedro acompañado por nuestros hijos, que venían a felicitarme mi santo con una sorpresa.

Antes de sonar la décima campanada se separaron para dejar paso a dos porteadores. Sobre una parihuela refulgía un hermoso reloj de bronce adornado por docenas de lilas de biscuit. Ellos mejor que nadie sabían que eran mis flores preferidas. Sobre una de sus ramas estaba posado el pájaro cantor, era uno de los autómatas que tan de moda se habían puesto.

Mi marido me tomó de la mano.

—Espero que te guste, porque ya sabes lo difícil que me resulta regalarte algo que no tengas y de verdad te ilusione. —Emocionada por el detalle, le acaricié con cariño—. Es una pieza única que los hermanos Felipe y Pedro Charost han hecho exclusivamente para ti en su joyería de la calle Barquillo. Personalmente, creo que es más hermoso aún que el reloj astronómico que hicieron a su majestad.

—Un ejemplar así merece su propio tiempo. —Recostada aún en la cama, pasé delicadamente los dedos por entre los pétalos de las flores—. Pediré que lo adelanten un minuto al resto.

El cejo disconforme de Pedro me avisó de su inminente amonestación:

—¿Aunque al rey no le guste que los relojes suenen dispares?

—Su majestad puede hacer lo que quiera en su casa —sonreí—, que yo haré lo que me venga en gana en la mía.

Pedro me dedicó un reproche con la mirada. Sabía que, debido a su lealtad, no le gustaban las faltas de respeto al rey, pero no me pude contener. Los niños se fueron acercando uno a uno a felicitarme y, al llegar Pepita, nos felicitamos mutuamente. Estaba yo rebuscando en el cofrecillo que tenía sobre mi mesilla el anillo que tenía reservado para regalárselo aquel día cuando a una señal de su padre se retiró junto a sus hermanos. ¿Qué era lo que ocurría para cortar tan drásticamente aquella celebración familiar?, ¿de qué se trataba que no podía esperar ni un segundo?

—No te preocupes, Pepa, ya le darás luego tu regalo —me prometió. Y después continuó hablando—: Me hubiera gustado haberte traído el reloj después de hablar a solas contigo, pero me ha sido imposible frenar la impaciencia de nuestros hijos, llevan más de media hora esperando a que te despiertes. Sin embargo, ahora que ya te han entregado nuestro regalo, me han prometido dejarnos tranquilos.

Con lo bien que había preparado la sorpresa, ¡qué habilidad para destrozarla! Dado que no era un hombre reservado, supuse que si buscaba esa intimidad sería por algo realmente urgente, así que fui incapaz de reprenderle por no habernos dejado disfrutar del momento como a todos nos hubiese gustado. Sentándose a mi lado, me tomó de la mano con aire circunspecto:

—Hubiera preferido decírtelo en otra ocasión, pero me enteré esta madrugada. —Apartándome un mechón de pelo de la cara, ancló su mirada en la mía—. Tengo que dejarte de nuevo, el embajador en Viena se retira al no poder contener los movimientos levantiscos que quieren empujar a Austria a una alianza con nuestra enemiga Inglaterra. Godoy, antes de abandonar su cargo, ha pensado que en realidad todo este embrollo sólo se debe a la ineptitud del actual embajador, y confía plenamente en mí para que consiga lo que éste no logró.

Me sobrevino un escalofrío. Ahora ya sabía en qué consistía la amenaza de Godoy. El príncipe de la Paz se movía de forma mucho más sibilina de lo que nunca

hubiese sospechado, sabía que nunca dejaríamos en paz a su mujer *motu proprio* y por eso hacía lo imposible por apartarnos sutilmente de su lado.

El muy marrullero utilizaba en mí contra los secretos anhelos que le confié sobre el destino que mi marido deseaba. Recordaba perfectamente que, cuando Godoy me pidió el desnudo pintado por Goya, yo a cambio le había solicitado la comisión en Francia. Ahora que nos consideraba sus enemigos, y en vista de que yo no había conseguido complacerle, nos ofrecía otro destino que, en vez de enaltecer a quien lo aceptara, lo denigraría. Aquella embajada que ofrecía a Pedro seguiría emponzoñada hasta que rompiésemos definitivamente con Francia y nos aliásemos con Inglaterra; y para eso, si es que alguna vez sucedía, faltaba mucho tiempo.

¿Cómo podría yo hacer ver a mi esposo, quien por otra parte creo que ya lo sospechaba, que ese puente de plata que le tendían no era más que un camuflado destierro y que por todos los medios tenía que intentar desentenderse de esa orden? Las ideas se agolpaban en mi mente, pero no sabía cómo expresarlas. Finalmente, las palabras salieron de mi boca casi a borbotones, llevadas por el nerviosismo que aquella noticia me había provocado:

—¿Y qué poder tiene ahora Godoy? ¿No dice todo Madrid que se le va a apartar del ministerio? Además..., ¿por qué a Viena? —pregunté—. ¿No era a París adonde te hubiese gustado marchar? Pedro, tú tienes experiencia en el campo de batalla, pero ¿qué sabes de diplomacia? No es por subestimarte, aunque...

Me interrumpió:

—Sabía que no te haría ninguna gracia quedarte de nuevo sola, por eso mismo apelo a tu comprensión. Eres una mujer inteligente y como tal eres consciente de que ésta no es una oferta fácil de desestimar. Me han elegido a mí precisamente porque los enemigos de Francia saben que años atrás yo fui uno de los españoles que dotaron y pagaron el alistamiento de seis compañías para que luchasen contra los gabachos cuando nos invadieron. Así se avendrán más fácilmente a un acercamiento para el diálogo.

—¿Eso es lo que te ha dicho Godoy? —insistí—. ¡Bien te lo ha vendido! Un embajador no es más que el informador y mediador de las querencias del gobierno de un país con otro, ¿y crees que aquí saben de verdad qué es lo que quieren? Hoy somos aliados de Francia, hace poco lo fuimos de Inglaterra... Si aceptas, no serás más que una veleta al socaire de los soplidos de quien gobierne. ¿A qué viene ahora tanta sumisión?, ¿qué se te ha perdido en Austria?

El golpe que dio sobre la mesa de mi tocador hizo temblar el espejo.

—¡Pepa, no es a Godoy, ni a Jovellanos, ni a Saavedra a quien rindo pleitesía, sino a nuestro rey!

—A nuestro triunvirato dirás, pues no es un secreto que la reina y el príncipe de la

Paz condimentan y cuecen todas y cada una de las decisiones de don Carlos —suspiré—. Y perdóname por la desconfianza, pero aún no me creo que el anunciado cese de Godoy vaya a ser verdadero. Ha sido demasiado fácil quitarlo de en medio, estoy segura de que algo trama...

Dando por terminada la discusión, Pedro encaminó sus pasos hacia la puerta. Desde allí, y antes de abrirla, se volvió para decirme:

—Nunca pensé que te tomarías esto tan a la desesperada. Siempre has sido una mujer ecuánime y comprensiva, pero últimamente no sé qué te pasa. Medítalo y asimílalo lo antes posible, porque la decisión está tomada. Hoy no he venido a consultarte, sino a informarte de lo que hay.

Pedro era un hombre tranquilo por naturaleza. Siempre me había dejado hacer lo que me había venido en gana sin rechistar, hasta el límite de ser tachado de calzonazos por quienes, envidiosos de nuestra fortuna y armonía, no deseaban más que hacernos daño. Recto e íntegro como ninguno, actuaba según sus creencias sin desviarse ni un ápice de ellas por mucho que aquello le pudiese costar. En aquel mundo de venganzas y baratas voluntades, y a pesar de nuestro enfrentamiento, aquélla era una de las cualidades que más admiraba en él.

Por su tono sabía que no había lugar para la discusión. Lo peor era que yo no había podido decirle durante su transcurso cuál era el motivo real por el que nos querían separar de la corte: mi enemistad con Godoy, su deseo de castigarme por no cumplir lo pactado con él, así como por seguir tratando a su esposa y, según él consideraba, predisponerla en su contra. Ahora a Pedro le tentaban con un caramelo bien difícil de digerir que tendríamos que tragar quisiésemos o no, y yo no podía dejarle solo. No esta vez.

Ya fuera de mi dormitorio, se cruzaba con los niños, que esperaban afuera para entrar y saltar sobre mi cama, cuando le grité:

—¡Pedro! —Sin darse la vuelta se detuvo. Tragué saliva deseando no arrepentirme un segundo después de lo que diría—: Esta vez no irás solo, te acompañaré, y nuestros hijos también.

Retornando sobre sus pasos me besó en la frente. No podía evitar que en su rostro traslucieran la alegría y el alivio:

—Gracias —dijo emocionado—. De camino pasaremos por París, así por fin podrás comparar la ciudad que conociste antes de la Revolución francesa con la de ahora.

Sólo eran vetustas ilusiones que en nada me animaban, pero no quise defraudarle diciéndoselo. Tal y como estaban las cosas, quizá nos vendría bien a todos desaparecer por un tiempo.

*Tú estarás creyendo, porque lo has oído así, que en Francia tienen las mujeres muchísima libertad, que van a la comedia solas, que se atan en la calle una liga sin reparo, que sin encogimiento hablan en todas las materias y que se besan en fin, comenzando en esas tierras por donde en las nuestras acabamos.*

Fragmento de una carta del marqués de la Villa de San Andrés describiendo el París de entonces

### **Enero de 1799**

¡París! Allí era donde todo lo que pudiese sonar a cultura se cocía, donde mis filósofos preferidos publicaron aquellos pensamientos que, si me convencieron al principio, ahora se empezaban a desmoronar, donde muchos aseguraban que nacía el progreso de Europa.

No sabía cuánto tiempo estaríamos allí, en donde recalaríamos de camino a Viena, pero aprovecharía desde el primer minuto para educar a mis hijos enseñándoles todo aquello de lo que en España carecíamos. Me agarré a ese clavo ardiendo como único consuelo.

No tardé en comenzar con los preparativos. Antes de abandonar Madrid tendría que hablar con Ascargorta, mi contable, para responsabilizarle de todos nuestros bienes durante la impuesta ausencia. Conseguiría los visados para, una vez cruzada la frontera, recorrer los caminos franceses sin problemas, y para ello escribiría antes a Azara, el embajador en París. Cuál fue mi sorpresa al saber que antes de otorgárnoslos tendría que acallar los rumores que sobre nuestras tendencias anglófilas nuestros audaces enemigos habían sembrado en una de las más populares gacetas francesas, supongo que con la única intención de que nos despreciasen.

Nos costó desmentir el infundio, porque lo cierto era que Pedro no hacía tanto que había luchado en el Rosellón y en Navarra contra los franceses. Para ello, pedimos al rey que escribiese un manifiesto en el que requería al diario *Le chef du Cabinet* que obligase al artífice de semejantes patrañas a retractarse.

Una vez conseguido nuestro propósito supimos que aquel escribiente no era más que un mandado, y es que la larga sombra de Godoy cruzaba todas las fronteras y llegaba allende los Pirineos. ¿Acaso no le bastaba con desterrarnos que además quería

hacernos insufrible el alejamiento? ¿Cómo pretendía que llegásemos a Viena sin pasar por Francia?

Para no reconcomerme, decidí concentrarme en los mil y un detalles de que debía estar pendiente de cara al largo viaje. Seleccionar a qué servidores nos llevaríamos resultó ser una ardua tarea. Sentiría dejar atrás a aquellos que, como a Michelle, contraté huidos de la justicia gabacha, pero comprendí que sería una imprudencia obligarlos a venir con nosotros, el riesgo era demasiado alto como para exponerlos, a pesar de que nos hubieran sido de muchísima utilidad como intérpretes o a la hora de ayudarnos a entender las costumbres de su país.

El día antes de partir, como despedida y para distraer a mis hijos del nerviosismo a que el inminente viaje los tenía sometidos, los llevé a ver el espectáculo de inauguración de tres máquinas de sombras que el rey había expuesto en diferentes puntos de Madrid para el divertimento del pueblo. Había además otras tantas linternas mágicas, tutilimundis y títeres.

Las linternas fueron las que más sorprendieron a los pequeños. Eran cámaras oscuras donde un juego de lentes ampliaba, a la luz de una lámpara de aceite, las transparencias de fantasiosas figuras pintadas en vidrio. Aquel artefacto lograba multiplicar de tal manera sus tamaños que llegaba a convertirlas en verdaderos gigantes, que, proyectados sobre una tela blanca, asustaban a los más pequeños.

Vistas la representaciones de *La creación del mundo* en la calle de las Veneras, y *La primera culpa del hombre* en la de Preciados, dejamos para el final *La despedida de Mambrú a su dama*, en la calle del Duque de Alba, y no pude dejar de recordar a Cayetana.

Mis pensamientos debieron de servir en cierto modo de reclamo a la susodicha porque, cuando nos abríamos paso entre la angostura del gentío, fue ella misma la que, gritándonos desde un balcón que había alquilado para mejor presenciar los festejos, nos invitó a subir y a compartir el espectáculo con ella.

Me alegré de ese encuentro fortuito, ya que hacía mucho tiempo que no la veía. Tanto que ni siquiera me había enterado de su regreso de Andalucía. Nadie supo nunca el porqué de su repentina huida, pero yo lo intuí al haberla oído discutir unos días antes con Godoy. Fue a la salida de una cena en palacio y a escondidas en su calesa. Lógico, después de que aquella noche le hubo azotado en las nalgas frente a la reina y María Teresa.

—¡Señora en la calle y puta en la cama sin confundir los lugares, Manuel! —la oí gritar cuando pasé junto a ellos en busca de mi coche.

Recuerdo que pensé que estaba claro que sus escandalosos devaneos de antaño languidecían, y aquella falta de respeto probablemente fuese el colofón de un efímero amor que nunca debió empezar. Fuese por lo que fuese, ahora me alegraba de su

retorno, porque así podríamos despedirnos como era debido y en virtud del afecto que, pese a nuestras trifulcas y competencias, siempre nos habíamos tenido.

Subimos y la abracé fuertemente justo en el mismo instante en que, afuera, una estrepitosa traca acompañada de fuegos artificiales anunciaba el comienzo de la actuación que se había programado con motivo de la inauguración de aquellas atracciones. La cantaora María del Carmen fue la encargada de levantar los telones al son de un fandango gaditano. ¡Cómo echaría de menos esos espectáculos en Francia!, pensé.

Al despedirme de mi prima, ya entrada la noche, le conté cómo Godoy había dispuesto de nuestro destino. Le confesé que me sentía derrotada por tener que marcharme sin haber logrado averiguar nada en concreto sobre el paradero de su retrato, más por mi propia satisfacción personal que por cumplir con el encargo recibido de Godoy. Fue entonces cuando me confesó que definitivamente ella tampoco había conseguido averiguar nada al respecto. Procuré advertirle una vez más en contra del príncipe de la Paz, pero ella no pareció escucharme o, de cualquier modo, no me hizo mucho caso.

—Pepa, Manuel no es hombre como para temerle tanto —dijo riendo—. No dudes de mi opinión —insistió con sonrisa pícara al ver mi ceño fruncido y dubitativo—. Créeme cuanto afirmo, que sé lo que me digo.

El 26 de enero de 1799 nos pusimos en marcha. En la primera carroza viajábamos Pedro y yo junto al capellán; en la segunda, los cinco niños con su aya y Diego Clemencín, su maestro; finalmente, en una tercera viajaban los dos facultativos que velarían por nuestra salud. El principal era un cirujano llamado Hilario Torres, que, a la espera de atender a quien primero enfermara, ocupaba las horas redactando un diario de viaje. Nuestro particular cronista andaba tan aburrido que, a veces, por entretenerse hasta describía anodinos pormenores carentes de todo interés.

Tras ellos, repartidos en diferentes carros, nos seguía el resto de la servidumbre, formada por otro ayo, dos ayudas de cámara, tres criadas, un cocinero, un tapicero y cuatro lacayos. Además, vigilando el perímetro de la caravana galopaban cinco hombres montados a caballo.

El invierno hacía lento nuestro transitar por el barrizal y la nieve que en los caminos se había acumulado, pero tampoco teníamos demasiada prisa, dadas las desalentadoras noticias que recibíamos. Si los españoles no eran bien recibidos en general en París, peor nos recibirían a nosotros tras haber sido señalados hacía tan poco tiempo como amigos de sus enemigos.

Cuando el frío arreciaba y el cansancio nos podía, parábamos a dormir en posadas de difuminados contornos que titilaban a la luz de unos farolillos de aceite y que, al

amanecer, recuperadas las fuerzas, se perfilaban tan pobres como sucias. Aun comparándolas con las más miserables de la Cava Baja, provocaban arcadas, y es que aquellos paradores eran verdaderas cloacas comparados con los madrileños de La Cruz, El León de Oro, El Dragón o La Luna, que conocía porque, a pesar de no haber dormido una sola noche en ellos, visité en alguna ocasión con la intención de saber de la dignidad de éstos a la hora de hospedar a los tristes parientes que acudían a los entierros de nuestros sirvientes.

Podría la suciedad haber sido el único defecto de aquellos albergues si no fuese porque, además, en ninguno de ellos conseguimos disfrutar de la intimidad deseada. Para hacerme una idea de con cuántos desconocidos compartiríamos mesa cada noche, al llegar solía contar los aparejos de caballería que pendían de los muros de sus zaguanetes. Según el número de bocados, cribas y sillas que hubiese colgados calculaba cuántos serían, sin contar, claro está, a los mozos de cuadra, ya que éstos solían cenar aparte y dormir sobre el heno abrazados a las bestias para que no se las robasen.

Una noche, cansada de mis desaciertos, dejé de hacerlo porque comprendí que aquello no me daba una sola pista sobre cuántos estudiantes en tránsito, soldados de infantería con permiso, descarados majos o arrieros de mercado podrían parar.

La única posada digna de rememorar fue una en la que paramos aproximadamente a mitad de camino: La Gallinería, creo que se llamaba, y quizá fuese la más grata por el simple hecho de que sólo compartiéramos techo con un único vecino, un corregidor al que ni siquiera tuvimos que saludar al andar ya empiltrado cuando llegamos.

Al calor de la lumbre, y aprovechando la ansiada soledad, tiré de la lengua a Pedro para que me pusiese al tanto de todo lo que podríamos encontrarnos en París y yo quizá ignorase.

Hablásemos de lo que hablásemos, casi siempre salía a colación el mismo nombre: Napoleón Bonaparte, por aquel entonces tan desconocido para mí que aún recuerdo cuando me lo mentó por primera vez. Fue una noche que por la dureza del catre preferimos acostarnos sobre una mullida alfombra de lana al calor de la lumbre.

—Impresiona lo que ese joven artillero corso ha conseguido antes de cumplir los treinta —señaló mi esposo.

—Dudo que supere el ascenso de Godoy si no cuenta con una madrina tan influyente como la suya —ironicé.

—No te engañes, Pepa. En Francia, aunque ya no exista el absolutismo de la monarquía, el ansia de poder sigue corrompiendo a sus gobernantes, y eso es algo que ni la revolución ni cualquier otro sistema de tutela podrá nunca erradicar. Bonaparte ha sabido arrimarse al árbol que más sombra da, para ello le bastó lucirse hace cuatro

años en el palacio de las Tullerías a golpe de cañón cuando los realistas y contrarrevolucionarios se alzaron contra la Convención. Después de sofocar con éxito aquel golpe fue precisamente Barrás, el preferido del Directorio, el que le brindó todo su apoyo y le nombró general del ejército francés en la lucha contra Italia. — Incorporándose levemente tomó una jarra de barro del poyete de la chimenea, se sirvió vino caliente y, recuperado el aliento, prosiguió—: Ese muchacho no desaprovechó la ocasión que le brindaban para lucirse, y, tras vencer a los austríacos, los obligó a firmar la paz. Así fue como Francia se hizo con el control del Rin, los Países Bajos y el norte de Italia.

Bostezando, cansada por la agotadora jornada de viaje, me abracé a la almohada murmurando:

—Eso corrobora mi idea de que, mientras persistamos en nuestra alianza con Francia, nos será muy difícil ocupar la embajada de Austria. ¡Si no hace ni siete años que decapitaron a María Antonieta! ¡Y pensar que cuando casaron a la entonces princesa austríaca con el delfín precisamente lo que se buscaba era una alianza duradera con este país! Está claro que el destino es caprichoso. A los austríacos aún deben de escocerles las heridas que el tal Napoleón les ha provocado.

Pedro se mostró escamado:

—Hazme un favor y no hables tan despectivamente de él en público o nunca conseguiremos ocupar la embajada que queremos. Primero los periódicos franceses me acusan de anglófilo, luego nuestros propios ministros de afrancesado, ¿y ahora también tú echas leña al fuego? Tienes que comprender que sólo conseguiremos llegar a Viena dejando claro que sólo somos españoles y que estamos orgullosos de ello.

Estaba tan ofuscado que preferí reconducir la conversación hacia Napoleón:

—Olvídalo y háblame un poco más de ese Bonaparte. —Apartándome un mechón de la cara con dulzura, sonrió y me besó en la mejilla.

—Ha conseguido conquistar Venecia después de un milenio de independencia y ya es famoso en toda Francia por no haber perdido una sola batalla. Algunos le describen como el mejor estratega de todos los tiempos. —Hablaba con tanto énfasis que me asustó.

—¿Lo admiras?

—Lo haría si no fuese por la fama de despiadado saqueador que se ha creado en las tierras conquistadas. —Arqueó las cejas.

—¿Lo conoceremos en París?

—Quizá cuando regrese de su campaña en Egipto y Siria. Dicen que pretende traer gran parte de los colosales trofeos que encontró en las riberas del Nilo. Él es así,

todo menos la discreción. Si para demostrarle a Francia su victoria contra los mamelucos necesita cargar con parte de los monumentos milenarios que encontró en Egipto, lo hace cueste lo que cueste. Para Napoleón, robar una parte de su historia a los que previamente ha masacrado es el colofón de su triunfo. El tamaño o peso de la pieza que se vaya a cobrar es lo que menos le puede importar. —Bostezó arrebujándose en la manta. Me tumbé a su lado y le abracé. Ya tenía los ojos cerrados cuando musitó—: Mañana te dejaré leer un ejemplar que guardo de *Le Journal de Bonaparte et des hommes vertues*. No es imparcial, pero te ilustrará para luego poder intervenir en las tertulias de París.

No bien hubo terminado de hablar su respiración se acompasó. Entre ronquido y ronquido concilié el sueño pensando en cómo coleaba aún la anarquía del país vecino después de una década de su revolución.

Al quinto día de nuestro viaje llegamos a Valladolid. De allí seguimos hasta Burgos, y más tarde cruzamos la frontera por Bayona y nos allegamos a Burdeos, donde por fin decidimos hacer una parada lo bastante larga como para recuperarnos del cansancio acumulado.

Lo primero que me extrañó fue la poca afluencia de feligreses a la misa de doce del domingo en la catedral. Incluidos el sacerdote y los monaguillos, no pasaríamos de cincuenta almas en total. Acostumbrados como estábamos a iglesias atestadas, nos resultó desolador. Al interesarse nuestro capellán por el motivo de tal falta y preguntarle al respecto al obispo oficiante, éste excusó a todos los católicos del precepto porque allí los domingos no eran festivos y los comerciantes estaban obligados a abrir sus puestos del mercado bajo pena de multa.

Después de recalar en Burdeos y descansar hasta recuperar fuerzas, no tardamos en proseguir nuestro camino, pero pronto las cosas se complicaron, ya que, a pesar de los pasaportes y salvoconductos que nos había mandado el embajador en París, tuvimos que pagar unos portazgos mucho más elevados de lo que calculamos para poder franquear con cierta seguridad los tramos más expuestos a bandoleros y gentes de mal vivir.

Una vez pagada la extorsión, pensábamos que lo peor había pasado. Sin embargo, topamos con un puente hundido del que no nos había alertado. Aquello nos obligó a permanecer parados más de cuatro días en busca de una solución. Ésta nos llegó cuando un barquero que conocía nuestro problema hizo un buen negocio alquilando su curiosa gabarra. Era como una especie de plancha pertrechada de tal manera que podía aguantar el peso de una caravana entera sin zozobrar.

Navegamos río abajo hasta llegar a una orilla de donde salía un camino que nos llevó a Angulema. En algunos tramos, éste resultó tan embarrado que por miedo a

quedar atorados nos apeamos para caminar. Pensamos entonces que no se podía sufrir peor suerte sin tener en cuenta que las calamidades nunca suelen venir solas, y en Poitiers se nos partió el eje de una de las ruedas.

Al fin, después de casi dos meses de viaje, entramos en París. Allí nos esperaba el fastuoso palacio que había alquilado Pedro. Me gustó, sobre todo porque tenía más de treinta años y, sin embargo, no precisaba de demasiadas reformas. Antes de la Revolución había sido residencia de los Fitz-James, después de mi pariente, el duque del Infantado, y cuando éstos tuvieron que huir de las exaltadas hordas pasó a ocuparlo el mismísimo Talleyrand, que no hacía mucho se lo había devuelto a sus legítimos propietarios. Estaba en plena rue de Saint-Florentin, y la impronta de su arquitecto, el reconocido Chalgrin, se podía adivinar en cada uno de sus ornamentos.

Paseando por sus estancias, lo que más me alegró fue encontrar apilados en la biblioteca un montón de ejemplares del *Diario de Madrid* atrasados. El antiguo bibliotecario los debió de dejar allí a la espera de encuadernarlos por semestres para archivarlos. Así, cuando alguien quisiese recordar algún acontecimiento, no tendría nada más que allegarse a ese santuario de noticias, leyendas y literatura.

Aquello me hizo caer en la cuenta de que durante los dos meses de viaje, y con la ansiedad que tenía por saber algo más de Francia, apenas había leído diarios españoles, por lo que tras supervisar todos los detalles de nuestra instalación pedí que me trajesen todos los que no había leído desde nuestra partida.

De todas las noticias que leí por aquel entonces la que más alegría me dio fue la del 6 de febrero, pues en esa fecha se había publicado por fin el anuncio de la salida al mercado de las estampas de los *Caprichos* de Goya. Yo hacía dos años que las conocía, pero... ya era público, ¡el maestro ya no temía a las malas críticas ni a la Inquisición!

¡Dichosa aquella mañana en la que, al borde del lago de mis jardines, Moratín leyó a Goya la proclama que había redactado para el día en que se decidiese mostrar al mundo su obra! No podían haberse reunido en mejor lugar, ya que el maestro había elegido el mismo nombre que mi casa de retiro para denominar sus obras más rebeldes.

Simbolizaban el bautismo de la criatura más arriesgada que el pintor había parido hasta entonces. La presentación de todos y cada uno de los vicios de nuestra sociedad en forma de dibujo y sin tapujos.

Hice memoria y así comenzaba:

*Colección de estampas de asuntos caprichosos, inventadas y grabadas al aguafuerte por don Francisco de Goya. Persuadido el autor de que la censura de los errores y vicios humanos (aunque parezca peculiar de la elocuencia y la poesía)*

*pueda ser también objeto de pintura, ha escogido como asuntos proporcionados para su obra, entre la multitud de extravagancias y desaciertos que son comunes en toda sociedad civil y entre las preocupaciones y embustes vulgares, autorizados por la costumbre, la ignorancia o el interés, aquellos que ha creído más aptos a suministrar material para el ridículo y excitar al mismo tiempo la fantasía del artífice.*

El artículo insinuaba que en ellas el autor no había pretendido ridiculizar a nadie en particular. Creerlo sería como estrechar los límites de su talento. ¡Qué falsedad! Todos los que conocíamos a don Francisco sabíamos que en su oculta intención siempre estaba el evocar en una expresión, gesto o posición el carácter del retratado.

Qué rabia no ver los rostros de quienes las admirasen por primera vez. Yo ya las conocía y parecían dibujadas al arrullo del recitar de una sátira de Quevedo. De hecho, había adquirido una de las colecciones y sólo esperaba que la censura de la Santa Inquisición no me las incautara. Goya, de un tiempo a esta parte, parecía más envalentonado que nunca.

Pedro vino a importunarme para que le acompañase a casa del embajador español en París. Él nos informaría sobre cómo iban los trámites con Viena para nuestra embajada. Aquél fue nuestro primer paseo por la ciudad, y no resultó demasiado halagüeño.

Con el pasaporte en una mano y la fe de civismo en la otra, cuando íbamos de camino a casa del excelentísimo señor Nicolás de Azara el cuerpo de guardia nos dio el alto para demandarnos la documentación. Pasada aquella incómoda inspección, tres calles más allá, se repitió el desencuentro. Pensé que no podría aguantar por mucho tiempo aquellos desaires. ¿Era reticencia o simple desconfianza? Gracias a Dios, pasados unos días, cuando los alguaciles supieron de la bienvenida que nos habían brindado sus ministros en el Directorio, aquellas incómodas situaciones se relajaron.

Después de hablar con Azara en su casa supimos que aún tardaríamos mucho en ocupar nuestra embajada. La guerra entre Austria y Francia parecía inminente, y era lógico que los austríacos no quisiesen tener a ningún aliado del enemigo en terreno propio, hasta tal punto que su majestad imperial se negaba incluso a admitir a un encargado de negocios entre su país y el nuestro. Viena era el lugar donde se cruzaban las informaciones entre Inglaterra, Rusia, Austria, Nápoles y Turquía, todos ellos enemigos de Francia, y no podía arriesgarse a admitir en su suelo a un probable espía. Sólo una alianza con Inglaterra que rompiera la que teníamos con Francia podría abrirnos el paso a la embajada vienesa.

Pasados poco menos de cinco meses desde nuestra llegada, escribí ansiosa a

Cayetana. En mi carta le pedía que me mantuviera al tanto de la vida en la villa y corte y que me relatase qué se cocía por Madrid, y también le contaba mis cuitas, pues me resultaba imposible disfrazar mi desesperanza en París.

*Querida Cayetana:*

*Hoy, 9 de agosto, creo que puedo decir al fin que ya nos hemos acostumbrado a los endemoniados horarios de este país. Comemos a las cinco y no nos acostamos antes de las dos de la mañana. Eso sólo es un punto insignificante en el desorden que reina.*

*A ti te puedo hacer una confidencia: Pedro sigue sin cobrar lo estipulado por la embajada y hace ya una eternidad que comenzó a faltarnos el peculio. Habíamos calculado las cantidades exactas para una corta estancia en París y el posterior viaje hasta Viena, pero todo se prolonga y es más caro de lo previsto. A estas alturas son muy pocos los que nos prestan sin la firma de un banquero. He tenido incluso que pignorar algunos de los brillantes que heredé de mamá y aunque, como bien sabes, la pérdida de las cosas materiales nunca me ha quitado el sueño, esto me ha molestado.*

*Procuro evitar que la austeridad irrumpa en mi modus vivendi, sobre todo porque no considero justo que eso afecte a los niños, que hasta ahora no han sabido —ni, creo, deben saber— lo que son las penurias económicas, menos todavía cuando no obedecen a errores de Pedro ni míos sino a la crueldad de quien nos ha enviado aquí. Por ello, he contratado a un profesor de baile para las niñas, monsieur Gardel, que ayer mismo nos obsequió con un baile muy especial que había ideado para ellas.*

*Ascargorta, nuestro contable, se ofusca por el dispendio y nos recuerda los seis millones de reales que aún debemos en España. Son deudas que provienen de los gastos que Pedro tuvo que hacer para pertrechar a sus soldados en las antiguas campañas contra los franceses cuando nos invadieron, pero... si hasta ahora no ha habido prisa por saldarlas, ¿por qué no pueden seguir esperando?*

*Me considero responsable de preservar las comodidades de los niños y el servicio, pues mío ha sido el empeño de traerlos a casi todos aquí. Pase lo que pase, yo seguiré manteniendo en esta ciudad los seis coches y los cuarenta y seis cubiertos que alimentan a los moradores de esta casa con sus cuatro platos principales y sus dos postres de siempre. No han de ir en diligencia los míos, ni mis criados ni mis descendientes, ni han de cambiar el modo de vida de que disfrutaban en Madrid por las estrecheces de París. Lamento, Cayetana, parecer tan quejicosa, como siga así vas a pensar que te voy a pedir prestado, y te aseguro que no es mi intención.*

*¡Te echo tanto de menos! A ti, a El Capricho, a nuestros artistas, las corridas, los teatros; incluso el vino de Jerez, porque, por mucho que alardeen estos franceses de*

*sus elixires, lo cierto es que ninguno supera a los nuestros.*

*Hemos hecho algunos amigos españoles que por aquí andan tan perdidos como nosotros o incluso más. La mayoría son afrancesados hasta la médula y buscan cualquier excusa para prolongar las misiones que les han encomendado y temen que por cualquier causa el gobierno decida dar la espalda a los gabachos. ¿Cómo comentar con ellos que somos de la opinión contraria? Por ahora nos mantenemos callados. Es lo más prudente, a la espera de un giro en las intenciones de nuestros ministros.*

*El embajador Azara me comenta que los jacobinos intentaban prender de nuevo la llama de lo que ellos vienen llamando «su espíritu público». Básicamente lo hacen mediante escritos incendiarios que los revolucionarios, para su total desesperanza, leen con total indiferencia.*

*Ser católica aquí es casi insultante, dado el relajamiento de la religiosidad entre la sociedad. Figúrate que en Semana Santa, en vez de recogernos, hemos tenido que acudir a múltiples bailes y festines por no parecer beatos... Es como si estos franceses quisiesen borrar de un plumazo todo lo conservador sin importarles en absoluto las consecuencias que aquello pueda acarrear.*

*Por otro lado, la Revolución también mató a una mayoría de los sabios de este país, y hoy pasan por maestros muchos de los que antes sólo eran alumnos.*

*A estas alturas conozco a casi todas las personas relevantes de esta ciudad, y es difícil seleccionar a un par de ellos que de verdad me interesen. Todo lo que antes admiraba de este pueblo con el tiempo se ha ido desmoronando cual endeble castillo de naipes.*

*La mayoría de los parisinos son prisioneros de su propia pedantería. Desconocen totalmente la humildad y se aprovechan de la discreción de los contados eruditos para ocupar su posición. Son sobre todo charlatanes que con su verborrea habitual hablan de todo sin saber de nada.*

*¡Qué diferencia estas estúpidas conversaciones de las que solíamos tener en el casino o en la Sociedad Económica, siempre en busca de un propósito filantrópico! Ser presidenta de la Sociedad de Damas de Honor y Mérito me enorgulleció durante años por los logros que para los más necesitados conseguimos; aquí, en cambio, reina el egoísmo más absoluto. Encontrar a alguien dispuesto a ayudar a otro sin interés alguno es como topar con un trébol de cuatro hojas en una inmensa pradera.*

*Hará una semana, sin ir más lejos, le ofrecieron a Pedro dar una charla. Se habían enterado de que ocupaba el sillón T en la Real Academia de la Lengua Española y querían que les hablase de nuestras cosas. Enemigo siempre de hablar en público, me ofreció a mí para ocupar su lugar y, dado que nadie puso objeción en ello, decidí aceptar creyendo que sería una buena ocasión para refutar públicamente,*

y de una vez por todas, la fama que nos han puesto de zoquetes.

Pensé que el mejor ejemplo para demostrárselo sería hablarles de nuestras eruditas a fin de hacerlos ver que no sólo contamos con sabios varones. Saqué a colación a María Isidra de Guzmán y de la Cerda como primera mujer doctorada en Filosofía y Letras por la Universidad de Alcalá de Henares gracias al permiso que obtuvo de Carlos III. Continué con María de Sales y Portocarrero, la marquesa de Ariza, que como recordarás fue precisamente la que tradujo del francés las instrucciones cristianas sobre el sacramento del matrimonio. Creía haber acertado con el tema elegido, pero, antes de mencionar siquiera a la tercera, los bostezos y murmullos me obligaron a silenciar mi charla. Esperaba que por respeto se percataran de su falta y guardaran silencio, pero, ilusa de mí, en vez de eso muchos de ellos se levantaron para aplaudir y dieron de ese modo por finalizada mi intervención. Para mi desesperanza, nadie en absoluto me dio pie para continuar.

¿Necios nosotros? Burros ellos, que sólo quieren oír hablar de sus artificiosas grandezas. Como verás, Cayetana, aún me dura el enojo.

Pero no todo es un camino de espinas. Sí he de mencionar a algunos amigos en especial, los mejores sin duda son Teresa Cabarrús, más conocida en estos lares como madame Tallien, y Charles Pougens, un hijo bastardo del príncipe de Conti. Son mis guías por las callejas parisinas. Con ellos visito teatros, imprentas, bibliotecas, confiterías y todos los lugares más recónditos de esta ciudad. ¡Cayetana, hay tantas cosas que me recuerdan a ti! Teresa es la que me mantiene informada de los cotilleos que las decenas de gacetas silencian. Son ellos los que me han enseñado a diferenciar los tipos de especímenes que nosotros no conocemos. Por sus vestimentas, sus andares o sus quehaceres se delatan. Hay nobles escapados por un hilo de la guillotina, revolucionarios arrepentidos que añoran su vida anterior y sobre todo abunda una burguesía recientemente enriquecida por los negocios que a otros arrebataron.

A los que más frecuentamos es a los aventureros que, seducidos por sus sueños de expedición, se dejarían arrastrar a los lugares más remotos del mundo. Éstos al menos tienen una cosa que agradezco, y es que admiran a nuestros exploradores sin menospreciarlos. Los nombres de Humboldt o Alejandro Malaspina suenan asiduamente en sus reuniones. Por muy raro que pueda sonar, conocen la ruta que el segundo trazó para culminar la vuelta al mundo, y saben de su conspiración en contra de Godoy. Cuando les dije que purga su pena por ese alzamiento pudriéndose en el calabozo del castillo de San Antón, lo sintieron de verdad, y es que esto de la aventura une más de lo que podemos imaginar independientemente de la procedencia de cada uno.

Y, hablando del Choricero, espero que sin olvidarnos a nosotros le hayas

olvidado a él. ¿Le ha echado ya la reina de su cama? Aquí hay muchos que aseguran que es otro quien ahora se la calienta.

*Dime: ¿hiciste algún encargo a Michelle? No la olvides, por favor, al menos hasta mi regreso. ¿Qué sabes de la pobre Chinchón? ¿Y del maestro Goya? ¿Has averiguado por ventura dónde se encuentra tu desnudo? Sé que eres tremendamente holgazana para escribir, pero acuérdate de esta amiga y no te dejes nada en el tintero.*

Rociando la tinta con polvo secante, soplé, doblé el pliego y lo lacré.

*Siete duros al mes de peluquero,  
para calzarme nueve; las criadas,  
que necesito dos, no están pagadas  
si no les doy cien reales en dinero.  
Diez duros al bribón de mi casero;  
telas, plumas, caireles, arracadas,  
blondas, medias, hechuras y puntadas  
de madama Burlet y del platero.*

Leandro Fernández de Moratín,  
*Por nada, como ves*

Pedro, que veía cómo cada vez se enconaba más el asunto de su embajada en Viena, enfermó. Llevaba más de una semana con el hígado inflamado y cautivo de los delirios de unas altísimas calenturas cuando el doctor Torres, después de haberlo intentado todo, optó por someterle a una salvaje sangría.

Allí, a los pies de su cama, observaba cómo las sanguijuelas le succionaban la sangre cuando decidí que todo aquello tenía que terminar. Dios sabía que siempre había sido partidaria de luchar por aquello que uno deseaba, pero todo tenía un límite y, si después de haberlo intentado con ahínco no se conseguía, de sabios era aprender a desistir a tiempo.

A mi marido no era una enfermedad en particular lo que le estaba matando, sino la quietud a que se encontraba sometido o, quizá, la desesperanza de no saber qué hacer. Pero lo peor de todo era que aquel nefasto sentir empezaba a contagiarnos a todos. El mes pasado habían sido Pepita, Joaquina y Paco los enfermos de paperas, y ahora Pedro era preso de un humor hipocondríaco provocado por los disgustos. ¿Cuándo caería yo?

Desde el momento en que enfermó, y hasta convencerle de que aquella ofuscación no le convenía, decidí que mi máxima prioridad sería evitarle cualquier desazón.

Para comenzar a sosegar los ánimos se me ocurrió que no habría nada mejor que retirarnos a tomar las aguas en el balneario de Passy. A regañadientes aceptó, pero no sirvió de mucho, ya que durante todo aquel mes no dejó de preguntar ni un día por los asuntos de Estado. ¡Con el trabajo que nos costaba ocultarle todo lo que pudiese alterarle! Inconscientemente, y poco a poco, fui cargando sobre mis únicas espaldas

con todos los problemas que a nuestra casa y familia pudiesen incumbir y, así, no quise decirle que dentro de poco deberíamos dejar la casa de nuestro pariente, el duque del Infantado, en la rue de Saint-Florentin, porque estaba en venta, no fuese a angustiarse con las mudanzas. Tampoco le comenté que el compromiso de boda de nuestra hija Joaquina con el primogénito de los Medinaceli se había visto truncado. ¡Y mucho menos que fui yo misma la que lo rompió! No pudo ser de otra manera cuando me enteré de que aquel descastado andaba en conversaciones con otra familia al mismo tiempo que con nosotros. ¡Y pensar que incluso me planteé la posibilidad de enviar a mi niña a Madrid para que se conociesen! Visto el interés de la otra parte, me alegré de haber mantenido a la familia unida. ¡Que hubiese venido él a verla a Francia! No se me ocurrió otra cosa que retirarles la palabra por el agravio. Joaquina, recién cumplidos los quince, tenía mucho tiempo para contraer, y ya encontraríamos otro candidato mucho más digno para ella.

Y pasaron los meses de estío pausadamente, silenciosos y tan calurosos como faltos de noticias. Apenas podíamos salir de casa hasta que los cielos parisinos se tiznaban de noche.

Después del fracasado matrimonio de Joaquina me empecé a plantear si estábamos haciendo bien, si nuestro voluntario destierro de la corte española les venía bien a mis hijos, si el estar apartados de todos los aijos no les estaría privando de multitud de oportunidades que, de estar allí, hubieran aprovechado. Pensé en poner un plazo a ese distanciamiento que cada vez se me hacía más absurdo y lo hice: si no nos nombraban embajadores antes de tres meses, definitivamente regresaríamos a casa.

Y así fue como, llegada la fecha, de nuevo solicité ayuda a Azara. El embajador español en París podría acelerar la disposición para nuestro regreso ante Urquijo, y si para ello tenía que mentarle la enfermedad del duque de Osuna, adelante. Encontrándose como estaba Pedro, no tendría fuerzas para oponerse.

Aquella mañana buscaba el momento idóneo para hacerle partícipe de mis secretas maniobras cuando, precisamente, recibió una notificación de Urquijo. ¡Qué efectividad la del embajador! Nervioso como nunca, Pedro procedió a romper el sello con las manos temblorosas. Con las lentes en equilibrio sobre la punta de la nariz la leyó por primera vez en silencio y, como sin creérselo, la releyó de nuevo entre susurros para finalmente dejarla sobre la mesa con expresión de abatimiento.

No pude soportar la intriga y, sentándome sobre la alfombra, me apoyé melosa sobre sus rodillas para intentar atisbar el billete; pero, al percatarse de ello, lo dobló en cuatro. Acariciándole la pantorrilla procuré que mi voz sonase implorante:

—¿Qué es, Pedro?

—No nos lo han dado, Pepa —me contestó apretando las mandíbulas—. La embajada seguirá huérfana de dirigente mientras continúe nuestra alianza con Francia. Los austríacos no quieren ni oír mentar a un solo amigo de sus enemigos.

Procuré animarle.

—¿Y te extraña? Lo importante es que hemos cumplido con el mandato del rey y tenemos la conciencia tranquila. Ya no hacemos nada aquí.

Permaneció pensativo mientras me acariciaba el pelo. Insistí soltando a bocajarro todo lo que desde hacía meses le ocultaba premeditadamente:

—El palacio en el que vivimos está en venta. Los chicos están empezando a hablar entre ellos en francés, y nuestras hijas mayores entran en edades casaderas. No quiero tener un gabacho por yerno. Además, según nuestro contable no vendría mal que regresásemos para solucionar los asuntos pendientes. Dime: ¿qué nos retiene aquí?

—En vez de embajador, Urquijo me comunica mi nombramiento como inspector de los ejércitos en el Rin —me contestó tragando saliva.

Necesité un solo segundo para asimilar la traición. ¡Con razón se dieron tanta prisa! Disimulé mi rabia apretando en un puño parte de su calzón. Respiré tres veces para intentar no gritar, pero me fue imposible:

—¡Cómo pueden! ¡Es que no son conscientes del castigo al que nos han sometido durante todo este tiempo! Si está enterado de tu enfermedad, ¿cómo es que ahora te manda al campo de batalla? ¿Es que quiere que te maten? ¡Pues escúchame bien, porque luchar ya has luchado lo suficiente por tu rey y por España!

Me sujetó de la cara para que le mirase fijamente y, sin contradecirme, me dijo:

—Cálmate, Pepa. Te prometo que intentaré por todos los medios retrasar mi partida. Sabes que nunca me ha gustado alegar debilidad para no cumplir con mi obligación, pero esta vez es diferente. Si el rey no es consciente de la gravedad de mi mal, hoy mismo escribiré a Urquijo para hacerle partícipe. Si es preciso pediré a nuestro médico que certifique que aún no estoy completamente restablecido. Eso bastará para ganar tiempo. Quién sabe, quizá dentro de un par de meses todo haya terminado y podamos regresar con la cabeza bien alta.

Desesperada, negué con la cabeza:

—Está claro que alguien se empeña en mantenernos alejados, y la sombra de Godoy se perfila en esas querencias.

Aun sin saber si sería capaz de soportar otra espera, me retiré a mi cuarto. ¿Y si la guerra se prolongaba y Pedro acababa muriendo en el Rin? Allí yo no le podría seguir con los niños. Tendría que regresar sola, y ya no poseía la misma fortaleza con la que afrontaba sus ausencias de joven. Pedro y yo éramos independientes, mucho más que

la mayoría de los matrimonios, pero hiciésemos lo que hiciésemos siempre contábamos con un reencuentro. Ya no soportábamos los huecos en la mesa.

Con la cabeza hundida en los almohadones de mi gabinete, lloraba silenciosamente cuando mi doncella vino a avisarme de la visita de mi amigo Charles Pougens.

Tras limpiarme la cara salí a recibirle. Teresa Cabarrús no venía con él; lo agradecí porque, si me hubiera visto en tan lamentable situación, me hubiese bombardeado a preguntas que no deseaba contestar. Sobre todo, por nada del mundo quería que esa áurea de española indestructible con que ellos me habían coronado se esfumase.

Charles no quiso agobiarme.

—No sé lo que ocurre, Pepa, pero vuestra expresión pide a gritos un paseo y, mira por dónde, yo necesito a alguien que me acompañe. No podéis negaros porque hoy, dieciocho de brumario del calendario republicano, ¡se va a montar! —Y, echándome un mantón por los hombros, me tendió el brazo.

—Dudo que a estas alturas de mi vida exista algo que me pueda sorprender tanto como aseguráis, pero os seguiré siempre y cuando me habléis en cristiano. Hoy, que yo sepa, es nueve de noviembre por el calendario gregoriano. Para más datos, es el día de Nuestra Señora de la Almudena, y no acepto otra medida del tiempo.

Poco después, sentados ya en la carroza, mi amigo se asomó para gritar al cochero:

—A Saint-Cloud, ¡rápido!

Fue entonces cuando reparé en su aspecto: peinado hacia adelante y con el lazo de la corbata medio hecho, su pecho delataba el jadeo de una respiración acelerada. ¿A qué venía esa premura? A pesar de su roída casaca y el descolorido chaleco, recuerdos de tiempos mejores antes de que la Revolución lo expoliara, Charles conservaba el solemne porte de los Conti. Se parecía tanto a su padre que nadie en París dudaba de su verdadera filiación, a pesar de su bastardía.

Cerciorándome de que las cortinas estaban a medio cerrar le arreglé la lazada del cuello. Me miró casi con provocativa devoción a los ojos, y yo chasqueé la lengua disconforme:

—¿Qué queréis? ¿Dar carnaza a los deslenguados que aseguran que entre Teresa, vuestra ilustrísima y yo existe algo más que amistad?

Al besarme en la mano no pudo evitar cierta picardía en su ademán.

—Qué más quisiera este hombre que disfrutar plenamente de las dos damas más entretenidas de París.

—No es que me importe, estoy tan acostumbrada a este tipo de calumnias que

apenas me afectan.

Soltándome la mano levantó el almohadón adamascado que había en el bancal de enfrente y pude ver que debajo escondía un libro.

—Ya que sois una de mis señoras preferidas, aceptad este obsequio. Es de los pocos que opté por conservar cuando las deudas me obligaron a vender mi pinacoteca con la biblioteca incluida.

Acaricié suavemente el tomo y seguidamente me negué.

—Primero me regaláis un biscuit, después dos cortes de seda china para mis vestidos y ahora *William & Helen, Two Ballads from the German*, una obra de un tal Walter Scott. No puedo...

Pero él, posando su dedo índice sobre mis labios, me interrumpió:

—No me neguéis la oportunidad de corresponder a los préstamos que me hacéis. Leedlo, es un maestro del romanticismo.

—¿Un francés recomendando a un enemigo escocés?

—La buena literatura no entiende de procedencias.

—Eso mismo dice un pintor español llamado Goya.

Comenzaba a hojearlo cuando una fuerte explosión me sobresaltó. Al verle tan tranquilo me ruboricé por haberme asustado.

—No sabía que hoy se celebrase algo. ¿No deberían de esperar al anochecer para lanzar los fuegos de artificio?

La carroza se detuvo y él me tendió la mano para ayudarme a bajar mientras me explicaba:

—Ésta es una fiesta de otro tipo. Hace demasiado tiempo que se susurra acerca de mudanzas, alborotos y conjuras en contra de los responsables de la turbulenta crisis en la que se encuentra la República, puesto que no hacen nada para remediarla, y precisamente por eso hoy se ha decidido acabar con los desatinos de este Directorio. Lo que no sé es si quienes participan en esto pagarán con su vida, la prisión o el destierro.

A lo lejos distinguí claramente el fogonazo de lo que debieron de ser dos bombas. Caí en mi error y le miré espantada, a lo que él respondió con una inoportuna sonrisa.

—Hoy, Luciano Bonaparte, como presidente de la Asamblea, expondrá por fin y sin tapujos todo lo que el pueblo en general demanda. Lo intentó ayer en el Consejo de los Quinientos y, a resultas de ello, uno de sus miembros llamado Arena intentó apuñalar a Napoleón. Por eso ahora se ha asegurado protección. Esos cañonazos sólo pueden significar que Napoleón está disolviendo la sesión a bayonetazo limpio.

Le miré sorprendida.

—¿Napoleón, el de la campaña en Egipto y Constantinopla?

—El mismo que viste y calza y que, como comandante de los ejércitos, ha venido a Francia para ayudar a su hermano Luciano.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Los dos son buenos amigos míos —se pavoneó.

Intentando calibrar las consecuencias que aquello pudiese acarrear nos a causa de nuestras tendencias anglófilas, permanecí callada. El muy ladino leyó mi pensamiento.

—Sé cómo pensáis, pero no os preocupéis. Os guardaré el secreto.

Cuando los fogonazos terminaron, a lo lejos se comenzó a arremolinar la muchedumbre. Ansioso por unirse al furor que demostraban, me apremió:

—¡Acerquémonos!

—Siento desilusionaros, pero ésta es una batalla que ni me va ni me viene.

A regañadientes, se vio obligado a llevarme a casa.

Al día siguiente supimos de la detención de catorce miembros del consejo acusados de haber participado en un intento de asesinato de Napoleón y también que se había depuesto a otros sesenta y dos diputados. El golpe de estado liderado por los Bonaparte había tenido éxito. El Directorio estaba disuelto, la Constitución abolida, y sólo quedaban de ella algunos retazos de la soberanía del pueblo, la libertad y la igualdad.

Para cuando Napoleón fue nombrado primer cónsul, nosotros comenzábamos a empacar. Ya nada nos ataba a París y la única manera de olvidar a los Bonaparte y sus imposiciones era alejarnos de aquella ciudad. Lo que no sabíamos entonces era que librarse de aquellos hermanos ambiciosos no sería tan fácil como pensábamos.

A principios de diciembre, por fin llegó el permiso de Urquijo, que, cansado de las excusas que Pedro le ponía para eludir el mandato de los ejércitos en el Rin, acabó permitiéndonos regresar. ¿Estaría Godoy al tanto de ello?

Con todo, la ilusión del retorno y las celebraciones de aquella Navidad hicieron nimias las penurias del camino.

Cuando el 7 de enero de aquel principio de siglo avisté en lontananza los jardines de El Capricho, me pareció presenciar un espejismo.

*Si al decorar tus salones,  
Fanio, a Mercurio prefieres,  
tienes a fe mil razones:  
que es dios de los mercaderes,  
y también de los ladrones.*

Leandro Fernández de Moratín,  
*Epigramas*

Apenas deshecho el equipaje sentí el apremio incontrolable de comunicar a todos que por fin habíamos regresado, y para ello no había nada mejor que crear expectación.

De boca de los mandaderos corrí la voz de que en carnavales daríamos un baile de máscaras. Pasaron las semanas, se enviaron las invitaciones y, poco a poco, no tardé en comprender que la añoranza había debido de ser mutua, ya que prácticamente nadie contestó de forma negativa.

Ascargorta, temeroso de que mis dispendios terminasen por asfixiar la angustiada deuda que teníamos, me pidió poderes para vender unas tierras cercanas a Benavente. Se lo di aun a pesar de que no me gustaba deshacerme de parte del patrimonio heredado, pero sabía que sería la única manera de sanear de una vez por todas las cuentas.

Además, estaba decidida a no escatimar en los gastos del baile: si quería casar a las niñas como se merecían, el nuestro debería ser el festejo más destacado de aquellos principios del siglo XIX, el único digno de recordarse en los anales de la historia.

Pepita, la mayor de mis hijas, a sus diecisiete años, ya estaba en la edad de merecer, y lógicamente se sentía nerviosa ante la expectativa de saberse el principal objetivo de todo jovencito. Su hermana Joaquina, en cambio, tuvo que asistir casi obligada por mi mandato e imposición, y es que después del desencuentro con el primogénito de los duques de Medinaceli no quería ni oír hablar de hombres.

Y por fin llegó el día.

Con la intención de resaltar el hecho de nuestro desembarco en Madrid, todos los miembros de la familia aguardamos a que hasta el último de los invitados hubiese

llegado al palacio para aparecer por sorpresa volando sobre los jardines de El Capricho a bordo de un globo aerostático. A pesar del respeto que aquel artefacto podía inspirar, no tuve miedo porque el hombre que más sabía de ellos nos acompañaba. Hacía ya siete años que había presenciado cómo el italiano Vicente Lunardi había conseguido elevarse sin peligro aparente sobre los cielos a bordo de aquel invento en los jardines del Buen Retiro, en el Palacio Real y en Aranjuez, después de los múltiples intentos fallidos por parte de aeronáuticos; por eso le encargué su construcción.

La luna llena iluminó nuestro camino hasta la fuente de la entrada. Apenas comenzamos a sobrevolar los pinos, cientos de cabezas alzaron sus enmascarados rostros al son de una tamborilada. Dos linternas mágicas centraron el haz de sus luces en la cesta que nos salvaguardaba del abismo. Una mezcla de vertiginosa libertad, pureza y poder me asaltó al planear sobre el diminuto gentío. ¿Estaría Godoy allí?, me pregunté, ¿y habría traído a su esposa? ¿Y mi querida Cayetana? Todos ellos estaban invitados y habían confirmado su presencia, pero faltaba por ver si nos hacían el cumplido de su aparición, sobre todo después de enterarse de que entre los demás asistentes podían encontrarse antiguos amantes o incluso enemigos.

La ovación borró de un plumazo cualquier resquicio de humildad que el encubierto destierro en París hubiese tatuado en nuestro sentir. Diez arañas de cristal con veinticuatro bujías iluminaban estratégicamente el templete de Venus y cada una de las estatuas de los estanques, y otros cien mecheros con cirios marcaban el lugar exacto donde debíamos posarnos.

Nada más hacerlo abrimos la portezuela de mimbre para abrazar a los Fernán-Núñez, los Palafox, los Portocarrero, los Villafranca, los Oñate y a la marquesa de Santa Cruz, quienes, a pesar de estar cubiertos por las máscaras, eran fácilmente reconocibles. Santa Cruz venía con su hijo mayor, un apuesto joven al que aún no conocíamos; sin embargo, por el modo en que saludó a Joaquina, supuse que pronto se convertiría en asiduo a nuestra casa.

Mi prima Cayetana, María Teresa, la condesa de Chinchón, y su hermana María Luisa esperaron a que la vorágine de saludos terminase para acercarse a mí. Acodándome con la duquesa de Alba al lado derecho y con María Teresa al izquierdo, dejamos atrás una cola de amigos ansiosos de probar el globo para dirigirnos a los comedores.

Decorados ambos a imitación del templo de Minerva, cuarenta músicos repartidos en dos orquestas amenizaban la espera obligatoria a que los invitados debían someterse, ya que los lacayos, en medio de la confusión y el desbarajuste habitual, necesitaban un tiempo extra para reconocer a los comensales disfrazados y enmascarados, y guiarlos a su lugar en la mesa.

No había un detalle sin cuidar: cubertería de plata grabada con la corona de duque sobre la O de Osuna, cristalerías de París, mantelerías adamascadas, vajillas exquisitamente delicadas y flores de mil aromas.

Solamente se me vedó un antojo, y es que mi ilusión hubiese sido que en los centros prevaleciesen las lilas, pero hasta los caprichos más fáciles de cumplir cuentan con barreras insoslayables: ni siquiera los cuidados de Prévost en el invernadero para adelantar su floración habían logrado luchar contra las inclemencias de este frío invierno.

Sentadas a la mesa, mis mejores amigas ocuparon los lugares preferenciales a la diestra y siniestra de Pedro, de manera que, enfrentadas a mí, podríamos hablar sin dificultad.

Mientras Cayetana coqueteaba con Pedro, como era su costumbre, pero esta vez con un fin totalmente inocente y una intención que no pasaba del mero divertimento, centré mi atención en María Teresa. La mujer de Godoy, como era de esperar, había venido sola, pero esa circunstancia no parecía importarle en absoluto. Muy al contrario, después de aquella caída que le había provocado el aborto ahora lucía otra descomunal tripa. Sin saberse observada, tomó el bolso que pendía de su muñeca para sacar una larga cadena de oro terminada en dos pinzas. Se pasó el curioso adorno por detrás del cuello para colgar de cada una de las pinzas un extremo de la servilleta y acomodarla así, a modo de babero, a su pechera. Al levantar la vista y ver mi cara de asombro quiso darme una explicación:

—Es la única manera que se me ha ocurrido de no mancharme los vestidos y esta maldita banda morada y blanca de la Real Orden de María Luisa que tenemos que ponernos a todas horas. ¡No sabéis las ganas que tengo ya de parir!

—Según parece no tardaréis mucho. —Sonreí—. ¿De verdad lo deseáis?

Frunció el ceño antes de responder.

—Más que nada en el mundo. Pero no os equivoquéis. Sólo es porque esta vez me tienen entre algodones. Será por miedo a que aborte de nuevo, pero, por sorprendente que os pueda parecer, Manuel hace de un tiempo a esta parte todo lo que le pido. A mi hermano Luis María le ha conseguido el nombramiento de arzobispo de Toledo y a mí, además del condado de Chinchón, el rey me ha otorgado el título de marquesa de Boadilla del Monte. Aparte de estas gracias, para que no padezcamos nunca miserias nos han asignado a todos cuantiosas pensiones.

La voz ligeramente embriagada de Cayetana nos interrumpió al exclamar para sus adentros, pero involuntariamente en un tono demasiado alto y que tanto María Teresa como yo oímos perfectamente:

—¡No puedo con esta pánfila!

Yo no llegué a entender a qué venía semejante insulto, pero la de Chinchón sí, al

parecer, pues le dedicó una mirada cargada de odio antes de responder:

—Siempre lo mismo. ¡Qué manía con prejuizar! Sé lo que estáis pensando: que cómo puedo hablar tan tranquila de mi estado y de lo bien que me trata Manuel cuando la Tudó también está preñada de él. ¿No lo entendéis? ¡A mí qué me importa! A ver cuándo comprenderéis que esa infeliz me hace un favor alejándolo de mi lado. Y, por si fuerais a tener esa intención —la avisó—, os advierto que no os atreváis ni siquiera a comparar a su futuro niño con mi hijo.

María Teresa estaba desconocida, y yo, asombrada: ¿qué había sido de su apocamiento, de su timidez, de aquella languidez con que la dejé al marcharme a París? Concluí que, sin duda, los varapalos le estaban endureciendo el carácter. Por su parte, Cayetana, incapaz de contenerse, volvió a hablar de nuevo para meter todavía más el dedo en la llaga:

—Son muchos hombres los que tienen amores prohibidos, y cientos los que se atreven a crear familias paralelas con sus queridas, pero lo que nadie excepto vuestro marido se atreve a hacer es mantener a esposa y a amante bajo el mismo techo. ¡Y vos se lo permitís! ¿Pensáis también criar a vuestros hijos junto a los bastardos de esa mujer?

—Eso, Cayetana, no depende de ella... —contesté sin poder evitar entrometerme, pero María Teresa, cabizbaja, me replicó:

—Dejadlo, Pepa. Tiene razón. Sólo espero parir un hijo sano que me permita abandonar esa casa para siempre. —Se acarició la tripa y una lágrima resbaló por su mejilla—. Este niño no es más que mi pasaporte a la libertad.

—María Teresa —la reconvine—, decís eso sólo porque aún no le habéis visto la cara. No creo que después seáis capaz de iros dejando a vuestro hijo en manos de...

La frase quedó inconclusa por la interrupción de Antonio Gippini, el dueño de la fonda de San Sebastián, servidor oficial de los ágapes en el Coliseo y de otros muchos eventos que le encargasen; y, también, de esta celebración. Sujetando él mismo la bandeja frente a mis narices, esperaba mi aprobación a las jícaras de chocolate, los bizcochos, el café y los refrescos que pretendía servir al amanecer. Desganada, probé una torta y, sin musitar una palabra, simplemente asentí y aparté la bandeja de mi vista. Reverenciándome, se dirigió raudo a las cocinas a preparar cientos de ellas.

Un dúo de angelicales voces dio la señal para el inicio del baile. Eran la napolitana Brígida Giorgia Banti y la portuguesa Luisa Todi, quienes, por primera vez en la historia, se dignaban cantar juntas una zarzuela. Nadie antes había conseguido reunir a las mejores voces del momento y, probablemente, nadie nunca más volvería a hacerlo, ya que eran mujeres demasiado competitivas como para coincidir en un mismo lugar. De hecho, Luisa había sido contratada para cantar en Nápoles en el

teatro de San Carlos, y eso era algo que Brígida, siendo aquélla su tierra natal, tenía clavado en el alma. Pero hay muy pocas cosas que no se puedan comprar en la vida, y, rascando la bolsa, conseguí que por una noche olvidasen sus resquemores.

Abandoné a mis dos amigas después de haber montado aquella escena porque debía inaugurar el baile con Pedro. A continuación, me senté junto a mis hijas Pepita y Joaquina en las sillas que habían dispuesto alrededor de la pista; teníamos la intención de valorar a los posibles pretendientes que se nos acercasen. Mientras, el duque de Osuna acompañaba a los menos danzarines al cuarto de juegos, en donde las mesas aguardaban dispuestas para unas partidas de pul.

Llevábamos ya cinco minutos observando a nuestros invitados moverse al son de la música cuando pude oír cómo Joaquina, que estaba sentada a la espera de ser requerida, le decía a su hermana:

—No sé cómo puedes permanecer sentada aquí a la espera de cautivar a alguien. ¿No te sientes como un pedazo de carne sobre el mostrador de un mercado que aguarda a ser seleccionado?

Frunciendo el ceño, me incliné hacia Pepita con la esperanza de que me desmintiese al oído lo que me había parecido escuchar de boca de su hermana, pero ésta no sólo lo negó sino que la excusó entre susurros:

—Tienes que entenderlo, madre, Joaquina es de una timidez enfermiza, y el resquemor del repudio que sufrió por parte del primogénito de los Medinaceli aún le quema. Saberse la comidilla de todos la tiene cohibida.

Tras pensarlo con más detenimiento me tranquilicé. Su hermana tenía razón y, a sus años, mi hija aún tenía mucho tiempo por delante. Quizá hubiese que esperar unos meses más para que todos olvidasen aquel incidente. Inclinándome, la miré con cariño y le dije:

—Si no estás cómoda, hija, acércate a la orquesta y pide que te permitan tocar algún instrumento. Eso seguro que te entretiene.

Sin dudarle un instante me obedeció. Cruzó el salón a paso ligero en esa dirección, y me alegró comprobar que el joven marqués de Santa Cruz, tan introvertido como ella o incluso más, la seguía cual perrito faldero. También vi cómo Joaquina se sentaba al piano mientras él se decantaba por un violín y, concentrados en las partituras, conseguían soslayar la absurda vergüenza de que sin duda eran presos dedicándose tiernas miradas entre las notas de las partituras. Sonreía satisfecha: José Gabriel de Silva-Bazán parecía ser la horma del zapato que a mi hija le faltaba.

A eso de la medianoche, Joaquín María Gayoso de los Cobos, marqués de

Camarasa, me hizo una reverencia y solicitó mi consentimiento para sacar a bailar a Pepita. Ella, sonriente, aceptó tan ilusionada que ya no regresaría a mi vera en toda la noche. Aquel joven, cinco años mayor y con la experiencia que eso podía otorgarle, supo enamorarla desde el primer momento en que la miró a los ojos. Tan decidido como era, ni siquiera me había dado tiempo a indagar qué podría ofrecer a mi hija cuando, al toque de las diez de la mañana del día siguiente, vino a despedirse con la petición de su mano en los labios. Impetuoso como nadie, no supo elegir un momento más inoportuno para tan delicado asunto.

El cansancio acumulado de las pasadas catorce horas ejerciendo de anfitriona me impidieron darle una inmediata respuesta. La experiencia me había enseñado que el agotamiento suele inducir a la equivocación, y por eso precisamente no me dejé convencer por la anhelante mirada de Pepita.

Mantener en vilo al joven durante un tiempo prudencial antes de aceptar sería lo más idóneo, pensé, no fuese a creer el muchacho que todo el monte era orégano. Pepita, como cualquier mujer que se preciase, debía hacerse desear antes de lanzarse a los brazos de nadie, y si ella aún no sabía jugar con la seducción yo la enseñaría.

¡Quién me diría entonces que tres días antes de la celebración de la Navidad de ese mismo año de 1800 estaríamos casando a nuestra primogénita con él!

QUE VIENE EL COCO

*Abuso funesto de la primera educación. Hacer que un niño tenga más miedo al Coco que a su padre y obligarle a temer lo que no existe.*

Manuscrito del Museo del Prado,  
Capricho n.º 3 de Goya

### **Octubre de 1800**

Tardamos muy poco tiempo en comprender que nuestro año de exilio no había cambiado en nada las cosas de la corte. Excepto en minucias sin importancia, absolutamente todo en su esencia más profunda seguía siendo como lo dejamos al marcharnos a París.

Aquella mañana salí a entregar personalmente a Antonio Rossetti los tres mil reales para pagar una misa dedicada a san Francisco de Borja. Como antepasado y patrón de nuestra familia que era, aquello se había convertido en una tradición con la que sus sucesores cumplíamos devotamente.

Salía del oratorio de San Felipe Neri, parroquia en la que se ofició la misa, cuando me llegó un billete en el que me anunciaban el nacimiento de Carlota, la hija de los príncipes de la Paz.

Había llegado al mundo sin ningún problema el pasado 7 de octubre, hacía tan sólo tres días, por lo que pensé que María Teresa ya debería de estar recibiendo visitas. Después de nuestro larguísimo destierro en París casi había olvidado la antigua prohibición de Godoy de ir a verla, y esperaba de corazón que él sí lo hubiera hecho, por lo que decidí pasar para darle la enhorabuena antes de regresar a casa.

Llegué, y me anunciaron y me recibieron sin problemas, pero nada más entrar en su cuarto después de todo el protocolo me extrañó que no tuviese la cuna de la niña junto a su cama. La acuosa mirada de la recién parida no denotaba la felicidad que esperaba hallar en ella.

—Pepa, sé lo que pensáis —me dijo—, pero no quiero encariñarme. Esa criatura simplemente es la moneda de cambio que tenía que pagar para que me dejaran tranquila, y yo ya he cumplido. No sabéis lo duros que han sido estos meses. La reina María Luisa, que ha cuidado de mí a todas horas para que mi bebé naciese sano, me mandaba sillas de manos hasta para trasladarme de un patio a otro. ¡Si incluso me ha

obligado a vivir con ellos temporadas que se me han hecho eternas! La muy falsa se ha permitido darme mil y un consejos como si fuese mi propia madre. ¡Mi propia madre! Aquella que ella misma un día desterró y vilipendió. Ahora, gracias a Dios — bajó la voz—, este infierno ha terminado.

»Algunos me tachan de desagradecida, pero vos mejor que nadie sabéis lo que todos esos cuidados y regalos me provocan: asco. Querían un niño que tuviese mezcladas la sangre de los Godoy y la de los reyes. ¡Pues ya lo tienen! Sólo siento haber tardado tres años en poder cumplir con este cometido. Ahora me toca descansar, y lo único que les pido es que me dejen en paz de una vez por todas.

Aquella amarga verborrea de bienvenida desnudó su estado de ánimo en un segundo.

—No seáis cruel, María Teresa. —Desesperada, se vino abajo cuando me senté en el filo de su cama. Incapaz de derramar una sola lágrima, hundió su cara en mi pecho. Intenté consolarla mientras le hablaba con calma y le acariciaba el cabello, como había hecho con mis hijas cuando éstas eran niñas y lloraban por cualquier causa—. Pensadlo mejor, no culpéis de este desasosiego a la niña ni busquéis una explicación a esta tristeza que os embarga, porque es algo muy normal en vuestras circunstancias. ¿No os ha dicho la comadrona acaso que las parturientas suelen llorar sin motivo? Pasada la cuarentena lo superaréis.

Hipando, se separó para mirarme a los ojos.

—No necesito buscar excusas para llorar, os lo aseguro. —De pronto se mostró sarcástica—. Supongo que lo primero que tendrá que aprender mi hija es a sentarse a cenar con sus medio hermanos. Más o menos como yo, que me veo obligada a hacerlo a diario con su querida. Nadie quiere decírmelo, pero quizá vos sepáis si es niña o niño lo que ha parido la Tudó. Pensando en Carlota, creo que si es niña encontrará en ella una compañera de juegos.

Chasquéé la lengua, contrariada por su actitud:

—Qué más dará lo que sea ese bastardo si no se apellida Borbón. Para Manuel eso es lo que prima sobre todas las cosas, incluido el sexo de la criatura. Podrá tener una docena más de hijos con esa mujer, o incluso con otras, pero ninguno será como Carlota.

Arrugó el embozo en el puño.

—Precisamente por eso afirma que la va a cuidar él solo. —Sentía la necesidad de excusarse ante mi mirada de reproche—. No me juzguéis por ello, Pepa. Siendo la madraza que habéis demostrado ser, sé que por mucho que intente convenceros de que es lo mejor nunca lo lograré. Pero si algo tengo claro es que no pienso esperar a que crezca para separarme de ella. Prolongar este adiós sólo serviría para hacerla sufrir, como yo lo hice a los cinco años cuando los reyes me separaron de mi madre.

A la mínima oportunidad me marcharé sin darle tiempo de acumular recuerdos a mi lado.

El contagio de su angustia me soltó la lengua sin detenerme un segundo a medir bien mis palabras.

—Si la vais a dejar, al menos dadle otro hermano para compartir su soledad. Vos al menos tuvisteis dos en los que refugiaros. Ella es hija única.

—Si me estimáis, jamás volváis a insinuar nada similar —me espetó apretando las mandíbulas—. Prefiero suicidarme antes que vivir el infierno de una nueva concepción.

Aquello semejaba manar de la boca de una endemoniada. María Teresa parecía estar perdiendo la cabeza. Jugando con su ensortijada melena, procuré suavizar el tono:

—El cansancio es el mayor enemigo de una salida acertada, y a vos se os ve agotada. Para mí, ser madre ha sido lo más hermoso que me ha podido pasar, quizá por eso no os entienda.

Me interrumpió.

—Pues no he de recordaros que, al igual que vos, yo también soy madre ahora; y, para mí, la lista de beldades que superan a ésta es interminable.

—¡Ser madre es mucho más que parir! —Su terquedad empezó a impacientarme—. Renunciar a ello por simple empecinamiento, rencor o venganza es absurdo. ¡Qué culpa tiene la criatura de nada! —Mis gritos despertaron a la niña, acomodada en una cuna que, para que estuviese lo más alejada posible del lecho de su madre, se había situado prácticamente en la esquina opuesta de la estancia. Comenzó a llorar y el ama de cría, que aguardaba la demanda de la recién nacida sentada en una silla junto a ella, se apresuró a cogerla en brazos y a desabrocharse el corpiño.

Ya enganchada a su pecho, Carlota comenzó a mamar con la fuerza de un recién nacido saludable. Me acerqué a mirarla más de cerca y vi que unas pelusillas pelirrojas asomaban por el flequillo de la capota, lo que delataba la herencia del pelo de su madre. Quise tentar a sus instintos:

—¡Se parece tanto a vos!

Mientras yo hablaba, el ama, incapaz de estarse callada, intentó sutilmente hacerme ver que las cosas no eran tal y como María Teresa las contaba.

—Su padre la llama «la mona» y no para de venir a hacerle carantoñas —intervino.

María Teresa, incorporada como estaba, se dejó caer en la cama y se puso una almohada sobre la cabeza. Le hice la señal de la cruz a la recién nacida en la frente, crucé una mirada cómplice con el ama y salí convencida de que ya muy poco podría

hacer para convencer a la parturienta de su error.

No las volví a ver hasta el día de su bautizo, dos meses después. Los reyes, para demostrar el cariño que profesaban por la recién nacida, vinieron desde El Escorial a apadrinarla. Carlota, después de recibir las aguas bautismales en aquella fría mañana de diciembre, fue condecorada por su majestad la reina con una diminuta banda morada y blanca de su Real Orden de María Luisa. A excepción de las infantas, era la primera niña agraciada por tal distinción.

Godoy se mostraba orgulloso y feliz, mientras que María Teresa andaba como una alma en pena. No era para menos, ya que el chascarrillo de todos los asistentes era que podríamos haber estado celebrando el doble bautizo de Carlos y Carlota. Y es que Manuel, según él por devoción al rey, había decidido para más recochineo llamar Carlos Manuel a su hijo con la Tudó, casi del mismo modo que a su hija pero en masculino.

A punto de terminar la celebración del sacramento me sentí mareada. Decidí salir a tomar el fresco cuando la conversación de dos voces conocidas al otro lado de los soportales me detuvo. Ocultándome tras una columna escuché a Cayetana y a la Tudó, que, entre susurros, discutían sin percatarse de que el abovedado trasladaba las voces de una punta a la otra. Cayetana recriminaba a la querida:

—No pensaréis entrar...

Me atreví a asomar ligeramente la cabeza, procurando no ser descubierta, y comprobé que, al contrario que a María Teresa, a Pepita Tudó el embarazo la había embellecido. Sabedora tal vez de su atractivo, y con esa fuerza que tienen las madres recién paridas y orgullosas de serlo, contestó con descaro:

—¿Por qué no iba a hacerlo si me lo ha pedido Manuel?

—Seríais la última vela de este entierro.

—Es posible, pero... decidme: ¿quién sois para impedírmelo? —Cayetana se abanicó mientras pensaba una respuesta.

Conociéndola como la conocía supe lo que se le pasaba por la cabeza: no podía echarle en cara los comentarios que se hacían en el interior de la iglesia sobre la doble paternidad de Godoy, porque eso hubiera sido como reconocerle a la Tudó la importancia que no tenía. Su respuesta, triunfal y algo altiva, fue del todo inesperada para mí:

—La única mujer que Godoy quiso tener inmortalizada en todo su esplendor.

La carcajada de la Tudó me llenó de confusión.

—¿Por esplendorosa queréis decir desnuda? ¿Por ventura se compara su excelencia con alguna de las mujeres que colecciona el príncipe de la Paz en su

gabinete? ¿Con cuál?, ¿con la Dánae?, ¿con la gitanilla desnuda? ¿O por aquello de insinuar sin mostrar se ve más en su gemela, la gitanilla vestida? —Sin dar tiempo a la duquesa de Alba para replicar, la Tudó prosiguió—: Pues siento defraudar a su excelencia, pero vuestro rostro no aparece en ninguno de sus desnudos artísticos. — De pronto, dándose muy teatralmente un golpe en la frente con la palma de la mano, se burló fingiendo un despiste—. Pero qué digo. ¿Cómo iba la señora duquesa a saberlo si Manuel sólo muestra sus secretos tesoros a sus más allegados? Si no me creéis, preguntadle al grabador González Sepúlveda, que ayer mismo vino a casa para inventariarlos en su gabinete.

Después, comprobando que Cayetana seguía sin habla, la Tudó dio media vuelta y se alejó muy segura de sí misma.

Mi prima quedó pensativa bajo el soportal. ¿Cómo podía la Tudó conocer tan bien aquellas pinturas mientras que la duquesa de Alba, durante el tiempo en que mantuvo una estrecha intimidad con Godoy, nunca había conseguido verlas? Cayetana me confesó que había aprovechado los momentos más tórridos de sus encuentros con Manuel para preguntarle mil veces por la gitanilla desnuda, y que otras mil veces él le negó saber de qué le hablaba, a pesar de haberle mandado aquel anónimo con su boceto años atrás, lo cual él, por supuesto, también negaba tajantemente. Ella lo había dejado pasar entonces debido a la pasión que la embargaba, pero ahora se arrepentía.

Al oír mis pasos vacilantes me miró de reojo sin decir nada. Aproveché el instante para disparar a bocajarro las preguntas que se agolpaban en mi mente:

—¿Habló de una gitanilla vestida? Ésa es nueva, ¿a qué se referirá?

—¿Estabas espíandome? —Cayetana, frunciendo el ceño, se enfadó.

—No fue mi intención, créeme, sólo salí a tomar el aire, pero al oír hablar de la gitanilla no puedo negarte que sí me acerqué para escuchar mejor. ¿Qué querías? — exclamé encogiéndome de hombros ante el gesto de reprobación de mi prima—. De un golpe, tus palabras despertaron todas mis obsesiones de antaño. Piénsalo, Cayetana —me emocioné—, ahora que sabemos que en efecto Godoy esconde tu desnudo en su gabinete tenemos que hacer lo imposible para verlo. Así podré por fin esclarecer todas las dudas y sospechas que tuve en su momento.

Cayetana permanecía obnubilada.

—Maldito mequetrefe. ¿Por qué a mí nunca me lo enseñó y ahora anda aireándolo? Esa ramera dice no reconocerme en la pintura, pero ¿será verdad o me toma el pelo? ¿Y cómo es que dice que hay otro cuadro? No puede ser. A mí Goya sólo me pintó desnuda.

—Dijo que había dos gitanillas gemelas, una vestida y otra desnuda... —Medité sobre sus palabras unos instantes—. ¿No podría ser que Godoy pidiese que tomaran como modelo a la desnuda para que pintaran otra vestida? Todo será cuestión de

buscar a ese tal González Sepúlveda y averiguarlo. —Yo estaba dispuesta a todo.

—O de preguntarle al maestro —propuso con picardía Cayetana—. Quizá podríamos emborracharle para que se le suelte esa reservada lengua.

La miré desconcertada:

—Te recuerdo que ya intentamos sonsacarle información una vez y, si una cosa nos quedó clara, fue que el maestro nunca hablará.

—Pues algo tenemos que pensar —suspiró—, porque el Choricero me agobia cada día más.

—¿Con amores o pependencias? —Abrí mucho los ojos y, al negar Cayetana con un gesto cualquiera de esas dos opciones, se me acabaron las ideas—. ¿Pues qué más puede desear de ti?

—Otro desnudo.

No daba crédito a lo que estaba escuchando:

—¿Pretende acaso que poses de nuevo?

—Mírame, Pepa —dijo sonriendo—. Ya no soy la misma que años atrás se despojó alegremente de toda su vergüenza ante nuestro maestro Goya —suspiró—. A medida que una se acerca a los cuarenta, la lozanía, las formas y la tersura de la piel se convierten en resbaladizos pellejos. Yo ya hace un par de años que he decidido no volver a posar ni para Goya ni para ningún otro pintor, por mucho que prometan disimular los defectillos que me sobrevienen. Si quiero pasar a la posteridad como una de las mujeres más bellas de esta corte, sería una locura permitírsele.

¿Qué le sucedía? ¿Qué había sido del aplomo que era tan característico en ella? Cayetana no parecía la misma. Fue entonces cuando reparé en su rostro. Bajo sus vivarachos ojos se adivinaban unas bolsas azuladas que apenas disimulaban los polvos con que intentaba disfrazarlas. Sintiendo observada, se separó un poco antes de continuar:

—Olvida lo que estás pensando, abstente de comentarios y escúchame, porque es importante: Manuel me chantajea para que le venda la *Venus del espejo*.

—¿La de Velázquez?

—Se la habré negado una decena de veces, pero ya sabes cómo es de persistente ese hombre —repuso—. Ha llegado a amenazarme si no cumplo sus deseos.

—¿Con qué? —Aquello me preocupó.

—Con todo y con nada —suspiró entrelazándose un rizo oscuro entre los dedos—. Ya conoces lo sutil que es. Pero no me asusta, Pepa. Tendrá que pasar sobre mi cadáver para conseguir ese cuadro.

—Cayetana —le susurré al oído—, ¿es que no te has enterado de que hace sólo

unos días, el trece de este mismo mes, Urquijo fue destituido de su cargo como ministro de Estado y obligado a abandonar la corte por orden del rey? Todo indica que el príncipe de la Paz está a punto de resurgir de entre las cenizas como el ave fénix, y que el siguiente en caer será Jovellanos. Si Godoy accede de nuevo al poder, vendrá reforzado: nada ni nadie podrán impedirle conseguir lo que se proponga. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja es capaz de hacer lo que sea para conseguirlo. —Tragué saliva antes de continuar—. Ten cuidado. A nosotros sólo nos desterró, pero lo creo capaz de mucho más que eso. Además, la reina te sigue teniendo inquina, y eso podría alentar a Manuel a cometer cualquier barbaridad en tu contra.

Arqueando las cejas, Cayetana fingió sorpresa:

—¿La duquesa de Osuna temerosa de algo? ¿Acaso te olvidaste la valentía en París? No digas tonterías. ¿Qué me podría hacer? No es una novedad que Manuel ha estado obsesionado desde siempre con los desnudos femeninos, y que ahora quiera ampliar su colección no es algo de extrañar.

Recién terminado el bautizo, la gente comenzaba a salir de la iglesia. A mí se me vino a la mente el asesinato del prometido de Michelle, la detención de mi inocente sombrerera, las vejaciones que sufrió en la casa de galeras y el extraño robo en mi propio palacio con que quisieron incriminarnos. Consciente de que no podríamos prolongar mucho más la conversación, insistí en la advertencia:

—Ten cuidado, Cayetana.

—¿Qué me propones hacer? —Poniéndose el abanico sobre los labios se inclinó hacia mí.

Dudé si hacerle partícipe de la conjura que se estaba fraguando en los salones de la corte. Dado que quizá ella pudiese servir a la causa decidí contárselo:

—Hay muchos que no están dispuestos a admitir de nuevo los despropósitos de otro triunvirato como el que ya vivimos. Se niegan a aceptar otro gobierno compuesto por Godoy y los reyes, y están tentando al príncipe de Asturias para que los apoye. Llegado el caso, don Fernando podría ser mejor rey para España que su padre.

La cercanía del resto de los invitados, que ya casi habían llegado a donde estábamos nosotras, me puso nerviosa. Ella, en vez de sorprenderse con aquella noticia, pareció tomársela a broma.

—¡Qué novedad...! Lo sé hace tiempo y no me interesa. De hecho, esos temas me aburren soberanamente. Y, por otra parte, ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Cayetana —le contesté apresuradamente—, los nombres que persiguen ese fin son demasiado importantes como para ignorarlos: los duques del Infantado y San Carlos, Uceda y nosotros, los Osuna, el conde de Orgaz, el marqués de Valmediano,

el de Ayerbe, el de Altamira, el de Montemar y otros tantos que esperan a que Juan Escóiquiz convenza al príncipe Fernando para jurarle lealtad. Unirse al partido fernandista será una buena determinación y, si acabáramos con Godoy, tú ya no tendrías que temerle.

—Te digo que eso no tiene nada que ver conmigo —resopló—. ¡Que no me interesa la política en absoluto!

—Te ayudarán incondicionalmente si lo necesitas —insistí bajando todavía más el tono.

Definitivamente, conseguí irritarla. Desplegando la sombrilla, se dirigió al centro del patio para ver a todos los que a pocos metros piaban por nuestro saludo y que ellos la vieran, y no volvió a dirigirse a mí y ni tan siquiera a mirarme durante el resto del ágape con que se celebró el bautizo.

NADIE SE CONOCE

El mundo es una máscara,  
el rostro, el traje y la voz todo es fingido;  
todos quieren aparentar lo que no son,  
todos se engañan y nadie se conoce.

Manuscrito del Museo del Prado,  
Capricho n.º 6 de Goya

### ***Principios de 1801***

Como le había advertido a Cayetana no hacía mucho, los malos presagios fueron cumpliéndose uno a uno.

De nuevo Manuel Godoy, después de tener como títere en funciones a su pariente Pedro Ceballos, a quien el rey, a instancias suyas, había nombrado primer secretario de Estado y del Despacho, regresó para reinar a la sombra de los soberanos, ¿o debería decir ensombreciéndolos? No lo sé, lo cierto es que desde principios de aquel año de 1801, con el príncipe de la Paz gobernando en la trastienda, los ánimos de todos los que desde siempre lo habíamos aborrecido se caldeaban cada día más. De hecho, decenas de sombras acechaban a la espera del momento idóneo para actuar. La incómoda alianza con Francia nos mantenía enfrentados a todos sus enemigos.

Aquel atardecer, desgastados y bastante ofuscados, pusimos rumbo a palacio. ¿El motivo? La invitación de los reyes a la presentación pública del nuevo embajador de Francia. No podíamos faltar, ya que aparte de haberle conocido en París dominábamos a la perfección el francés, y siempre podríamos hacer de intérpretes si los reyes se topaban con algún problema de comunicación. Aquello sería menos formal que tener que recurrir a un traductor.

En Madrid se supo de su nombramiento al publicarse la noticia, el 6 de noviembre de 1800, en el diario francés *Le Moniteur Universel*. Ni dos días después ya se había puesto en camino hacia España, y el 2 de diciembre los reyes lo recibieron en El Escorial. Había sido tanta su celeridad en tomar posesión del cargo que eran muchos en la villa y corte los que aún no sabían de quién se trataba y cómo era en realidad el sujeto. No era nuestro caso, nosotros bien conocíamos el apellido Bonaparte desde

nuestra estancia en París y, a pesar de que ahora éste no dejaba de pronunciarse también en Madrid, no era a Napoleón a quien iríamos a saludar, sino a Luciano, el llamado «hermano brujo» del primero.

Lo que para la mayoría fue una novedad a mí no me sorprendió en absoluto, ya que mis amigos de París me habían escrito para prevenirme sobre su próxima visita.

Allí en Francia, muchos intuían que Napoleón estaba cansado de sus constantes desencuentros y otros tantos estaban convencidos de que nos lo mandaba para quitárselo de en medio, sobre todo después de los enfrentamientos y la rivalidad que hubo entre los dos hermanos Bonaparte tras aquel golpe de estado que tan de cerca vivimos.

Si estos rumores eran ciertos, el viaje de Luciano a España no era más que otro de tantos destierros encubiertos, un alejamiento forzoso de París disfrazado de honores como los que una vez prometieron a mi esposo. La única diferencia fue que nosotros, por culpa de nuestra enconada alianza con los franceses, jamás llegamos a entregar nuestras credenciales de embajadores al rey de Austria, mientras que Luciano Bonaparte ya se las había entregado a los reyes en El Escorial.

Fueron muy pocos los que al tenderle la mano se mostraron incapaces de disimular su desconfianza y la inmensa mayoría los que perdían los calzones ante una deferencia del nuevo dignatario. Para ellos, que los tacharan de afrancesados había dejado de ser un insulto para convertirse en un piropo. ¡Allá ellos con su falta de ética!

En circunstancias normales, aquella desvergonzada sumisión no me hubiese preocupado de no ser porque había alguien, muy cercano a mí, que se comportaba de similar manera. Y es que Luciano con quien parecía estar más cómodo era con la compañía de mi hija Joaquina y su ya prometido, el marqués de Santa Cruz.

Yo no entendía nada: ¿acaso no era mi futuro yerno uno de nuestros máximos partidarios en la conjura que Escóiquiz, el mentor del príncipe Fernando, tramaba contra Godoy?

De vuelta a casa en la carroza, confusa por la actitud de los míos, quise abordar el tema.

—Joaquina, es curioso cómo durante esta velada venciste ante Luciano Bonaparte esa timidez que tanto te caracteriza.

Frotándose los párpados por el cansancio, me contestó entre dientes.

—Es un hombre agradable.

No me anduve con rodeos:

—Me parece más bien un lobo con piel de cordero, según me han asegurado.

Fue su prometido el que, intuyendo mi descontento, despertó de su aletargamiento e intervino:

—No temáis, que aunque no os lo parezca permanecemos fieles a nuestros ideales. ¿No sería absurdo entonces desaprovechar la inclinación que el embajador ha demostrado hacia nosotros para utilizarla en nuestro beneficio?

—Anticiparse a las intenciones de Francia siempre será de provecho para nuestros propósitos —insistí, aún insegura de su palabra—, pero tened cuidado, no vaya a ser al revés y en vez de sonsacarle nosotros la información sea él quien la obtenga.

—Soy joven, pero no idiota —dijo sonriendo José, que para el verano ya sería mi yerno, mientras se entretenía jugando con el recogecortinas.

Imitándole, cerré los ojos.

—Eso espero, porque dicen que el hermano brujo de Napoleón oye crecer la hierba. Es famoso por su habilidad para hacer amigos hasta debajo de las piedras, y nunca tarda demasiado en obligarlos a cantar al son de sus querencias. Como ranas en una charca a la luz de la luna llena, sus ingenuas víctimas confiesan todo lo que a él le interesa saber sin apenas darse cuenta. Por favor, no dejéis que os engañe.

Apoyando su cabeza sobre el hombro de Joaquina, José asintió y, acto seguido, se quedó dormido como un tronco. Por el modo en que concilió el sueño debía de tener la conciencia muy tranquila. Su acompasado ronquido me sosegó. Mientras, calleja al fondo, amanecía.

Como predije y me temí, apenas habían pasado dos meses de la estancia de Luciano Bonaparte en la corte cuando ya se le reconocía como el mejor amigo de mi hija y de su futuro esposo, así como del príncipe Fernando, de Escóiquiz —su preceptor—, de Godoy y de los reyes. ¿Cómo se podía ser a un mismo tiempo confidente de gentes tan enfrentadas las unas con las otras?

Lo más preocupante era que se hubiera ganado a los tres últimos tan fácilmente. Al parecer, para lograrlo le había bastado con saber acariciar con alabanzas a la reina, acompañar a don Carlos a sus cacerías de cochinos y convencer a Manuel de las ventajas que traería a España prolongar su alianza con Francia a cambio de acceder a ciertas minucias que Talleyrand, ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón, nos solicitaba.

A mi parecer, a Luciano se le llenaba la boca de polvorones hechos con promesas que nunca veríamos cumplidas, pero lo más grave era que Godoy se las creía. Entretanto, el muy ladino, conocedor en tan sólo ocho semanas de todas las trifulcas internas que existían en la corte y en el país, informaba puntualmente de todo a su hermano sin obviar absolutamente nada. Después de los desencuentros entre ambos,

el embajador francés en Madrid sabía muy bien que aquélla era la única manera de recuperar la confianza de Napoleón y, por lo visto, no parecía dispuesto a desaprovechar la ocasión.

A mi juicio, sus expectativas se vieron colmadas el 18 de marzo, día en que se firmó el Tratado de Aranjuez, que reafirmaba su dominante posición.

¡Qué más querían los insaciables franceses! Ya habíamos apalabrado la cesión de la colonia de la Luisiana mediante la firma del Tercer Tratado de San Ildefonso, rubricado en La Granja el 1 de octubre del año anterior, y a través de él poníamos además a su disposición —aun después de la gran derrota que habíamos sufrido en 1797 frente al cabo de San Vicente y que nos costó cuatro navíos de guerra entre los que se contaba el buque insignia— otros seis navíos más de nuestra denostada armada para perseguir a los corsarios ingleses. Y todo, ¿a cambio de qué?, ¿de crear un nuevo ducado en territorio italiano y entregárselo al duque de Parma porque la reina deseaba que su hija predilecta, la infanta María Luisa, casada desde hacía cinco años con el primogénito de éste, llegase a ser proclamada en él reina de Etruria?

Nadie llegaba a comprender muy bien por qué los pactos secretos acordados con los franceses en Aranjuez eran tan desproporcionados, pero de entre todo lo que se estipuló hubo un determinado punto que hizo que la indignación creciera hasta más allá de la exasperación. Y es que, antes de la rúbrica del Convenio de Aranjuez el 13 de febrero y del Tratado de Aranjuez el 18 de marzo, Luciano Bonaparte y Pedro Ceballos —que actuaba en calidad de secretario de Estado del rey y a instancias de Godoy, su primo político— firmaron un pacto en Madrid el 29 de enero por el que España permitiría cruzar por su territorio hacia Portugal a un contingente de sesenta mil soldados franceses que ya esperaban en la frontera. A este pacto, que se bautizaría con el nombre del Tratado de Madrid, sólo el rey puso alguna objeción. Como siempre, y para desgracia de todos, se mostró tan carente de toda tenacidad que al resto de los interesados no les fue difícil hacerle cambiar de opinión.

Yo no dejaba de asombrarme, ¿cómo la reina María Luisa podía enfrentarse con semejante frialdad a su propia hija, la primogénita Carlota Joaquina? Estando ésta casada con el futuro Juan VI de Portugal, que entonces ejercía de regente ante la locura de su madre, sería la primera en sufrir las consecuencias de la amenaza francesa.

No podía evitar preguntarme qué interés más grande que la felicidad de una hija podría estar forzando a Godoy y a María Luisa a permitir aquello. ¿Es que nadie había pensado que, de tener éxito los franceses en la invasión lusa, España quedaría amenazada por ellos desde todas sus fronteras? ¡Dejar pasar al mismo ejército que hacía tan poco tiempo nos había invadido, al mismo que tantas vidas nos había segado! ¡A los mismos generales con que Pedro había tenido que enfrentarse! ¿Cómo

mirarían las mujeres del norte a los asesinos de sus maridos, padres, hermanos e hijos cuando los franceses acudiesen a sus huertos y establos para abastecerse? ¿Cómo podía Godoy pedir a esas gentes que les ofreciesen comida y aposento?

Fueron muchos los que plantearon al príncipe de la Paz estas mismas preguntas, pero Godoy apenas escuchaba. Fuera de todo razonamiento, aquel botarate incluso se planteaba la posibilidad de prometer a la infanta María Isabel —de quien muchos afirmaban entre murmullos que en realidad era hija de Godoy y no del rey— con Napoleón. ¿Es que también olvidaba que el primer cónsul de Francia ya estaba casado con Josefina? Conociendo a Manuel, la eterna pregunta de siempre me asaltó de nuevo: ¿qué podrían haberle ofrecido los franceses que no tuviese ya para exponer a España de tal manera?

Y, mientras tanto, Luciano Bonaparte, cual paciente araña, seguía tejiendo una tupida tela tan invisible que apenas ninguno de los que se le acercaban eran conscientes de haber quedado atrapados en ella. La extensa sombra de Francia se expandía inexorablemente, y fuimos muy pocos los que nos percatamos de ello.

Hacia ya meses de aquella noche de regreso en la carroza en la que había advertido a mi hija y al que sería su esposo, el marqués de Santa Cruz, del peligro que una amistad demasiado íntima con el embajador podría entrañar. Entonces me aseguraron saber a qué se enfrentaban, pero la verdad era que ya no había día en el que no se viesen.

Aquella mañana decidí acompañar a Joaquina a casa de Luciano para comprobar si tanto mi hija como José, que de manera inminente se convertiría en su marido, seguían siendo tan impermeables a la influencia del gabacho y su integridad se mantenía tan intacta como aseguraban. Necesitaba vigilarlos, porque quizá no fuesen tan inmunes como pensaban al contagio bonapartista y mi mirada, objetiva y desconfiada, tal vez podría aportar algo de lucidez al asunto.

Al llegar vi que en una esquina del patio de su casa esperaba dispuesta una de las carrozas reales y supuse que quizá alguna de las infantas se habría acercado con los mismos intereses que nosotras, y es que la inmunidad diplomática favorecía el estraperlo en las casas de los emisarios y, de éstas, muy pocas resultaban tan atractivas como la de Luciano, pues por ser la embajada francesa importaba mil y un adornos, cintas, brocados, plumas, tejidos y frivolidades varias que, como era lógico, volvían locas a las españolas nobles y pudientes que, cada cierto tiempo, se dejaban caer por allí para comprobar si habían llegado novedades desde París que las embellecieran y emperifollaran.

Mientras José, que nos había acompañado, subía a los salones del embajador, Joaquina, Michelle y yo misma bajamos a los sótanos ansiosas por ver las últimas

fruslerías recién venidas de la llamada «capital de la moda». La francesita nos había acompañado para ver de qué se podía servir para elaborar mi nuevo sombrero y parecía más nerviosa aún que mi hija, lo cual no era de extrañar, ya que aquella excursión bien podría juzgarse como una actitud fraudulenta por parte de los plenipotenciarios, si no fuese porque el cargo de embajador, aparte de enaltecer al hombre que lo ostentaba, muy pocas ventajas más conllevaba, en primer lugar por la falta de pensión para quien lo poseía y, en segundo, por la obligación que tenían los susodichos de pagar a título particular todos los gastos que su empresa pudiese demandar.

En efecto, ser embajador no era ni mucho menos como ser virrey, ya que no dejaba tanto espacio al lucro y, además, como los representantes máximos que eran de su país en el extranjero, tampoco debían ejercer con tacañerías. Era por estas circunstancias, y por la vanidad de muchos de los que ejercían aquellos cargos, por lo que más de una familia se había arruinado. Y precisamente por todo esto era también el mercadeo, más o menos legal, la única forma que tenían algunos de resarcirse económicamente, siempre y cuando no abusasen ni llamaran excesivamente la atención de las autoridades respecto a su trapicheo.

A punto estábamos Joaquina, Michelle y yo de llegar a las puertas de aquella cámara de pequeños tesoros cuando nos topamos con Cayetana. Tan dicharachera como era, me extrañó que sólo me dedicase una leve inclinación de cabeza antes de irse como alma que lleva el diablo. En cuanto se nos abrieron los portones del sótano habilitado como mercería de lujo, comprendí la causa de su enojo.

Debía de haber tenido algún desencuentro con la reina, que, prácticamente enterrada en sedas y encajes, reía a carcajadas frente a un espejo de cuerpo entero. ¡Qué agujero de inmundicia esa mellada boca! Ganas tuve de coger la dentadura de porcelana que había dejado junto a los pasteles para endosársela yo misma entre los labios, ¿cómo podía esa mujer creerse hermosa si era el vivo reflejo de una de las brujas de las estampas de Goya?

Madame Miente, la modista más conocida de París, aguardaba pacientemente con un grueso libro de patrones entre las manos. Frente a ella, las pequeñas infantas rebuscaban entre un centenar de zapatos un par que les atrajese.

Al fondo, la condesa de Chinchón contemplaba en silencio la escena sin demasiado interés al tiempo que acariciaba las hebillas que habían ordenado para ella sobre una mesa. En cuanto a mí, me quedé parada junto al dintel intentando que nadie reparara en nosotras, pero un portazo propinado por un descuido de Michelle delató nuestra presencia.

Nada más verme, la reina me llamó:

—Acercaos, María Josefa, y decidme qué os parecen estos zapatos. Luciano

quiere regalárselos a su majestad, pero yo no estoy demasiado convencida. Vuestra opinión, proveniente de una de las mujeres más elegantes de la corte, me interesa.

Ignorando la mirada de espanto de la modista, avanzó pisoteando las sedas para rebuscar en el montón de al lado. En éste encontró uno de los chapines a los que se refería, pero, en vez de acercármelo, me lo lanzó.

¡Qué capacidad la de esa mujer para desear y rechazar las cosas en un solo segundo!, pensé mientras lo cazaba al vuelo. Reverenciándola, fingí estudiarlo con sumo interés y, finalmente, me pronuncié:

—El color coral resalta la plata de sus bordados; la lazada es original; la piel de cabritilla de su interior es suavísima, y el tacón el justo. He de reconocer a su majestad que no hallo en él defecto alguno.

—¿Los encontráis apropiados para la caza y los trabajos de carpintero que tanto le gustan al rey?

—Señora, no es eso lo que se me ha preguntado. —Avancé para devolvérselo y, al hacerlo,forcé una sonrisa que estaba muy lejos de sentir.

Sentándose de nuevo sobre el montón de arrebuajadas telas, María Luisa me hizo un gesto para que la imitase. Procuré disimular mi desgana mientras por el rabillo del ojo comprobaba cómo Joaquina y Michelle se quitaban de en medio y se iban cada una de ellas a una esquina diferente del sótano con la excusa de comprobar las mercancías allí expuestas. Finalmente, cumplí con lo que se me solicitaba.

—Hace mucho tiempo, Pepa, que tenía ganas de agarraros por la banda —comenzó la reina—. Sin embargo, me siento defraudada, pues veo que no la lleváis. ¿Por qué no cruza vuestro pecho?

—Lamento no llevar el distintivo de la Real Orden de María Luisa —me excusé, mintiendo de nuevo y poniéndome la mano sobre el hombro como advirtiendo mi despiste—. No me creeréis si os digo que nunca salgo de casa sin ella y que justo hoy, por temor a perderla aquí o a estropearla con tanto probar y meter y sacar prendas, cuellos de encaje, capelinas, broches o collares, la dejé en casa.

Lo cierto es que, aunque intenté disimularlo, no sé si conseguí que pasaran desapercibidos mis pensamientos, y es que se diría que la reina había fundado la orden sólo para tenernos permanentemente tendidas a sus pies.

—No tiene importancia que hoy no la llevéis —respondió ella sacando pecho—, siempre y cuando no prescindáis de ella en ninguna gala, pues no es mi voluntad hacer dama a quien no valora el honor como es debido.

Encajé sus reproches y me limité a asentir fingiendo sumisión.

—Olvidemos el agravio y vayamos a lo que estábamos —prosiguió la reina cambiando de tema con presteza—. Al igual que con los zapatos del rey, quiero

vuestra opinión sobre ese vestido que lleva el maniquí; me lo ha regalado el embajador: ¿os gusta? Lo llevaré en el próximo baile en palacio. ¿Creéis que el ladino busca algo a cambio de tanto presente?

Demasiadas preguntas y de lo más dispares para contestar de una vez, pensé. Y, sin embargo, sus palabras me dieron que pensar: ¿Que si Luciano Bonaparte «buscaba algo»? No había que ser demasiado aguda para intuir que «arrebatar» sería una palabra más propicia para denominar lo que aquel listillo pretendía. Con todo, y evitando contestarle como me hubiese gustado, acaricié la seda brocada de la falda antes de comentar:

—No sé detrás de qué andará el embajador, pero ha de ser grande, dada la calidad y belleza de estos brocados. Casi están a la altura de lo que la señora se merece.

Divertida por mis palabras, negó con la cabeza, aunque no pudo evitar fruncir el ceño con gesto extrañado:

—¿La duquesa de Osuna adulándome? No era eso lo que pretendía de vos. —Un cambio radical en su tono de voz me hizo temer lo peor—. Supongo que estaréis enterada de que en Valencia se habla de sublevación entre el pueblo debido al decreto que obliga a sus mozos a alistarse. He pensado que quizá vos sepáis quiénes pueden ser los instigadores de esta rebelión que al parecer está cociéndose.

¡Qué desconcierto! Aquella mujer saltaba de la frivolidad a los asuntos de Estado más preocupantes sin preámbulo de ninguna clase. Procuré no parecer dubitativa en mi respuesta.

—¿Por qué he de saberlo?

Tomando una pluma de faisán de su vera, me cosquilleó con ella la nariz.

—¿Quizá porque tenéis tierras por allí y conocéis a todos los enemigos de Godoy? —Fingí un estornudo para no tener que negarlo, pero ella insistió—: La duda está entre los jesuitas exiliados, los napolitanos, los ingleses o los nobles.

—No sé —me hice la tonta—, la verdad es que me pierdo en el abanico de sospechosos. Supongo que es lo malo de enfrentarse a todos a cualquier precio.

Ofendida, no se anduvo por las ramas:

—¿Por qué tratáis con tan poco respeto al príncipe de la Paz?

Como no le iba a decir que nunca reconocería las aptitudes que ella había considerado meritorias para catapultarlo a lo más alto del Estado, busqué otra excusa:

—Quizá sea porque desconfío del reciente Tratado de Aranjuez.

—¿Desconfiáis de los franceses y os abastecéis en sus casas? —Miró a su alrededor mofándose histriónicamente de mi amor por la moda francesa y de mi odio por sus soldados—. Sé que en París dejasteis amigos revolucionarios con los que asiduamente os carteáis.

—Soy monárquica —me defendí—, siempre lo he demostrado y reniego de la República.

—Los títulos que lleváis os obligan a ello. —Utilizando de nuevo la pluma que sus manos sostenían, me acarició la cara desafiante.

—La mayoría se los debo a la generosidad de los Trastámara y los Austria para con mis antepasados —contesté altiva.

—Sí, es cierto que la concesión de muchos de vuestros ducados, marquesados y condados son anteriores al advenimiento de los Borbones en España. ¿Insinuáis por ventura que nosotros no os hemos agraciado como debíamos?

—No me malinterpretéis —negué rápidamente—, que no olvido que es a esta última dinastía a la que debo fidelidad.

Aquella frase mía le dio la oportunidad que aguardaba.

—Como no espero menos de vos, quiero brindaros la ocasión de satisfacerme: convenced a la duquesa de Alba para que me venda la *Venus del espejo*. Es vuestra amiga y pariente, y seguro que lo lograréis sin problema.

Sin importarme el protocolo, me levanté.

—Lo intentaré —aseguré, ni muy sumisa ni muy convencida.

—Espero mucho más que eso. —Sonrió sarcásticamente con sus labios hendidos para dentro.

Dándome la vuelta, llamé a Joaquina y a Michelle para que nos fuésemos. Joaquina llevaba en las manos dos entorchados y un puñado de cadenillas, cordoncillos y algún que otro abalorio. Michelle sólo se hizo con un hermoso grandujado que pensaba coser bajo una de mis diademas. Tomada nota de lo que se llevaban, Ascargorta quedó atrás para saldar cuentas.

Ahora comprendía la cara de disgusto de Cayetana cuando nos cruzamos con ella. Primero fue Godoy quien se interesó por la *Venus* y ahora era la reina quien lo hacía. El cerco se cerraba en torno a la duquesa de Alba, y su clara negativa a ceder me hizo temer por ella.

A punto estaba uno de los lacayos de retirar la escalerilla de nuestra carroza y de dar yo la orden de partida cuando la Chinchón, jadeante, golpeó desde fuera nuestra ventanilla.

—María Teresa, no sé cómo tenéis estómago para acompañar a la reina a ningún lado —le solté sin pensar—. Bien sabe Dios que es una mujer horrible.

—Arcadas me dan —reconoció tragando saliva—, pero ya sabéis que estoy obligada a ello. Sólo vengo para deciros que, si todo sale como espero, muy pronto

me veré liberada de este yugo al que me tiene sometida Manuel en su ausencia.

—¿Dónde está?

—En Portugal, tratando de tomar Olivenza. Si lo consiguen, sólo vendrá a España de visita. —Al mirarme con esa alegría que la esperanza otorga a los desamparados, intuyó mi extrañeza y preguntó inocente—: ¿Es que no sabéis lo que sucederá si vencen?

Deseando que siguiera informándome, me limité a negar con la cabeza al tiempo que entre labios la instaba con un imperativo:

—Proseguid, por favor.

—Si vencemos —explicó María Teresa—, don Carlos recuperará la mitad del reinado que Felipe IV perdió, por lo que le ha prometido a Manuel algún alto cargo en Portugal a cambio de la victoria.

—¿Podría Manuel soñar con ser rey? —Casi no pude ni balbucear esas palabras.

—Su ambición no tiene medida. De ser así, nunca le acompañaría, por supuesto —afirmó contundente—. Si quiere llevarse a Carlota, que lo haga. Poco me importa con tal de perderle de vista.

Aquella actitud para con su hija me sacaba de quicio y ella lo sabía, ¿por qué se empeñaba entonces en repetir semejante insensatez una y otra vez? Me hubiera gustado seguir indagando, pero la llegada de la reina obligó a la de Chinchón a salir despendolada junto a ella.

Ya en marcha, me eché la mano a la frente pensando en las consecuencias de aquel posible triunfo en Portugal: ¡Godoy, rey!

¿Cómo había podido ser tan tonta sólo unos cuantos minutos antes al preocuparme por minucias como la obsesión de la reina por hacerse con la *Venus del espejo* para, obviamente, regalársela al príncipe de la Paz? ¡Aquel cuadro de Velázquez era una simple baratija comparado con el regalo que pensaba otorgarle en realidad!

Era, a mis ojos, lo nunca visto: ¡nada más y nada menos que un reinado! Aquel gesto atentaba no sólo contra el decoro, sino, también y sobre todo, contra toda moral histórica. ¿Acaso la reina Isabel la Católica hizo rey a Colón de alguna de las tierras que descubrió? ¿Convirtió en monarca Felipe II al príncipe de Éboli o a Antonio Pérez? ¿Y Felipe III a Lerma o Felipe IV al conde-duque de Olivares? Intenté hacer memoria, pero, si estaba en lo cierto y ésta no me fallaba, ninguno de nuestros reyes jamás había otorgado semejante gracia a alguno de sus validos, generales o descubridores.

*Aquí yace fray Arsenio;  
residió en esta comarca veintiséis años,  
en esta ermita de la Alameda de Osuna  
que le fue donada en caridad por sus méritos,  
dedicándose constantemente a la oración  
y a las más sublimes prácticas piadosas.*

Epitafio sobre la tumba de fray Arsenio  
en El Capricho

### **Junio de 1801**

Aquella mañana, apenas un puñado de personas, rosario en mano, observábamos en silencio cómo el nuevo ermitaño cavaba un agujero. Tras él, una austera caja de pino sin barnizar aguardaba su enterramiento. Dentro, mi ermitaño preferido descansaba en paz. Fray Arsenio había morado en aquellas tierras desde antes de que yo decidiese convertirlas en los pilares de El Capricho y allí merecía yacer para la eternidad.

Fray Eusebio, con bastante dificultad dada su proveya edad, hendía la pala a tan sólo una vara de la fachada norte del diminuto templo. Dos de los jardineros se habían ofrecido a hacer de sepultureros, pero éste, más terco aún que su antecesor, se empeñó en enterrarlo él solo porque así lo ordenaba su regla. Después de la última palada y el rezo de un tedeum, me retiré para solazarme junto al pantano.

El Capricho había cambiado tanto... A lo lejos ya no se oían los gritos de mis hijos jugando en el laberinto que Prévost había plantado, ni el crujir de los columpios, tampoco el paletear de los remos al impulsar las barcazas por los canales. Sin embargo, esperaba que muy pronto mis nietos ocupasen su lugar. Los hijos que sin duda tendrían Pepita, casada desde diciembre pasado y convertida en marquesa de Camarasa, y Joaquina, cuya boda con José Gabriel de Silva-Bazán, el marqués de Santa Cruz, se había fijado para el próximo 11 de junio del presente año de 1801.

Ya de vuelta en el palacio, y tras dar un sorbo al chocolate que una de mis doncellas me había servido, comencé a leer todos los diarios y gacetas del día. La idea de que Godoy llegase a ser rey me consumía las entrañas después de que la noticia de su victoria en Portugal hubo llegado hacía un par de días. A aquella fugaz guerra que apenas había durado dieciocho días convinieron en apodararla «de las

Naranjas», ya que Godoy le había notificado la victoria a la reina enviándole un ramo de flores de azahar que había cortado de los naranjos de Elvas mientras sitiaba esta ciudad. ¿Cómo se podía notificar semejante infamia con actos tan bucólicos?

La voz de Cayetana, cuya presencia no esperaba, me sorprendió.

—¿Ya ha llegado el victorioso general para recibir un sable cuajado de brillantes? Dicen las malas lenguas que la reina ha colocado el famoso ramo de azahar en el mejor jarrón de su gabinete.

Alcé la vista del diario y comenté irónica:

—Tres palos con flores marchitas han debido de ser lo que ha puesto, ya que dudo que las flores aguantasen la cabalgada.

Como siempre, Cayetana estaba alegre y risueña, y me contagió la carcajada. Recuperado el resuello, le ofrecí una taza de chocolate.

—No, gracias. —Apretó las mandíbulas—. Ayer se me cortó la digestión cuando me enteré de que el rey está valorando que definitivamente se prohíban los toros. ¿Y todo por qué?

—Supongo que por la espantosa cogida de Pepe-Hillo, que aún perdura en la memoria.

Tuve que reprimir un estremecimiento, y es que, en efecto, aquella intuición que me había sobrecogido hacía ya más de cuatro años al presenciar una cogida sufrida por el diestro había terminado por hacerse realidad.

Hacía menos de un mes, el 11 de mayo, un toro de Peñaranda de Bracamonte, de nombre *Barbudo*, empitonó a Pepe-Hillo por el muslo izquierdo y lo zarandeó de tal modo que, más que un hombre, parecía un inerte muñeco de trapo al compás de las embestidas de la bestia. Fue tal el golpe cuando le lanzó sobre la arena que el torero quedó inconsciente, lo que le impidió zafarse o huir ante la nueva acometida del animal, que, volviendo a levantarlo de nuevo con su pitón derecho, abrió esta vez un boquete en la boca del estómago del matador y lo mantuvo encornado tanto tiempo que el lance destrozó varios órganos del pecho y del vientre del malhadado. Fue un espectáculo aterrador, y buena muestra de ello eran los dibujos firmados por Goya que yo, tan cercana al maestro, había tenido la oportunidad de contemplar. El pintor había presenciado la cogida y había tomado varios rápidos apuntes de la secuencia de los hechos, y me comentó que pensaba, algún día, publicar una serie de grabados sobre la tauromaquia, que tanto le fascinaba. Sin embargo, afirmaba que, de todas las escenas que dibujó sobre la muerte de Pepe-Hillo, no pasaría a la plancha más que una, y que descartaría las demás, pues era tal la impresión que producía la escena que temía que resultara demasiado dura y descarnada para el público.

La voz de Cayetana, indignada, me sacó de mis recuerdos:

—Puede que tengas razón y que este intento de prohibir las corridas tenga que ver con esa desgraciada muerte, pero, según se presentan las cosas, el diestro debe de estar revolviéndose en la tumba. ¿De qué habrá servido su sacrificio y el de otros tantos si ahora nos roban esta tradición?

—No es la primera vez que quieren prohibirlos ni será la última. Se comenta que todo obedece al deseo de la reina, que, al igual que Goya, estaba en la plaza y presencié el suceso. Al parecer, quedó tan vivamente impresionada que ha decidido que hay que terminar con ese espectáculo. Pero no temas, ya verás cómo se vuelve a torear en las plazas antes de lo que piensas.

—Espero que tengas razón, porque esto me ha quitado hasta las ganas de celebrar mi cumpleaños.

No me lo creí. Incapaz como era Cayetana de perderse un sarao, aquello sonaba a quimera.

—¿Dónde lo harás, en el palacio de Barquillo o en la Moncloa? —pregunté.

Ella sonrió, consciente de que no le había tomado en serio cuando afirmaba que no festejaría su efeméride.

—En ninguno de los dos —respondió—. Esta vez he elegido el palacio de Buenavista. Me apetece hacerlo allí para recochinearme de Godoy, porque no sé si sabes que, como con el cuadro de Velázquez, también hubo un día en que me lo quiso comprar.

—¿No estaba todavía en obras? ¿Las has terminado después de la catástrofe?

—Aún no, pero es algo que no me preocupa, ya que es lo bastante grande como para seguir viviendo en él a pesar de que las zonas afectadas por los incendios que lo asolaron sucesivamente en 1795 y 1796 siguen cerradas. Si de verdad el incendio que quemó la fachada que da a la calle Almirante fue provocado, será una manera de demostrarle al Choricero que no me afectó en absoluto.

Aquella calamidad había ocurrido casualmente la misma noche en que ella se negó a venderle por primera vez el palacio a Manuel, y por ello Cayetana estaba convencida de que el príncipe de la Paz había sido el causante, aunque obviamente Godoy se había cubierto bien las espaldas y esa hipótesis nunca se podría demostrar.

En su círculo más cercano, todos sabíamos que ella siempre había tenido un especial cariño a aquel palacio que su propio padre había comprado hacía unos treinta años. Cayetana, al heredarlo, llamó al arquitecto Juan Pedro Arnal para reformarlo con la misma ilusión que yo puse en la construcción de El Capricho.

Contrariada, chasqué la lengua.

—Hiciste bien en no despojarte de Buenavista, pero... ¿por qué ese hombre parece desear todo lo tuyo? Ni que no hubiese otros palacios en Madrid que se

vendiesen. Y —cambié de tercio—, vista esta obsesión de Godoy, ¿qué has decidido acerca de la *Venus*?

Mi prima, remolona, se enroscó en el dedo índice uno de los rizos negros que tenía detrás de la oreja.

—Ya perdí un cuadro de una mujer desnuda y tendrá que matarme para conseguir el que me queda.

Por el modo en que habló no me cupo la menor duda de que aquellos amores de antaño entre el valido y la duquesa habían muerto dilapidados.

—Ahora que lo mencionas, ¿conseguiste hablar con el tal Sepúlveda? ¿Sabes si llegó a ver la gitanilla desnuda y si se trata del mismo retrato que te pintó Goya?

Ante mi sorpresa, asintió:

—Sí, el hombre en cuestión es un tal Pedro González de Sepúlveda. Es, al parecer, un escultor, uno de los mejores grabadores de moneda con que cuenta la Casa Real. Debido a su conocimiento artístico, Godoy le encargó realizar un inventario de su colección particular de pinturas y esculturas y, según él mismo me detalló, en una ocasión pudo ver a la *Gitanilla desnuda*, pues por ese nombre llaman ahora, en efecto, al desnudo de Goya, sólo que ahora tiene rostro. Sepúlveda me aseguró que Manuel lo tiene oculto bajo una copia exacta en que la misma mujer, o sea, yo, aparece vestida. Al parecer, los dos lienzos comparten marco y sólo tiene que tirar de unas poleas para que la versión púdica se alce cual telón y deje a la vista la impúdica. Quizá por eso han sido tan pocos los que lo han podido ver y es ése el motivo por el que se mencione su existencia siempre entre susurros y secretismo.

—No sé si te has dado cuenta de que las palabras de Sepúlveda vienen a corroborar lo que te dijo la Tudó el día del bautizo de Carlota. ¿Reconoció el rostro retratado?

—Aseguró que no se trataba de nadie a quien él conociese. No sé si me mintió —se encogió de hombros—, pero tendremos que resignarnos a no saber nunca quién puso la cara a mi cuerpo ni de quién son esos rasgos.

—¿Y así, sin más, desistes? —me indigné—. No te reconozco, Cayetana.

—Qué más nos da ya. —Bajó la mirada—. Si te soy sincera, estoy hastiada de los desaires de nuestra majestad la arpía, y si a eso le añadimos que mi interés por Manuel no puede ser menor, son muy pocos los alicientes para la venganza que me quedan. ¡Si hasta el estímulo de la celebración de mi cumpleaños, que he tenido que retrasar para que no coincidiera con la boda de tu hija, se me hace cuesta arriba!

Me extrañó que, tan amante de lo prohibido como siempre había demostrado ser, desistiese tan fácilmente. La azucé con una tentación:

—Es una pena, porque se me había ocurrido una maldad con la que podrías

vengar el desprecio a que te sometió la reina el otro día en casa del embajador. — Curiosa, como siempre, Cayetana acercó el oído a mi boca y yo le susurré—: Tengo el boceto exacto del vestido que llevará en el próximo baile; y ese día, ya que el de la celebración de la boda de mi hija Joaquina es demasiado inminente, no podrá ser otro que el de la fiesta de tu cumpleaños. Luciano Bonaparte se lo ha regalado y no hay otro modelo igual en el mundo, pero Michelle ha conseguido comprar una pieza bastante grande de la misma tela y tiene el diseño grabado en la memoria. ¿Qué te parecería aparecer en el baile vestida igual que la reina? Esa gorda desdentada no podrá evitar perder en las comparaciones.

—No seré yo sino mis camareras quienes lo llevarán. —Se le iluminó la cara mientras pensaba—. ¿Habrá suficiente tela como para dos vestidos?

Asentí sin dudar, ya que mi sombrerera siempre compraba de sobra.

—Pues no se hable más. —Tomando su sombrilla, se despidió—. Mándame a Michelle con el boceto y la tela, que yo me encargo de la confección. Espero que seas tú la que se acerque a casa a visitarme la próxima vez.

—¿No vas a Sanlúcar este año? Suponía que te marcharías nada más dejar atrás la boda y el cumpleaños.

—¡Tendría que caerse el mundo para que yo faltase un verano a las costas gaditanas! —me confirmó—. Por eso precisamente estoy dudando si posponer el convite de mi aniversario para el otoño. No puedo competir en magnificencia con la celebración de una boda en tu familia. —Me sonrió—. Así que, por temor a quedar eclipsada ante el casamiento de mi querida Joaquina, tal vez lo mejor sea dejarlo para la vuelta de las vacaciones veraniegas. En fin, no sé qué hacer, porque ahora esto que me cuentas del vestido de la reina supone un aliciente para mí...

—Sea cuando sea, estoy segura de que la dejarás con un buen palmo de narices. ¡No querría perderme por nada la cara de la reina en el próximo baile!

—No te preocupes, Pepa, que invitada estás y no te voy a dejar sin esa satisfacción, ya sea ahora o en el otoño.

Y, con un gesto airoso de su mano, se despidió mientras reprimía una carcajada. Al observar cómo se alejaba por el sendero bajo la sombrilla, un oscuro presentimiento me sobrecogió y congeló la sonrisa que pululaba por mis labios. No era la primera vez que impresiones de este tipo me asaltaban y, para mi desgracia, había aprendido a reconocerlas y darles crédito. Ahora, al igual que aquella tarde lejana en la plaza de toros, me pregunté, al ver a Cayetana caminar por la avenida, por qué a pesar de la vana ilusión de su gracia, belleza y vitalidad, parecía arrastrar el paso y la vida.

*Junio de 1802*

¡Cómo puede el tiempo correr tan rápido cuando una está entretenida! ¡Y cómo puede jugarnos tan malas pasadas y no dejarnos disponer de él a nuestro antojo obligándonos a elegir a quién regalamos nuestra presencia y nuestro cariño!

Desde aquella despedida feliz de mi prima Cayetana, pasó prácticamente un año hasta que pude volver a verla. El casamiento de Joaquina, su rápido embarazo, en el que como madre primeriza necesitó todo mi apoyo, y el parto de la primera de mis nietas, María del Pilar de Silva-Bazán y Téllez-Girón, me tuvo totalmente absorbida y alejada de las relaciones sociales; pues, en mi recién estrenado papel de abuela, no cabía en mí de gozo y prácticamente no deseaba nada más que estar junto a ella y contemplar su carita sonrosada, regordeta y feliz.

Definitivamente, el año anterior Cayetana no celebró su cumpleaños para que no coincidiera con la boda de Joaquina y porque después se trasladó a Cádiz. Este año, ya cercana la fecha, aunque no había recibido aún su invitación no pensaba perdermelo.

Sin embargo, cuál no sería mi sorpresa al averiguar que esta celebración se había suspendido de nuevo por expreso deseo de mi prima, a quien hacía ya varios meses que no se la veía entre los círculos sociales y artísticos que acostumbraba a frecuentar. ¿Dos años consecutivos sin recibir en casa? Algo preocupante debía de estar ocurriéndole a Cayetana para privarse voluntariamente de uno de sus mayores caprichos. Aparte de inquietante, aquel comportamiento no era normal en ella, a quien tanto le gustaba dejarse ver, salir, disfrutar.

Relegada a mis labores de abuela, para cuando pude acercarme a visitarla el calor de julio caía cual losa de granito sobre Madrid. Yo creía que Cayetana habría huido del sopor veraniego, así que mandé recado a la Moncloa por si acaso, y me sorprendió mucho que me contestara diciendo que estaba esperándome.

Ardía en deseos de charlar con ella para comentar las mil y una novedades. Quizá supiese por qué Godoy, en vez de ser rey de los Algarves, se había conformado con recibir la fortaleza de Olivenza; o por qué recuperábamos la isla de Menorca de manos de los ingleses tras la firma de la Paz de Amiens el 25 de marzo y sin embargo no lo lográbamos con Gibraltar o Trinidad, aunque bien me suponía yo que esta última se la reservaban por ser el cobijo principal de sus corsarios. Esas y otras tantas preguntas quedaron en suspenso en cuanto la encontré, pues la vi muy enferma.

Aparte de un cirujano y dos sirvientas, solamente la negrita María de la Luz estaba a los pies de su cama jugando con unas canicas de cristal. En silencio me senté a su lado y la tomé de la mano, que estaba helada como un témpano. Con sumo esfuerzo entreabrió los ojos para mirarme, apenas parecía tener fuerza para sostener alzados los párpados. Su ahogada respiración sonaba tan profunda como acelerada. Musitó algo inaudible y me acerqué un poco más para oírla mejor. Tenía varias

ampollas en los labios provocadas por las calenturas.

—¿Quién eres? ¡No me mires! Me siento sola entre tantas mujeres desnudas colgadas por las paredes. ¿Dónde está Luz? ¡Por qué te has llevado a mi niña! — Abriendo mucho los ojos miró temerosa a un lado y otro de la estancia—. La Beata me odia. Ayer le oí decir que a ver cuándo me moría de una vez para heredar mis bienes.

Por un momento me sorprendí, hasta que comprendí que deliraba. Sus mayores obsesiones la acosaban inmisericordes: la soledad, la coquetería, la frustración de una imposible maternidad, la obsesión por los desnudos de Goya y Velázquez, y la manía de que nadie se acercaba a ella si no era por interés.

Repentinamente comenzó a toser como una descosida. Se aferró a mi mano y la apretó de tal manera que sus anillos se me clavaron entre los dedos. Al intentar incorporarla noté la espalda de su camión empapada en sudor, y cuando las convulsiones cesaron la tumbé para que descansase. Se durmió de inmediato.

Después de media hora velándola en silencio me retiré. Fue precisamente Rafaela, apodada «la Beata» por todos los de la casa, la que con los ojos acuosos y la nariz enrojecida de llorar me acompañó a la salida.

—Su excelencia se nos va. No sé lo que os ha podido decir, pero no le hagáis caso. Hace días que ha perdido la razón, no prueba bocado ni puede dormir profundamente a causa del dolor de cabeza y de las calenturas.

Rafaela era su más fiel servidora, así que no dudé de su palabra. No recordaba cuándo había visto por primera vez a aquella mujer, pero lo que sí sabía era que aquella ama de cría que hacía tantos años había alimentado a Cayetana quiso después entregarle toda una vida de sacrificios y que renunció incluso a vivir con su propia familia.

—Dígame, Rafaela, ¿cuánto lleva así?

—Dos semanas.

—¿Y qué dicen los cirujanos?

—Que no saben. Que quizá sea una meníngeo-encefalitis tuberculosa o algo así. Necesité toda una noche en vela para aprenderme semejante palabreja y aún no sé bien lo que significa.

Palmeándola el hombro intenté consolarla antes de salir.

—¿Me avisará cuando acontezca lo inevitable?

Rafaela asintió con pesar.

El 19 de julio de ese mismo año de 1802, Rafaela me mandó una nota a través de

Michelle en la que me informaba de que aquella noche la duquesa de Alba había sufrido un síncope que le había sumido en un profundo letargo. El día 23 de julio murió.

Aún caliente su cadáver, los mandatarios de la reina acudieron como buitres carroñeros a las casas y palacios de mi prima con la orden de inventariar todo lo que allí encontrasen y de incautar ciertas piezas de sumo interés para la corona. De ese modo, se reservaban la preferencia de compra en el caso de que sus herederos las vendiesen o las subastasen, como así fue.

A los pocos días se vio a la reina con varias joyas de Cayetana. Y a los dos meses consiguió que los médicos de ésta, que habían heredado el palacio de Buenavista, se lo donasen al ayuntamiento, y fue la propia alcaldía la que se lo entregó directamente a Godoy.

Hubiese sido una manera muy sutil de enmascarar otro de los caprichos de su preferido, y yo no me habría indignado tanto por esta vil maniobra, si no fuese porque hacía poco tiempo Cayetana había confesado el interés de Manuel por comprar aquel palacio.

No satisfecha con aquella venganza hacia una rival que ya no podía defenderse, su majestad también compró a precio irrisorio el palacio de la Moncloa: era como si la reina María Luisa disfrutase tomando posesión de los despojos de la duquesa de Alba que ésta ya nunca más disfrutaría.

Indignada y triste, lamenté que aquel ruiseñor que un día había regalado a mi prima ahora cantase para semejante sorda insensible.

Pero, como aquel pájaro, también cantaba el pueblo. Las gentes, al hacerse eco del expolio a que fueron sometidos los bienes de la duquesa de Alba, no tardaron ni dos días en pergeñar dichos, poemas y tonadillas en los que insultaban al triunvirato.

No había nada de extraño en ello, tampoco era la primera vez, ni sería la última, que España entera se desgañitaba gritando a los cuatro vientos su malestar como ya se hizo en el *Cantar de Mio Cid*, las *Coplas de Mingo Revulgo* contra la virilidad de Enrique IV o los gritos de «A Siloeches lo echas» de los madrileños a Felipe IV implorando el destierro del conde-duque de Olivares en su momento. Todos ellos eran buenos ejemplos de las demostraciones de malestar del pueblo, y la mayor parte consistían en cocidos de guasas a los que los déspotas aludidos apenas dieron importancia sin plantearse siquiera que aquel puchero podría llegar a salpicarles.

Aquella tarde me hallaba asomada a la ventana intentando memorizar algunos de esos dichos cuando me avisaron de la visita de Goya.

Al entrar en mi antesala lo encontré esperándome. Consciente de su sordera,

vocalicé lo más claramente que pude, pues sabía que me leería los labios con facilidad:

—¿Qué se os ofrece, maestro?

Ante mí, allí de pie, en medio de la sala y descubierta, Goya daba vueltas y más vueltas al ala del sombrero que sujetaba en las manos.

—Sólo vengo a deciros que ya dispongo de tiempo para cumplir el encargo del retrato de vuestra hija, la marquesa de Santa Cruz.

No sé por qué, algo me impulsó de pronto a sincerarme, a indagar y querer saber, sin ambages y de su boca, toda la verdad acerca del retrato que supuestamente había pintado a Cayetana. De algún modo, supongo, me sentía en deuda con mi prima. Como si ahora, cuando ella ya estaba muerta y Godoy y la reina habían vencido, poco o nada importase sobre quién lo había encargado, quién lo robó, por qué se pintó o tuviera más que nunca sentido saberlo todo acerca de la *Gitanilla desnuda*.

Sabía que lo más probable era que Godoy fuera el dueño del cuadro, pero algo se retorció en mi interior al imaginarlo recreándose ante la imagen del cuerpo joven y ahora difunto de mi prima. Me dolía, y quizá por eso, o por restituir de algún modo su memoria encarándome con el autor del lienzo, el que la había pintado poderosa, exultante, desnuda, apasionada y valiente, me sentí en la obligación de esclarecer todas las dudas que en torno a la existencia del retrato surgían.

Recordar que ahora Godoy, a través de la incautación ordenada por la reina, podría obtener también la *Venus* de Velázquez —que, como todo lo que perteneció a Cayetana, era presa de su saqueo— hizo que se me soltase la lengua definitivamente y, lo peor de todo, sin arrepentirme de ello:

—Espero que pintéis a mi hija Joaquina un poco más recatada que a vuestras gitanillas —bromeé, tirando el anzuelo.

—Ya no son gitanas, sino majas —me corrigió desafiándome con la mirada, pues, al responderme de esta manera, estaba demostrando que en efecto sabía el nombre de las mujeres retratadas y que eran dos, además de ser él y no otro su pintor.

—¿Desde cuándo, aparte de ascender de rango a esa mujer, la habéis duplicado? —seguí indagando, ahora con la soltura y tranquilidad que su aquiescencia me había otorgado.

—Desde que su actual dueño decidió encargarme una copia casi exacta de la primera —se explayó sonriendo de medio lado.

—¿Y cómo las llamáis para distinguirlas?

—La desnuda y la vestida, pero de esa desnudez ya debéis saber al solicitarme recato para vuestra hija —soltó a bocajarro.

Yo, sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que la conversación se desviase

del tema que más me preocupaba: las ahora llamadas «majas» y la identidad de su dueño, el hombre que había conseguido hacerse con la desnuda y había encargado a Goya posteriormente otra pintura con la misma modelo vestida y destinada, al parecer, a cubrir la primera y ocultarla de miradas ajenas.

—De entre todos los pintores de la corte sólo vos seríais capaz de vestir a una modelo sin tenerla enfrente —comenté, en un supuesto halago que no buscaba otra cosa que confirmar la identidad de la modelo.

—¿Y cómo estáis tan segura de que no conté con ella por segunda vez? —contestó, con un brillo divertido en los ojos, mostrándose ahora vanidoso.

—¿Quizá porque la misma dama que posó desnuda para vos y dio lugar al primer retrato también se lo preguntaba? —Sin nombrar a Cayetana le hice comprender que, al igual que él, yo también procuraba no mencionar determinados nombres, pero no por ello dejaba de tener mis fuentes y mi información, de primera mano, sobre la génesis de aquella pintura tan controvertida.

—Aun sin tenerla frente a mí en carne y hueso —admitió entonces, y me pareció que un velo de tristeza y amargura cubría sus ojos antes arrogantes y zumbones—, siempre podría haberla copiado del retrato original. Pero no me hizo falta porque, como advierto que vos bien sabéis, hasta con los ojos cerrados recuerdo a la perfección el contorno de cada una de las curvas de su cuerpo.

Aproveché que con su frase me había dado pie para seguir sonsacándole información:

—¿Y qué me decís de su rostro?

Sacudiendo la cabeza frunció el ceño, tal vez sorprendido por la cantidad de información supuestamente secreta que yo manejaba o, quizá, frenado por la prudencia, pues no debíamos olvidar que en nuestra conversación no sólo estábamos evitando nombrar a nuestra querida y difunta Cayetana sino, sobre todo, al hombre avaro de su cuerpo y sus posesiones que, abusando de su poder y sin parar en mientes a la hora de matar, acusar y encarcelar inocentes para conseguir aquel retrato, ahora más que nunca tenía si se le antojaba la capacidad de hundirnos a ambos:

—Demasiado he dicho ya... —confesó suavemente, en un tono que, pese a su brusquedad natural, entendí como dulce y hasta cariñoso para conmigo—. Ya sabe su excelencia que prometí no desvelar el secreto, y os agradezco que durante todo este tiempo no hayáis insistido, ya que eso me pondría en un brete.

Acercándome a él un poco más abusé de la confianza que nos unía y con afecto rasqué con mi uña una gota de pintura que se le había quedado pegada al chaleco.

—Don Francisco, debo confesaros que daría cualquier cosa por amainar esta curiosidad que desde hace años me carcome las entrañas. —Al desviar la mirada de su chaleco a sus ojos comprendí que lo estaba apabullando.

—¿De veras su excelencia aún no ha visto los cuadros? —preguntó, levemente incrédulo.

—A veces me sorprende vuestra inocencia, maestro. Godoy, a pesar de que pertenezcamos ambos a la corte y nos relacionemos con sus majestades, nunca ha sido nuestro amigo y, por tanto, nunca me los enseñará.

—Pues si él no os lo muestra, no hay ningún modo de que pueda ser yo el que se meta en camisa de once varas haciéndolo —masculló cabizbajo, admitiendo a regañadientes su impotencia.

—Lo comprendo, y sé que las obras no están en vuestro poder. —Intentaba mostrarme comprensiva, pero, aun así, no pude darme por vencida y le rogué—: Y, sin embargo, y sin comprometeros, no digáis nada pero asentid si veis que estoy en la suposición correcta: vuestra merced me ha reconocido que es el cuerpo y las formas de la misma dama la representada en los dos cuadros, pero, en lo que toca a su rostro, ¿es posible por ventura que la modelo fuera otra y que vuestra merced tomase de dos mujeres lo que más le gustó para unirlo en un solo retrato? ¿O acaso fue una imposición de ese a quien no queremos nombrar y que ahora los posee?

—No me tiréis más de la lengua, señora, que no es eso lo que le he venido a decir —gruñó, levantando todas las barreras que su fuerte carácter solía alzar siempre a su alrededor y, a causa de nuestra confianza, había bajado, tal vez llevado por los recuerdos de Cayetana, durante nuestra conversación. Pero, ahora, era ya otra vez el maestro Goya encerrado en su duro caparazón de artista.

—Ya lo sé —admití rindiéndome.

Acababa de comprender que, posiblemente, le había forzado demasiado y había traspasado un límite impreciso pero real al tirarle demasiado de la lengua. Al fin y al cabo, no podía olvidar que, en buena medida, él se debía a su discreción para proteger a aquellos a quienes retrataba o a quienes le realizaban sus encargos. Como un confesor, su profesión le obligaba a callar quisiera o no los secretos de todos los que contábamos con sus servicios, tanto los impresentables como la reina o Godoy, como nosotros mismos o mi difunta prima Cayetana.

—Os lo agradezco. —Don Francisco pareció relajarse.

—Vuestra merced venía sólo a citar a Joaquina para su retrato. Os ruego que me disculpéis por haberlo olvidado. Os aseguro que preguntaré cuándo y dónde podría posar y luego os mandaré recado.

Dando por finalizado el encuentro, me disponía a regresar a mi gabinete cuando Goya me detuvo:

—Aguardad, por favor. He venido también por otro motivo: quiero advertiros de que pongáis a buen recaudo las estampas de los *Caprichos* que un día me comprasteis

si no queréis que os las requisen. En realidad, deberíais esconder cualquier obra, composición o poema que contengan algo que se pudiera considerar obsceno o amoral.

—¿Quién ha de juzgarlos?

—Aparte del Tribunal de la Santa Inquisición, un tal Sepúlveda, que, aprovechando la herida que han abierto las sátiras de la calle, ha convencido al príncipe de la Paz para prohibir las chirigotas que de éste y los reyes se hacen.

Recordando que aquél fue el mismo que había asegurado ver las majas, me indigné.

—¿Es ese Sepúlveda el despreciable grabador de la Casa de la Moneda?

—El mismo que viste y calza y que quiere frenar a todos los que se sirven del arte para hacer mofas.

—Ese mequetrefe parece haberse hecho muy amigo del otro mequetrefe, usted ya sabe a quién me refiero, ese todavía más grande, el príncipe de los Mequetrefes — dije sin poderme contener.

El maestro Goya, prudente como siempre, no me contestó más que con un asentimiento de cabeza y una mirada cargada de significado.

—Gracias por advertirme, maestro. Mantendré a salvo vuestros *Caprichos* siempre y cuando vuestra merced haga lo mismo con las planchas, pues en realidad son ellas la madre de todos los grabados y las piezas que podrían en verdad comprometeros.

—El rey ya me ha pedido que se las ceda junto a los doscientos veinte juegos de estampas que he tirado —admitió dolorido. Y en un arranque de sinceridad continuó —: Me resistí cuanto pude pero, temiendo por mi integridad, la de mi familia y la de mis bienes, no me ha quedado más remedio que obedecer al que es nuestro monarca. Al ver que faltaban veinte, se me exigió entregar la lista de los compradores y no pude más que hacerlo. Vuestra excelencia la encabeza, y por eso he venido a avisaros.

Sabía que en más de una ocasión lo habían llevado a interrogar por la mordacidad de alguna de sus obras, pero aquello superaba todo límite. Tan pronto Godoy quería terminar con los tribunales de la Santa Inquisición como se servía de ellos para su propio interés.

Desde que Moratín había anunciado tres años atrás la creación de los *Caprichos*, muchos eran los parecidos que habían encontrado entre la realidad y los protagonistas de sus grabados.

Los nombres de Godoy, los reyes, políticos y otros nobles se entrelazaban con otros personajes de rostros desfigurados, desdentados frailes, burros, viejos verdes, cornudos, alcahuetas o diablos. Con ellos se representaba la lascivia, la lujuria, la

envidia, la avaricia y demás vicios que envilecen al hombre, y muchas de las metáforas que encerraban podían aplicarse, en un ejercicio de lucidez y parodia, a algunos de nuestros gobernantes, nobles y otros personajes destacados de nuestra corte y, sobre todo, a actitudes reprobables de nuestra sociedad. En el fondo, pese a que Goya se había esmerado por hacer las leyendas que acompañaban a cada grabado lo más crípticas posible, era cuestión de tiempo que algunos comenzaran a darse por aludidos y pretendieran acallar el mensaje de su obra.

—¿Qué habéis conseguido a cambio de que vuestra obra quede archivada en la Real Calcografía? —pregunté, con la esperanza de que, al menos, su avenimiento se hubiera saldado de algún modo favorable para él.

—Una pensión de por vida para mi hijo Javier. Planea casarse pronto y, aparte de la miserable fortuna que yo pueda o no amasar pintando, sólo quiero ofrecerle un futuro sin demasiadas estrecheces.

—¿Significa eso que prescindiréis para siempre del cobre, la punta metálica, los ácidos y el barniz? ¿Os lo han prohibido acaso?

—Jamás diré de esta agua no beberé.

—Pues es un consuelo saber que, al menos, no tendré que despedirme de ese olor a vinagre, sal de amoníaco y cardenillo que traéis cuando venís de grabar planchas. —Sonreí, sabedora de que ni todos los reyes y tribunales del mundo conseguirían jamás doblegar a ese hombre ni contener su genio creador.

Con ese viso de tristeza que caracteriza al artista, que ahora se veía despojado de una de sus obras sin el reconocimiento merecido, me devolvió una sonrisa amarga pero cariñosa y, sin más y visiblemente aliviado, se despidió.

TODOS CAERÁN

*¡Y que no escarmienten los que van a caer con el ejemplo de los que han caído! Pero no hay remedio: todos caerán.*

Manuscrito del Museo del Prado,  
Capricho n.º 19 de Goya

Aquel día, Madrid ardía en fiestas. El motivo no era otro que la llegada del príncipe de Asturias junto a su esposa y prima, la princesa doña María Antonia de Borbón-Dos Sicilias, recién llegados a España tras celebrar su matrimonio en Nápoles.

Engalanadas de tapices las fachadas de los edificios por donde pasaría en su trayecto el joven matrimonio desde Atocha al Palacio Real, las calles se habían convertido en verdaderos escenarios de teatro.

Aquella vez, como no quería abusar de la generosidad de amigos que en otras ocasiones nos abrieron sus puertas, alquilé dos de las mejores balconadas para no perder detalle. Desde aquella privilegiada posición no me pasaría desapercibido absolutamente nada.

A la espera de que apareciese el cortejo, saludábamos a los conocidos que abajo se apretujaban entre la multitud sin poder evitar cierto aire de supremacía. A más de uno lo habría invitado si no fuese porque ya éramos tantos los apostados en el diminuto voladizo que temí que no pudiera soportar el peso. No habría sido la primera vez que se produjese un derrumbe semejante, y me preocupaba que, debido a la premura del acto, no me hubiera dado tiempo de comprobar su seguridad llenándolo de sacos, como en otras ocasiones había hecho. Reconcomiéndome por no haber sido lo suficientemente precavida ante la simple probabilidad de una calamidad, recordé que la última vez que sucedió semejante incidente habían sido seis los fallecidos en tan absurdo accidente.

Con nosotros paraban aquel día mis tres hijas, mis dos yernos y mi hijo Paquito junto a su prometida, María Francisca de Beaufort y Álvarez de Toledo. Esta última observaba ojiplática cual ingenua niña que se abría a lo desconocido. Esforzándose por chapurrear en nuestro idioma preguntaba sobre los usos, los vestidos, las costumbres y un sinfín de nimiedades que le resultaban extrañas. Tantos detalles quería averiguar que sus comentarios a veces rozaban el absurdo y, sin embargo, me

agradó la inquietud que demostraba porque denotaba una alta inteligencia en la que sería mi futura nuera.

Maripaca, según el nombre español que le quisimos dar a aquella joven de ojos claros, era hija del duque de Beaufort-Spontin, chambelán del emperador del Sacro Imperio romano-germánico, y si se había cerrado el acuerdo de aquel casorio fue principalmente por recomendación de nuestra pariente y abuela de ella, la duquesa del Infantado, la misma que nos había permitido instalarnos en su casa de París. Los brillantes que le mandamos al pedir su mano destellaban ahora sobre la blanca tez del escote y del cuello de la muchacha como luciérnagas que volaran a plena luz del día.

En el balcón contiguo, Manolita, que con ocho años era la pequeña de mis hijas, jugaba feliz con su sobrina arrullándola cual muñeca de trapo y ante la mirada preocupada de su ama. Sólo me faltaba que Pedro, el menor de mis hijos varones, estuviese allí para tener a todos mis polluelos al completo; y es que ese hijo mío, como todo cadete de las Reales Guardias Españolas que se preciara, se había dedicado a picar de flor en flor para acabar finalmente seducido por la más envenenada, pues la susodicha era la hija de un general francés llamado Deroutier. A la vista de que aquella relación nada bueno podría aportar ni a él ni a nuestra familia, decidimos separarle de ella tentándole con un más que atractivo viaje a Italia. El terco enamoradizo solamente accedió con la condición de que su retiro no durase más de tres meses, pero ya me encargaría yo de prolongarlo hasta que otra muchacha le hiciese olvidar aquella espina. ¡Dichosos gabachos! ¡No se conformaban con invadir nuestras tierras, que además pretendían robarnos a buena parte de los nuestros!

Los timbales y clarines sonaron anunciando la llegada de los príncipes y, agradecida por que algo entretuviese mis oscuros pensamientos, a ellos les dediqué toda mi curiosidad. Abajo, un total de seis mil maceros y alguaciles se abrían paso entre la muchedumbre.

—Cuéntame, Pepita, cómo es la princesa. Mucha confianza debes de tener con ella cuando te ha elegido como dama de entre todas las que su suegra pretendió imponerle a su llegada de Nápoles —pregunté a mi primogénita.

—No fue difícil ganármela, te lo aseguro, madre. —Sonrió satisfecha—. Bastó con advertirla acerca de qué tipo de pecados podría contar y cuáles debía callar a su confesor, teniendo siempre en cuenta la sumisión de este fraile para con la reina.

—¿De verdad es tanta su humillación como para que rompa el secreto de confesión?

Arqueando las cejas, mi hija me miró con incredulidad. Asentí comprendiendo lo estúpido de mi pregunta y Pepita prosiguió:

—La princesa es lo bastante avispada como para haberse dado cuenta de casi todo lo que acontece, y te garantizo que por nada del mundo piensa someterse a las

imposiciones de su suegra. Lo ha demostrado al permitir que sólo tres españolas formemos parte de su casa junto a las damas napolitanas que trajo consigo, y es que desconfía de todos. Sé que no somos muchas y que la reina pretendía imponerle más, pero a ella no le importa tener sólo a tres damas españolas, pues considera más importante que seamos pocas pero de confianza que muchas e indiscretas. Para ella es fundamental sentirse a salvo del constante espionaje al que la reina la somete.

—¿Cómo es que su majestad no pensó en una mujer más afín a sus querencias a la hora de elegir esposa para su hijo Fernando? —conjeturé.

—Quizá calculó que por su juventud sería tan dócil como fácil de domar, pero nada está más lejos de la realidad, porque te confieso que, desde que se vieron por primera vez, el aborrecimiento entre las dos señoras ha ido in crescendo.

—Es lógico, dado el odio que se profesan de siempre la madre de la princesa y la reina María Luisa. —Pensativa, me apreté la lazada del cuello—. Sin duda, la reina de las Dos Sicilias ha tenido que aleccionar a su hija pequeña en contra de la que sería su suegra antes de embarcarla rumbo a España.

—¡Pertinaz debió de ser, ya que no es difícil oír a la princesa de Asturias referirse a la reina como la víbora venenosa, la sierpe o la arpía! —dijo sonriendo Pepita—. Claro que... tampoco su majestad se muerde la lengua al tachar a su alteza de poco femenina, menos española y escandalosamente desagradable.

—¿Cómo lleva esta guerra de féminas el príncipe?

—Cuando su mujer se queja del maltrato a que la someten, el señor sólo le pide paciencia y le asegura que todo pasará pronto.

—Deduzco, hija, que entonces hay complicidad entre el matrimonio.

Abanicándose se asomó a la baranda; por el nerviosismo de la muchedumbre, el cortejo debía de estar ya muy cerca. Cuando llegase a nuestra posición, con la algarabía que solía montarse en semejantes situaciones, ya no habría quien hablase.

—Complicidad quizá ahora que ha pasado un tiempo —contestó al fin mi hija—, pero no puedes siquiera imaginar lo que fue al principio. Tenías que haber venido a Barcelona sólo para haber visto la cara de la jovencísima princesa la primera vez que se encontró frente a frente con su prometido. De la impresión, a punto estuvo de resbalar en la plancha del portalón del barco; y es que el príncipe Fernando en nada se parecía al retrato de la miniatura que ella guardaba junto a su pecho desde hacía meses.

Pensando en lo jóvenes que eran los contrayentes y recordando el problema que había surgido años antes en Francia con María Antonieta y el entonces delfín, una pregunta me vino a la mente:

—¿Consumaron ya?

Un viso de picardía le iluminó la mirada:

—Aún estarían en ello si no fuese por el poder de persuasión de nosotras sus damas. Primero tuvimos que convencerla con mil y un ejemplos, que por el respeto que te debo como hija no te repetiré, de que el descomunal tamaño de los atributos del príncipe no la heriría; y después su confesor fue el que machaconamente se encargó de recordarle en la homilía de cada día su consabida obligación para con el débito conyugal y el deber de proporcionar un heredero a la corona. Y, finalmente, el mejor remedio: una almohadilla con un orificio central para evitar el desgarrar. El caso es que unos por otros conseguimos que por fin la princesa superase la repugnancia y se rindiera a lo inevitable. La mañana que la vimos despertar con ese rubor que dejan en la fina piel de una mujer los insaciables besos de un hombre mal afeitado, supimos de nuestro triunfo. Y lo mejor es que, catado el señor, ahora la princesa no piensa en otra cosa que en holgar con él.

—¡Bendita juventud que tan poco necesita para enardecer sus deseos! —suspiré.

—Y no lo sabes bien, madre, porque don Fernando anda tan satisfecho que, aparte de convertir en su amante a la princesa, la ha hecho confidente de todos sus secretos. Y todavía se han unido más al saber que ninguno de los dos soporta a la reina. Cuando se aburren, hijo y nuera matan el tiempo inventando mil insultos para ella.

¿Estaría Escóiquiz, preceptor de don Fernando, aprovechando el odio de los dos jóvenes hacia sus mayores como debía? La conjura parecía reavivarse.

El jolgorio se hizo clamor cuando aparecieron los ocho corceles blancos que tiraban de la carroza conocida como «de la Ensenada». En ella era precisamente donde iban los reyes junto al heredero y su mujer. A su alrededor, doce pajes perfectamente uniformados al mando del coronel de las Reales Guardias de Corps marcaban el paso.

Me bastó un segundo para entrever la expresión del rey entre los cortinajes. Don Carlos, en vez de asomarse a compartir aquel momento de júbilo con el pueblo, prefirió quedarse dentro. Allí estaba, con ese aire de bobalicón, mirando absorto cómo su mujer cumplía con su deber de saludar una y otra vez sin descanso. Supe después que durante las cinco horas que duró el trayecto anduvo tan ensimismada en las ovaciones que le propinaban que ni siquiera se detuvo a escuchar qué era lo que decían. Si hubiese puesto más atención, se habría dado cuenta de que los destinatarios de los halagos no eran ella y su esposo, sino su hijo mayor y su nuera. La reina María Luisa sólo encabezaba los abucheos que, en más de una ocasión, tuvieron que acallar los alguaciles a golpe de mamporro.

La señora se había acostumbrado a mentir tan asiduamente que, para entonces, debía de ser la única que se creía sus propias farsas. Ella, que tanto daba que hablar con sus caprichosas travesuras, quizá había olvidado cómo maquillar su hipocresía

con la amabilidad y el desparpajo de antes.

Detrás de la carroza real y a dos varas de distancia cabalgaban Godoy junto al preceptor, que, siempre a la expectativa, no quitaba ojo al príncipe Fernando. Embozado en sus vestiduras eclesiásticas, Juan Escóiquiz, al contrario que los reyes, aguzaba los cinco sentidos para no perderse detalle de lo que acontecía. Escuchaba y contemplaba con atención a la gente que se apretujaba detrás de los alguaciles y luchaba contra ellos para acariciar durante un segundo el carruaje; y es que, por mucho que fuese el descontento hacia la monarquía, la palabra «república» seguía sonando a revolución, gabachos y guillotinas. La mayoría preferían lo malo conocido sin plantearse que existiera otra opción. Poner al príncipe Fernando en el lugar de su padre era la semilla que teníamos que hacer germinar en sus mentes.

El verano siguiente, el de 1803, fue tan caluroso que decidimos seguir a la corte a La Granja de San Ildefonso. No me apetecía en absoluto, pero Pedro quería que nos acercáramos claramente al príncipe Fernando y de paso enterarse de las intenciones de su preceptor.

El Capricho, con sus laberintos, estanques y parterres, era una minucia comparado con aquel palacio rodeado de jardines versallescios en plena sierra segoviana. Envidié sus fuentes y esas admirables esculturas que, provistas de cientos de surtidores, con su constante salpicar refrescaban el soporífero ambiente. Agradecí además que sus entrecruzados senderos me permitiesen escapar de algún que otro desencuentro con la reina o con Godoy.

Desgraciadamente, y muy a mi pesar, aquellos deliciosos paseos se truncaron en vísperas de San Luis, día en que se celebraban los más hermosos festejos estivales, al caer gravemente enferma de tercianas, unas fiebres intermitentes llamadas así porque acostumbran a reaparecer cada tres días. Al enterarse de que estaba en la cama, la condesa de Chinchón vino corriendo a verme. Fue precisamente la mujer de Godoy la que me aconsejó no morirme el mismo día en que lo había hecho Cayetana si no quería ser la fuente de inspiración de otra perversa coplilla.

¡Cómo podía haberlo olvidado! Se cumplía el primer aniversario de su muerte y sólo María Teresa parecía haberse acordado. ¿Sería mi prima desde allí donde estuviera la que, enojada por mi descuido al olvidar aquel nefasto aniversario, me enviaba esta enfermedad? Algo debió de tener que ver, porque las condenadas terciarias me atizaron tan fuerte que hasta tres veces tuvo que venir el capellán a darme la extremaunción. Si algo recuerdo de mi delirio es que me mataba el cargo de conciencia por haber dejado de lado a la duquesa de Alba. Sólo repetía un dicho entre atroces pesadillas: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». En ellas, aprovechando mi debilidad, decenas de brujas, cabrones y monstruos parecidos a los de las estampas de

Goya me robaban hasta dejarme desnuda sobre un montón de estiércol. ¿Inseguridad? ¿Diana de la envidia ajena? ¿Miedo a la pobreza? Por mil interpretaciones que diera a semejante locura, jamás pude hallar una lógica.

Apenas me recuperé, y aún desmejorada por los estragos de aquel mal, me empeñé en regresar a casa. Pedro se negó por andar demasiado embrollado en los planes de Escóiquiz para don Fernando y en contra de sus padres los reyes.

La princesa de la Paz resultó ser la única que, como yo, quería huir de aquella corte de despropósitos y me ofreció un lugar en su carruaje. Yo sabía que, en realidad, aquella partida suya obedecía, más que a su preocupación por mi salud, a una excusa para quitarse de en medio debido a que no aguantaba ni un minuto más la convivencia con los reyes; pero aun así se lo agradecí.

Pasábamos por Valsaín cuando alguien lanzó una bola a través de la ventanilla de nuestro carruaje con tan buena puntería que fue a parar al regazo de la condesa de Chinchón. Nos detuvimos para que dos de los cuatro hombres que llevábamos de escolta se adentraran entre los pinares y persiguieran al petimetre, pero no lo encontraron.

Tras ponernos en marcha de nuevo deshicimos el nudo de la cuerda que ataba el misterioso paquete: no era más que una piedra envuelta en un papel escrito por dentro. Me tranquilicé al ver a María Teresa desternillarse de risa al leerlo, y no tardó en repetirlo en alta voz.

*Duque por usurpación,  
príncipe de iniquidad,  
general en la maldad,  
almirante en la traición,  
lascivo cual garañón,  
de rameras rodeado,  
con dos mujeres casado,  
en ambición sin igual,  
en la soberbia sin par  
y la ruina del Estado.*

Sin duda era una de las mejores coplillas que le habían dedicado a Godoy.

—Al ver los escudos de la puerta debieron de pensar que aquí viajaba Manuel —supuso María Teresa antes de comenzar a palidecer al tiempo que su risa se extinguía.

—¿Os importan esos insultos?

—¿Cómo no han de importarme? Sólo me río por no llorar. —Se quedó en silencio lo justo para inspirar y resoplar profundamente—. ¿Sabéis, Pepa, que la Tudó ha tenido otra criatura? Pasea por mi casa con el bebé en brazos como si fuese la

misma señora de ella. ¡Y Manuel sigue jadeando por ella como un perro faldero!

Fui incapaz de reconocerle que hacía días que no se hablaba de otra cosa en la corte.

—Ya no puedo aguantarlo más —confesó—. He intentado dejarle sin demasiado ruido. El día que le dije que me marchaba a Toledo con mis hermanos él fue incapaz de contestarme y creí que conseguiría culminar mi propósito. Pero ¿sabéis quién lo hizo por él?

Aunque tenía una vaga idea, preferí negarlo para dejar que se desahogara. Roja de rabia, abrió la bolsita que pendía de su muñeca para sacar una carta arrugada y ponérmela en las manos. Nada más hacerlo miró afuera como si no quisiese volver a releerla. En silencio la desplegué. Al final se leía claramente el nombre de la remitente: «Yo, la reina».

*Querida María Teresa de mi corazón:*

*Ni el rey ni yo aprobamos que viajéis a Toledo, pues no nos parece bien que os vayáis sin vuestro marido (aunque sea con vuestro hermano). No es decoroso ni de mujer decente irse así sola, y dejarnos aquí a nosotros y a vuestra chiquita, nuestra ahijadita, pues tampoco está en edad para ir sola llevando de un lado a otro. Así se lo podéis decir a vuestro marido y a vuestro hermano. Creed que os queremos, y por lo mismo no permitiremos más que lo que os convenga por vuestro decoro y el de vuestro marido, que es a quien debéis vos y vuestros parientes vuestra felicidad, pues sólo a sus ruegos e instancias os veis como os veis. Tenedlo siempre presente si queréis que os continuemos protegiendo y queriendo.*

*Adiós, querida María Teresa, hasta que nos veamos otro día.*

La doblé con mucho cuidado y yo misma la introduje en la bolsa. Para entonces ella ya lloraba como una descosida y no paró hasta cruzar la puerta de la Cuesta de la Vega al entrar en Madrid.

No sólo la reina le dejaba claro a María Teresa en aquella misiva que se debía al príncipe de la Paz, sino que, además, le recordaba que todas las prebendas recibidas por su familia se las debían a él. ¡Qué manera tan sutil de llamarla desagradecida! ¿Podríamos alguna vez dejar de ser fieles a semejante arpía?

Me consolé pensando que todo podía ser en aquel mundo que giraba inusualmente rápido, en una Europa que, entera, estaba en manos de hombres con tanto ímpetu como escasa experiencia. Y lo peor era que pocos habían cumplido los treinta: en Inglaterra, el primer ministro inglés, William Pitt; en Francia, Napoleón Bonaparte; y en España, Manuel Godoy. ¿Por qué no podría entonces reinar antes de

lo previsto el príncipe Fernando?

*Señora: un hombre perseguido por la envidia y aborrecido de los injustos no puede reposar en donde sus tiros puedan herirle.*

Fragmento de una carta de Godoy a la reina

Al llegar a El Capricho nos esperaba una desagradable sorpresa. Era un general francés que, escoltado por varios de sus hombres, venía a recitarme una misiva de orden del embajador Luciano Bonaparte. ¡Franceses y más franceses! Eran como cucarachas surgidas de entre las cloacas.

Michelle, Prévost, el jardinero, y otros tantos sirvientes franceses, al ver a los soldados se escondieron cual pequeños ratoncillos que huían de una águila al acecho. La mera presencia de los franceses había revivido su condición de exiliados por la Revolución.

Hacía días que el general campaba por Madrid fuertemente escoltado. ¿A qué tanta precaución? ¿No les habíamos dejado pasar por España sólo para invadir Portugal? Pues terminada esa guerra, ¿qué hacían que no regresaban a su país?

Finalmente supe que aquel hombre de pelo crespo venía a invitarnos a París para los diversos festejos que a lo largo del próximo año se harían con motivo de la proclamación y posterior coronación de Napoleón como emperador. Al parecer nada menos que el papa Pío VIII iría a ungirle con los santos óleos. Con toda la delicadeza que pude, le pedí que transmitiese nuestras enhorabuenas al emperador y que nos excusara por nuestra ausencia, ya que graves asuntos nos impedirían viajar en los siguientes meses. Ni a Francia, ni a ningún otro lugar.

Al verle alejarse comprendí que aquella extraña invitación, hecha de palabra y carente de toda formalidad, probablemente no fuese más que una argucia para tantear nuestras tendencias. Por lo demás, faltaban todavía muchos, muchos meses para que tales actos tuvieran lugar, ya que finalmente, debido a toda la parafernalia que necesitó, la coronación no tuvo lugar hasta diciembre de 1804, más de un año después de tal invitación. ¡Menos mal que fui convincente en mi respuesta!

Y, con todo, no pude dejar de asombrarme en cuanto me quedé a solas: ¡Napoleón emperador! En un plazo vertiginoso había pasado de ser primer cónsul a cónsul vitalicio, y ahora nada menos que emperador. ¡Se igualaba a los reyes! Aquel hombre, por muy increíble que pareciese, ascendía aún más vertiginosamente que Godoy, y aquello no podía ser bueno.

Nada más regresar Pedro de La Granja le hice partícipe de la desagradable visita que habíamos recibido sin calcular que aquello pudiera llegar a entristecerle tanto. Y es que llovía sobre mojado, y no sólo porque ya nadie recordaba el sacrificio que nos supuso equipar con nuestro dinero a un regimiento entero para que luchase en contra de los mismos gabachos que ahora se paseaban a sus anchas por España entera, ni siquiera porque aquella caballerosa hazaña nos hubiese endeudado durante décadas; además, mi esposo traía ahora una novedad que yo aún desconocía y que echaba por tierra todas nuestras esperanzas: la desgracia nos cercaba sigilosamente, puesto que, de forma inesperada, se habían truncado los planes que recientemente habíamos urdido en La Granja contra el valido y los reyes.

Según me explicó mi amado esposo, lo que sucedió después de mi partida fue que todas nuestras conspiraciones se fueron al traste al ordenar sus majestades el destierro indiscutible de la corte del preceptor del príncipe de Asturias, Escóiquiz, por un período de un año, tres meses y tres días. El motivo en el que se habían escudado para imponerle semejante pena no fue otro que la firme creencia de que, como preceptor, estaba malmetiendo al príncipe con ciertas ideas tan absurdas como poco recomendables. ¿Cuáles? ¿Tendríamos acaso algún espía entre los nuestros que informaba a Godoy y a los reyes de nuestros planes de derrocarlos? Por mucho que los conjurados nos preguntamos entre nosotros y por mucho que Pedro y yo nos interesamos ante los reyes fingiendo fidelidad y un asombro inusitado por la existencia de conspiradores, nunca obtuvimos una respuesta satisfactoria. La sombra de la sospecha estaba sembrada sobre nuestras cabezas.

Lo cierto era que, si su intención había sido cortar de cuajo cualquier intento de sedición, lo habían logrado, porque los conjurados jamás podríamos perseguir nuestros objetivos sin el constante apoyo del maestro que, a la vera de don Fernando, se había ganado su confianza.

Al duque de Osuna todas estas nefastas noticias le afectaron en gran manera. Procuré que se evadiera de los problemas jugando con sus nietos, visitando a nuestras hijas casadas, que parecían haberse propuesto colmarnos de nietos. Y durante unos meses, vivimos así, relativamente en paz, inmersos en nuestros quehaceres cotidianos y en nuestra cada vez más intensa vida familiar como amantes abuelos orgullosos y entregados. Y creo poder asegurar que, pese a todo, pese a la situación política y al desencanto con nuestros reyes, fui feliz.

Sin embargo, poco duró esta paz, pues, tal vez debido a su desilusión, a que los ánimos de los conjurados parecían haberse enfriado o al desagradecimiento de nuestros reyes para con aquellos que tanto les ofrecimos cuando lo necesitaron, mi esposo enfermó. Yo no podía creerlo, estaba convencida de que mi marido se había

restablecido totalmente de la enfermedad que había padecido durante nuestra estancia en Francia, pero el destino es cruel y, tanto tiempo después de haber regresado de París, mi amado esposo volvió a recaer, y fue a hacerlo precisamente el día que enterrábamos a Luigi Boccherini. El maestro había fallecido el 28 de mayo de aquel 1805 y, aunque según sus últimas voluntades le hubiese gustado que lo enterraran en la iglesia de San Francisco de Lucca, su ciudad natal, nos fue imposible cumplir su deseo, ya que no podíamos sufragar los costosos gastos de su viaje postrero a la Toscana, por lo que decidimos darle ocasional sepultura en la iglesia de San Justo, ubicada en la calle del Sacramento.

A la salida de la iglesia, y al son de los violines que tocaban la *Música nocturna de las calles de Madrid* de Boccherini, Pedro sufrió un desvanecimiento. Fue como si, al ascender, el alma de nuestro músico preferido hubiese decidido prenderse de la de su benefactor, porque desde entonces Pedro no levantó cabeza.

Puesto que ningún barbero, sacamuelas o sangrador de los que nos recomendaron para mitigar sus males logró sanarlo, decidí recurrir única y exclusivamente a médicos-cirujanos, aunque, por mucho ímpetu que pusieron en ello, tampoco lo consiguieron. Muy a mi pesar tuve que aceptar la realidad: a mi marido se le escapaba la vida a raudales y sólo me quedaba el consuelo de amarle, acompañarle y cuidarle hasta su cita con la muerte durante el largo año y medio que duraría su enfermedad.

Por las mañanas, con la gaceta en las manos y sentada en un escabel a los pies de su cama, le animaba ocultándole las malas noticias y engrandeciendo las buenas:

—¡Por fin parece que se reciben noticias de la expedición filantrópica del doctor Balmis y sus veintidós huérfanos! Parece ser que en septiembre zarpó del puerto de Acapulco con destino a Filipinas, y de allí pretende ir a China. ¿No es maravilloso que sea precisamente un español el que haya propagado la salvación de la mortal viruela a medio mundo?

—Una idiotez al lado de los susurros independentistas que nos llegan de México —mascullaba frunciendo el ceño.

Sin derrumbarme ante su persistente ofuscación, procuraba alegrarle con la narración de cualquier otra aventura similar, pero para él todas eran minucias comparadas con la intención de los ingleses de arrebatarlos Manila y Filipinas para hacerse con el comercio en Oriente.

Se alteraba tanto por tan poca cosa que no quise informarle de la catástrofe acontecida en Trafalgar aquel 21 de octubre de 1805, pero sabe Dios cómo se enteró... ¡Qué más quería para regodearse en ese pesimismo que yo capeaba hasta el hastío! Está enfermo y amargado, Pepa, y por eso mismo no has de tomarle en cuenta sus desaires, me decía a mí misma una y otra vez para poder seguir soportándolo.

—¿Y dices, Pepa, que todo pasará, que todo es efímero, que hay muy pocas cosas que no tengan solución? —me recriminaba él desde su lecho—. Pues mira lo que resulta de este conformismo: aún no hemos asimilado el desastre de nuestra armada en el cabo de San Vicente y resulta que viene una calamidad mayor a emularlo.

Aunque su malhumorado talante me esquilmbaba, lo cierto era que tenía razón, por lo que no pude contradecirle.

—Por una vez opino igual que tú, querido. De seguir así, ese almirante Nelson terminará por hundir los últimos vestigios de la que un día fue la armada más importante del mundo. Si al menos nuestros aliados franceses nos ayudasen contra ellos...

Mi esposo resopló:

—¿Napoleón ayudando a alguien? —Sujetándose el estómago con una mueca de dolor refunfuñó—: Ese hombre de lo único que sabe es de conquistas y masacres. Sólo puede ser por el miedo a que seamos sometidos por lo que Godoy se empeña en este absurdo hermanamiento. ¡Cobarde! Este dislate que a los gabachos les suena a victoria para nosotros es la debacle.

—Ojalá a Napoleón se le enquite la guerra en la próxima batalla —conjeturé.

—Considerando todos los frentes que tiene abiertos, sería lógico que así fuese, pero ya nada es normal, quién sabe. Ese hombre parece haber hecho un pacto con el diablo para dominar el mundo. ¡Pues que se vaya al infierno y nos deje en paz!

Pedro se mostraba tan vehemente al tratar estos temas que las venas de las sienes se le hinchaban, enrojecía y le faltaba el resuello. Procuré calmarle pasándole una toalla húmeda por la frente.

—Lo peor de todo es comprobar que muchos de nuestros amigos, en vez de preocuparse por los triunfos del ejército invasor, los celebran con ellos —comenté.

Él, comenzando a calmarse, me besó la mano.

—¿Qué fue de tu talento para fijar modas y modismos? ¿Es que ya no quieren las señoras de la corte imitar a la mía? Antes, cuando Cayetana vivía, las tendencias se bifurcaban, pero ahora sólo te tienen a ti como ejemplo para seguir. Sólo has de convencer de su error a las que aún se consideran afrancesadas.

—Te juro, Pedro, que lo he intentado. —Cabizbaja, sentí decepcionarle—. La última vez que probé suerte fue en la reunión de Damas de la Sociedad Económica, pero sentí como si intentara razonar con una tapia. Nuestro ejemplo debería servirles: todas saben que antes de ir a París éramos fieles seguidores de todo lo francés y que, después de haberlo vivido tan de cerca durante más de un año, nos ha defraudado tanto que lo aborrecemos. Pero no me escuchan y tampoco parecen sentirse afectadas por el despotismo con el que nos tratan los gabachos, por lo que siempre tienen una

palabra guardada para excusarlos.

Por fin calmó su mal humor, posiblemente para consolarme a mí del mío:

—Tanto ellas como sus maridos son vetustos botarates que, creyendo que suben al carro de lo moderno, dan la espalda a su reino. Nunca hemos sabido sacar el debido provecho de todo lo bueno que tenemos, y mucho menos se lo hemos sabido mostrar al resto del mundo. ¿Qué esperas entonces? Sólo son interesados que se las prometen gloriosas siendo amigos de nuestros enemigos, ilusos afrancesados incapaces de ver cómo esta mancha gabacha aceita todo lo que a su paso encuentra. ¡Es que no ven más allá de sus narices! Ahora le toca a Nápoles impregnarse de ella, y ya verás cómo acabarán aceptando sin apenas oposición la imposición de José Bonaparte como su rey. Rey ese que es..., perdóname, Pepa, pero son tantos los despreciables adjetivos que me vienen a la mente para describir a este hombre que se me traba la lengua.

Intenté calmarlo:

—Quizá sea porque aquí son muy pocos los que han oído hablar de este hermano de Napoleón.

—¡Si fueran listos, podrían al menos preguntarnos algo sobre él a nosotros, puesto que lo conocimos en París! ¿Es que no se dan cuenta acaso de que no termina en éste la prolífera descendencia de la madre del emperador de los franceses? ¿Cómo es que no ven que, como a José, Napoleón pretende entronizar a todos sus hermanos? No hay que ser demasiado inteligente para imaginar que quizá esté pensando en colocar al mariscal Murat, marido de su hermana Carolina, en nuestra corona.

—¡Qué idiotez! ¡Un francés ocupando nuestro trono!

—¿No fue el caso de Felipe V cuando nos quedamos sin Austrias de los que tirar?

—No es lo mismo, aquél tenía sangre real y, a pesar de ser Borbón, descendía de una Austria.

—Lo mismo que tú pensaban en Italia y fíjate con qué se encuentran hoy. — Pedro me observó con ironía—. Son tantas las victorias de Napoleón en tan poco tiempo que, de seguir así, llegará un día en que no le queden parientes a quienes coronar.

Pasándole otra vez la toalla por la frente pensé que deliraba. No suponía entonces lo cercana que esa locura suya podía estar de nuestro destino.

Otra mañana intenté distraerlo de tanto asunto de Estado sorprendiéndole con el último retrato que Goya acababa de pintar a nuestra hija Joaquina: recostada en un sofá encarnado, vestida con un escotado modelo blanco, tocada con una corona de flores y tocando una original guitarra que, por su forma, parecía una lira que

pretendiera demostrar su equilibrio.

De muy poco sirvió mi intento de animarle. Tirando una almohada en dirección a la pintura, gritó:

—¡Qué obscenidad! ¡Si hasta el ombligo se le insinúa! Nuestro yerno, el marqués de Santa Cruz, debería haber puesto orden en esta concupiscencia antes de verlo terminado. Mándale a él el cuadro, que yo me niego a colgar a nuestra hija en paños menores entre el Van Dick y el Rubens. ¿Es que no ha aprendido el maestro, después de que le decomisaron todas sus estampas de los *Caprichos*, que los desnudos no están bien vistos?

Yo contemplé el óleo largamente y, por más que busqué retazos de indecencia, no pude hallar en él nada más que dulzura en el rostro retratado de Joaquina. Su hermana Manolita, presente y sin comprender aún el permanente mal humor de su padre, fue la única que se atrevió a insinuar lo que los demás no nos atrevíamos a decir:

—Sinceramente, padre, no creo que atente contra el recato.

Pedro le dedicó una mirada cargada de desprecio:

—¿Quién te ha preguntado? —La única hija que nos quedaba en casa se encogió de hombros sin atreverse a contestar—. ¡Pues cállate, que ya decidirás en tu casa cuando te cases!

Con los ojos desbordados de lágrimas, nuestra hija, aún una niña de once años, salió corriendo de la estancia. Manolita seguía siendo demasiado joven como para saber cuándo no era el momento oportuno para hacer una crítica.

Él, que siempre había sido optimista ante cualquier desgracia, antes tan mesurado y bienhumorado, había perdido ahora definitivamente esa sana cualidad por culpa de su enfermedad. En los últimos cuatro años parecía haber envejecido quince, y los achaques de su cuerpo en declive le estaban convirtiendo en un solitario cascarrabias que apenas quería ya salir de casa.

Era una preciosa mañana de mayo, poco faltaba ya para despedir a la primavera en El Capricho. Aprovechaba yo que los lilos estaban cuajados de flores para supervisar los ramos que Prévost cortaba cuando, al oír un extraño sonido a lo lejos, le rogué silencio. Allá, en la distancia, se oían una, dos... Todos los campanarios de las aldeas cercanas tañían a difunto, y eso sólo podía significar que un miembro de la Casa Real había fallecido.

Apenas tuvo tiempo la curiosidad de picarme cuando Michelle llegó jadeando: la joven princesa de Asturias había muerto en Aranjuez de una tuberculosis a los veintidós años de edad, y lo más extraño era que la misma mañana del día de su muerte, aquel 21 de mayo de 1806, el boticario de la princesa había aparecido

colgado en su casa.

Desde el asesinato de su prometido, Michelle veía delitos en todas partes. Normalmente sólo eran fruto de su imaginación, pero aquella vez bien podría ser cierto que oscuras maniobras se ocultaban tras esas muertes: ¿podría la reina haber ordenado el velado asesinato de su nuera? Capaz era de aquello y de mucho más, sobre todo desde que, en tiempos recientes, la tirria que se tenían nuera y suegra se hubiera exacerbado, fundamentalmente a raíz de que su majestad se mofara tan cruelmente del segundo aborto de la princesa, acaecido el año anterior. En público y a carcajadas contaba que no había derramado en el mal parto más sangre que la que cabía en un dedal, que el feto era tan pequeño como un grano de anís seco, que el cordón umbilical se veía como hilacha de limón y que, para más chasco, el rey tuvo que ponerse los anteojos para verlo. Cualquiera diría que incluso se alegraba de que el príncipe de Asturias aún no tuviese descendencia.

Lo más preocupante era que ahora el príncipe Fernando, viudo y sin Escóiquiz, que continuaba desterrado, quedaría a merced del pernicioso influjo de su madre, algo que a más de uno quitaría el sueño, y más todavía desde el otorgamiento que los reyes habían realizado para darle a Godoy el mismo tratamiento que a su primogénito. ¿Habría renunciado el Choricero, ahora convertido en alteza serenísima, al reinado de los Algarves para soñar con el de España?

Fue primero Pedro quien pensó en Murat coronado, pero ahora era yo quien sentía la amenaza en Godoy.

¿Por qué veíamos testas coronadas en todas partes y ninguna era la del rey actual? ¿Sería por la endeble personalidad que demostraba tener don Carlos? ¿Por su apatía o su falta de sacrificio para con España? El patético monarca ya rezumaba tanta debilidad por sus cuatro costados que hasta el pueblo llano, a pesar de no tratarle muy de cerca, lo percibía.

Cuando a las pocas horas el silencio prevaleció sobre todo tipo de insinuaciones acerca de la verdadera causa de la muerte de la princesa de Asturias, pensé que, habiéndose suicidado el único hombre que hubiese podido desmentir que se trataba de un asesinato, como en tantas otras ocasiones tampoco llegaríamos a saber la verdad. Quizá aquel médico tampoco se había quitado la vida solo. Lamenté que no hubiese sido la misma reina la difunta.

Antes de darle cristiana sepultura en el panteón de El Escorial, decidieron exponer el cadáver de la joven princesa en el Palacio Real de Madrid para que todo el que quisiese despedirse de ella acudiese a hacerlo. A punto estaba de salir de casa por ese motivo cuando el cirujano me detuvo. Pedro sufría otra de sus recaídas y esta vez parecía seria.

Aunque me hubiera gustado acudir a los sepelios reales, no lo dudé: lo más importante era siempre mi familia. Despojándome de capa y tocado corrí a sus aposentos, donde hallé a Pedro lo bastante consciente como para recibirme malhumorado por mi tardanza, y es que aquél sólo resultó ser uno de los múltiples sustos, esos que siempre sirven para sobresaltar a la familia y prepararla para lo inevitable.

La agonía de mi amado esposo fue larga. Tardaría otros eternos siete meses en despedirse definitivamente. Fue un tiempo en que en más de una ocasión me enojé con Dios por no disponer de su alma y dar fin a sus sufrimientos. El momento más duro fue cuando los médicos y cirujanos me prohibieron terminantemente compartir lecho a su lado y tuve que conformarme con descansar en un jergón a los pies de su cama.

Los dos sabíamos que no nos quedaban muchos amaneceres juntos y, cuando el día de los Reyes Magos de 1807 Pedro cambió ese ceño permanentemente fruncido por una cariñosa sonrisa, supe que era su regalo de despedida.

Nos dejó el mismo día que mi propia madre había elegido para hacerlo diez años atrás, y el mismo también en que toda la familia unida habíamos regresado de París. Quiso así la casualidad que el 7 de enero se convirtiese en una de las fechas más señaladas de mi vida.

Expuse el cadáver de mi llorado Pedro en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad del convento de Nuestra Señora de la Victoria, y fueron precisamente los oficiales de las Reales Guardias Españolas, que habían estado a su mando, los que se empeñaron en llevar a hombros su ataúd hasta la iglesia de San Isidro, donde le enterré junto a todos nuestros niños.

A la salida del sepelio, María Teresa, junto con mis hijos y nietos, quiso acompañarme hasta nuestra casa de la Cuesta de la Vega. La condesa de Chinchón ardía en deseos de contarme algo que no debía de tener nada que ver con nuestro luto y por delicadeza se callaba, pero yo se lo noté y le puse las cosas fáciles:

—Ponedme al día, que después de haber estado tanto tiempo entregada en cuerpo y alma a los cuidados de Pedro necesito brisas de esperanza.

Me lo agradeció con su dulce expresión de frustración siempre contenida.

—¿Empiezo por la buena? —preguntó.

—Mejor empezad por la mala, que así después me será más fácil olvidar su amargor.

Antes de empezar a hablar ya estaba indignada:

—Manuel ha pedido a los reyes un título para la Tudó y, como son incapaces de

negarle nada, le han concedido dos, uno para cada uno de sus bastardos. Imaginad, ¡ahora tengo que compartir casa y comida con la condesa de Castilofiel y vizcondesa de Rocafuerte!

No pude evitar sonreír.

—La elección de los nombres tiene guasa —comenté.

—¡Como no se conforman con herirme, ahora me insultan! Va a resultar que la fiel y fuerte es esa meretriz del tres al cuarto y no yo, que llevo años soportando que ambos me humillen.

Comprobé, no sin cierto resquemor, que María Teresa seguía igual: el tiempo pasaba y ella parecía regodearse en su dolor. ¿Por qué no los ignoraba a todos tal y como yo le había aconsejado después de que la reina le prohibió separarse de su marido? No, ella seguía enredada en las viejas rencillas de siempre y no había manera de que le resbalasen. Al oírme suspirar con desesperación comprendió que tenía que cambiar de tema.

—Al menos me queda el consuelo de que Manuel haya pensado en casar a mi hermana con el príncipe Fernando, ahora viudo. Dicen que la reina la prefiere a ella antes que tener que enfrentarse a otra extranjera. ¿Os imagináis? Con ella en palacio mi vida se hará mucho más llevadera, y además contaremos con una nueva aliada para la causa.

¡La causa! Se refería sin duda al derrocamiento de los reyes y Godoy en pro del príncipe Fernando, lo cual no dejaba de sonar extraño en boca de la mujer del príncipe de la Paz. Lo que ella no alcanzaba a entender era que su hermana no estaba ni mucho menos preparada para fraguar a solas una conjura de semejante calado. De pronto, una pregunta me vino a la mente:

—¿Ha cumplido Escóiquiz ya con su condena de destierro?

Ella asintió.

—Como todos ansiábamos, ya está de nuevo en palacio junto al príncipe.

Al saberlo me sentí mucho más tranquila. De nuevo Fernando estaba bien asesorado. Por fin la crispación de algunos, como mi propio yerno, el marqués de Santa Cruz, o de mi pariente, el duque del Infantado, podría soltar las riendas del bocado que durante todo el año pasado habían tenido trincadas. Recordando el estrepitoso fracaso de la conjura que años antes Malaspina tramó contra los reyes, anhelé su triunfo.

*Todo es mandarnos callar,  
que nadie el bien dificulte,  
aunque el francés nos insulte  
y nos quiera atropellar.  
¿Este bien el pueblo entiende?  
¡Aquí hay duende!*

Cantares del momento

***Noviembre de 1807***

Andaba poniendo en hora mi reloj preferido cuando oí llegar al galope una berlina, a alguien que subía de dos en dos la escalera, la puerta que se abría y, por fin, a mi hija Joaquina, que, habiendo entrado sin llamar, se abalanzó en mis brazos hecha un mar de lágrimas.

El zaguanete la anunció con cierto retraso:

—¡La excelentísima señora marquesa de Santa Cruz!

Como sobraban los protocolos, le hice una seña para que cerrase y nos dejase a solas. Entre hipido e hipido, y sin poder articular palabra, sacó del bolsito la copia de una carta arrugada.

Leí despacio.

*San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807*

*Señor: Papá mío:*

*He delinquido, he faltado a vuestra majestad como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco a vuestra majestad la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de vuestra majestad; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a vuestra majestad me perdone por haberle mentado la otra noche, permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo.*

*FERNANDO*

Mi expresión de espanto le hizo tenderme una segunda.

*San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807*

*Señora: Mamá mía:*

*Estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad, le pido a vuestra majestad se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo.*

FERNANDO

Arrugando las dos notas en el puño, apreté las mandíbulas hasta crujir las muelas.

—¿Nos ha traicionado a todos?

—A mi señor marido, a nuestro primo el duque del Infantado, a Escóiquiz, a Orgaz, al marqués de Ayerbe... —Cerrando muy fuerte los párpados, balbuceó—: No ha quedado títere con cabeza. La guardia ha estado toda la noche recorriendo las casas de nuestros amigos para despertar a sus inquilinos y llevárselos maniatados.

No quise pronunciar la palabra «traición» para no alterarla más.

—¿De qué los acusan?

Después de beber un trago de agua y recobrar el aliento, se explicó:

—Hace dos noches que en el gabinete del rey apareció un anónimo que alertó a sus majestades de la conjura que el príncipe de Asturias lideraba en contra de ellos, sus padres. En él se aseguraba que don Fernando pretendía hacerse con la corona y que, para ello, estaba decidido incluso a envenenar a su madre si fuese necesario.

Limpiándole una lágrima de la mejilla con mi puñeta, bromeé intentando quitarle hierro a la desgracia:

—Es algo que no se me había pasado por la cabeza, pero mira por dónde no es tan descabellado.

—¡Madre! —Enfadada, me dio un manotazo—. No es tiempo de bromas.

Gesticulando, hice como si me cosiera la boca para dejar que se desahogara y ella continuó:

—Al leerlo, el rey ordenó que se registrasen los aposentos de su hijo Fernando. Fue precisamente allí donde encontraron decenas de cartas que incriminaban a los nuestros y que el incauto no había quemado. No se esperó más: se prendió al príncipe y se ordenó la inmediata detención de todos los demás. De haber vivido padre, es seguro que él también estaría en la lista.

»Esas que te muestro son las copias de la petición de perdón que el príncipe escribió a sus padres. Al parecer se lo han concedido, pero... ¿qué pasará ahora con mi señor marido? ¿Qué va a ser de nosotros?

Mis pensamientos esbozaron los rasgos del rostro del responsable de la traición:

—Sólo hay un hombre que ha podido urdir todo esto...

No me hizo falta pronunciar su nombre para que Joaquina supiera a quién me refería.

—No, madre —respondió rauda—, Godoy está aquí, en Madrid, aquejado de reuma y fiebres.

—Qué ingenua eres si piensas que necesita de su propia mano para ejecutar los delitos que pergeña —rebatí—. No, mi niña. Ese mequetrefe es demasiado inteligente como para dejarse ver en el lugar de los hechos. Como todo lo que hace, seguramente lo premeditó con sumo cuidado, tanto como para no verse involucrado directamente. Pero ahora no sigas alterándote, descansa y déjalo todo en mis manos.

Y, tumbándola en mi propia cama, la tapé y la dejé dormir.

Poco a poco fui sabiendo de las condenas de todos nuestros parientes y amigos. Por una vez nos vino bien la desidia del rey, ya que no fueron tan duras como temimos al principio, cuando los encarcelaron e incomunicaron como a vulgares presos de estado.

Escóiquiz e Infantado, como los máximos responsables de aquella conjura, fueron desterrados. El primero, al ser hombre de iglesia, optó por enclaustrarse en un convento, mientras que el segundo prefirió retirarse a sus tierras de Granada por estar más alejadas de la corte que las de Guadalajara. Los cincuenta mil reales que había entregado a la causa le salieron mucho más caros de lo que nunca hubiese pensado. Para alegría de Joaquina, a mi yerno y a otros tantos no tan directamente implicados los devolvieron a casa con una simple reprimenda.

La verdad es que aquello, por grave que nos pareciese a los más encumbrados, no estaba en el primer orden de preocupaciones de la mayoría. Por Michelle sabía que en las calles las desconfianzas apuntaban a otro tipo de miedos, ya que mientras padre e hijo reñían, más y más tropas francesas entraban por Bidasoa con la excusa de tomar posiciones en Portugal.

Los soldados franceses se iban diseminando pacíficamente por toda España y ya se cuantificaban en más de cien mil hombres los que, en vez de asentarse en el país vecino, paraban en España. San Sebastián, Pamplona, Figueras y Barcelona sufrían en silencio su desmesurado acoso. ¿Hasta dónde pensaban llegar para luego volver a Portugal?

Sabíamos que la familia real portuguesa, cual cobarde capitán de un barco a punto de un naufragio, había optado por abandonar la nave para marcharse a Brasil. Pero lo peor vino el día en que corrió el rumor de que nuestras majestades, imitando a sus vecinos y por consejo de Godoy, también habían decidido viajar a Cádiz para embarcarse rumbo a México. La excusa que ponían para negar la realidad era la de visitar Nueva España y así, con su presencia, calmar los susurros de independencia.

¡Ahora resultaba que don Carlos y María Luisa iban a ser los primeros reyes de la historia que pisaran América! Nadie, ni el más zoquete de sus súbditos, los creyó. Por mucho que intentaran disimularlo, había gato encerrado.

Mientras nosotros nadábamos en la más pesarosa incertidumbre, los generales de Napoleón iban tomando posiciones: el general Dupont se asentaba al sur de Toledo, Moncey cerca de Cuenca y Murat al pie de Guadarrama.

¿Qué tipo de estrategia seguían? Nadie lo sabía a ciencia cierta, pero lo único claro era que no tenían ninguna prisa por llegar a la recientemente conquistada Portugal. Simplemente parecían estar aguardando órdenes. Pero ¿cuáles?

Presos de la ignorancia más absoluta, apenas podíamos apaciguar nuestros temores a la espera de un seguro sobresalto, y es que atados de pies y manos, aparte de leer los aplacadores pasquines que empapelaban las fachadas de todo Madrid, no podíamos evitar oír a los voceros que incansables repetían el mensaje del rey para los analfabetos. Fueron tantas las veces que lo escuché que aún lo retengo en la memoria:

*Amados vasallos:*

*Vuestra noble agitación en estas circunstancias me asegura que son nobles los sentimientos de vuestros corazones, y yo como vuestro padre tierno que os amo me apresuro a consolaros y tranquilizaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos y sabed que el ejército de mi caro aliado, el emperador de los franceses, sólo atraviesa mi reino con ideas de paz y amistad.*

Eran palabras huecas todas ellas y sólo las creyeron los más pasmados.

Dos días antes de San José, al pasar con mi carruaje por las calles de los barrios de Lavapiés y Maravillas, las encontré inusualmente desiertas; tan sólo las puertas de sus tabernas permanecían abiertas de par en par, incapaces de albergar a todas las gentes que en ellas se agolpaban.

Tentada estuve de bajarme yo misma de la berlina para ir a indagar, pero bastó un gesto de reprobación del hombre de guardia que me acompañaba sentado en el pescante para retener mi impulso. Consumida por la curiosidad, nada más llegar a casa recurrí a la mujer en quien más confiaba para que fuese ella la que averiguase qué se cocía.

Michelle no tardó en regresar para informarme de que todos los humildes miembros de aquel cónclave se habían puesto en marcha rumbo a Aranjuez; los había visto salir pertrechados hasta los dientes de machetes, guadañas, palos y todo tipo de modestos armamentos con la firme disposición de linchar al príncipe de la Paz.

Al parecer, la chispa de la sedición en contra de éste saltó en cuanto un montero real propagó la noticia de que había propuesto al rey aquel largo viaje a las colonias para dejar a su primogénito como su lugarteniente para que expulsara a los ocupantes. ¿Apoderado el príncipe Fernando con el odio que se profesaban ambos? Aquello no parecía congruente.

Desde el principio me sentí de lo más identificada con aquel movimiento popular y revolucionario. Por mí, aquella muchedumbre enloquecida podía hacer lo que se le antojase con Godoy, y si de paso se llevaban a la Tudó por delante, mejor que mejor. Pero una idea me asaltó repentinamente: ¿qué sería de María Teresa? Aquella infeliz no se merecía en absoluto lo que se le venía encima. ¡Tenía que alertar como fuese a la condesa de Chinchón antes de que el populacho y los nobles que lo dirigían y alentaban alcanzasen su vivienda!

Rápidamente, llegué a la conclusión de que, si iba en carruaje, éste no me permitiría tomar caminos secundarios que esquivasen al gentío, por lo que sólo quedaba una solución: a toda prisa me vestí de amazona para salir a galope hacia el real sitio acompañada por dos de mis mejores guardianes.

A la caída del sol sorteamos varias hileras de antorchas que ardían no sólo en el camino principal sino también en los alrededores. Se trataba de hombres y mujeres de las aldeas adyacentes que, al conocer la noticia, se unían al grueso de la insurrección sin dudar ni preguntar más. A galope tendido los adelantamos, y sólo nos detuvimos una vez en una parada de postas para cambiar de caballos.

A pesar de la premura, para cuando divisé la puerta del real sitio ya lo tenía todo pensado: para poder llegar hasta María Teresa sin que nadie me viese debía tomar el único acceso secreto que había en su casa. Por primera vez me vendría bien que mi difunta madre se hubiese empeñado en envejecer como dama de la reina María Luisa, ya que aún tenía en mi poder las llaves de la casa que mi madre tenía asignada en caballerizas. Además, recordaba perfectamente que una vez me había contado la forma de acceder desde allí al palacio de Godoy, que, por un extraño capricho del destino, precisamente lindaba con las caballerizas. Si no recordaba mal, por las buhardillas había una puerta escondida que conectaba ambos edificios.

Sigilosamente, entramos al paso en las cuadras. Sin desensillar los caballos, por si acaso tuviésemos que salir despavoridos, los prendimos frente a los comederos y entramos por la puerta de servicio abriéndonos paso entre las telarañas. Allí, en las mismas cocinas y con una sola vela encendida en una palmatoria, me adcenté frente a un sucio espejo, no fuese por mala suerte a toparme con Godoy y éste, ignorante todavía de lo que se avecinaba, al verme llegar exhausta y desencajada sospechase algo.

Por su marcha, la muchedumbre debía de estar ya muy cerca, así que no podía

perder más tiempo. Corrí escalera arriba hacia los desvanes, quité el postigo que aseguraba la puerta rezando para que no hubiese otro similar al otro lado y, después de rogar a mis acompañantes que me esperaran allí, empujé sin pensarlo más. Aquella puerta, cerrada desde hacía décadas, se abrió de par en par y, sin dudar, comencé a avanzar por el desván. Los latidos de mi corazón se desbocaban con cada crujido de la tarima bajo mis pies. Cuando llegué al pie de la escalera que unía el desván con las dependencias de la planta inferior, y para evitar el sonido de un mal paso, opté por deslizarme barandilla abajo hasta el piso en donde sabía que se encontraban los aposentos de María Teresa. Cuanto más rápida fuese menos expuesta estaría, y puedo decir que lo conseguí, porque de haber sido descubierta no habría podido inventar ninguna excusa creíble para mi lamentable actuación. La condesa de Chinchón, al verme irrumpir tan inesperadamente en sus habitaciones, fue incapaz de contener su asombro.

—¡Pepa! ¿Qué hacéis aquí?, ¿cómo habéis entrado sin que nadie os anuncie? ¿Os ha visto Manuel? ¿Es que acaso habéis olvidado su prohibición de que nos veamos y os habéis atrevido a enfrentarnos con él viniendo aquí?

Antes de que tuviera tiempo a responderle distinguí una sombra que, en la estancia adyacente, cruzó por delante del vano de la puerta entreabierta que las unía. Y, para que no advirtiera mi presencia, opté por tapar la boca de mi amiga e indicarle con un gesto de mi rostro que guardara silencio. Sólo de pensar que pudiera tratarse del mismo Godoy me sentí desfallecer y, sin embargo, estaba totalmente dispuesta a seguir adelante con mi plan y advertir a María Teresa del otro peligro, mucho mayor que el de su propio esposo, que se avecinaba. La asustada mirada de María Teresa se clavaba en la mía sin comprender nada. Gracias a Dios, Godoy, pues en efecto se trataba de él, estaba distraído en el cuarto de al lado charlando animadamente con otra mujer a quien no conseguí ver por estar fuera del ángulo que podía dominar. Bien podría haber sido la Tudó, si no fuese porque había salido de viaje junto a sus hijos esa misma mañana. Tomando de la mano a mi amiga, la guié a una estancia más alejada para susurrarle:

—Sólo he venido a avisaros de que salgáis corriendo de esta casa: una horda enardecida viene a por vuestro marido y nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que pretenden hacer con él.

Aquellos incrédulos ojos azules me observaron con atención.

—No me lo creo, Pepa. Llevo tantos años soñando su dolor, su derrota, incluso su tortuosa muerte, que ya no soy ni siquiera capaz de imaginármela.

Reprimiendo un gesto de impaciencia, la insté:

—¡Ni falta que hace, porque si os quedáis seréis testigo de ella dentro de un santiamén! Vamos, coged a vuestra hija y salid de aquí lo más rápido que podáis,

podemos huir a través de una puerta secreta que hay en el desván y que une esta casa con la contigua, ahora vacía.

Al oír los pasos de alguien que se acercaba, me escondí.

—¿Quiere algo más su alteza antes de que acueste a Carlota? —preguntó el ama de la niña.

—Nada, gracias —respondió María Teresa.

Esperé y, cuando los pasos se hubieron alejado, salí de mi escondrijo para preguntarle:

—¿Cómo que nada?

María Teresa sonrió y comenzó a explicarse con una parsimonia exasperante:

—Si lo que decís es cierto, por nada del mundo me perdería ese espectáculo.

¡Tanto era el odio que le tenía que no le importaba morir en aquel lance mientras pudiera regodearse de la desgracia de su esposo! Iba a comenzar a hablar recriminándole su falta de responsabilidad para con su hija, pues al quedarse ella en aquella casa renunciaba a alejar a Carlota de los disturbios, cuando escuché que la voz de Manuel se acercaba y me precipité a la salida.

—Advertida quedáis —dije antes de irme.

María Teresa asintió sonriente y con la mano me dijo adiós. Ésa fue la última visión que tuve de ella aquella noche, antes de alejarme precipitadamente por el pasillo en pos de la escalera que me llevaría al desván. Mientras no dejaba de darle vueltas en mi mente a la locura de mi amiga, pues sólo así podía explicarme su actitud y su despreocupación como madre, alcancé de nuevo la buhardilla y, rauda, crucé la puerta secreta. Al otro lado me aguardaban mis hombres, que me conminaron a asegurar nuestra huida cerrando dicha puerta desde nuestro lado con el travesaño de hierro. No quise hacerlo, bien pudiera ser que en el último momento María Teresa cambiara de opinión y utilizara la vía de escape que yo le había indicado. Si cerraba la puerta, tal vez estaría condenándolas tanto a ella como a su hija, y no quería por nada del mundo tener ese peso en mi conciencia.

Mis acompañantes insistían: asegurar ese travesaño era un modo de garantizar nuestra huida sin posibles persecuciones. Finalmente, cedí al recordar que, tan sólo unos minutos antes, la propia María Teresa había rechazado mi ofrecimiento de ayuda y, en el momento de nuestra despedida, no parecía dispuesta a cambiar de idea. De modo que pasé el pestillo, cruzamos a la carrera la casa, llegamos en un suspiro a las cuadras, recuperamos nuestras monturas y, menos de un minuto después, ya estábamos atravesando al galope la verja del jardín que daba a la calle del Reino. En la distancia ya se divisaban las primeras antorchas que iluminaban el paso de aquella lúgubre procesión de silenciosas almas que venían dispuestas a terminar con el

valido. Sigilosamente iban surgiendo de entre las sombras, las callejas y las alcantarillas para seguir a quien les marcaba el paso y la dirección exacta. Por mucho que fuese disfrazado, no me costó reconocer al joven conde de Montijo. Examiné a todos los que le seguían y concluí que muy probablemente él podría ser el único capaz de encontrar a Godoy sin equivocarse. Le saludé con una leve inclinación de cabeza a la cual respondió de igual modo, con sus ojos brillantes de pasión y expectación. Yo, tirando de la rienda derecha, me aparté para dejarle pasar.

Ante mí pasó buena parte de la muchedumbre; nadie hizo ademán de detenerme, de interrogarme, ni siquiera de dirigirse a mí. Comparando aquella noche con la Revolución francesa, en que detuvieron a reyes y nobles, me resultó extraño que reprimieran su impulso y mantuvieran la cabeza gacha cuando desfilaron ante mi caballo. Probablemente, el saludo del conde había sido como una especie de salvoconducto que me mantenía ante ellos totalmente al margen, intacta y libre de toda sospecha en aquella hora incierta en la que el motín se avecinaba.

Saqué el reloj de cadenilla del bolsillo de mi chaleco y comprobé la hora, ya que, si todo salía como esperábamos, ésta quedaría registrada en los anales de la historia: eran las diez en punto de la noche. Mis acompañantes me urgían para que nos fuéramos de allí, pero yo no estaba dispuesta a dejarme convencer. De pronto había comprendido los motivos de María Teresa y supe que yo también, después de tanto tiempo soportándole, deseaba por encima de todo presenciar la caída de Godoy — aunque en mi caso desde una distancia mucho más prudente que la que se había impuesto la propia condesa de Chinchón—. Pasado un cuarto de hora, fui testigo presencial de cómo arrojaban decenas de muebles y otros enseres por las balconadas para alimentar la gran fogata que junto a la puerta había encendido la turbamulta. ¡Botarates ignorantes! ¿Es que no les bastaba con prender al Choricero? ¡Qué culpa tenían aquellas obras de arte de su mal proceder!

Presas de la indignación e incapaz de detener semejante sacrilegio por miedo a que me lincharan, deseé fervientemente que la gitanilla del maestro Goya no fuese pasto de aquel fuego.

Las llamaradas ya llegaban al primer piso cuando parte de los amotinados salieron de la casa escoltando a María Teresa y a su hija Carlota, quien, en brazos del ama, tomaron el sendero que conducía al Palacio Real. Suspiré aliviada al comprobar que el populacho las respetaba a ambas y las ponía a salvo, algo que María Teresa aceptaba pese a su deseo de ver vilipendiado a su marido.

¿Por qué Godoy no iba con ellas?, pensé entonces. Si es que se había escondido el muy ladino, ¿por qué ella no lo delataba? Concluí que con toda probabilidad lo hubiese hecho si no fuese porque ya debía de estar muerto. Seguro que los enardecidos, al topar con él, lo habían acuchillado.

Incapaz de mantenerme a un lado por más tiempo y convencida de que, dentro de aquel aparente caos, se mantenía un cierto orden y existía una autoridad que me permitiría mantenerme a salvo de confusiones y atropellos, salí a preguntarle al conde de Montijo. Eugenio de Palafox y Portocarrero, al oír cómo le llamaba por su nombre de pila, frenó en seco su frenético transitar para chistarme:

—Debéis de confundirme con otro, señora, porque no me llamo Eugenio sino Pedro.

Comprendí que para ganarse la confianza de su particular ejército debía de haberse rebautizado como Pedro para ocultar su verdadera identidad. Reparé entonces en que algunos integrantes del gentío, en efecto, se dirigían a él llamándole «tío Pedro», y su nombre se repetía de boca en boca entre el populacho que, exacerbado como andaba, no prestó atención a nuestra conversación. Le seguí el juego.

—Tío Pedro, ¿cómo es que el Choricero no acompaña a su mujer? ¿Acaso lo matasteis vos mismo?

—No le hemos encontrado —me aclaró enfadado—. Ni rastro de ese cobarde.

—Pues buscadlo con más ahínco porque tiene que estar ahí. Hace nada que lo he visto dentro —le revelé, sabedora de que no me delataría ni haría preguntas comprometidas— y os aseguro que no ha salido.

El conde de Montijo llamó rápidamente a uno de sus hombres y le transmitió la orden de que otros custodiasen a María Teresa y a su niña, pues él y algunos más debían regresar sobre sus pasos y acompañarle de nuevo al interior de la mansión. La tentación de unirme a aquel grupo para comprobar personalmente si podría ser verdad que Godoy se hubiese esfumado me impulsó a seguirle y, como sea que nadie me lo impidió, con las espaldas bien protegidas por mis dos escoltas me interné en la casa tras los sublevados. Cada crujir de nuestros pasos sobre los cristales rotos fue amedrentándome un poco más. ¿Cómo podía alguien masacrar en apenas un instante lo que hacía media hora estaba impoluto? Cortinas hechas jirones que pendían de sus barras, tapices arrancados de cuajo de sus argollas y multitud de muebles hechos astillas me distrajeron de nuestro principal propósito. Entonces recordé que Sepúlveda había asegurado ver el desnudo de Goya en el gabinete de Godoy. Quizá fuese en el que tenía en aquella casa de Aranjuez, y yo no iba a irme de allí hasta averiguarlo.

La repentina alegría de unos cuantos al dar con la vitrina de las cruces, los collares, las veneras y demás distintivos pertenecientes a Godoy me permitió alejarme discretamente del grueso. Montijo, alzando el Toisón de Oro en un puño, gritó:

—¡Quitarle esto es como despojarle de todos sus honores! Pero... ¿no querréis entregarle al rey sólo estas condecoraciones mal merecidas? ¡Buscadle, que me

consta que de aquí no ha salido!

Arrebatados por aquellas palabras, los hombres continuaron destrozando a diestro y siniestro todas las cosas que podían servir de escondite a Godoy. Entre todo aquel desbarajuste pude pasear por la casa sin curiosos que siguiesen mis pasos. Deseaba más que nada encontrar su gabinete para ver por fin aquella gitanilla desnuda, pero por mucho que indagué no encontré ninguna estancia parecida a la que buscaba, quizá porque en Aranjuez él sólo debía de despachar en palacio. Al cabo de una hora de infructuosa búsqueda opté por marcharme, para enorme alivio de mis acompañantes.

Dado que allí ya no quedaba títere con cabeza, cabía la probabilidad de que pudiese llegar a su casa de Madrid antes de que ésta fuese igualmente desvalijada. La posibilidad de averiguar por fin quién podría ser la impúdica dama del retrato de Goya me hizo perder por completo el interés por dónde podía estar escondido Godoy. Como aquello no dependía de mí, opté por regresar a la villa y corte lo antes posible. Desgraciadamente, las noticias corrieron más que la pólvora incendiada y, como era de esperar, llegué tarde. El palacio de Buenavista, que una vez fue la casa de mi prima Cayetana, había sido tan violado como la memoria de mi difunta prima, o incluso más.

El único consuelo de semejante desaguizado fue saber que los sublevados de Aranjuez por fin habían dado con el príncipe de la Paz. Tardaron dos días en encontrarle hambriento, aterrado, sediento y muerto del frío, ya que sólo llevaba puesto un capote sobre el camisón. A punto estuvo de no poder dar un paso por el entumecimiento de sus piernas, ya que había estado todo ese tiempo agazapado entre unas esteras en el desván. El muy cobarde, al oír el revuelo fuera de su casa el día del motín de Aranjuez, se había levantado corriendo de la cama, había cogido un panecillo, dos pistolas y un poco de dinero, y había intentado huir sin que le vieran por la misma puerta que yo había utilizado poco antes para entrar en su casa. ¡Si llegase a saber que fui yo la que lo condenó tan sólo media hora antes! Me alegré de haber colaborado en su arresto aun sin haberlo pretendido. ¡Qué pena no haber disfrutado de aquel glorioso momento!

Como María Teresa, sentí haberme perdido el espectáculo. Para todos los que le aborrecíamos debió de ser gratificante ver su cara de pánfilo cuando lo llevaban en volandas al Palacio Real. Durante el corto trayecto que separaba su casa de la de los reyes, Montijo tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que no linchasen a Godoy. Lo que no logró, en cambio, fue librarle de alguna que otra pedrada, arañazos, escupitajos y los más que hirientes insultos que por primera vez en su vida el Choricero de Castuera se había visto obligado a escuchar.

¿Qué cara pondría la reina al saber a su preferido diana de semejantes vejaciones?

¿Cómo se quedaría él al oír de viva voz el mensaje escrito que sus reales protectores le habían dirigido antes de abandonarle a los pies de su hijo Fernando?

*¡Queriendo mandar por mi persona el Ejército y la Marina, he venido en exonerar a don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediendo su retiro donde más se acomode!*

¿Su retiro? ¿Ni siquiera un destierro similar a aquel al que hacía tan poco habían sometido a Escóiquiz? Don Carlos, como siempre, había sido demasiado benevolente con aquel tirano, pero tan sólo imaginarlo apaleado a los pies del príncipe de Asturias nos compensó del disgusto de saberlo a salvo del destierro, sin verse obligado por imperativo real a abandonar el país. Ante Godoy, don Fernando, sabiéndose victorioso, no escatimó en desprecio.

—Te perdono, Manuel —le dijo mientras le despojaba de todos sus honores.

Al parecer, el dócil defenestrado balbuceó:

—¿Ya es rey vuestra alteza?

—¿Cómo iba a serlo si mi padre aún vive?

Una pregunta por otra que según se dice hizo temer al reo por la vida de sus majestades. Algo absurdo, ya que al débil rey se le vino el mundo encima nada más saber que a su mano derecha, en vez de permitirle retirarse como él había ordenado, le habían llevado preso a Villaviciosa de Odón junto a su hermano Diego, Marquina, Cayetano Soler y otros tantos de sus fieles.

Después de aquel grave desacato, a su majestad Carlos IV no le quedó más remedio que abdicar en el príncipe de Asturias. Aún recuerdo de memoria la absurda excusa a la que se aferró para comunicárnoslo a todos sus súbditos:

*Como los achaques de que adolezco no me permiten por más tiempo soportar el grave peso del gobierno de mis reinos, y me es preciso para reparar mi salud gozar de un clima más templado y de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que sea reconocido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios.*

*Dado en Aranjuez a 19 de marzo de 1808.*

*YO, EL REY*

En el acto que hacía definitiva semejante decisión, cuando Fernando fue a besar la mano de su madre, la reina María Luisa, ésta le maldijo entre dientes, algo que a nadie nos importó porque los tiempos de los improperios de semejante arpía por fin habían terminado.

Los gritos de «¡Viva el rey y muera Godoy!» se oyeron en todos los recovecos del reino, y la alegría generalizada por el cambio casi se palpaba. ¡Por fin don Fernando era rey! Algo que, además de ser bueno para todos, disipaba de una vez la oscura intención por parte de algunos de cometer un regicidio que compensase la injusta pena impuesta por el rey padre al Choricero.

Hasta las lilas florecieron antes de tiempo aquella caldeada primavera, y es que en aquel año de 1808 todo se precipitaba como si hubiese llegado al agotamiento de una más que prolongada espera.

Aproveché el buen tiempo para abrir la temporada de la casa chinesca del pantano y la estrené sentándome en su porche a leer las gacetas. Llevaba días esperando a ver publicadas las primeras decisiones de don Fernando como rey, pues éramos muchos los que aguardábamos impacientes a que su majestad recompensase a los que en la causa de El Escorial fueron condenados por defenderle. De pronto encontré aquello que estaba buscando: allí estaba, en la segunda página aparecía la lista de todos los agraciados por sus servicios prestados a la corona; y, como era de esperar, el nombre de mi yerno estaba entre ellos. Sonreí alborozada, ¡aquello había que celebrarlo como se merecía!

No había pasado una semana cuando, en sus respectivas carrozas, todos los integrantes de aquella lista de prebendas fueron llegando con sus esposas y familias a la cena que en su honor yo había organizado en mi casa de la Cuesta de la Vega. Puntual como un reloj, el duque de San Carlos me saludó vestido con su lustroso uniforme de mayordomo real. Tras él, el canónigo Juan Escóiquiz, recién llegado de su destierro en el monasterio de San Basilio del Tardón, se dejaba ver por primera vez en público como el nuevo consejero de Estado; sin duda su regio alumno de antaño no había querido prescindir de un preceptor tan audaz. Mi antiguo casero en París, el duque del Infantado, acudía también vestido de coronel de las Reales Guardias Españolas con el distintivo de presidente del Consejo Supremo. Cabarrús, Jovellanos, Urquijo y otros tantos vilipendiados tampoco quisieron perderse tan honroso cónclave.

Como siempre, no hubo ni uno de los requeridos que, estando en Madrid, faltase

a mi invitación. En aquella ocasión, en vez de sentarlos a una mesa preferí ofrecerles un tentempié, para así poder dialogar los unos con los otros sin problema. Los recientemente agraciados no cabían en sí de gozo. Complacientes como nunca, contestaron a todas y cada una de las preguntas que los más ansiosos de cambios les planteaban, y algunos anduvieron tan solicitados que apenas tuvieron tiempo de engullir un bocado en la cena. Era comprensible: aquellos que durante casi una década se vieron obligados a callar ahora gritaban sus proyectos y esperanzas a los cuatro vientos. En cuanto a mí, eran tantas las veces que había tenido que morderme la lengua que me identifiqué sobremanera con ellos, si bien no pude evitar entristecerme por momentos al echar de menos a Pedro muy especialmente en ese día, quizá porque había tenido que verle morir sin poder explayarse como hubiese querido por miedo a sufrir otro castigo parecido al de nuestro encubierto destierro en París.

Desinhibida totalmente, decidí dar rienda suelta a la libertad de pensamiento en la que me había solazado años atrás sin tener en cuenta que, aparte de a los agraciados por el advenimiento del rey Fernando VII, también había invitado a alguno de sus enemigos, en su mayoría hombres y mujeres que, amedrentados por los vítores aunque contrarios a los hechos del motín de Aranjuez, apenas se atrevieron a abrir la boca. Pero siempre hay excepciones, y el mismísimo Leandro Fernández de Moratín fue el único que osó alzar la voz para disertar sobre las ventajas que podría tener el amistarnos definitivamente con los invasores franceses. No había conseguido explicarse aún cuando varios insultos que le tachaban de afrancesado le obligaron a callar. A continuación, inclinando la cabeza a modo de despedida, se cubrió con el sombrero y salió indignado.

Consternada por su enojo quise acompañarle, pero rehusó mi ofrecimiento, a pesar de que fui tras él hasta prácticamente el zaguán. A punto estaban mis sirvientes de cerrar el portón tras él, pues acababa de salir, cuando escuchamos un golpe seco que nos alarmó. Me asomé junto a uno de los guardianes y vimos cómo el cuerpo de Moratín yacía inmóvil en el suelo.

—¡Por afrancesado lo hemos apedreado! —gritó una voz cascada tras el chaflán del callejón adyacente. El eco de sus precipitados pasos alejándose en la oscuridad demostraba la cobardía de quien, al contrario que el herido, no mostraba su cara.

Ordené a la guardia que le siguiesen mientras yo asistía al poeta-escritor para que le curaran la brecha y el chichón. Gracias a Dios no tardó demasiado en recuperar el sentido y pudo levantarse, abrigarse y salir de casa aún más indignado que antes del golpazo.

Pensé que, aparte de entronizar a Fernando, nos quedaba la difícil labor de convencer a los afrancesados de su equivocación con palabras y sin violencia.

Pasaron los días después de la sonada celebración y, como siempre ha sido, pronto se demostró que la sutileza de la palabra es una arma mucho más difícil de esgrimir que la intimidación. La inmensa mayoría empezaba a perder la paciencia al no entender muy bien el porqué de la apática posición del nuevo gobierno frente a la ocupación francesa. Fue aquello precisamente lo que dio pie a los más violentos para prejuizar, condenar y ejecutar a más de un indefenso en lo que dura un fugaz encuentro.

Con el paso de los días, aquellos esporádicos tumultos se fueron recrudeciendo, sobre todo desde que se hizo pública la noticia de que a Godoy lo trasladaban de Villaviciosa a Bayona, donde se reuniría con los reyes, que le esperaban junto a la Tudó, los hijos que con ésta tuvo y su hija Carlota.

Se rumoreaba que don Carlos y doña María Luisa habían elegido Francia como destierro para poder reunirse con Napoleón y convencerle de que abdicaron obligados por el temor a perder la vida. Quizá estuviesen pensando en pedirle ayuda para recuperar el trono.

Por otro lado, se sucedían las jornadas y el rey Fernando, viendo invadida España entera de regimientos franceses, se limitaba a templar gaitas sin llegar a ser todo lo contumaz que muchos hubiésemos deseado. ¿Cuánto tardarían los gabachos en llegar a las puertas de Madrid? Murat llevaba días en los reales sitios de Aranjuez sin haber encontrado resistencia alguna, y nadie ignoraba que él había sido el verdadero libertador de Godoy.

¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Por qué mientras parte de Europa se resistía por las armas a ser pisados por la bota de Napoleón, nosotros le tendíamos una alfombra de vergonzosas pleitesías? ¿Qué imagen estábamos dando al mundo?

Cuando expuse mis quejas al respecto a los más cercanos al rey, me rogaron paciencia, asegurándome que don Fernando estaba en ello y que sólo necesitaba algún tiempo para asentarse y tomar el dominio de la situación.

En ésas estaba yo, esperando como media España y perdiendo por días la paciencia, cuando mi mayordomo me anunció que María Teresa había venido a verme. Me sorprendí, ya que no había vuelto a encontrármela desde el día del motín, y, cuando la tuve delante, no le hizo falta musitar palabra alguna para demostrarme que era otra mujer la que, en efecto, frente a mí estaba: la quejumbrosa plañidera de siempre había desaparecido y, al parecer, junto a su marido e hija también se habían ido la languidez, la inseguridad y la tristeza que tanto la caracterizaban. No pude menos que asombrarme: las arrugas de esa amarga mueca que siempre arrebuja sus carnosos labios se habían borrado, y la nube de lágrimas que solía cegarla se había secado en sus pupilas. Creo que aquélla fue la primera ocasión en que la vi sonreír

abiertamente.

Sin quitarse los guantes me tomó de ambas manos.

—Pepa, ya que mi hermana finalmente no se casará con el rey, las dos regresamos a Toledo con mi hermano, como siempre he querido. Durante los años que he estado en la corte he contado con pocas amigas tan sinceras como vos y por eso no he podido dejar de venir a despedirme.

—¿Así, sin más? ¿Vais a abandonar a vuestra única hija? —dije por toda respuesta.

—No me han dado otra opción. —La sonrisa se borró de su cara—. El día que parí a Carlota os dije que no pensaba encariñarme con ella porque era la manera de evitarme sufrimientos; y así ha sido. Quizá me odie cuando crezca por el abandono al que la someto, pero es la hija de un ser abominable al que no pretendo ver nunca más en mi vida. ¿Habéis visto cómo le llaman en las gacetas? Le han titulado «príncipe de la Injusticia», «generalísimo de la Infamia» y «gran almirante de la Traición». Muy a pesar de mi confesor, no puedo dejar de regodearme en su angustia y me alegro de su caída tanto como vos o incluso más.

Quise ver cierto cargo de conciencia en los círculos que dibujaba en la alfombra con el zapato. Ya abría yo la boca para contestarle cuando me interrumpió, tal vez con la intención de tranquilizarme:

—Carlota estará en Bayona, al abrigo de los reyes, la Tudó, sus hermanastros y su padre, que a punto está de llegar allí también. Os aseguro que apenas me echará de menos y sé que la cuidarán bien. No le faltará de nada.

—¿Os parece poco la falta de una madre?

—La ramera de Castilofiel hará mi papel a las mil maravillas ahora que la reina la ha nombrado su dama y la mayoría de los franceses creen que es la única y verdadera mujer de Manuel —prosiguió, no sin cierto rencor en su voz.

—¿Y no os importa que vuestra hija se críe envenenada por la arpía de la reina? —insistí.

Alzando la vista, que hasta entonces había mantenido en el pie, me miró fijamente con aire de reproche. Pero de pronto su expresión cambió y, soltando una sonora carcajada y sin contestar a mi pregunta, se fue por las ramas:

—¡Arpía no es nada para como la apodan en Francia! Dicen que la emperatriz Josefina, al verla, no ha podido disimular su decepción. Se cuenta que dijo de ella que le había parecido frívola, inculta y patética, y que no comprendía cómo era capaz de creerse bella cuando no era en realidad más que un saco gordo de pellejos flameantes al socaire de las mangas cortas o el pronunciado escote que se empeña en lucir. «Momia medio desnuda», creo que la llamó.

Aún atónita por su cambio de carácter, me la quedé mirando. Siempre había sido silenciosa y discreta, y ahora, en cambio, parloteaba sin dar tiempo a un respiro. Sin embargo, a pesar de que en vano intentaba por todos los medios ocultarla ante mí, por debajo de toda aquella cháchara percibí la pena por la separación de esa hija a la que afirmaba no amar.

—Dicen las malas lenguas que, careciendo también de dientes la mujer de Napoleón, le produjo una inmensa vergüenza ver cómo un día la reina María Luisa jugueteaba con su dentadura postiza al tiempo que intentaba seducir a un apuesto guardia de corps —proseguía cotilleando María Teresa—. ¿Os imagináis la cara del desdichado ante tan repugnante escena?

Y así siguió durante buena parte de su visita. Como queriendo llenar el vacío al que se enfrentaba, hablaba de unas cosas y otras sin darme tiempo siquiera a contestarle. Desistiendo de mi inicial propósito, la dejé desahogarse hasta que ella misma decidió dar por terminada la reunión. Durante aproximadamente media hora la había oído sin escucharla, y es que me preocupaba más la forma en que había elegido silenciar sus problemas que cualquiera de las nimiedades que me contaba. La abracé fuertemente, convencida de que mucho antes de lo que ella misma pensaba se arrepentiría de lo que ahora estaba haciendo.

*Gloria y cuerpo, que el primero  
por la boca de un cañón  
respondió a Napoleón,  
obedecerte no quiero  
pues ese incendio guerrero  
que ya en todas partes arde  
y aterra al corso cobarde  
todo es efecto del rayo  
disparado el dos de mayo  
por Daoíz y Velarde.*

Juan Bautista Arriaza,  
*Poesía al dos de mayo*

### ***Finales de marzo de 1808***

Aquella mañana, siguiendo la rutina diaria, me senté a escribir. Sopesando entre el montón de cartas pendientes de contestación y el cuadernillo en el que apuntaba los asuntos por resolver, decidí atajar comenzando por las que más sesuda redacción requerían y dejar para el final la correspondencia más banal.

Inspiré profundamente y mojé la pluma en el tintero. El encabezamiento iba dirigido al inquisidor general; aquélla era la tercera vez que le imploraba que accediese a devolverme los siete pliegos de grabados de los hermanos Piranesi que me habían sido decomisados con el argumento de que sus desnudos eran obscenos. Y yo alegaba, siempre con la esperanza de que como tantas otras veces mi perseverancia acabase minando su absurda testarudez, que no lo eran más que las artísticas láminas que el papa regalaba a sus embajadores en Roma.

Estaba soplando sobre la firma para que secase más rápido cuando reparé en el tañido de las campanas a lo lejos; por el sonido no era sólo una iglesia la que llamaba a sus feligreses a oración, sino todas, por lo que deduje que no podía ser sino el anuncio de la inminente llegada del séquito de su majestad don Fernando procedente de El Escorial.

Me levanté con tanta precipitación que el tintero entero se volcó sobre la carta del inquisidor y, contrariada, no pude evitar dar un puñetazo sobre la mesa.

—¡Cómo puedo ser tan patosa! —maldije—. ¡Ahora tendré que repetirla!

La sombra de mi hija Joaquina se proyectó sobre la mesa. Supe que se trataba de ella sin tener que darme la vuelta para comprobarlo porque el olor a agua de rosas la delataba. Posó su mano sobre mi hombro para que me tranquilizara y con delicadeza me apartó para coger rápidamente la carta y ponerla sobre una pequeña bandeja de porcelana de Sèvres antes de que la mancha de tinta se expandiese.

—Deja, madre, de ofuscarte con estas cosas, que ahora lo que toca es salir a recibir al rey. No te alteres por esta tontería, si te parece le digo a Ascargorta que la copie y te la pase a la firma.

Asentí acariciándole el dorso de la mano. Su inesperada visita, sobre todo teniendo en cuenta su avanzado estado de gestación, pues esperaba a su tercer hijo para mayo, me había alegrado muchísimo. Sin apenas darme cuenta, había llegado ese momento en que en vez de velar yo por mis hijas resultaban ser ellas las que poco a poco lo hacían por mí; y me llenaba de gozo que se trasladaran a El Capricho como hacían habitualmente para pasar temporadas junto a mí en aquella finca de recreo donde mis nietos —ninguno de ellos alcanzaba aún los seis años— podían jugar a su antojo y disfrutar del buen tiempo, los pasatiempos, los jardines y los estanques sin temor ni peligro.

Con mis hijos varones centrados en otros asuntos mientras las niñas iniciaban sus propias familias, el consuelo de la compañía de mi pequeña Manolita era lo único que me preservaba de la soledad más absoluta. Y es que, cuando casé a sus hermanas mayores, no quise admitir que con su marcha la mayoría de mi progenie se independizaba de mis cuidados. Lo cierto era que aquella inevitable evidencia se me estaba haciendo más difícil de asimilar incluso que la viudedad, y por eso precisamente me alegraba sobremanera cuando mis hijas mayores aparecían en casa inesperadamente.

Joaquina me echó la capa sobre los hombros mientras Michelle me ataba la gran lazada del sombrero en el lado derecho del cuello. Ya en la berlina dudé:

—Hemos luchado tanto en pro del príncipe de Asturias que aún me cuesta creer que lo hayamos conseguido. Parece que lo estoy viendo cuando entró en Madrid para presentarle al pueblo a la ya difunta princesa de Asturias, cinco horas tardó su carroza en completar el recorrido —recordé.

Joaquina se abanicó mientras contestaba:

—Pues por lo que tienen previsto, esta vez tardarán casi una hora más.

—¿Se sabe el trayecto? —me interesé.

Desdoblando un pasquín comenzó a recitar.

—Parte del jardín botánico hacia la Puerta de Atocha y de allí va al Palacio Real, y por la hora que es ya debe de estar entrando en la villa y corte.

Di dos golpes al techo de la berlina con el bastón, la señal para ponernos en marcha.

—¡No hay tiempo que perder! Si nos damos prisa aún llegaremos a verlo pasar por la Puerta del Sol, seguro que Alcañices nos deja apostarnos en su balcón. —Me asomé a la ventana de la carroza y le di la dirección exacta al cochero.

Ya en casa de este amigo de siempre me abstraí pensativa: me negaba a aceptar, como muchos decían, que al ensalzar a Fernando nos agarrábamos a un clavo ardiendo. La mayoría queríamos convencernos de ello y debíamos otorgarle toda nuestra confianza sin temor a que nos defraudara.

Abajo, en las atestadas calles, embriagados por el vino que manaba de las fuentes que el ayuntamiento había dispuesto, la muchedumbre le vitoreaba obligándole a marchar a paso de tortuga. Las campanas tañían desaforadas, los pañuelos se agitaban al viento y las octavillas volaban al socaire de la alegría popular. Sin duda, ese 24 de marzo de 1808 sería un día para no olvidar.

Las mujeres se arrancaban las mantillas de las peinas para alfombrar el suelo por donde el caballo del nuevo rey pasaba, y es que todos veían a su majestad don Fernando como el libertador del yugo invisible al que los franceses nos tenían sometidos. Desde allí distinguí a mi hijo Paco, ya duque de Osuna, cabalgando entre los miembros más destacados del cortejo.

Fue él mismo quien vino a despedirse recién terminados los actos. Al contrario de lo que casi todos pensábamos, el rey sólo pararía en Madrid lo justo para ser homenajeado y, pocos días después, saldría junto a su séquito hacia Burgos. Allí era donde tenía pensado reunirse con el mismísimo emperador de los franceses para exhortarle a retirar a sus tropas de España.

Como primer acto importante del rey Fernando, no sonaba mal. Al fin y al cabo, eso era lo que todos sus súbditos esperábamos de él. No pude más que despedir a mi primogénito confiando en que don Fernando fuese lo bastante pertinaz y sagaz como para no caer en las redes de los tejemanejes diplomáticos de los gabachos.

No había pasado una semana cuando la muralla de esperanzas que fuimos construyendo comenzó a desmoronarse con la noticia de que el rey, junto a Escóiquiz, el duque del Infantado y el de San Carlos, mi hijo Paco y el resto de su séquito, en vez de esperar a Napoleón habían decidido seguir hacia el norte para forzar su encuentro.

Poco después mi desconfianza se tornó temor al saber que en Vitoria tampoco habían logrado entrevistarse con Napoleón y que habían decidido seguir camino a Bayona, adonde tenían previsto llegar el 20 de abril. ¿Cómo era posible que ninguno

de los asesores de su majestad le advirtiera del riesgo que suponía acercarse tanto a la frontera? ¿Dónde estaban nuestros mandatarios para hacerle ver el peligro que corría?

Según me informaría después Paquito, lo intentaron de mil maneras. Finalmente, el general Savary le dijo al rey que, si accedía a ir a Bayona, al cabo de sólo tres días Napoleón le reconocería como rey de España; y aquella promesa fue tan tentadora que don Fernando acabó haciendo oídos sordos a las advertencias hasta el punto de que acabó por obcecarse.

¡A Bayona por el simple capricho de Napoleón! ¿Por qué no se reunían en terreno neutral? ¡Lerdos, necios y mentecatos los que se amparaban en nuestra alianza con Francia para eludir el peligro! ¿Cómo podían continuar escudándose en semejante patraña mientras por España seguían transitando miles de soldados galos? Si al menos el emperador nos dejase intuir su buena voluntad ordenando la retirada de parte de sus contingentes... Pero nada, ¿es que no veían sus defensores que los únicos que regresaban a Francia cruzando los Pirineos eran nuestros reyes destronados y sus defenestrados ministros? ¿Y cómo se atrevía don Fernando a meterse en las mismas fauces del lobo? ¡Qué sensación de abandono!

Las noticias que trajeron los vientos del norte impregnaron el aire que respirábamos de cólera, tanto que el que alguien hubiera pegado una docena de pasquines en los lugares más transitados de la ciudad bastó para ponernos en jaque.

Así rezaban:

*Habiendo de entrar las tropas francesas en esta villa camino de Cádiz, se ha dignado su majestad comunicarlo al Concejo. Mandando que se haga saber al público ser de su real voluntad que en el tiempo que permanezcan en Madrid dichas tropas sean tratadas por todos como íntimas aliadas de su majestad con toda la franqueza, amistad y buena fe.*

¡Qué parecidas sonaron aquellas palabras del rey don Fernando a las que su padre nos había dedicado momentos antes de abandonarnos!

Aquellos días dormí mal y a trompicones; me despertaba hasta tres veces en una sola noche estremecida por premonitorios sueños. En la primera pesadilla soñé que, temerosa de lo que todos aquellos soldados pudiesen hacer a mi familia, nos aprovisionábamos y nos encerrábamos en casa a cal y canto reforzando la guardia; de la segunda desperté en el instante en que los oníricos soldados de Murat estaban a punto de violar a mi pequeña Manolita; y de la tercera no me consigo acordar, ya que fue Michelle la que aquel amanecer vino a despertarme para hacerlas realidad.

Como siempre que traía una mala noticia, venía exhausta y no se anduvo por las ramas:

—¡Murat, aparte de los diez mil hombres con los que ha entrado esta noche en Madrid, tiene a otros veinticinco mil apostados en los alrededores a la espera de una orden! ¿Cuál? Nadie lo sabe, ¡pero dicen que no reconocen a don Fernando como rey de España!

Recostada sobre los almohadones de mi cama, deseé creer que aún continuaba en mi particular mundo de ensoñaciones. Por un momento anhelé que el dragón al que tanto habíamos temido durante los últimos meses no hubiera despertado todavía de su aparente letargo para abrasarnos sin compasión, pero no parecía probable, ya que el hecho incontestable era que las tropas francesas habían tomado literalmente tanto Madrid como el norte de nuestro país. ¡Maldito Tratado de Fontainebleau! ¿Cómo es que Francia pudo convencer a nuestros gobernantes para que lo firmaran allá por octubre del pasado año? ¿Cómo es que la excusa de la invasión de Portugal pudo sonar tan creíble y ahora teníamos nuestras tierras llenas de gabachos armados y, al parecer, dispuestos a atacar?

Michelle aprovechó que me frotaba los ojos para continuar, ahora un poco más calmada:

—En la botillería oí decir a unos majos que en Venecia el emperador Napoleón le ha ofrecido a su hermano José permutar su corona de Nápoles por la de España.

Abrí los ojos de par en par.

—Si eso es cierto —prosiguió la francesa—, bueno ha de estar Murat, ¡con lo que ha amenazado con hacerla suya!

—Conociéndole sólo espero que el cuñado de Napoleón no se desquite del varapalo a base de mamporros con todo el que a su paso encuentre.

Incorporándome para dejar que mi ayuda de cámara me vistiera, seguí dándole vueltas al asunto. Por primera vez todo encajaba, por fin sabíamos qué era lo que buscaban aquellos desalmados, y lo más sorprendente era que estaban a punto de lograrlo sin haber tenido que atravesar el pecho de un solo español con la punta de sus bayonetas.

Mientras a don Carlos lo entretenían en Bayona con la falsa promesa de que recuperaría su corona, a su hijo don Fernando lo engañaban asegurándole el reconocimiento de su reinado siempre y cuando acudiera antes a estrechar personalmente la mano del emperador.

—¡Vaya con los ladinos! ¡Qué expertos jugadores de silla! —exclamé—. Imagínese: mientras los generales franceses tañen la dulce melodía de seducción, su emperador, don Carlos y don Fernando dan vueltas y más vueltas al único trono que hay en la sala a la espera de que la música se detenga repentinamente para adelantarse a los demás y tomar asiento. Los tres deberían de estar sudando la gota gorda por el nerviosismo, y sin embargo al emperador se le ve pasmadamente tranquilo. ¿Sabe por

qué, Michelle? —Ella se encogió de hombros mientras abullonaba mis mangas—. Porque es sabido que el juego lo gana el más ágil, y, mientras don Carlos y don Fernando andan enzarzados en las patrañas que el emperador les ha organizado, éste aprovechará su distracción para hacerse con el regio sitial.

La sombrerera apenas escuchaba mis deducciones; yo sabía que su mente bullía impaciente y nerviosa a la espera de que desde Madrid se materializara un plan destinado a contrarrestar la amenaza de Murat en el caso de que nos atacaran.

—Michelle, ¿sabe si por ventura se ha organizado nuestra defensa? —pregunté, sabedora de que ella como nadie estaba al tanto de las novedades de la calle.

—Se comenta que esta noche del primero de mayo se reunirá en secreto la junta para debatir si entramos en guerra.

—¡Dios nos coja confesados! ¿Es que aún dudan de que estemos metidos hasta el pescuezo en ella?

—Si hubieseis pasado como esta vuestra servidora toda la noche en vela escuchando lo que se cocía en la taberna, sabríais que no es tan fácil —me espetó con respeto—. Los leales al rey persisten en cumplir con el deseo de don Fernando de conservar la armonía con los franceses, mientras que los que no le son tan fieles temen como a una epidemia de viruela la superioridad del enemigo. Y no andan descaminados estos últimos, ya que las tropas francesas cuentan con treinta y cinco mil hombres perfectamente adiestrados contra los tres mil soldados que tenemos en Madrid.

Aquellas cifras me apabullaron. No solía lamentarme de mi viudedad, pero, al verme sola y pensar que ahora la casa era mi responsabilidad, eché de menos a Pedro. Quizá él, como antiguo general que fue, hubiera sabido cómo defendernos.

Sentí descorazonar a Michelle con mi incertidumbre, pero antes de nada debía asegurarme de que la situación era tan grave como pintaba.

—¿De verdad no hay alguna posibilidad de recibir refuerzos?

—Sólo contamos con los del pueblo. Esperamos que Murat no sospeche —cerciorándose de que mi ayuda de cámara había salido, bajó el tono de voz—, pero con la excusa de las fiestas de Santiago el Verde, que se celebran hoy mismo, uno de mayo, esta noche asistirán a la junta varios alcaldes de los pueblos circundantes. Con ellos irán muchos hombres y mujeres dispuestos a alzar las armas si así se decide.

—¿Quiénes son?

—Los más notables son los alcaldes de Móstoles y Torrejón.

—¿Arrieros, herreros y agricultores contra el mejor ejército de los últimos tiempos?

—¡Gentes humildes cargadas de exasperación que al primer olor de la sangre

pierden la cabeza! —Desesperada, se echó a mis pies—. Esta noche vienen a por los franceses, pero quién sabe si tras ellos irán a por cualquiera que huela a monarquía o nobleza. Pensad que ellos no distinguen, y a todos los duques, marqueses y condes los meten en el saco de los mismos que los abandonaron a su suerte hace unos días. ¡Huid, mi señora, si no queréis ser el cebo de alguna caterva asesina!

—Mi pobre Michelle. —Ayudándola a ponerse en pie, le acaricié la cabeza—. El fantasma de la Revolución francesa acude a usted una y otra vez. Aquí las cosas no son iguales, ¿o es que ya se le ha olvidado que fue el conde de Montijo el que dirigió el motín de Aranjuez? —Michelle asintió con lágrimas en los ojos—. Tranquilícese, que en España no somos como los gabachos. ¿O es que en las casi dos décadas que lleva viviendo aquí aún no ha aprendido a diferenciarnos? Las cosas van tan rápido que todavía no sé quién está al mando de todo, pero si algo tengo claro es que en este barco navegamos juntos. Si es menester, nobleza, pueblo y clero lucharemos acodados y con el mismo arrojo contra el invasor. Ya verá cómo mi hijo, el duque de Osuna, al saber lo que nos acontece no tardará en venir a socorrernos junto a todos los que acompañaron al rey a Bayona.

—Dios os oiga, porque si os he de ser sincera, no las tengo todas conmigo.

—Es verdad que El Capricho, siendo mi casa más hermosa, no es la más segura —sonreí—, así que déjeme pensar dónde nos podríamos cobijar y esta misma tarde se lo comunicaré a todo el mundo. Mañana partiremos.

—Sinceramente, señora —con los ojos abiertos como si hubiese visto al mismo diablo, me contradijo con un hilo de voz—, no creo que dispongamos de tanto tiempo.

Alzando la palma de la mano le rogué silencio para concentrarme en el lejano sonido de... ¡el redoble de unos tambores! Las voces de los zaguantes dieron la voz de alarma:

—¡Son franceses a las puertas de El Capricho!

Corrimos hacia la ventana y desde allí comprobamos que, en efecto, al final del camino se alzaba una polvareda de más de sesenta hombres que desfilaban a paso ligero.

Michelle, con cara de espanto, esperaba mis órdenes bajo el quicio de la puerta.

—No sólo son vuestros enemigos, señora, también son los míos —dijo—. Y ya sabéis lo que suelen hacer con los desertores de la Revolución.

Aunque se me erizó el vello de todo el cuerpo, procuré disimular el terror que me embargaba. Intenté pensar una solución con rapidez y sólo se me ocurrió un lugar seguro donde mi familia podría esconderse.

—¡Michelle, avise a todo el mundo y guíelos hasta la cueva que hay bajo la

catarata del lago! —Un disparo que se oyó afuera le hizo pegar un saltito antes de salir despavorida, estaba claro que las intenciones de los invasores no sonaban lo que se puede decir amistosas—. ¡Ya están aquí! ¡Rápido! —la insté—. ¡Salgan por la puerta este! ¡Si en una hora no me he reunido con ustedes, huyan a la casa de la Cuesta de la Vega!

Ya sola en casa, con harto dolor de mi corazón, pude distinguir cómo entre los rojizos albores del amanecer las botas del regimiento francés se abrían paso entre los setos de boj y cómo sus asquerosas zancadas pisoteaban los matojos de flores a punto de abrirse. Se me entrecortó la respiración cuando aquellos exterminadores de la belleza continuaron avanzando por entre el camino de cipreses centenarios hasta detenerse frente a la fuente de la entrada.

Sin mover las cortinas, y cobijada por la oscuridad, escuché la voz del general que los mandaba.

—¡Descansen armas! Éste será un buen lugar para instalar nuestro cuartel, no creo que el mariscal Murat ponga impedimento en ello. —Al oír la palabra «cuartel» supe que él no me daría la alternativa de dialogar y comprendí que, yo también, debía esconderme.

A pesar del pavor, hallé un momento para intentar vislumbrar por entre las cortinas al oficial al mando; su voz me resultaba familiar y quería cerciorarme de quién era el que se disponía a hacerse dueño y señor de mi casa. Procurando que nadie me viera, distinguí su rostro: era, como yo había supuesto, Agustín Belliard, a quien había tenido la oportunidad de conocer en París. Por lo que recordaba, no era un hombre demasiado agradable.

Con el corazón a punto de escapárseme del pecho di un último repaso a lo que había en mi gabinete y debía salvar por encima de todo: los *Caprichos* de Goya, sus cuadros de escenas campestres, el reloj que Pedro me había regalado... De pronto caí en la cuenta: ¡ese reloj era un ejemplo de puntualidad y ese día, como todos los demás, seguro que sonaría al dar las siete en punto! Faltaban sólo un par de minutos y comprendí que su canario autómatas cantarías alertando a los soldados y llamando la atención sobre la habitación en la que estaba. ¡Rápido! ¡Debía huir ya mismo, sin detenerme a llevarme nada! Asustada por que su trino delatase mi presencia, salí por la portezuela que daba al pasadizo de la servidumbre para atajar por la leñera y llegar al exterior sin que los franceses, apostados en la parte delantera del palacete, advirtieran mi presencia al salir por la puerta de atrás.

Ya afuera me cercioré de que nadie me seguía. Atrás, en el oscuro pasadizo, reinaba el silencio. Conté hasta tres antes de correr todo lo que mis piernas daban de sí en pos del lago donde esperaba que mi familia y mi servidumbre permanecieran

ocultos y a salvo. El sendero que serpenteaba a través de los jardines de El Capricho se me hizo eterno hasta llegar al escondite donde mis hijas, nietos y el servicio aguardaban agazapados. Allí, desfigurados sus contornos por el eterno manar del agua del manantial que cubría la boca de la cueva, se abrazaban los unos a los otros como desvalidos cachorros.

Nada más atravesar la catarata, Michelle me tendió su propio mandil para secarme. Al apartarlo de mis ojos y ver sus caras de espanto comprendí que tenía que sacarlos del lugar lo antes posible.

Pero ¿dónde estaba el personal de guardia? Al preguntarles si alguien los había visto, fray Eusebio hizo un gesto silencioso y se cruzó el pescuezo con el dedo pulgar de lado a lado. Agradecí su discreción para no atemorizar más al resto. Todo pintaba peor de lo que había supuesto.

Teníamos que alejarnos de allí. Antes de exponerlos a algún peligro intenté ver si fuera las cosas estaban tranquilas, pero la cortina de agua me impedía observar nada. Privada del sentido de la vista procuré escuchar, pero el ruidoso sonido del torrente también me lo impedía.

Fue sólo entonces cuando monsieur Prévost, el jardinero, se ofreció a hacer de señuelo para facilitarnos la huida y, de inmediato, se dispuso a salir de la cueva. Yo quise detenerle, pero sólo tuve tiempo para engancharle de la manga, y me quedé con una de sus puñetas en la mano. Cabizbaja e impotente, apreté entre los dedos el encaje de bolillos y le deseé suerte.

Al otro lado de la acuosa cortina, con las manos en alto, adivinamos más que vimos su borrosa silueta, que corría dispuesta a alejarse lo más posible de la cascada a fin de no delatar nuestro escondrijo. Después nos pareció oírlo ya en la distancia, gritando rendiciones en francés. Pude imaginarlo con las manos en alto acercándose a sus paisanos e intentando dialogar con los armados. No pudo conseguirlo. Sus gritos ahogados llegaron hasta nosotros amortiguados por el fluir de la cascada y supe de inmediato que mi querido jardinero, un artista, un hombre culto y generoso como pocos, acababa de morir para salvarnos, atravesado por las puntas de las bayonetas de los soldados.

Instintivamente tapé los oídos de mis nietos más pequeños para que no pudieran oír, ni siquiera a través de la cortina de agua, los débiles lamentos de quien hasta hace poco había jugado y reído con ellos y, cuando me pareció que éstos se habían extinguido, me santigué. Al cabo de un momento, y viendo que éramos todos presos del nerviosismo y de la incertidumbre, me atreví a asomar la cabeza a través del agua. A lo lejos distinguí a los uniformados de azul y blanco que se regodeaban pateando el cadáver del jardinero. Ocupados como estaban aquellos desalmados, comprendí que ésa sería nuestra única oportunidad de salir a hurtadillas de nuestro escondite, pues no

tardarían en dejar a un lado la barbarie de sus acciones para pararse a reflexionar sobre por qué estaban las ropas de Prévost encharcadas, lo que los llevaría sin duda a buscar un escondite cerca de los estanques, lagos y rías y a dar finalmente con el nuestro.

De puntillas, y procurando no tropezar con una piedra del camino que rodase o pisar una rama que crujiese, casi volamos hasta alcanzar el carro que habitualmente el jardinero usaba para llevar y traer los útiles de su trabajo, sacos de abono y demás mercancías y que, según nos advirtió antes de abandonar la cueva, encontraríamos con sus monturas dispuestas detrás de los invernaderos. Era el único vehículo que los franceses no descubrirían en una primera inspección, pues no estaba en las cocheras como los demás, sino muy cerca de una de las salidas que usaba el servicio para la intendencia de la finca. De este modo, no tendríamos que utilizar la puerta principal y no corríamos el peligro de que nos vieran. Subí al pescante con la agilidad de que fui capaz y esperé a que todos se ocultasen entre las pacas de heno y las jardineras con arbustos a la espera de que los trasplantaran, y en cuanto lo hubieron hecho tomé las riendas y arree con todas mis fuerzas a los caballos, que atravesaron al galope la reja de salida que no nos detuvimos a cerrar a nuestras espaldas. Rezando para que no nos hubieran visto, no me atreví a mirar atrás hasta haber recorrido cinco de las veinte leguas que nos separaban de Madrid.

Ya al paso y recuperado el resuello, me sentí como si la vida repentinamente se hubiese cansado de otorgarme todo lo que una mujer puede desear y pretendiera, para, de pronto, arrebatármelo de golpe. Atrás quedaban en manos del usurpador francés mis más preciados caprichos y otras mil ensoñaciones.

Sin embargo, pronto comprendí que banal desgracia era la nuestra comparada con las que las señales del camino nos iban indicando: primero nos cruzamos con una mendiga que, tirando de una soga, intentaba hacer avanzar un burro cargado con dos alforjas sobre cuyo lomo se balanceaba, amarrado, el fardo de un cadáver. Di por supuesto que sería un hijo o su marido y que lo llevaba a enterrar a su pueblo natal.

Un poco más adelante, en un cruce de caminos, me pareció divisar una lujosa carroza fuertemente custodiada por un grupo de soldados franceses que iban a caballo. La polvareda que levantaban me impidió distinguir el escudo de sus puertas para identificar a sus ocupantes, pero, visto lo que acabábamos de sufrir en El Capricho, me compadecí de sus ocupantes.

Ya en la ciudad, los tiros que resonaban en algunas callejas y el correr de las gentes despavoridas en dirección contraria a la que seguíamos nos obligaron a regresar en varias ocasiones sobre nuestros pasos para buscar atajos más seguros al camino de siempre.

Comprobamos que la guardia imperial había tomado el parque del Retiro, y que los fusileros estaban apostados en la calle Alcalá y los coraceros tenían muy bien vigilado todo el barrio de Recoletos.

A unas seis varas de casa topamos con una barricada que nos impedía el paso; tras ella, una veintena de hombres y mujeres armados con piedras, palos, hierros y machetes esperaban la aparición de la caballería de los mamelucos para arremeter contra ella. Al ordenarme cuchillo en mano que les entregara el carro para reforzar sus defensas, no lo dudé un segundo y obedecí, recordando las advertencias que esa misma mañana me había hecho Michelle. Mejor sería seguir con vida y contribuir a la causa del alzamiento aun a costa de ir a pie, que mostrarme intransigente y jugarme la vida de los míos a manos de una turbamulta de madrileños enfurecidos no sólo con los franceses sino también con los propios nobles y pudientes de su país.

Ya sin fuerzas para poco más que seguir caminando, miré adelante; casi podíamos tocar ya el portón de nuestra casa de la Cuesta de la Vega. Decidida, tomé en brazos a la más pequeña de mis nietas y, sin pararme a vacilar, salté la endeble muralla de trastos que de lado a lado cruzaba la calle.

Seguida por todos los míos, corrí rogando a Dios que nos diese tiempo para llegar a casa y cerrarla fuertemente antes de tropezar con la carga mora. Persistía el eco del portazo a nuestras espaldas cuando oímos el tronar de sus cascos sobre la piedra. Los dos zaguantes tomaron a toda velocidad sendas barras de hierro que pendían de las paredes y, tras cruzarlas sobre la puerta, las aseguraron con horquillas.

Aún jadeando, sólo pude musitar:

—¿Será seguro?

—Ni el más fuerte ariete podría derribarla. Ahora disculpadnos, señora, tenemos que terminar de apuntalar el resto de las entradas y ventanas de la casa.

De pronto oímos unos leves golpes de alguien que llamaba desesperadamente al otro lado. No nos dio tiempo ni a pensar si prestarle nuestra ayuda aun a riesgo de nuestras vidas, porque no tardamos en escuchar un quejido de mujer y el posterior ruido de sables. Pronto el hedor a sangre comenzó a filtrarse por entre las rendijas de la puerta. Le quité algunas pajas del pelo a mi nieta y la deposité en el suelo. Después, me dispuse a indagar acerca de la situación entre los miembros del servicio que se habían quedado a cargo de la casa de Madrid durante nuestra ausencia.

—¿Cómo ha empezado todo?

Armando y Santiago, dos de mis hombres, se robaban la palabra ansiosos por informarme.

—A las siete de la mañana, la noticia de que había dos carrozas a las puertas de palacio preparadas para sacar al resto de la familia real llevó a los más madrugadores a la plaza del Palacio para saber qué era lo que acontecía —comenzó el primero.

Santiago le interrumpió:

—Una hora y media después, la destronada reina María Luisa de Etruria con su mayordomo, una aya y sus hijos subía a la primera carroza. Según se vaciaba el palacio, se fue llenando la plaza de más gentes indignadas. Los más exacerbados incluso llegaron a colarse en las cuadras para cortar las bridas de los caballos y matar a las mulas. Aun así no lograron impedir la salida al poco tiempo de la segunda berlina.

Armando, quitándole la palabra, prosiguió:

—Fue entonces cuando el infante don Francisco de Paula, acompañado por su ayo y por su tío, el infante Antonio Pascual, presidente hasta ahora de la Junta General, subieron a ella custodiados por la guardia de Murat. Al ver a la multitud, el infante, el más pequeño de los hijos de los reyes, comenzó a llorar, y más aún cuando alguien gritó: «¡Se los llevan!». Ya podéis imaginar el resto...

De inmediato supuse que, por la hora en la que había sucedido todo, esa carroza debió de ser la que divisamos y fuimos incapaces de identificar en el camino hacia Madrid.

Mientras meditaba sobre aquello, y aprovechando que Armando callaba, su compañero no quiso dejar nada a mi conjetura.

—Un conocido cerrajero llamado Blas Molina entró en el patio y gritó mientras todo esto sucedía: «¡Traición! ¡Nos han quitado a nuestro rey y quieren llevarse a todas las personas reales! ¡Muerte a los franceses!». Y, antes de que la muchedumbre pudiera reaccionar, uno de los balcones de palacio se abrió y a él se asomó un gentilhombre, un teniente coronel de Infantería, que a decir de muchos se llamaba Rodrigo López de Ayala. Éste, muy alterado, terminó de azuzar a los presentes al gritar: «¡Vasallos, a las armas! ¡Que se llevan al infante!». Y un gabacho, sable en mano, respondió: «¡Ignorantes. A ver cuándo os enteráis de que vuestro rey piensa abdicar en el emperador Napoleón!».

—Aquel valiente debió de ser el primero en perder la vida —prosiguió cabizbajo Santiago—. No quiero ni pensar qué nos encontraremos cuando abramos de nuevo esa puerta.

Me alejé en silencio lamentándome de mi error: al huir de El Capricho tendría que haberme marchado a alguno de mis cortijos en vez de meterme de lleno en la boca del lobo. Responsable como era de muchos de los miembros de mi familia, precisamente los más desvalidos, tenía que pensar en algo para protegerlos. Pero por mucho que lo intentaba nada se me ocurría.

No me atreví ni a asomarme a la calle hasta bien anochecido aquel 2 de mayo. El

silencio era sepulcral, ya no se oían los altos de la guardia imperial ni sus disparos o cañonazos. Sólo el suave tintineo de sus espuelas al pisar la piedra entre aquel sembrado de muerte.

Mientras cerraba de nuevo las contraventanas suspiré. Aún no sabía cómo, pero si para sacar a mis tres hijas y a mis cinco nietos de aquel atolladero debía exponer mi propia vida, lo haría con coraje. Por un segundo guardé la esperanza de que quizá no todo fuese tan horrible como en nuestra calle, tenía que saber lo que había sucedido más allá de la Cuesta de la Vega, comprobar hasta dónde llegaba ese infierno.

Sin avisar a nadie, no fuesen a impedírmelo, salí sola, armada con un puñal y embozada en la capa más mugrienta que encontré. Con precaución, fui buscando el amparo de las sombras.

Pasé junto al mercado de San Miguel, donde a falta de pescaderas vendiendo su mercancía sólo encontré un montón de abandonados puestos repletos de desechos malolientes y peces tan cuajados de gusanos que ni el gato más hambriento los habría engullido.

Giré a la izquierda y bajé corriendo por la calle de la Pasa, aquella por la que según la tradición «el que no pasa no se casa», y en vez de manoleteras y majas del brazo de sus novios topé con los cadáveres de más de una pareja muerta en la refriega.

En la plaza del Humilladero oí de nuevo el tintineo de varias espuelas sobre la piedra. Suponiendo que se trataba de un pelotón de franceses, busqué cobijo en la serpenteante calle del Almendro.

Solitaria como siempre, olía a una mezcla de orín y sepulcro. Al sentir los pasos de los soldados más cerca todavía, me encomendé al santo patrón para que no girasen hacia donde yo estaba. A pesar de la angostura y de saber que no tenía salida hacia la Cava Baja, avancé tomando la curva que me llevaba hasta el lugar donde la leyenda ubicaba el establo de los Vargas, aquel donde san Isidro, siglos antes, guardaba la yunta de bueyes que utilizaba para arar los campos de su señor.

Apoyada en el brocal del pozo que había al fondo de la calleja, opté por disimular dando vueltas a la polea que bajaba el cubo al fondo. Así, si me descubrían, siempre podría poner la excusa de no estar haciendo otra cosa que proveerme de agua.

El vello se me erizó al sentir unos pasos a mi espalda; muy despacio me di la vuelta intentando sonreír y, al reconocer al intruso, suspiré aliviada. Era ni más ni menos que el maestro Goya, que, a pesar de mis andrajos y tal vez por haberme retratado en varias ocasiones, se sabía mis andares y formas de memoria y me había reconocido. Acercándoseme mucho más de lo usual, me susurró al oído.

—Perdonadme si os he asustado, pero os he visto pasar y os he seguido para alertaros: caminad con cuidado, excelencia, que andan fusilando por doquier. Evitad

como a leproserías pasar por Príncipe Pío, el cuartel de Monteleón, la Casa de Campo, Moncloa o la Puerta del Sol. La Puerta de Recoletos tampoco es segura, ya que los chisperos de Las Salesas la defienden como si de una de sus fraguas se tratase. Con razón tienen fama de valientes nuestros herreros.

Los imaginé martinete o tenazas en mano, el pelo recogido en sus redecillas, sus engrasadas coletas y sus ajustadas chupas y soltando chulescos improprios con el desparpajo que los caracterizaba.

Entonces me sobrecogí, consciente de pronto, gracias al relato que el maestro me hacía de la situación de la ciudad, de mi imprudencia: ¡cómo había podido aventurarme a pasear sola!

Ante la calamidad que me describía, sólo ansié su protección.

—Ya que vuestra merced parece haberse recorrido toda la ciudad, ¿tendría a bien acompañarme? —pedí a Goya.

—Si lo que desea es que la ayude a buscar a Pascual López, su bibliotecario, puede regresar su excelencia por donde ha venido para decirle a su viuda que vi cómo lo arcabuceaban hará una hora en el monte de Príncipe Pío. Es uno de los cuarenta y tres desgraciados que Murat eligió junto al presbítero Francisco Gallego Dávila para escarmiento y temor del resto de los insurrectos. Dadle mi más sentido pésame a su parienta y convencedla de que no se moleste en ir a recoger su cadáver, porque el sanguinario cuñado de Napoleón ha prohibido que esto se haga hasta pasados unos días. Lo único que podéis hacer para ayudarla es decirles todo esto a los hermanos de la Congregación de la Buena Dicha, pues se han comprometido a enterrar los cuerpos de los que nadie reclame en un pequeño cementerio de La Florida cuando puedan recogerlos. Ellos la mantendrán informada si, buscando a los difuntos, reconocen entre éstos a su esposo. —Goya quedó pensativo un segundo y, al cabo, continuó—: Si no es a éste sino a vuestro cochero al que intentabais encontrar, puedo deciros también que a un tal Daniel Chorobán lo hirieron en la plaza de la Cebada, y que lo dejé tumbado y a la espera de que lo asistieran en la entrada de la enfermería de la calle del Viento.

—Os lo agradezco, maestro, pero yo sólo salí a ver... —cayendo en la cuenta de mi falta de caridad, enmudecí. Por la expresión de su cara, lo hice demasiado tarde.

—¿A ver qué? —preguntó con un deje de sarcasmo—. ¿Acaso se deleita vuestra excelencia con estos infiernos de muerte y desolación?

—Vos sabéis que amo el arte sobre casi todas las cosas —me sentí en la necesidad de explicarme—, y que intento descubrirlo allá donde se pueda manifestar, pero no me malinterpretéis, por favor. Sufro como todos y lo único que busco es un paso franco para sacar a mis hijas y nietos de aquí lo antes posible.

—No lo hay —negó, al comprender mis cuitas—. No lo lograríais ni por las

riberas del Manzanares ni al cobijo de las tapias del Retiro. ¡Si hasta las alcantarillas de Leganitos están vigiladas por esos asesinos de tres al cuarto! Os aconsejo que regreséis a casa y esperéis allí a que todo se calme —concluyó antes de darse media vuelta e iniciar la marcha.

—¿Vuestra merced adónde va? —Viéndome sola de nuevo, intenté detenerle.

—No os preocupéis, por hoy todo está tranquilo y nada os sucederá si regresáis de inmediato por las callejas por donde habéis venido. Volved con los vuestros sin miedo, señora. Las calles están demasiado llenas de muertos hoy como para que ningún caballo francés pueda atreverse a cargar de nuevo. Yo también marché a casa, a vomitar en pintura y lienzo todo lo que estos ojos han visto esta noche —me contestó mascullando entre dientes mientras se encajaba el sombrero.

—¿A Fuendetodos?

—Sí, señora, ésa es mi primera intención. Ese lugar de Aragón es mi pueblo y no quiero perder la vida si no es allí.

Haciéndome una ligera reverencia a modo de despido, alzó un pañuelo blanco y lo agitó en alto.

—¡Paz! ¡Paz! —le oí gritar, como hacían todos los que huían de cualquier altercado con los franceses.

Quién me iba a decir entonces que no volvería a ver a mi pintor favorito hasta muchos años después...

*Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.*

*Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y desecha por la fusilería. Todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado. Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos. Los autores, vendedores, distribuidores de libelos impresos o manuscritos provocando a la sedición serán considerados como agentes de Inglaterra y arcabuceados.*

Bando de Murat publicado en gacetas y diarios en los días posteriores al Dos de Mayo

Los franceses clamaban venganza por las insignificantes bajas que habían tenido el Dos de Mayo. Muy pocas comparadas con las muertes de nuestros valientes, cuyos parientes, al no poder darles cristiana sepultura, optaron por consolarse arrodillados frente a los altares. Rezaban por sus almas las viudas, viudos y huérfanos, cuando para su mayor dolor y escarmiento los intrusos entraron a saco en todas las iglesias que a su paso encontraron. ¡Sacrílegos sin corazón! ¿No les bastaba con disponer a su antojo de nuestras vidas y hogares que ahora querían privarnos hasta de la salvación eterna?

Haciendo caso al consejo de Goya, me atrincheré con los míos en mi casa de la Cuesta de la Vega y esperé tiempos de calma. Con todo, incapaz de hacerlo de brazos cruzados, decidí ocupar mi tiempo ayudando en la enfermería de la calle del Viento, aquella misma donde habían atendido a mi cochero de sus heridas. Allí, el cirujano Sebastián Tejada me enseñó a suturar, bajar fiebres, hacer torniquetes y contener hemorragias.

Dispuesta a apaciguar la inmisericorde calamidad a la que nos tenían sometidos, ordené que todos los días a la hora del almuerzo se abriesen las puertas de nuestra casa para alimentar a todo hambriento al que a ella se acercase. La voz se corrió tan rápido que la docena de mendicantes del primer día se quintuplicó al segundo, lo que me obligó, muy a mi pesar, a seleccionar de entre todos a los más necesitados, y es que aun habiendo cocinado el doble ya no nos quedaba ni guisote de olla para llenar tanta escudilla ni cuartos para comprar alimentos. ¡Qué bien nos hubiera venido un milagro parecido al de los panes y los peces!

Pero... de qué servía lamentarse. Muy necia sería si no me percatara de que la creciente miseria sólo era un mal menor, un minúsculo mosquito que volaba en el oscuro enjambre que enturbiaba la ciénaga en la que Murat nos tenía ahogados hasta el cuello. Arenas movedizas que no nos brindaban ni la remota posibilidad de asirnos a un palo para salir de ellas. Y lo peor era que, desde la noche de la masacre, la incertidumbre crecía según pasaban las horas sin que nadie nos diera una sola respuesta. ¿Era verdad que andábamos sin monarca? ¿Sería cierto que el rey Fernando también había abdicado en Bayona? ¿Habrían matado ya los franceses a todos los miembros de la familia real y nos lo ocultaban? ¿Qué estaría pasando con mi hijo Paco y con mi yerno, el marqués de Santa Cruz, que habían acompañado al rey a Bayona? Desde el día en que salieron de Vitoria con el séquito de don Fernando y recibimos notificación suya de que partían a Francia, no habíamos vuelto a tener noticias de ellos. ¿Estarían interceptando sus cartas en la frontera?

El maravilloso día en que distinguimos sus voces calle abajo casi no pudimos creerlo y corrimos como locas a su encuentro. Fue como volver a ver a dos resucitados. Mi hija Joaquina, que en cualquier momento podía salir de cuentas y alumbrar un hijo que hasta ese preciso instante no sabía si conocería a su padre, cubrió de besos a su marido mientras yo esperaba impaciente a abrazar a mi primogénito tras mi nuera, que como todos los demás había optado hacía poco por cobijarse en mi casa de la Cuesta de la Vega tras haber sido testigo de cómo desvalijaban y quemaban la suya.

Después de los saludos, los besos y las caricias pertinentes, yo ardía en deseos de que por fin alguien me aclarase todas las incógnitas que aquel mes de mayo me habían tenido torturada; con todo, aún tuve que seguir conteniéndome. Ellos debían primero descansar, asearse y cambiar aquellos andrajos que traían pegados a la piel por ropas más decentes.

Una vez adecentado, mi yerno, el marqués de Santa Cruz, decidió acercarse a su casa para catalogar el alcance del estropicio que ésta sufrió la fatídica noche en que la asaltaron, mientras el resto permanecimos en la mía. Sentados ya a la mesa, las mujeres de la casa observamos en silencio cómo, sin apenas respirar, Paco engullía una fuente entera de perdices escabechadas.

—¡Menos mal que reservé dos tinajas por si acaso! Son de las que cazaste antes de partir junto al rey —le informé.

Él, limpiándose la boca con la servilleta, se excusó.

—Perdón por la gula, madre, pero casi no he comido desde que los caritativos frailes de un monasterio cercano a Jaca nos dieron albergue junto al resto de los vaqueros que nos ayudaron a cruzar.

La impaciencia me impulsó a ser concisa.

—¿Desde dónde veníais?

—Del castillo de Valençay, propiedad de Talleyrand.

—¿Y cuándo dejasteis Bayona?

—¿Dónde te quedaste, madre? —Comprendiendo ya que tendría que contarnos mucho más de lo que había supuesto, se bebió de un sorbo todo el vaso de vino y aclaró la garganta.

—En que acompañabais a su majestad don Fernando para que Napoleón lo reconociera como rey.

Suspiró.

—¡Es tanto lo que te tengo que contar que casi no sé por dónde empezar! Te lo resumiré lo máximo posible, ya que aún me abochorna recordar el engaño del que fuimos testigos.

Todas permanecimos atentas y yo, solícita, le rellené el vaso mientras él comenzaba.

—Nada más llegar a Francia nos encontramos con la sorpresa de que Napoleón, antes de reconocer como rey a don Fernando, había organizado un careo entre padre, madre e hijo. El emperador, sabiendo de la pugna por el poder que existía entre los tres, se había dedicado a alimentar el odio entre los miembros de la familia real mediante cierta correspondencia que los implicaba.

»Apenas había comenzado la reunión cuando don Carlos acusó a don Fernando de los altercados que sufristeis aquí el Dos de Mayo. Le responsabilizaba también de haber incitado al pueblo en el motín de Aranjuez. El padre, por todo aquello, le pedía al hijo que le devolviese de inmediato la corona. Su majestad don Fernando, haciendo caso a los consejos de Escóiquiz, San Carlos e Infantado, contestó a sus padres que no les pensaba devolver lo que hacía tan poco le habían entregado.

»Ya conoces el real sainete, madre: la disputa se hizo riña para terminar en reyerta. Las regias bocas, cual trabucos cargados con pólvora de odios enquistados, dispararon a bocajarro los más dolorosos improperios. Como no podía ser de otra manera, la reina fue la primera que desembuchó señalando a don Fernando y dirigiéndose a Napoleón: “¡Mátelo, su majestad imperial!”. Y don Carlos la secundó: “¿Es que no te cansas de ultrajar mis canas? Me avergüenzo de ti, Fernando”. Y podría seguir durante horas, pero mi mente ha querido borrar el millón de insultos que se dedicaron.

Hizo memoria mirando al techo y prosiguió:

—Que yo recuerde, aquello aconteció durante la tarde del día cinco de mayo y sólo fue el preludio de la debacle que nos esperaba a la mañana siguiente. No sabría decir si por el cansancio de los aludidos o por su falta de constancia, pero lo cierto es

que Napoleón aprovechó su entretenimiento en tan fragorosa pelea para hacerse con el botín.

Absorta en las palabras de mi hijo, no pude menos que asombrarme de mi clarividencia de días atrás, cuando le hablé a Michelle del juego de la silla: ¡era tal y como había imaginado! Sin embargo, y aunque había llegado a suponerlo, ahora que sabía que esa fantasía mía se había materializado no quería creerlo. Paco partió una hogaza de pan, la mojó en la salsa de la perdiz, bebió otro vaso de vino y continuó:

—El primero en claudicar y devolver los derechos a su padre fue don Fernando, que después de una noche en vela dolido por los insultos de sus augustos predecesores, y ante la amenaza de Napoleón de someterle a un consejo de guerra como el máximo responsable de la muerte de los soldados franceses en la revuelta a manos de los españoles, no pudo hacer otra cosa. Dicho de otra manera: o cedía sus regios derechos o aceptaba una condena de muerte. No lo pensó mucho antes de proclamar: «Mi venerado padre y señor: para dar a vuestra majestad una prueba de mi amor, de mi obediencia y mi sumisión, y para acceder a los deseos que vuestra majestad me ha manifestado reiteradas veces, renuncio a la corona en favor de vuestra majestad, deseando que pueda disfrutarla en muchos años». Cuando lo oímos pronunciar semejantes palabras, a todos los hombres que habíamos confiado en él se nos retorcieron las entrañas. Fue como si a traición y por los irreprochables servicios prestados nos pagase con un latigazo. Habíamos salido de España como séquito del rey y no sabíamos en calidad de qué regresaríamos.

Paco miraba al suelo y negaba defraudado. Comprendiendo su decepción me senté a su lado y, tomándole de la mano, intenté infundirle ánimos. Me dedicó una mirada vidriosa antes de proseguir con voz temblorosa:

—Y eso no es todo, madre. La decepción aún fue mayor cuando supimos que don Carlos sólo quería recuperar el trono de España para entregárselo a Napoleón. El muy... prefirió abdicar en favor del emperador de los franceses que dejar la corona sobre la testa de su hijo. A cambio, el gabacho le entregaba el castillo de Chambord en el valle del Loira y una cuantiosa pensión para vivir holgadamente junto a su familia hasta el día de su muerte. ¡Se vendió por treinta millones de reales! No creo que exista una palabra que defina a semejante monarca. —Apretando el puño golpeó la mesa. Intenté consolarle en vano—. Y pensar que don Carlos, doña María Luisa, el pérfido Godoy, su hija Carlota y su amante la Tudó ahora están en Compiègne entre nubes de algodón mientras nosotros...

—Tranquilo, Paco. Demos tiempo al tiempo. Su mero transcurso repondrá las cosas en su lugar.

De reojo, me miró con sarcasmo.

—¿De verdad lo crees, madre? ¿Piensas que todavía hay algo que hacer después

de que padre e hijo han firmado sendos convenios con Napoleón dejándonos a todos sus súbditos al arbitrio del ejército más poderoso de Europa?

No supe qué contestar, la verdad es que mi comentario no había sido demasiado acertado, pero la impotencia ante tanta sandez me bloqueó el pensamiento.

—Lo siento, Paco, sólo ha sido hablar por hablar —me excusé.

—Después de haberse hecho con media Europa, el último capricho de Napoleón era España, y ya lo ha conseguido. —Medio embriagado por su rápido beber, mi hijo comenzó a divagar—: Con el cetro en la mano y la corona sobre las sienes ha citado a ciento cincuenta desertores españoles para que acudan a su Asamblea de Notables a refrendar su Constitución, y te aseguro, madre, que no ha tenido que esperar. ¡Bastardos sin principios! ¡Deleznable amantes de los Bonaparte a quienes no les importa en absoluto que un asesino como Murat y su esposa Carolina Bonaparte sean nombrados reyes de Nápoles!

—¿Es cierto entonces? —le interrumpí—. ¿No será Murat nuestro rey? ¿De verdad se lo llevan a Nápoles? Michelle escuchó algo al respecto hace días en una botillería, pero no lo podíamos creer. ¡Lo que daría por ver a ese asesino encolerizarse al recibir la noticia!

—Es cierto que Napoleón lo ha dudado mucho —asintió—, pero no era en su hermana Carolina, la mujer de Murat, en quien pensaba para dirigir España, sino en Luis o Jerónimo Bonaparte. Al no querer éstos dejar sus reinados de Holanda y Westfalia, será por fin su hermano José quien ocupe el trono de España. Dicen que no le hace demasiada gracia cambiar su trono de Nápoles por el nuestro, pero las órdenes de Napoleón son indiscutibles incluso para sus seres más queridos, por lo que ya está de camino.

—¿Qué hace mientras don Fernando?

—Pasear por entre los rebaños de ovejas merinas que allí tiene Talleyrand o salir con su hermano Carlos a cazar venados. Dicen que descienden de los de El Escorial.

—¿Y ya está? —Se me llevaron los demonios—. ¡Nosotros aquí dejándonos la vida, el espíritu y la bolsa mientras él espera apaciblemente a que le saquen las castañas del fuego! ¡Ajeno a cualquier pendencia, entrega España al invasor y nos deja solos para defenderla!

—Recuerda lo que me enseñaste, madre, y a quién debemos fidelidad —me soltó.

—Sí, hijo. —Consciente del desacato, sólo pude rectificar—: Como en cualquier matrimonio, los nobles hemos de ser monárquicos para lo bueno, para lo malo y hasta la muerte.

Al igual que Paco y mi yerno, fueron muchos los que poco a poco lograron llegar

a hurtadillas desde Francia. Venían todos dispuestos a armarse para organizar un ejército más ordenado que el de guerrillas en contra del invasor. Y, al igual que mi hijo, aun habiendo vivido aquellos deleznable acontecimientos en Bayona, ninguno culpaba directamente al rey don Fernando de semejante desaguisado. Muy al contrario, lo deseaban, lo seguían anhelando tanto o más que cuando tan poco tiempo atrás entró en Madrid ya coronado rey en vez de su padre.

Quizá fuese por la falta de opciones, o tal vez porque cualquier cosa sería mejor que vivir bajo la bota gabacha, lo cierto es que nunca llegué a comprender claramente sus motivos, pero si una cosa estaba clara era que, me gustase o no, tendría que aceptarlo. El Rey Deseado sólo era otra víctima de Napoleón, y era necesario liberarlo para sentarlo de nuevo en el trono que le habían arrebatado.

No tardaría el general Murat en desquitarse de su mal agüero torturando a los presos que aún no reconocían su participación en el alzamiento del Dos de Mayo. Los arcabucearon, y el motivo de su venganza no fue otro que la llegada de un decreto firmado por el emperador el 6 de junio en el que definitivamente proclamaba rey de España a su hermano José en vez de a Murat. A cambio, les ofrecía a su esposa Carolina y a él, como consorte, el reino de Nápoles.

Napoleón era así, como un dios a pequeña escala disponía de países, tronos y gentes a su libre albedrío y ni los de su propia sangre osaban llevarle la contraria. Quizá Murat, de haberlo sabido antes, no se hubiese ensañado como lo hizo con nosotros.

*En la plaza hay un cartel  
que nos dice en castellano  
que José, rey italiano,  
viene de España al dosel.  
Y al leer este cartel  
dijo una maja a su majo:  
Manolo, pon ahí abajo  
que me cago en esa ley,  
porque aquí queremos rey  
que sepa decir ¡carajo!*

José María Solé,  
*Los pícaros Borbones*

Con los apodos de «Pepe Botella», «Tío Copas», «El Rey Pepino» o «El Rey Plazuelas», a José Bonaparte le costaría que le tomasen en serio. Y es que, por mucho que quisiese imponerse a las brasas incandescentes de la indignación de los madrileños por los hechos acontecidos el Dos de Mayo, éstas volaban para prender en pueblos y ciudades de los cuatro puntos cardinales.

Asturias se alzó primero, y le siguieron las juntas de andaluces, gallegos, leoneses, castellanos y aragoneses. Para tener un orden necesitaban unirse en un mismo lugar; aún quedaba por decidir dónde, pero lo más probable era que fuese en Aranjuez, donde crearían la Junta Suprema Central.

Allí los valientes guerrilleros en un ejército irregular por un lado, y los soldados que pudimos pagar la nobleza con lo poco que nos quedaba por el otro, se congregarían en un único afán: el de echar al invasor para restituir al rey Fernando.

Generales como Castaños, Blake, Palafox, Infantado y Cuesta esperaban discretamente para atacar en cuanto se les presentase la oportunidad; eran hombres valientes que derrotaron a los franceses en Bruc a mediados de junio y que para el final del verano esperaban acabar con el primer asedio de Zaragoza.

Pero como no todo pueden ser victorias en los inicios de una guerra, resultó que al poco tiempo, el 14 de julio, perdimos en Medina de Rioseco. Un hecho insignificante, dado que los resquemores de la milicia de partidas y las cuadrillas no permitieron que nuestros soldados se amedrentasen. ¡Qué mejor aliento para seguir luchando que la esperanza de un pronto acuerdo de paz con Inglaterra que nos trajese

los víveres, municiones y armas que necesitábamos!

Las noticias de las jubilosas victorias y de los tortuosos fracasos me llegaban por cartas de mi hijo Paco, que, nombrado teniente coronel del Regimiento de Voluntarios de la Corona, fue de los primeros en salir de Madrid para luchar. En el sur, el general Dupont ocupaba Córdoba después de habernos derrotado en la batalla del Puente de Alcolea, donde mató a cañonazos a doscientos de nuestros valientes. Días después, la victoria de los nuestros contra la escuadra de Rosily vendría a endulzarnos el paladar hasta el amargor del saqueo de Jaén por el enemigo. Según todos, la confrontación en Bailén decidiría definitivamente hacia qué bando se inclinaba la balanza de la victoria.

Aquel día de Santiago, esta vez escondida tras las cortinas del balcón del marqués de Astorga, vi pasar a la comitiva que iba a coronar a José Bonaparte.

Hacía poco más de cinco días que el usurpador había entrado en Madrid y yo aún no había encontrado el momento idóneo para huir, aunque permanecer en la ciudad se había vuelto peligroso para nosotros, ya que muchos nos señalaban como a proscritos que aún no habíamos ido a rendir pleitesía al nuevo rey.

¿Qué diferencia el recibimiento que se estaba dando a Pepe Botella aquel 25 de julio con el que Madrid le había brindado a don Fernando hacía tan poco! ¿Por qué tuvo que marcharse a Bayona? ¿Cómo es que aquella mera decisión vino a estropearlo todo?

Al ver aparecer la cabecera, bromeé con la mujer de Astorga:

—¿Qué hace vuestro marido que no está allí?, ¿no era el custodio y pendonero real?

—Y lo sigue siendo. Del rey don Fernando.

—Él ya no es el rey de España —la contradije.

—Le esperaremos hasta que regrese de nuevo, como vos. Mientras, cada vez que le llamen para portar el pendón seguirá alegando enfermedad.

—A todos nos está costando asimilarlo —asentí—. Ya veo que quien sí ocupa su lugar es el conde de Campo Alange. Ahí va, estirado como un pavo junto al resto de los reyes de armas.

—¡Pérfido felón! Así de nada habrá servido la excusa de mi señor —exclamó mi compañera.

—Sólo hace lo que la gran mayoría —suspiré—. Miradlos, ya son tantos los que alardean de ser más franceses de corazón que los propios intrusos que se me cae el alma a los pies. ¿Cómo es posible sucumbir tan fácilmente a la tentación de un rápido enaltecimiento?

—Por vanidad, supongo. Ya sólo nos faltaría ver cómo Pepe Botella los enaltece

condecorándoles con el Toisón de Oro, la Real Orden de Carlos III o la Orden de Isabel la Católica.

Sentí contradecirla.

—Por lo poco que le conozco, le creo más capaz de crear su propia institución premial que valerse de una orden ya existente con anterioridad. Eso le diferenciaría de entre los anteriores reyes españoles sin la menor duda.

—¿Algo así como la Legión de Honor?

Asentí.

—Parecido. ¿Os acordáis de la Real Orden de María Luisa, cuya banda tantas veces hemos tenido que colocarnos por obligación? Igual que pasaba con la huidiza arpía, la condecoración que José Napoleón otorgue a sus entregados fieles será para él la más importante. Si es así, a los demás al menos nos servirá para distinguir a los afrancesados de los que no lo son.

—No sé si a todos, pero sin duda a los más destacados. ¿De qué color creéis que teñirá sus bandas?

Dudé.

—Es difícil predecirlo, pero creo recordar que el color berenjena le privaba.

Un grito aislado de «Viva el rey» bajo nuestro balcón me hizo callar. La mujer de Astorga se indignó:

—¡Acercadme esa maceta, que se la tiro ahora mismo!

—Sólo serviría para delatarnos —la apacigüé—. No es el primer mendigo que le vitorea ni será el último. Comprendedlo, sólo lo hacen ante la expectativa de que alguien de la comitiva les arroje un puñado de monedas o de que esta noche, en las celebraciones de su advenimiento, se sirvan mesas francas en las plazas. El estado llano, si algo ha aprendido, es que a cada cambio de rey hay comida, y esperan que esta vez no sea una excepción.

—¡Por qué poco se venden! —concluyó mi amiga.

—A los pobres que se venden por pura necesidad no los culpo. Los que de verdad me enervan son los que sin un crujir de tripas por el hambre someten su integridad al mejor postor. Los ignorantes lo que no saben es que José Napoleón no siente escrúpulo alguno en despedirse de unos fieles para reemplazarlos por otros. Eso es lo que ha hecho con todas las personas a las que en algún momento pudo estar ligado afectivamente. Tanto con las recientes amantes que dejó en Nápoles con sus retoños como con su legítima esposa y sus dos hijas, que, según me dijeron, hace tiempo abandonó en París. La reina consorte de España se llama Julia Clary.

—Bien está saberlo —bajó el tono de voz—, pero no creo que venga a conocer a sus súbditos, ya que viven separados desde hace años, algo que no ha de extrañar a

nadie dada la infidelidad del señor. Pero... esperaba que fueseis vos, Pepa, la que me pusieseis al tanto. ¿Acaso no le conocisteis el año que estuvisteis en París?

—Someraamente, en un par de cenas cuando aún salía con su mujer —sentí defraudarla—, de ahí que sepa cómo se llama. Siento reconocer que entonces no le presté demasiada atención, ya que sólo era uno de tantos diputados de la república. ¡Si llego a imaginar esto, otro gallo cantaría!

—Sabréis al menos si es un hombre tan belicoso como Murat o, por el contrario, prevalece el diálogo en sus inclinaciones. Me interesa ante todo el *modus operandi* del susodicho —insistió.

—Aquéllos eran los negocios de mi marido, el duque de Osuna. —Me encogí de hombros—. Pedro era el único que, esperando embajada, se dedicaba a las labores diplomáticas.

—¡No me puedo creer que la mujer que todo lo sabía en la corte ahora ande presa de la ignorancia más supina! —bromeó.

—Y lo mejor es que ni siquiera me importa. Desde lo de Bayona ando tan desengañada de toda política que prefiero no profundizar más en gobiernos ni en gobernantes. Definitivamente, he decidido dedicarme por entero a mi familia y a las obras caritativas, ya que siempre son más gratificantes.

Terminada la patética procesión, entramos. La marquesa de Astorga prosiguió la conversación mientras me acompañaba a la salida.

—Pues creo, Pepa, que no deberíais dejar de interesaros por las cosas de los reyes y sus gobiernos, más que nada por lo mucho que podríais perder si este rey termina por acometer ciertas reformas que podrían calificarse de drásticas para con nuestros intereses. Son cambios que nos perjudican de lleno, pues pretenden acabar con las tradiciones de hace siglos.

Me así de su brazo para bajar la escalera y la miré fijamente a los ojos.

—Me estáis asustando. A mí ya me han decomisado El Capricho y todas mis obras de arte, ¿qué más me pueden quitar? ¿La vida, quizá?

—Aún recibís las rentas de las cosechas —suspiró la de Astorga—. Rogad a Dios para que vuestros contables sigan teniendo la posibilidad de hacer cuentas y dadle gracias por seguir siendo una privilegiada que, en vez de mendigar, puede permitirse seguir llenando los buches ajenos. —Acepté el reproche sin musitar palabra en tanto ella proseguía—: José Bonaparte piensa depreciar el valor de la moneda de real para que nada valga lo que tenemos escondido en las arcas. Pretende abolir los Concejos de la Mesta y todo lo que quede de feudalismo, quiere suspender el Tribunal de la Inquisición y confiscarnos a los nobles lo poco que sus generales aún no nos han apiolado.

—Según lo describís, lo que pretende es terminar con cualquier poder que no sea el suyo —concluí entristecida.

—Con el poder y la cultura —me corrigió—. No sólo se ha hecho con vuestra biblioteca y vuestra pinacoteca, también tiene todo lo de Infantado, Medinaceli, Híjar, Fernán Núñez, Castelfranco, Santa Cruz, Altamira, el obispo de Santander...

—¿Dónde lo estarán almacenando? —interrumpí la monótona lista al pensar en alto—. Sea donde fuere, tenemos que enterarnos para recuperarlo el día que los expulsemos para siempre. Si os enteráis de algo, decídmelo. —Y, echándome la capa sobre los hombros, me despedí de ella.

—Lo mismo os digo —fue su respuesta.

Hacía ya doce días que José Napoleón estaba en Madrid y, a pesar de los esfuerzos de nuestros hombres, nada parecía cambiar las cosas. Aquel atardecer bordaba junto a mis hijas una bandera para el regimiento de Paquito cuando nos vimos obligadas a esconderla a toda prisa bajo los faldones de la mesa camilla. Pudimos hacerlo sin temor a quemarla, ya que en julio el brasero de nuestros pies estaba apagado.

La lámpara de aceite aún se zarandeaba por el ajetreo cuando los soldados franceses irrumpieron peor encarados que de costumbre en busca de algo. Con aire de displicencia me levanté.

—No me queda ya nada. ¿Qué se les ofrece en esta ocasión?

El coronel, aun sabiendo que yo dominaba su idioma, se esforzó por hablar en el nuestro.

—¡Los retratos, miniaturas o grabados de sus parientes! ¡Necesito poner cara a su hijo, a su yerno, a su primo y a cualquiera que esté en busca y captura por su deslealtad al rey!

Disimulando una sonrisa le guié hasta el gabinete contiguo. Dos días antes, previendo aquella visita, yo misma, tijera en mano, había recortado las caras de los lienzos para esconderlas junto a las pocas joyas que pude salvar de la primera incautación. No tenía nada que temer, ya que se ocultaban en unas tinajas que había ordenado enterrar hasta el cuello en las bodegas. Me adelanté a sus reprimendas.

—Me extraña que me pregunten hoy por ellos cuando ayer mismo vino otro de sus comandantes a por lo mismo. Pregúntele a él, porque me consta que ya tienen varias copias de sus rostros para difundirlos entre sus regimientos.

—¿Cómo se llamaba el comandante? —Confuso, frunció el ceño.

—¿Se ha presentado acaso el señor? No, ¿verdad? Pues igual hizo su compañero, así que en eso siento no poder ayudarle. De todas formas, le pido clemencia para los

míos cuando los detengan.

Me apartó de un empujón y, dirigiéndose hacia la entrada, ordenó a sus hombres que le siguiesen mientras refunfuñaba.

—¡Lo dudo, señora! En alguien tenemos que vengar a nuestros caídos en Bailén, y los nombres de los suyos suenan como los más propicios.

Tomando de la mano a Manolita, esperé a que los pasos se alejasen para abrazarnos llenas de alegría por haber logrado, al menos en aquella ocasión, escapar a la rapiña de los franceses.

Por mucho que ahora debiéramos el presente acoso a aquel triunfo, lo cierto era que estábamos felices porque, después de doce horas de contienda a cuarenta grados de temperatura, Castaños y el resto de nuestros generales habían vencido a los franceses el 19 de julio en Bailén. Lo mejor de todo fue que Pepe Botella no llevaba más que unos pocos días en Madrid cuando aquel triunfo español le forzó a salir con el rabo entre las piernas de la capital junto a su corte de amantes, meretrices y oportunistas.

Nosotras, por nuestra parte, habíamos decidido celebrar aquella huida y, para ello, no se me ocurrió nada mejor que enviar al Regimiento de Infantería de Voluntarios de Castilla, al que se había incorporado Paquito, todas las sillas, aperos, estribos y riendas que me quedaban en la cuadra.

¡Qué ingenua demostré ser al creer que una guerra se gana en una sola batalla! La algazara de Bailén, las victorias sobre el enemigo en el primer sitio de Zaragoza o en el de Gerona, la derrota del general Junot a cargo de sir Arthur Wellesley en Portugal o el retroceso de los franceses hasta el Ebro no sirvieron de mucho frente a las fuerzas que les inspiró a los franceses la cercanía del mismísimo emperador. Y es que, al parecer, Napoleón había venido en persona a socorrer a su hermano José.

Las derrotas en Espinosa, Tudela, Somosierra, Uclés y La Coruña fueron desinflando a nuestros hombres hasta el punto de que la Junta Central Suprema decidió entonces trasladarse de Aranjuez a Sevilla por encontrar la ciudad hispalense más segura. Napoleón, viendo ya salvado el reino de José, decidió regresar a Francia.

Aquel 22 de enero de 1809, José Bonaparte esperaba su segunda entrada triunfal en Madrid hospedado en Chamartín, en casa de los duques de Pastrana. Sólo hacía siete meses que se había marchado y ya regresaba el usurpador, más fortalecido si cabe.

Incapaz de soportar su cercana presencia de nuevo, empecé a plantearme una digna huida junto a los míos. Al saberlo, la marquesa de Astorga vino a despedirme cargada de novedosos chismorreos.

—Esta vez ha sido la acompañante femenina de José Napoleón la que desde una carroza ha ido lanzando puñados de monedas por los aires.

Fingiéndole un somero interés en ella, susurré superficiales conjeturas:

—Es lista la condenada. Sólo me pregunto cómo habrá logrado imponerse como su preferida.

—Poniendo buena cara a los escauceos de su protector —dijo carcajeándose mi amiga—. La Montehermoso consiente como todos los que a su lado caminan. ¿Es que no habéis oído siquiera hablar de ella?

La miré desconcertada.

—Estoy tan concentrada en recomponer mi casa y ayudar a los necesitados que cada vez se me escapan más cosas —me excusé.

—Pues os diré que José Napoleón, desde que puso su bota en nuestro reino, no ha perdido una oportunidad de amores. No hay mujer que se le resista, independientemente de su condición. Encabeza la lista María Pilar Acedo y Sarriá, más conocida por «la Montehermoso». Dicen que la vio por primera vez en una cena que ella misma organizó en su casa de Vitoria al pasar su comitiva por allí; a sus veinticuatro años recién cumplidos esa niña sabe bien a qué hombro arrimarse. Al parecer, no le ha sido difícil conquistar al Bonaparte, dado su perfecto francés. La muy ladina ha seguido a pies juntillas los consejos que su propio suegro daba antaño en los discursos filosóficos sobre la moral más propicia a seguir por toda mujer. —Alzó la voz para resaltar la máxima—: «¡Si una mujer ha de bailar con un hombre que no sea su marido, que no salga como a la fuerza ni con vergüenza, que lo haga con un porte majestuoso lleno de gracia y decencia!».

Simulé una risita, como si lo que me estuviera contando tuviera mucha gracia, y tal vez debido a ello, sin percatarse de lo poco que me podía importar aquel tema de conversación, mi compañera siguió cotilleando, poniéndose ahora la mano sobre los labios para susurrar su chismorreo:

—Por cómo se comporta, debieron de entupírsele los oídos cuando pronunció la palabra «decencia». Para que de verdad estéis del todo enterada me siento en la obligación de deciros que no es María Pilar la única. La Montehermoso compite en estos amores con la voluptuosa cubana María Teresa Montalvo, la joven viuda del conde de San Juan de Jaruco, el antiguo y más rico gobernador de La Habana. Eso sin mencionar a las mujeres de algún que otro de sus generales, y a las bailadoras, majas y sopranos que esporádicamente calientan su lecho. Y es que parece que el amante es generoso. Dicen que a la Montalvo le ha comprado un palacete en la calle Clavel para verla a escondidas.

Consciente de que no podría terminar con aquel empeño suyo por hablar de temas que en absoluto me interesaban, opté por seguirle el juego.

—Sabía que Pepe Botella era mujeriego, pero no que llegaba a ese punto.

—«La Montehermoso tiene un tintero, donde moja su pluma José primero» — canturreó—. Pepa, debéis de ser la única que aún no ha oído esta coplilla. Don Ortuño Aguirre del Corral, su marido, sólo es un cornudo consentido. Supongo que es el tributo que debe pagar por haberse casado con una mujer a la que le saca diecisiete años.

Molesta por su prepotencia de sabelotodo, intenté darle un tizne un poco más cultural a nuestra conversación. Pensando en Ortuño me vinieron a la mente los *Caprichos* de Goya, donde el maestro tan bien representaba a este tipo de hombres.

—Por lo que sé, el marido de la descastada es un hombre ilustrado, miembro de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, al que le he comprado en más de una ocasión algún libro, moneda o mueble antiguo. Dicen que está medio arruinado, pero a mí no es eso lo que me importa de él, como tampoco me atañe que sea un cornudo consentido; lo que más me ofusca es que fuese uno de los asistentes a la Diputación General de Españoles convocada por Bonaparte que el diecinueve de mayo aprobó la Constitución en Bayona para legitimar la instauración de esta monarquía napoleónica. Además, según se compran las voluntades, si ese hombre prepara la cama de su mujer para otros será porque algo más habrá sacado a cambio.

Ella sonrió al decir:

—¿Su nombramiento de gentilhombre de cámara, la Grandeza de España para su título, la condecoración de la Orden Real de España, aquella que vos predijisteis color berenjena, o los trescientos mil reales que le han pagado por su ruinoso palacete en Vitoria os parecen suficiente?

No pude evitar hacer comparaciones.

—¡Nada al lado de lo que llegó a conseguir Godoy por sus estrechos favores, pero he de reconocer que tampoco está mal! Orduño no será el primero ni el último que a cambio de unas migajas de vanidad se arrastra a los pies del recién llegado rey. Habrá que ver cuánto tarda José Napoleón en cansarse de tanto arribista. Cuando eso ocurra sólo espero que me aviséis para regresar a Madrid.

La marquesa de Astorga me besó en la mejilla y se despidió con cierta pesadumbre.

—No sabéis cómo siento que nos dejéis. A este paso no tardaré ni un mes en quedarme prácticamente sola. Seguiré informándoos por carta de todos estos dimes y diretes. Cuidaos, Pepa.

*Pepe Botella, baja al despacho,  
no puedo ahora, que estoy borracho.  
Pepe Botella, no andas con tino,  
es que ahora estoy lleno de vino.*  
Dicho popular

**1809**

Abstemio o no José Bonaparte, me sentí incapaz de permanecer un día más en la villa y corte para comprobarlo. Hacerlo, y obcecarme en negar el obligado juramento de fidelidad que los franceses nos requerían a mí y a todos los míos, sería como firmar una sentencia de apresamiento y quién sabe si de muerte para toda mi familia.

Ya sentadas mis hijas, mis seis nietos y yo misma en el coche, casi pude escuchar el sonido desbocado de los latidos de los corazones de Pepita y Joaquina. Ellas, como yo había hecho en tantísimas ocasiones, procuraban disimular su miedo para no contagiar a sus hijas. Antes de arrear a los caballos, el cauteloso Chorobán, casi completamente recuperado de las heridas que sufrió el Dos de Mayo, comprobó que la calle estuviese desierta.

Atravesábamos el zaguán cuando la clara voz de un hombre gritó a los cuatro vientos la hora y el tiempo.

—¡Las cinco de la madrugada y los cielos cubiertos!

¿Cómo podía no haber caído en ello? Era Esteban, el jefe de los serenos, que puntual como un nocturno reloj al que nunca había que darle cuerda cumplía con su cometido. A pesar de andar ya achacoso y de haber superado en mucho la treintena de años de servicio, requisitos indispensables de las ordenanzas que dispuso Carlos III al fundar este cuerpo, seguía ejerciendo, y es que los más jóvenes en este arte bebían de su experiencia. En circunstancias normales jamás habría desconfiado de él, ¿cómo hacerlo si llevaba más de tres décadas velando por nuestra seguridad?, pero las cosas habían cambiado tanto que no sería extraño que por su oficio hubiese sido constreñido a delatar cualquier movimiento extraño en la calle. Además, ¿quién nos aseguraba que aquella noche no hubiese prendido todos los faroles de la calle? Si así fuera, pensé, tendríamos que recorrer casi cincuenta varas de distancia antes de que la oscuridad nos amparase.

Cerré los párpados deseando con toda mi alma que, por una noche, Esteban

hubiese olvidado la pértiga en su casa y no hubiera podido ocuparse del alumbrado público; de no ser así, las llamas, colgadas a tan sólo doce pies de altura en unos faroles situados a cien pasos de distancia unos de los otros, delatarían nuestra fuga.

Los cascos de nuestros caballos tronaban al paso en la Cuesta de la Vega cuando, al no percibir ni un atisbo de claridad a través del velo de mis párpados, comprendí que mis plegarias debían de haberse hecho realidad.

Me armé de valor y fui entreabriendo los ojos para comprobar que mi intuir era cierto. Incluso me atreví después a asomarme para soltar de golpe todo el aire que retenía en mis pulmones: allí fuera reinaba la más tenebrosa oscuridad, la misma que se encuentra en medio de un sembrado en las noches nubladas de luna nueva. Al doblar la esquina me pareció distinguir la figura del sereno despidiéndonos entre las sombras.

Más tarde supe que Esteban era primo de mi cochero, y aquella casualidad que yo creí providencial fue uno más de esos arriesgados favores que los sometidos nos intercambiábamos sin esperar correspondencia alguna. El hoy por ti y mañana por mí sacaba a relucir lo mejor de cada uno de nosotros.

Cobijados entre las sombras con los fanales del carruaje apagados y las cortinas echadas, conseguimos burlar a la guardia real, que, en vez de custodiar la salida, dormía en los puestos vigías la monumental borrachera que habían cogido a raíz de las recientes celebraciones que por el regreso del Rey Pepino tuvieron lugar.

El mayor peligro que debíamos superar en nuestra huida estaba, pues, soslayado, y en cierto modo debíamos dar las gracias por ello a José Bonaparte, pues su entrada por la puerta norte de Madrid facilitó nuestra salida por la del sur.

Aunque conseguí convencer a mis hijas de que apenas llevaran equipaje para no levantar sospechas, lo cierto era que aquella berlina londinense no daba más de sí. Mis tres hijas, mi nuera y los seis nietos sobre nuestros regazos éramos demasiados, y lo peor era que, aunque los demás aún no lo sabían, en Pinto se nos pretendía unir una última ocupante.

A dos leguas de Madrid, y ya completamente segura de que nadie nos seguía, conseguí tranquilizarme y, recuperado de nuevo mi tono habitual de voz, pude hablar:

—¡Por las cuatrocientas guineas que pagaste por él, Joaquina, ya podría haber sido un poco más grande el carruaje! Ahora tendremos que descapotarlo para que quepa la condesa de Chinchón.

—Madre, bien sabes que es el único que he podido esconder a los confiscadores. Por lo demás, y te pongas como te pongas, aquí María Teresa no cabe. ¡No sé por qué tiene que andar siempre pegada a nuestras faldas!

—Parece mentira que digas eso, hija, cuando hace tan poco erais tan amigas.

—Desde que Godoy se marchó no hemos vuelto a verla ni Pepita ni yo. —Bajó la mirada—. Es como si con la desaparición de su marido, de los reyes y de su hija, hubiese aprovechado y querido enterrarnos a todas sus amigas, o como si de golpe y porrazo hubiese decidido cambiar drásticamente de vida.

Suspiré; aun siendo madres de familia, mis hijas todavía tenían que aprender mucho de la vida.

—No se lo tengas en cuenta, quizá sea por la repentina ilusión de haberse visto por fin libre por lo que últimamente comete tantas estupideces. Hazme caso y deja que el tiempo repose su arrebatado proceder, si no lo ha hecho ya.

—¿Por qué no viaja con Antonio María de Borbón, su hermano? —Herida en su orgullo, Joaquina insistía sin parecer querer comprender mi consejo.

—Porque hace meses que éste dejó Toledo para ser arzobispo de Sevilla. Por otra parte, me consta que él sólo confía en nosotras para que se la llevemos sana y salva. Ten caridad, hija, y piensa en lo sola que se debe de encontrar.

Sin embargo, como una niña enrabiada no quería dar su brazo a torcer.

—¡Pues que lo hubiese pensado antes de desestimar nuestras reiteradas invitaciones!

Pepita asintió refrendando la ofuscación de su hermana. Manolita, apretujada en una esquina por las mayores, daba vueltas a un tobillo que se le había quedado entumecido antes de interrumpir:

—¿Has pensado que quizá en la soledad esté como en la gloria? Sin marido que la menosprecie, reina que la vilipendie o amigas que le digan a todas horas qué hacer. ¿O es que aún no sabes que su soledad ha sido buscada y no impuesta? —sentenció.

Un codazo de su cuñada en el costado la obligó a callar. Al contrario que sus hermanas, Manolita hablaba muy poco, probablemente porque al ser la pequeña nunca la dejaban. Por eso, cuando lograba meter una cuña, lo hacía con suma precisión y sin andarse por las ramas. Asentí recordando lo duro que debía de ser para María Teresa, aunque no lo reconociese, haber dejado a su hija Carlota marchar a Francia junto a todos los que ella odiaba. Como no quería ahondar más en semejante desatino, retomé el punto de partida de la conversación.

—Sea como fuere, que viaje sola es peligroso. La recogeremos y no hay más que hablar. Las apreturas sólo serán hasta Ocaña; allí Ascargorta lo ha arreglado todo para que nos truequen esta berlina de paseo por dos carrozas de viaje más grandes y cómodas para todas.

Joaquina, al ser la dueña del coche, frunció el ceño. Fingí no haberla visto y, sacando la mano del manguito de piel, acaricié la fresca mejilla de mi nieta pequeña.

Notando el calor que manaba, la niña apretó aún más la cara contra mi palma.

—Y no admito ni una discusión más al respecto —zanjé, antes de que alguna se atreviera a protestar de nuevo.

Alguna autoridad debía de tener todavía para ellas porque, por respeto, ninguna se atrevió a musitar siquiera.

En el horizonte, los contornos de Madrid desaparecían. Atrás quedaban la mayor parte de nuestras ilusiones, recuerdos y caprichos. Dejábamos custodios de nuestras casas en ruinas a Michelle, Ascargorta y a otra media docena de fieles criados que, por no tener a donde marchar, aún no nos habían abandonado. Ellos serían los veladores de los pocos tesoros escondidos que nos quedaban y que no sabíamos cómo ni cuándo podríamos recuperar.

Como cuando años antes partimos a París, mi contable me había guardado bajo el bancal donde estábamos sentadas una caja llena de monedas para sufragar los gastos del viaje a Sevilla. Ascargorta había previsto una cantidad suficiente para que contásemos con lo necesario y hasta para pagar los pasajes de un barco en el funesto caso de que el invasor acabase comiéndonos el terreno. En el fondo de la caja estaban los justificantes de nuestros cuantiosos fondos a cargo de Lyne Hawthorn & Roberts en Londres. «Por si, Dios no lo quiera, tiene que desterrarse su excelencia a Inglaterra, sepa que éstos son sus administradores en ese país», me reveló al despedirme.

La recogida de María Teresa transcurrió sin incidentes y el esperado cambio de carruaje en Ocaña fue una bendición para mis molidos huesos. A partir de allí, todo fue más o menos tranquilo, a pesar del temor a que en el puerto montañés de Despeñaperros pudiésemos toparnos con alguna cuadrilla de bandoleros.

En la ruta de viaje estaba previsto parar unos días a descansar en mi cortijo de Santa María del Bosque, pero resultó que un guerrillero se había apoderado de él y había echado a nuestro administrador, algo de lo que éste nos alertó a las puertas de la finca. El ladrón sólo era uno de los miles de desalmados que, aprovechando la anarquía, robaban, mataban y cometían todo tipo de tropelías. Pero ya recibiría su merecido en cuanto echásemos a los franceses.

Había llegado un momento en que ni siquiera sabía qué era lo que me quedaba. La calamidad era tanta que lo que un tiempo atrás en París supuse una quiebra ahora se hacía minucia, y, como con eso, así sucedía con tantas otras cosas absurdas que antes me quitaban el sueño.

Al divisar la torre del Oro flanqueando la orilla del Guadalquivir mandé parar al cochero. Sevilla, como siempre acogedora, bullía de alegría. Hacía escasamente un

mes que se había trasladado la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino desde Extremadura para seguir dirigiendo la guerra. El 16 de diciembre de 1808 se estableció oficialmente allí y, a consecuencia de ello, en busca de su amparo habían llegado como nosotras miles de personas ansiosas por hallar un refugio más seguro. A nadie importaban sus fortunas, procedencias o condiciones, porque si algo teníamos todos en común era el ansia de que aquella guerra, ya bautizada como «la de la Independencia», finalizase lo antes posible.

Guiados por la repentina aparición entre los tejados de la majestuosa Giralda, su minarete y su campanario, dejamos a la Chinchón en el Palacio Arzobispal, donde residía su hermano y donde la sabíamos a salvo, para dirigirnos a casa de nuestra parienta María Teresa de Silva Fernández de Híjar y Palafox, marquesa de Armunia. Aquella generosa mujer nos dejaba su casa durante el tiempo que precisásemos mientras ella estuviese en Cádiz con su hijo, el duque de Berwick, fruto de su primer matrimonio. Nada más llegar supimos que no éramos sus únicas inquilinas.

Nuestra antigua casera en París, la duquesa viuda del Infantado, nos recibió en la puerta como si fuese la mismísima dueña del palacio. Había convertido el palacete en un acuartelamiento espía para dirigir a los infiltrados entre las filas francesas. Nada de extrañar, ya que su hijo, como uno de los principales defensores de don Fernando, también costeaba regimientos en contra de los invasores.

Apenas nos saludamos, dejé a mis hijas embelesadas con sus historias para salir a caminar y desentumecer mis huesos de tan largo viaje. Hacía años que no paseaba por aquella ciudad y, sin pretenderlo, mis pasos me guiaron hacia el palacio de las Dueñas. Me detuve para recordar a la que había sido su propietaria, mi añorada prima Cayetana. Era cierto que la duquesa de Alba había muerto demasiado pronto ¡pero de cuántas cosas se había librado!

Ensimismada en mis pensamientos, sentí cómo algo humedecía mi tobillo. Al agachar la cabeza vi asomado al otro lado de la reja a un pequeño perrillo que me lamía afanoso. Era de la misma raza y color que *Jazmín*, aquel con el que Goya había pintado a Cayetana en más de una ocasión. Al no llevar lazada, collar o medalla, y asombrada por la casualidad de que, justo allí cuando yo recordaba a Cayetana, un perro similar al suyo me hubiera salido al encuentro, decidí quedármelo convencida de que a mis nietos les encantaría la sorpresa y de que sería un buen entretenimiento y consuelo para ellos, pues eran aún muy pequeños y seguro que no tardarían en comenzar a echar de menos sus casas, su ciudad, sus ayas, su vida... Definitivamente, aquel animal era la reafirmación de que, a pesar del acoso que estábamos sufriendo, la vida continuaba.

Esforzándome por no herirlo al pasarlo entre los barrotes, lo tomaba ya en brazos cuando sentí una mano sobre mi hombro. Era la condesa de Chinchón, que nada más

verme pasar caminando frente a sus ventanales salió a buscarme.

—Os creía abrazada al cardenal, vuestro hermano —bromeé—. ¿Qué fue de esa soledad que tanto buscabais? ¿Ya os cansasteis de ella? No me digáis que, recién llegadas y después de haber viajado las dos tantas jornadas juntas, ya me echabais de menos.

—Precisamente porque acabamos de llegar me preocupa que Luis María esté pensando en organizarnos otro viaje —confesó sin darse por aludida con mis chanzas—. Asegura que, a pesar de la victoria de Wellington en Talavera, las tropas enemigas avanzan. ¿Qué opináis vos? —Eran tantas las noticias que a diario nos llegaban que ya no sabía cómo mantenerme al margen. Al ver que yo no añadía nada, la de Chinchón insistió—: Dice mi hermano que deberíamos partir hacia Cádiz. Podríais acompañarme, ya que vuestra parienta, la misma duquesa del Infantado que aquí os hospeda, no tiene inconveniente en alojarnos en su casa.

¿Por qué la condesa de Chinchón hablaba en plural? Desde que llegó a la corte para casarse con Godoy la había compadecido, adoptado y consolado en todo momento, pero aquello pasaba de castaño oscuro. ¿Quién era ella para disponer del futuro de mi familia? ¿No le bastaba con haberse convertido en nuestra sombra incómoda durante todo el viaje que ahora también pretendía compartir nuestro techo? Procuré ser delicada:

—María Teresa, no sé si esta vez os acompañaremos. ¿No venían vuestra hermana y madre a Sevilla? Es a ellas a las que deberíais convencer para que os acompañen.

—Era lo planeado, pero el duro asedio que sufre Zaragoza las ha obligado a variar sus planes —contestó cabizbaja—. Con la ayuda de Palafox saldrán de Zaragoza para llegar a Valencia y embarcar hacia Palma de Mallorca. Dado que es poco probable que encuentren una fragata que las traiga a las costas andaluzas, se quedarán allí.

—Pues esperad a que vuestro hermano viaje a Cádiz —dije sonriendo.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Como único miembro varón de la familia real en España, debería estar en el lugar más seguro de este país. Si él cree que lo es para vos, ¿no debería también ser para él?

—¿Quiere decir eso que no me queréis acompañar?

A veces, su indefensión, su inocencia me hacían perder la paciencia.

—Sólo quiere decir, María Teresa, que por mucho que os queramos todos los de mi casa, nunca podréis cambiar a vuestra familia por la mía —le dije, con toda la sinceridad pero, también, con toda la dulzura de que fui capaz.

Se fue cabizbaja y sin añadir nada más. No se había alejado dos varas cuando ya

me arrepentía de mi odioso comportamiento. Sentía que, en el momento de hablarle, me había dejado llevar por mi egoísmo. Sí, egoísmo, y se debía éste a que en ocasiones, estando mis hijos y mi yerno en la guerra, me sentía desbordada en mi papel de cabeza de familia y, precisamente por eso, le había negado la posibilidad de estar con nosotros: simple y llanamente porque no me veía capaz de hacerme responsable de una persona más, porque tenía la sensación de que todo eran cargas sobre mis hombros y aguantaba, para no asustar a mis hijas ni incomodarlas, mucho más de lo que debía. Por eso me negué, porque me rebelaba ante la idea de hacerla mi hija cuando ya tenía ella una madre. Claro que, como pensé después presa de los remordimientos de conciencia, ¿qué tipo de madre era aquélla? Una ajena, distante... Lo cierto es que María Teresa, probablemente, había recibido muchos mejores consejos y sin duda más apoyo de mí que de ella.

Y así me fui a casa: con la horrible sensación de haberle fallado a alguien que me necesitaba, alguien que tal vez me veía como una madre aunque no fuera mi hija.

Pasaron los meses y con ellos los acontecimientos. Decenas de noticias nos llegaban a diario y, como ya venía pasando desde el principio de la contienda, las malas se compensaban con las buenas. A finales de marzo celebramos la derrota de los gabachos en Vigo sin dar demasiada relevancia a la toma de Oporto por parte del mariscal Sault. En mayo, mientras el azahar de los naranjos en flor y los jazmines embriagaban de perfume las calles, supimos del principio del asedio a Gerona y el éxito de Wellesley al recuperar Oporto de manos francesas. En julio, y con un calor de justicia, brincamos de alegría al saber del triunfo anglo-español en Talavera de la Reina dos días después de la festividad de Santiago apóstol. ¡Bien merecido tenía aquel valeroso caballero todos los elogios que se le dedicaban! Desde la muerte de sir John Moore, era ahora sin duda Wellesley nuestro héroe inglés. En noviembre no quisimos pensar demasiado en la derrota que sufrimos el día 19 en Ocaña, y en diciembre casi nos pusimos de luto al saber que Gerona, después de siete meses de asedio, había capitulado, por lo que ahora estaba en manos enemigas.

Pasadas las Navidades de 1809, mis hijos varones, que andaban cada uno por su lado luchando en diversas contiendas, me alertaron del inminente asedio a Sevilla. Empujada a seguir de nuevo los pasos de la Junta Central, que por fin había decidido dejar la ciudad hispalense para cobijarse en la isla de León, donde se instaló oficialmente el 23 de enero de 1810, decidí plantearme seriamente la propuesta que casi un año antes me había hecho la condesa de Chinchón.

El 24 de enero, y muy a pesar de las quejas de mis hijas por la estrechez a la que nos debíamos someter, salimos hacia Cádiz. Éramos exactamente la misma comitiva

que había entrado en Sevilla, ya que, después de saber que el cardenal Luis María nos precedía en el viaje, comprendimos que también María Teresa debía partir y no pusimos obstáculo para que nos acompañara.

Embriagadas por el perfume de unas naranjas verdes que un instante antes de subir a las carrozas cogimos de los árboles del patio y colocamos en nuestros regazos, nos despedimos del desbocado fluir del río Guadalquivir. Lo hacíamos con la esperanza de que nuestra siempre inconclusa huida terminase de una vez por todas en las orillas de la mar. Todo menos tener que embarcar para cruzar los mares, y cualquier cosa antes de someternos a un eterno destierro.

Aprovechamos la protección de uno de los últimos contingentes que se dirigía a defender la isla de León. Cruzamos el puente de las Barcas hacia Triana y tomamos el camino del sur justo a tiempo de oír los últimos cañonazos de nuestra artillería, que, apostada a poco más de una legua, llevaba varias horas intentando repeler el asedio del ejército francés.

*Estremecióse España  
del cercano rumor que cerca oía,  
y al impulso de su injusta saña  
rompió el volcán que en su interior hervía.*

Manuel José Quintana, «A España».

### 1810

Cádiz era una península rodeada de mar salado. Un hervidero de asustadas muchedumbres entre casas encaladas de un blanco cegador, y el refugio de liberales desencantados por la gestión de las juntas provinciales, de absolutistas asqueados ante los nuevos decretos y de radicales déspotas dispuestos a instigar los ya hastiados ánimos con ideales aún más arriesgados que los de la ya histórica Revolución francesa.

Independientemente del nombre que hubiesen adoptado, buena parte de ellos no eran más que burgueses que a falta de otro quehacer pasaban las noches discutiendo sobre la manera de gobernar España hasta que se les desecaba la sesera de ideas y la boca de saliva.

La voz cantante la llevaba cualquiera de los cien diputados que, en representación de todas las ciudades y provincias de España, habían jurado su cargo en las Cortes Extraordinarias y Constituyentes que, mediante Real Decreto del 22 de mayo de 1809, la Junta Central Suprema había convocado. Dichas Cortes estarían presididas por el infante don Luis y habrían de tener su primera sesión en la isla de León el 24 de septiembre de 1810. Con independencia de su ideología o posición, por este juramento todos y cada uno de ellos se comprometieron a abrazar a la santa religión católica, apostólica y romana sin admitir otra alguna en el reino, así como a conservar la integridad de la nación española, a no omitir medio alguno para libertarla del opresor y a desempeñar fiel y legalmente el encargo que la nación había puesto a su cuidado.

«Si así lo hicieréis, Dios os lo premie, y, si no, que os lo demande», fueron las palabras del infante como representante de nuestro rey Fernando. Y, sólo por eso, el resto de los que allí estábamos confiamos en ellos.

Los más destacados solían reunirse para sus tertulias en los cafés Cadenas, El León de Oro o la confitería Cosí, y los dueños de las botillerías, frotándose las

manos, les permitían quedarse hasta bien entrada la madrugada a la expectativa de que en cualquier momento los eufóricos contertulios llegasen a pegarse. Y es que, la noche en que el ambiente se caldeaba y había bronca, acudían los curiosos como abejas a la miel y, animados por el gratuito espectáculo, consumían y de ese modo aseguraban las ganancias del negocio.

Era tanto lo que ganaban que algunos se permitían el lujo de cerrar los jueves por descanso, pues sabían de buena tinta que los liberales reservaban ese día para reunirse en la casa de Margarita López de Morla, mientras los conservadores hacían lo propio en la de la escritora doña Frasquita Ruiz de Larrea, la esposa del también escritor alemán Johann Nikolaus Böhl de Faber, cónsul de Federico Guillermo III de Prusia y apoderado general de las bodegas gaditanas propiedad de sir James Duff. Lo dicho en ambas solía plantearse en las Cortes del día siguiente para luego terminar publicado en el *Diario patriótico de Cádiz*, una gaceta que procuré leer junto al *Diario de las Damas* desde el mismo día en que entramos en la ciudad, más que nada por no estar desinformada y, también, por saber de todo lo que se cocía entre las damas de la alta sociedad de aquella ciudad.

Tardamos en acostumbrarnos al agobio del gentío, y es que, sumando el contingente que nos escoltó a los ya presentes, los guardianes de la Puerta de Tierra calculaban que debían de haber entrado unos dieciocho mil soldados españoles, que, unidos a los tres mil quinientos británicos que ya había y a las cien mil almas que ya estaban refugiadas allí, no dejaban apenas un pedacito de tierra sin pisar.

Salir a las estrechas callejas y encontrar la soledad era un imposible incluso a las horas más intempestivas; ni siquiera se podía caminar por la calle Ancha, la del Paseo o la de la Discusión sin chocar a cada momento con alguien.

En las plazas y callejas colindantes se podía topar cualquiera con grupos de lo más dispares haciendo no se sabía muy bien qué. Igual se cruzaba uno a un doctor o a un fraile, a un marino o a un perejil o incluso a un lechuguino que, abrazado a un artillero, ensayaba las chirigotas que cantarían a dúo en la próxima semana de carnaval. Y es que en aquel reducto de esperanza el ingenio se agudizaba para dar cabida a cualquier olvidapenas.

Marchad, sí, marchad,  
resuene el tambor y veloces marchemos,  
la sangre española vengamos  
derramada con ciego furor.

Aquél tan sólo era uno de los muchos cantares que se entonaban en la lonja. Impregnados con los aromas de los puestos de los marisqueros, los griteríos de los

faranduleros y las discusiones de los gitanos pugnaban por vencer en las balanzas del mercadeo, y es que el equilibrio entre los precios, el hambre y la voluntad de echarse algo a la boca para masticar se empezaba a desestabilizar, por lo que con frecuencia el pescado se abarataba según el crujir de tripas de quien lo ponía a la venta.

Y así vimos pasar los meses. Las líneas del frente se situaron en la isla de León y en el caño de Sancti Petri, ya que la zona pantanosa que lo circundaba se había convertido en nuestra mejor defensa frente al asedio iniciado el 5 de febrero y comandado por el mariscal Claude Victor Perrin. Sabíamos que los franceses campaban a sus anchas por poblaciones tan cercanas como El Puerto de Santa María, Puerto Real y Chiclana, pero eso, lejos de amilanarnos, nos infundía valor. La artillería enemiga cada vez era más temible, y los peores cañonazos eran los que nos disparaban desde el otro lado de la bahía, en Trocadero.

La única noticia animosa que recibimos de Madrid fue que el rey intruso, allá por mayo, andaba cabizbajo por la muerte de una de sus amantes preferidas. Era tanto el abatimiento de Pepe Botella que no había demostrado reparo alguno en que le vieses siguiendo el féretro de la susodicha hasta el cementerio del Norte. Al parecer, la cubana Teresa Montalvo, a pesar de su juventud y los cuidados de los mejores cirujanos del Rey Pepino, no pudo superar las fiebres que la llevaron a la tumba. Contenta debía de estar la condesa de Montehermoso, libre de semejante rival.

Ante la evidencia de que la victoria española estaba lejana, no quise seguir abusando de la generosa hospitalidad de la marquesa de Armunia, así que me puse a buscar una vivienda para alquilar. Los precios eran altos por la gran demanda que existía, de modo que tuve que conformarme con un piso en la calle Misericordia del que, para colmo, no me podía quejar, porque lo cierto era que, aunque destartado y demasiado cercano al manicomio, era lo bastante espacioso como para albergarnos a todos. Con el pago de un año de renta por adelantado acabé esquilmando la bolsa que Ascargorta me había dado para cubrir gastos a nuestra salida de Madrid.

Al principio pensé que con el tiempo conseguiría superarlo, pero no fue así. No sé si se debía a la edad pero, acostumbrada a campar desde siempre libremente y por cualquier lugar, la angostura de aquel encierro entre el mar y las murallas de Cádiz — donde ya llevábamos un año— me ahogaba cada día más.

Como una numantina asediada por los romanos, no conseguía calmar mi angustia de ninguna manera. Una mañana despertaba de una pesadilla en la que otra epidemia de fiebre amarilla, como la que años antes diezmó a la población, acababa con mi familia al completo, mientras el día siguiente lo pasaba entero convenciéndome a mí misma de que no les podía fallar.

Solamente los preparativos para la celebración de la boda de mi hijo Perico con

María del Rosario Fernández y Santillán de Valdivia, una de las hijas del conde de Montilla, prevista para el día 7 de octubre de 1811, lograron disipar por un tiempo aquella desazón.

La alegría de ver a toda la familia unida contribuyó a que se esfumara cualquiera de mis temores y, llena de orgullo, no pude menos que congratularme al ver el hombre en que se había convertido el menor de mis hijos varones. ¡Qué lejanos aquellos tiempos en los que sus padres nos vimos obligados a mandarle a Italia para obligarle a olvidar aquellos escauceos de juventud con la hija del general Deroutier! ¿Qué hubiera sido de él de haberse casado, como estaba empeñado durante aquella época, con esa gabacha?

Sonreí pensativa. Atrás quedaba su alocado proceder y ya lo había demostrado. Allí estaba, ante el altar, con su reluciente uniforme. Desde que empezó la guerra había sido ayudante del duque de Albuquerque y había ascendido a lo más alto al cubrir la vacante del general Francisco Ballesteros, a quien habían desterrado a Ceuta por negarse a cumplir las órdenes de Wellington. ¿Quién iba a decir que sentaría alguna vez la cabeza? Supongo que sólo fue cosa de la madurez, que a todos ayuda a recapacitar.

Tras los novios y bajo una lluvia de claveles, salimos en cortejo a celebrarlo. Entonces, mi más que generosa anfitriona durante meses, la marquesa de Armunia, se acercó a la fila para hablarme al oído.

—Siento importaros, pero vengo a avisaros porque quizá con los nervios de los preparativos no os hayáis enterado. —Mi expresión se lo confirmó—. Como sabéis, mi único hijo, el duque de Berwick, conoce estrechamente al embajador de Inglaterra, que a la sazón es hermano de Arthur Wellesley, el glorioso general que nos ha dado tantas victorias en la Península y que ha conseguido expulsar a los franceses de Portugal. El nombre de su hermano es Richard Wellesley, y ya que acompaña a mi hijo y éste va a venir hoy a la celebración...

Paquito, mi pareja en el cortejo, a punto estaba de llamarle la atención por su intromisión cuando le detuve para responder a la marquesa:

—Señor tan notable no ha de faltar a las celebraciones de esta boda. Traedlo, a falta de pan siempre son buenas las tortas, y ya que no podemos alabar al general Wellesley en persona, por lo menos podremos brindar con su hermano por sus victoriosas hazañas en Talavera y Ciudad Rodrigo.

A punto estaba de retomar el paso cuando me interrumpió de nuevo.

—¿Qué os parece si aprovechamos la ocasión y la condesa de Chinchón le entrega el Toisón de Oro de su padre, el infante, para que se lo haga llegar a su

hermano el general? Seguro que el embajador podrá enviárselo por valija diplomática sin temor a extraviarlo.

—No sé si procederá, querida amiga, porque una cosa es que me traigáis a insignes comensales y otra muy distinta que éstos le roben el protagonismo a los novios. —Y, aprovechando una parada de la pareja ante un grupo de mujeres que le dedicaban una coplilla, intenté hacerla entrar en razón—: Además, seguro que tendréis tiempo para organizar esa entrega en otro momento. Creo que hoy será suficiente con que le sentemos a la mesa con los más importantes miembros de la junta. No podrá quejarse de la compañía, ¿no os parece?

Tapándose la boca con el abanico, la marquesa me miró con complicidad antes de sugerirme:

—Mejor será que lo rodeéis de bellas mujeres. ¿No hay alguna amiga de vuestras hijas o de la recién casada? Dicen que, a pesar de haber cumplido ya la cincuentena, es aún más atractivo y seductor que su hermano. Embauca a todas con exóticas historias de la India, donde hace un tiempo fue gobernador general. Ya sabéis, los ingleses, siempre tan aventureros...

—No más que nosotros. Sin embargo, estando como estamos encarceladas en este istmo, siempre será grato escuchar historias de tierras lejanas.

Nada más entrar en casa ordené a uno de los lacayos que bajase de inmediato a llevarle una invitación en la que le pedía perdón por la premura.

Richard Wellesley llegó justo a tiempo para sentarse en la mesa que le habíamos asignado. Yo misma fui a recibirle; le encontré cuando dejaba un regalo para los novios en la entrada. Mientras me besaba la mano, alzó la mirada de manera sugerente y se disculpó:

—No tuve tiempo de comprar otra cosa. Es un telescopio. ¿Cree su excelencia que habré acertado con el presente?

—Aquí, aunque no haya mucho espacio entre unas cosas y otras, nunca viene mal un artilugio para fisgar sin que te vean —le seguí el juego—. Sin duda merecerá la pena tenerlo a mano el día en que derrotemos a los franceses para verlo todo aún más grandioso.

Le tendí mi brazo y, presto, se agarró a mí para dejarse guiar. Al comprobar que estaría rodeado por alegres jovencitas silbó escandalosamente, lo que provocó tímidas risitas entre las aludidas. El único hombre que compartiría el honor de tan buena compañía se precipitó a estrecharle la mano mientras yo los presentaba:

—Aquí os dejo con Francisco Martínez de la Rosa. Os ruego que no os dejéis llevar por las apariencias, ya que detrás de la descomunal lazada de su corbata, la pomada de su pelo y el reguero de olor a colonia de lavanda con que nos embriaga, es uno de los jóvenes que mejor conoce a todas estas señoritas.

De la Rosa, lejos de incomodarse por mi comentario, me reverenció.

—Escuchadle atentamente porque, además de poeta, dramaturgo y amante del género femenino, tiene trazas de político —recomendé a Wellesley—. Si las damas os dejan un respiro, siempre podréis preguntarle por los proyectos de la Junta de Regencia, por lo que piensa sobre la abolición de los señoríos jurisdiccionales e incluso por cómo marcha la redacción de la Constitución. Será la primera que tengamos en España y han decidido bautizarla como «la Pepa», ya que se piensa aprobar el próximo día de San José.

Atrás los dejé enzarzados en una amena conversación para tomar asiento en la mesa presidencial junto a los novios.

Serían las seis de la madrugada cuando despedía a las puertas de la casa de la calle Misericordia a los últimos comensales de aquel yantar. Resultaron ser los Charost, que, como tantos, hacía meses habían tenido que cerrar su relojería de la calle Barquillo para venir a refugiarse a Cádiz. Ahora seguían trabajando en sus encargos en esta ciudad, y me sorprendió saber que acababan de terminar un reloj de pared que su majestad les había encargado antes de dejar a España huérfana de rey y de alegría.

—¿De verdad se lo enviaréis a don Carlos? ¿Para qué si de sobra sabéis que jamás os pagará?

—Por extraño que os parezca, para nosotros satisfacer el último capricho del rey es una manera como otra cualquiera de vengarnos por el abandono al que nos sometió. —Los dos hermanos me sonrieron a la vez—. Sabiendo lo amante que es de los relojes y de la puntualidad, no dudamos que, cada vez que ponga en hora este reloj y cada vez que lo oiga marcar y tocar las horas junto a sus compañeros, no podrá dejar de sufrir pensando en todo lo que dejó atrás.

—¿De verdad lo creéis? ¿Es que no sabéis que se habla de que pueda abandonar Marsella para trasladarse a Roma y, bajo el amparo del papa, residir nada menos que en el Palazzo Borghese? ¡Que la pensión que Napoleón les ha asignado no les priva de nada!

—Lo tienen todo menos un reino, su soberanía y el amor de sus súbditos. ¿No os parece eso carestía para un rey? —suspiraron a la vez.

A pie y embozados en sus capas, se alejaron calleja abajo.

La mañana del 19 de marzo de 1812 acompañé a mi vieja amiga María Teresa a los actos de celebración de nuestra primera Constitución. Por fin veía la luz aquel

novedoso compendio de leyes que a tan diferentes hombres intentaba contentar. La cita fue en el oratorio de San Felipe Neri, y presidía el acto el hermano de María Teresa, el cardenal Luis María de Borbón, en representación del rey Fernando VII, ya que era el pariente más cercano presente.

Atrás quedaban meses de reuniones para su redacción y, a tenor de lo que todos los participantes aseguraban, no fue nada fácil conseguirlo. La supresión de la autoridad del Santo Oficio en la redacción de la Constitución resultó uno de los puntos que hizo más difícil el acuerdo, ya que siete obispos, veintiún canónigos y los dos inquisidores que formaban parte de su redacción se negaron a firmar el documento. Para el bien del proyecto, éstos eran minoría ante los doscientos cuarenta firmantes.

Tras mil conatos de acuerdo, por fin los principios de soberanía nacional y división de poderes fueron aceptados por liberales, reformistas, conservadores, radicales y absolutistas.

Hasta entonces nos habíamos plegado a las decisiones de la Tercera Junta de Regencia, presidida por Joaquín de Mosquera y Figueroa, y formada por cinco vocales, entre los que se contaba el duque del Infantado, a quien había colocado en ese lugar la confianza ciega que el rey Fernando tenía en él. La misión encomendada a estos hombres era redactar la Constitución y organizar la defensa contra el enemigo hasta que venciésemos a los franceses y regresase el rey. Lo primero ya estaba hecho, ahora sólo faltaba conseguir lo segundo.

El verano estaba siendo intenso, inclemente y agotador en Cádiz. La noticia de la victoria del general Wellesley en Arapiles el día 22 de julio de aquel 1812 había pasado casi desapercibida en Cádiz debido al constante ataque enemigo al que últimamente estábamos sometidos. Los franceses nos bombardeaban sin darnos tregua ni para recuperar el resuello desde hacía muchos meses. Desnudas las fachadas de sus últimos ornamentos y entregadas más de ochocientas rejas, otros tantos balaustres y miles de pasamanos para construir una segunda muralla, poco más nos quedaba por hacer a las mujeres de la Junta de Señoras de Fernando VII aparte de vestir a los combatientes, alimentarlos y velar por ellos.

Me hubiese gustado colaborar como lo había hecho en Madrid después del Dos de Mayo, pero mis recursos ya eran mucho más limitados y me conformé con llevar a diario yo misma a la enfermería de la Junta Patriótica dos peroles de arroz con tasajos que cocinábamos en casa al amanecer. Allí, cada vez que caía una bomba mientras dábamos de comer a los que no podían alimentarse por sí mismos, cantábamos el estribillo de una canción que sabíamos que los animaría y que, incluso, tenía ya el poder, por lo que encarnaba, de resucitar a los moribundos:

—«Con las bombas que tiran los fanfarrones se hacen las gaditanas tirabuzones».

Por aquel entonces no había mujer en Cádiz que no llevara el pelo ensortijado de tirabuzones que se sujetaban, a modo de horquillas, con trozos pequeños del plomo que escupían las bombas enemigas. Más que un adorno, en realidad aquel símbolo se había convertido en una sutil manera de menospreciar al enemigo.

Los días en que nos traían a más heridos de los esperados, y faltaban manos para auxiliarlos, dejaba a mis hijas rebañando en los pucheros para ofrecer mi ayuda a los cirujanos, a quienes auxiliaba terminando de suturar las heridas de los miembros recién amputados. Estaban tan desbordados que no rehusaban mi ofrecimiento, ya que sabían que era algo que había aprendido en la enfermería de la calle del Viento de Madrid después del alzamiento del Dos de Mayo. Lo peor, con todo, era la impotencia de tener que curar a los heridos con tan pocos medios, pues la escasez de instrumental, hilos, ungüentos, jarabes y vendajes era no ya desesperante, sino escandalosa y angustiosa, y es que apenas llegaban ya barcos que pudiesen abastecernos de ellos.

Aún mantengo vivo en la memoria el recuerdo de aquel caluroso 24 de agosto en que los clamores de la calle nos avisaron del final del sitio a la ciudad. Como queriéndolos acompañar, una brisa de aire fresco irrumpió en los corredores y se llevó todas nuestras penurias con las tropas napoleónicas. Los heridos, igual que si de un milagro se tratase, se incorporaron en sus parihuelas para andar, gatear o arrastrarse por los suelos y abrazarse con lágrimas en los ojos a sus compañeros de penurias. Y es que, después de treinta meses de asedio, la celebración de la victoria merecía el derroche de sus últimas fuerzas.

Observándolos en silencio desde una esquina, me limpié las manos en el mandil intentando asimilar la noticia: había pasado años refugiada en aquella ciudad y ahora por fin llegaba el ansiado momento de regresar a casa. ¿Por qué entonces en vez de alegría sentía temor? Era un pavor inconfesable a no encontrar en la Alameda ni uno solo de mis antiguos caprichos.

*Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio en medio de una nación y de un ejército que me ha acreditado una fidelidad tan constante como generosa.*

*Yo, el Rey*

Carta de Fernando VII a los españoles a su regreso,  
fecha el 24 de marzo de 1814

### **1814**

¡Vencimos! Desde que hacía más de dos años, para ser exactos el día 19 de marzo de 1812, había sido promulgada la Constitución de la Pepa, nombre que los españoles le dábamos por ser aquél el día de su santo, la justicia pareció sonreírnos.

Y es que a las alegrías políticas y militares parecían sumarse las familiares, como la boda de la menor de mis hijas, Manolita, que contrajo matrimonio el día 1 de enero de 1813 con Ángel María de Carvajal, duque de Abrantes.

Aquel 1 de enero, cuando vi entrar en la iglesia a mi hija pequeña del brazo de su hermano Paco, que actuaba como padrino, de nuevo eché de menos a mi difunto marido y a su calma, su sosiego y compañía; a ese saber estar suyo, siempre sin hacerse notar; a su cariño y amistad. A su amor. Alzando la mirada a lo más alto del retablo del altar fijé mi vista en un querubín y no pude evitar hablarle:

—Ahí la tienes, Pedro. Nuestra niña, la dulce hechicera de la casa, la cantora, la picarona que a sus diecinueve años da el sí quiero. Es la última que nos quedaba soltera y, ahora que por fin ha terminado el infierno de la guerra, me dejará para formar su propia familia. —Bajé la mirada para seguir susurrándole—: De tenerte a mi lado, mi querido Pedro, esta boda habría significado el logro y final de todos los proyectos que un día nos planteamos, pero estando sola como estoy apenas me quedaría nada por hacer en esta vida antes de reunirme contigo si no fuese porque tenemos que recuperarnos de esta maldita guerra que tanto nos ha arrebatado. Son demasiadas cosas por arreglar y recomponer como para retirarme sin más. Ya sabes que nunca he sido mujer de fácil rendición, y por eso te pido paciencia. Dame tiempo para recuperar todo lo que nos han quitado y entonces podré descansar definitivamente en paz a tu lado. Dichoso tú, que te fuiste sin vivir este averno que acabamos de dejar atrás.

Mi confesor dejó un segundo de oficiar para venir a pedirme la mantilla familiar de velar a los novios. Como si de un espécimen de mariposa en extinción se tratase, se la tendí, y con sumo cuidado él cubrió con el encaje las cabezas de los novios procurando que el escudo bordado de la familia uniese sus espaldas.

Le sonreí, pues le agradecía aquel detalle de corazón, y retomada la ceremonia proseguí con mi monólogo:

—¿Lo ves, Pedro? ¡Eran tantos mis caprichos de antaño y tan pocos los que en estos años pasados he podido satisfacer que cualquier minucia me hace feliz! Mira a Manolita; ella, como su madre, también los tiene. A falta de joyas ha querido ponerse en la cabeza una corona de flores similar a la que el maestro Goya le pintó en su retrato. Ella siempre tan vital, alegre y positiva. ¡A ver si consigue arrancarle a su marido del rostro esa expresión de ajo!

Ahora, recordando aquel momento de hace algo más de un año, no puedo evitar sonreír porque, en efecto, la vitalidad y el desparpajo de mi benjamina han conseguido cambiar a su esposo: hace tres meses ambos me hicieron abuela de la más pequeña de mis nietos hasta la fecha, una niña llamada Ángela que me tiene completamente embobada, y no sólo a mí sino también a su padre, ese que antes parecía un ajo y que ahora es el más empalagoso de los padres.

Todo parecían buenas noticias, la última de ellas la tuvimos cuando nos enteramos de que Pepe Botella por fin había cruzado la frontera española por Bidasoa para no regresar jamás. Aquel 13 de junio de 1813, en efecto, todo nos pareció algazara.

En diciembre, y con la firma del Tratado de Valençay, por fin Napoleón nos devolvía la libertad. Todos los que nos habíamos dejado la piel, la bolsa y la vida para lograr la independencia estábamos convencidos aquella Navidad de 1813 de que, sin duda, todo ese sacrificio se vería recompensado el día que el Rey Deseado pisase de nuevo terreno español.

Y así fue, con su regreso todo aquel turbulento río comenzó a encauzarse, pero lamentablemente no de la manera que muchos hubiesen deseado, y es que, apenas llegó don Fernando a Valencia el 16 de abril de 1814, tiempo le faltó para firmar un decreto en el que comunicaba que no reconocía la Constitución y la declaraba nula, además de restaurar los tribunales inquisitoriales.

«Como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo» fueron las palabras de aquel texto que más hirieron, sobre todo a aquellos que participaron en su elaboración con altruismo y convicción.

La alegre luz que nos iluminaba parecía comenzar a ensombrecerse, y es que con ello el absolutismo de antaño irrumpía de nuevo en nuestras vidas.

Libre era sin duda el monarca de gobernar como quisiese, pero fuimos muchos

los que nos sentimos defraudados por el poco respeto que demostraba ante los que lucharon por la independencia de España durante su destierro. ¿Para qué entonces los cónclaves y reuniones a los que los grandes sabios se sometieron durante el asedio a Cádiz? Era como si diésemos un salto de cinco años atrás.

Una de dos: o su majestad no se había enterado de nada de lo acontecido durante su ausencia, o prefería vendarse los ojos a la hora de reconocer el bien que el progreso de la Constitución aprobada durante la regencia podría traernos.

Y, con todo, a pesar de no estar demasiado de acuerdo con el Deseado, quise excusarlo. Teníamos que entender que para don Fernando el término «Constitución» sonaba a revolución, a anarquía y, lo que es peor, a francés, palabras todas que le trepanaban los oídos. Para él, que tan cerca estuvo de perderlo todo, siempre era mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Al menos en nuestro caso, y a pesar de esta decepción, lo mejor de haber mantenido la lealtad en todo momento a don Fernando fue su orden de que se nos reintegrase todo lo embargado durante la guerra. Lo malo, en cambio, era que no quedaba un solo francés en España a quien pedir cuentas, por lo que tendríamos que ser cada uno por nuestro lado los que encontrásemos los tesoros expoliados para, a posteriori, solicitar su devolución.

Nada más cruzar las desvencijadas verjas de la entrada de El Capricho intuí el desastre: una alfombra de espinosas zarzas se tendía a mis pies ocupando el lugar de lo que un día fue la entrada a mi paraíso terrenal. Como látigos de siete puntas, sus ramas de desolación y ruina me iban arañando a cada paso que daba por el camino que llevaba al palacio.

¿Cómo era posible que el general francés Agustín Belliard hubiese sido capaz de devastar todo vestigio de belleza con más voracidad que un incendio, un tifón y una inundación a un mismo tiempo?

Árboles arrancados de cuajo, caminos devorados por las malezas, canales embarrados, bustos descabezados y fuentes rotas en mil pedazos... La casa, la capilla y el resto de las pequeñas construcciones del jardín languidecían tras haber sido mancilladas en todo su esplendor. Los franceses habían robado todo lo pequeño para quemar el resto, y prueba ineludible de su barbarie fueron los negros rescoldos de sus fogatas. Ni siquiera respetaron el arte sacro, ya que, no contentos con desnudar la ermita de tallas, también profanaron la lápida que cubría la tumba de fray Arsenio.

Como único vestigio de lo que un día existió sólo ondeaban al socaire de las ráfagas de viento un par de cortinas de seda hechas jirones que asomaban por entre las ventanas rotas.

Sentada en un banco de piedra, me eché las manos a la cabeza.

Michelle, al verme, acudió corriendo por entre la maleza; iba cargada con mil excusas. El peso de aquellos años de penurias también se reflejaba en su rostro.

—Bienvenida, su excelencia. Os aseguro que lo siento y os prometo que tanto Ascargorta como yo lo intentamos, pero...

Apreté los párpados y le rogué silencio mientras bajaba lentamente la mano, y es que, aunque desde mi destierro había sospechado todo lo que allí ocurría ahora y que debería enfrentarme a ello, necesitaba asimilarlo.

Despacio, procurando no dejarme vencer por la impotencia, me levanté para seguir caminando y, a modo de muleta, tomé la pierna de uno de mis autómatas, que encontré tirada en medio del camino. Por su aspecto, comprobé, bien podría ser la del soldado que había en el fortín con que jugaban mis hijos cuando eran niños.

No dejaba de repetirme a mí misma que no importaba, que aún estaba viva y que no había tenido que lamentar una sola baja entre los miembros de mi familia. Aquello era lo que realmente nos incumbía. Pero era tal el varapalo de ver El Capricho en ruinas que, para convencerme con todos aquellos argumentos, necesité hablarme a mí misma y obligarme así a oír mis pensamientos:

—Pepa, sólo son cosas materiales, minucias fácilmente reemplazables, objetos que, como tantas otras cosas, han sido masacrados por la guerra, pero que tú muy pronto te encargarás de reponer con el tesón y la constancia que te caracterizan.

La sombrerera intentó animarme antes de entrar en el palacio:

—No todo falta, señora. Lo que hemos podido salvar lo tenemos a buen recaudo en casa del pintor Carafa.

Hubiese querido agradecerle sus palabras, pero me sentí incapaz. En la boda de Manolita le recé a Dios para que me permitiese vivir los años suficientes como para poder dejárselo todo en orden a mis hijos, pero aquello me superaba. ¡Tendría que vivir más de un siglo para disponer de tiempo suficiente! Sentada en la escalinata del palacio, vi llegar a Ascargorta con un papel en las manos.

—¡Es una citación de la Hacienda Pública! —nos explicó—. Parece que muy cerca de la frontera, escondido en una cuneta, han dado con otro carro de obras de arte que los franceses tuvieron que dejar por la premura que los acuciaba. ¡Dicen que hay cuadros de Durero, Rafael, Morales, Giordano, Murillo, Van Dyck, Ribera, Alonso Cano y Goya! —Tragó saliva—. Existe la posibilidad de que alguno pudiera ser de los que demostré que eran propiedad de su excelencia con las facturas y minutas de su encargo y compra. Nos piden que vayamos a reconocerlos.

—Algo siempre será mejor que nada. —Escéptica, me levanté cansinamente—. A ver si cae la breva y alguno es de los de don Francisco. ¿Dónde los tienen?

—Han habilitado unos cobertizos a las afueras de la Puerta de Toledo. —  
Apremiándome, quiso guiarme—: Tendremos que darnos prisa si no queremos que  
algún listillo se nos adelante y se los quede.

Durante el trayecto en la carroza me dediqué a repasar la lista de las piezas que  
Ascargorta había declarado como perdidas o expoliadas. Era un legajo entero de unas  
cuarenta páginas con la descripción de los objetos, su precio de tasación y su  
procedencia: joyas, lienzos, tapices, muebles, estatuas, vajillas, cuberterías, encajes y  
otros mil enseres que ni siquiera recordaba, pero que mi diligente contable, en el  
transcurso de la guerra, había encontrado mencionados entre los papeles del archivo.  
Así quedaban todos mis caprichos: reducidos a un montón de papel pesado.

Al llegar a los cobertizos, la Guardia Real nos dejó entrar nada más  
identificarnos. Recorrimos mil pasillos en penumbra hasta alcanzar el lugar que nos  
indicó uno de los encargados del almacén. Tiradas a un lado pude distinguir, a pesar  
de estar ya renegridas por el paso del tiempo, las ricas rejas que, en tiempos del  
matrimonio de Godoy, los monjes jerónimos de El Escorial encargaron al platero del  
monasterio. Las conocía bien y se lo hice saber al encargado del almacén, dejándole  
claro que, aunque no lo pareciesen, eran de plata maciza.

El susodicho tomaba nota con desgana mientras yo avanzaba esperanzada hacia el  
pasillo que poco antes nos había señalado. Sólo al ver cómo asomaba una de mis lilas  
de porcelana entre las pajas de un cajón me abalancé sobre la primera pieza y,  
separando el resto de las briznas, comprobé con placer que de ella surgía el pájaro de  
bizcocho que tan bien conocía.

Michelle no pudo evitarlo y gritó de alegría:

—¡Si es el reloj de cuco de los hermanos Charost que su excelencia el duque de  
Osuna os regaló por vuestro santo!

Quitándole el polvo con el pico de mi mantón sonreí pensando que, al fin y al  
cabo, no todo estaba perdido.

Tras el reloj apareció el violín que Boccherini nos trajo para que los niños  
aprendiesen a tocar en el casino; un libro encuadernado con las poesías del canario  
Tomás de Iriarte; una caja con los *Caprichos* de Goya que, tras el infructuoso intento  
de requisamiento por parte de la Inquisición, habían rescatado poco antes de mi huida  
de su escondrijo. También estaban allí sus paisajes campestres y tres de nuestros  
retratos familiares. Contemplé con especial cariño el que Pedro y yo nos hicimos con  
los niños, y añoré aquellos años de felicidad. Entonces, casi sin darme cuenta,  
comprendí que reconocía los gritos de quien hablaba en el pasillo paralelo al nuestro.  
Separando un cajón pude cerciorarme de que, en efecto, se trataba de la condesa de  
Chinchón, que, como yo, había regresado hacía muy poco de Cádiz y acudía a los

almacenes esperanzada con encontrar al menos una décima parte de lo perdido. El tiempo que tardé en abrirme paso me sirvió para plantearme el porqué de su alto tono de voz. ¿Por ventura estaría Goya con ella?

Así era. Don Francisco, al verme, se descubrió y abrazándome con fuerza asintió. Su rostro reflejaba melancolía.

—¿Está el maestro ayudándoos, María Teresa? —pregunté a mi amiga para dar tiempo a que él se recuperara de la emoción; yo también procuré que la que yo sentía no hiciera temblar mi voz.

—Sí, Pepa, a falta de un contable tan efectivo como el vuestro, el maestro ha accedido a acompañarme para atestiguar que estos cuadros son de su mano y de mi propiedad.

Ayudada por el pintor sostenía el cuadro donde ella aparecía embarazada y, junto a éste, estaba también el retrato de Godoy, aunque ninguno de los dos parecía siquiera mirarlo.

—Me alegro de que lo hayáis encontrado —la felicité—. ¿Cuándo llegasteis de Cádiz?

—Hará una semana. No quise arrimarme a vosotras una vez más por no parecer inconveniente.

—No digáis tonterías, María Teresa, que sabéis que siempre os hemos apreciado como si fuerais de la familia más cercana. ¿Qué tal vuestro palacio de Boadilla? —pregunté para cambiar de tema porque yo también me sentía en cierto modo culpable por aquel rechazo irracional que ella algún día pudo inspirarme.

María Teresa bajó la mirada.

—Por vuestra expresión intuyo lo que pensáis —la consolé—. Si os sirve de consuelo, os diré que también han destrozado El Capricho. ¡Pero no daremos el gusto a esos mequetrefes de veniros abajo, hemos de seguir adelante! Sin ir más lejos, mirad vuestro retrato: ayer seguro que lo dabais por perdido, y hoy lo tenéis frente a vos. Todo tiene solución menos la muerte.

La condesa de Chinchón, cabizbaja aún, ladeó la cabeza.

—¿Y el incesto? ¿Tiene solución el incesto?

Yo sabía perfectamente a qué se refería, y advertí que no parecía importarle en absoluto que Ascargorta, Michelle y Goya estuviesen presentes. En el fondo, tanto ella como yo sabíamos que la noticia del embarazo de su hija Carlota, a quien los reyes habían decidido casar con el infante don Francisco de Paula, de quien tantos decían que era hijo de Godoy, era de sobra conocida.

Mirándome a los ojos, continuó:

—En la redacción de la Constitución que ahora ha abolido el rey, no se

consideraron en el orden sucesorio de la corona a los dos hijos pequeños de la reina María Luisa por creerlos hijos de mi asqueroso marido. Creo que no hay una prueba más evidente de que Francisco y Carlota bien pudieran ser hermanos de padre, y ahora van a darme un nieto. ¿No creéis, Pepa, que debería notificárselo al Vaticano para que impida tamaño pecado?

—¿Basándoos en qué? ¿En las conjeturas y baldías palabras de los correveidiles? —No pude mentirle—. Sólo la reina María Luisa podría asegurar que eso es cierto, y no lo hará. Las dos sabemos que esa arpía es capaz de cualquier cosa, pero... ¿de fomentar un incesto?

—Para qué engañarnos, Pepa. —Chasqueó la lengua—. Si el incesto está consumado, la boda sólo lo disfraza. ¡Y pensar que mi pequeña sólo tiene catorce años!

Soltando de golpe una alfombra polvorienta que previamente había levantado para ver si el dibujo coincidía con una de las mías, me indigné:

—¿Y cómo esperabais que fuese educada vuestra hija en esa corte libertina? Lleváis cinco años sin preocuparos de ella, no queréis ni siquiera nombrarla. ¿A qué viene ahora tanta inquietud?

Con un pañuelo de encaje sobre la boca, masculló entre dientes y sollozos:

—Quizá vos podáis pedir al rey Fernando que prohíba la boda. Ya sé que tendría que ser yo misma la que lo hiciese, pero eso daría más que hablar, y no es ningún secreto que hace años que procuro eludir el estar en boca de todos por semejantes dislates. Os lo suplico, Pepa, nunca he dejado de querer a mi hija. No puedo evitar, aun en la distancia, intentar hacer todo lo posible por ella.

—No sólo eso —le contesté arrepentida por mi arranque mientras me sacudía las manos para abrir brecha en aquella espesa nube de polvo en suspensión—, además le pediré que amplíe indefinidamente la pena de destierro de vuestro marido para que nunca más pueda volver. Así, pase lo que pase, Godoy nunca más podrá venir a importunaros. Tratándose de algo que claramente disgustará a su madre, la reina María Luisa, seguro que el rey cursa la orden de inmediato.

Ya más tranquila, aquella alma cándida me besó en la mejilla sin añadir nada más. El distanciamiento de mi familia al que la forcé en Andalucía durante una temporada la había obligado a aprender a valerse por sí misma, y sabía que ahora, pese a todo, me lo agradecía. Regresando a la vera del contable, de la sombrerera y del pintor, me dirigí a este último.

—¿Y vos, maestro? ¿Me dejaréis algún día ver aquello que en vuestras pupilas quedó tatuado el Dos de Mayo? ¿Todo eso que en nuestro último encuentro me comentasteis que ibais a vomitar en lienzo y pincel?

—¿Alguien me ha dicho que por aquí ha visto mi cuadro de los fusilamientos? —

gritó por toda respuesta, rebuscando impaciente entre varios bastidores.

Si antes de la guerra estaba sordo, viejo y maltrecho, ahora parecía un anciano achacoso. Por lo poco que supe de él en Cádiz, hacía dos años que su mujer había muerto, y ahora vivía con su hijo Javier, su nuera y un pequeño nieto llamado Mariano José en la calle de los Reyes.

De repente se quedó quieto.

—¡Señora duquesa, aquí está!

Me acerqué y permanecí expectante mientras él, con la ayuda de dos hombres, entresacaba la pieza con sumo cuidado.

¿Cómo era capaz de plasmar tanto sentimiento en tan poco espacio? El espanto de los que iban a morir arcabuceados, la alfombra de cadáveres de sus predecesores contorsionados por el dolor, las lágrimas de angustia, las peticiones mudas de clemencia y la sed de sangre de los fusileros... La pintura era impresionante. Y, por eso mismo, incapaz de soportar el realismo de ese recuerdo cruel, aparté la vista.

—Don Francisco, me siento incapaz de hallar palabras para describir tantas pasiones.

Satisfecho por el piropo, Goya se sujetó con ambas manos la pechera de la chupa antes de responderme:

—Vuestra excelencia fue mi mecenas al morir el padre de la condesa de Chinchón, y vos fuisteis también quien me introdujo como pintor de corte. Señora, nadie mejor que vos para interpretar lo que mi obra refleja allende de su textura, luz y color.

Don Francisco de Goya y Lucientes, hosco y reservado por naturaleza, se estaba sincerando. Como en muchos de nosotros, la guerra había cincelado en su semblante cualidades hasta entonces ocultas.

Ligeramente intimidada por su observar, desvié la vista al suelo. Allí, entre dos candelabros de ocho brazos y un escabel, y apoyado en lo que parecía una *chaise longue*, había un cuadro apaisado. Medio cubierto por una roída manta, sólo se veía la punta de un pie descalzo. Repentinamente me acordé de aquella obra suya que tanto me obsesionaba, capricho de su pintor, de su modelo y de un gobernante capaz de matar, robar e incriminar a cualquiera por hacerla suya.

Muy despacio, me fui acercando. Tomé una esquina del cobertor y entrecerré los párpados como si aún y después de tanto tiempo no me sintiese capaz de descubrir lo que durante tantos años había estado buscando.

Sentí cómo las faldas de Michelle rozaban las mías. La sombrerera, consciente de lo que estaba a punto de suceder, vino a mi lado. Recordando que fue ella la que más sufrió a causa de aquel cuadro, le tendí la punta para que tuviese el honor de

descubrir, al fin, el porqué de los sufrimientos que habíamos padecido.

¿Quién mejor que ella? Michelle hacía años que había perdido a Juanillo y, tras ello, se había condenado voluntariamente a la soltería perpetua; por ese cuadro, además, había vivido durante un breve espacio de tiempo las penurias de galeras sin conocer aún y después de tantos años de qué se la acusaba en realidad y quién era el acusador.

Con la mano temblorosa, poco a poco fue despojando el lienzo de su cobertor y, tras los pies descalzos, admiradas contemplamos dos blancas piernas cruzadas, un pubis obscuro por el reflejo de su vello, estrecha cintura, pechos separados, pezones casi rubios y el comienzo de una melena oscura y rizada. Sólo quedaba por descubrir el rostro. Michelle se detuvo para brindarme el placer del último tirón y no lo rechacé.

Sentí cómo la mirada penetrante del pintor me trepanaba la espalda. Goya sabía que había pasado muchos años de mi vida intentando averiguar qué rostro tendría aquella maja o gitanilla, y ahora estaba a punto de descubrirlo. De pronto, sujetándome la mano, me detuvo.

—No es cuadro al que tenga demasiado afecto por ser uno de los que ha llevado al Santo Oficio a pedir mi citación, señora —admitió.

—No se haga la víctima vuestra merced —sonreí—, que los dos sabemos que no es la primera vez que nos investigan y que probablemente tampoco será la última.

Tomé aire y en silencio recé para que la integridad de Cayetana quedase al margen de todo. Fue entonces cuando recordé sus palabras: «Nunca me reconocerán, ni siquiera por el desnudo».

Al fin, tiré del cobertor.

¡Era Pepita Tudó! Su cara parecía incrustada en la melena de Cayetana. Alzando la vista al cielo, me dirigí a la duquesa de Alba sin temor a que nadie de los presentes me escuchase y, con los ojos llenos de lágrimas, sabiendo que el maestro no podría oírme pero que, sin duda, sería capaz de leer en mis labios, entoné una frase que sonó como una oración a la memoria de la musa más querida por Goya:

—En efecto, prima, nadie te reconocerá nunca.

En los albores del siglo XIX, en los mentideros de la corte española se susurraba y se especulaba acerca de la existencia de un retrato firmado por don Francisco de Goya que reflejaba la figura de una gitanilla recostada sobre un diván. Hubo algunos, incluso, que aseguraron haber visto una réplica de aquella, pero completamente desnuda. Sea como fuere, la existencia de dichas obras se mantenía en estricto secreto debido a que la identidad de la descastada modelo no era otra que la de una dama noble.

González de Sepúlveda sería el primero que en noviembre de 1800, después de haber visitado el palacio de Godoy, se atrevió a comentar públicamente la existencia de «la gitanilla desnuda». Al parecer, el príncipe de la Paz la escondía de las curiosas miradas en un gabinete apartado y junto a otros desnudos de su colección, entre los que se podía admirar la *Venus* de Velázquez.

Cuando ocho años después el ejército de Napoleón invadió España con la intención de desposeerla de monarquía y gobierno, también quiso expoliarla del arte de cada una de las iglesias, conventos y palacios que a su paso encontró. La casa de Godoy en Aranjuez fue una de las primeras en ser vilipendiadas. Frederic Quiliet, el hombre encargado por Napoleón de inventariar las obras de arte incautadas, fue el primero en desvelar la existencia de no una, sino dos «gitanas», hoy conocidas como la *Maja desnuda* y la *Maja vestida*, entre los bienes confiscados. Fue entonces cuando la Inquisición, los nobles y los insatisfechos curiosos comenzaron a conjeturar sobre la verdadera identidad de la retratada.

De nuevo, en 1813, en el inventario que Fernando VII encargó a su regreso a España sobre los bienes que le fueron incautados, las dos «gitanillas» aparecieron de nuevo como confiscadas, pero nadie llegó a describirlas con exactitud.

En marzo de 1815, el Tribunal de la Santa Inquisición incautó «la desnuda» por considerarla obscena, y se abrió una investigación acusatoria hacia don Francisco de Goya. El entonces cardenal don Luis María de Borbón y Vallabriga, hermano de la condesa de Chinchón, consiguió por afecto al pintor que el caso se archivase para no despertar jamás.

A partir de entonces nadie volvió a preocuparse por quién podía ser la retratada, hasta que treinta y dos años después, otro francés, Louis Viardot, en su obra de 1845 *Les musées d'Espagne*, planteó la posibilidad de que la retratada fuese la decimotercera duquesa de Alba. No sería de extrañar, dado el cariño que el pintor le profesaba y la amistad que mantuvo con ella, pero, como siempre ocurre, aquella tesis tuvo detractores.

El máximo opositor de tal argumento fue Charles Yriarte, que al escribir la primera biografía de Goya desestimó totalmente esta hipótesis argumentando que Cayetana de Alba contaba en 1800 con cuarenta años cumplidos, y la lozanía de la mujer pintada daba a entender que la retratada debía, por fuerza, ser mucho más joven.

Por otro lado, Pedro Madrazo había comentado a algunos conocidos que la *Maja desnuda* podría ser un retrato de Pepita Tudó, la amante de Godoy.

Lo cierto es que tanto la *Maja desnuda* como la «vestida» permanecieron escondidas durante todo el siglo XIX en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid hasta que, en 1901, el Museo del Prado las sacó a la luz para exponerlas por primera vez.

A mediados del siglo XX, el propio duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart, decidió exhumar el cadáver de su antepasada, dice la leyenda que para comprobar si su estructura ósea podía corresponder con la de la *Maja desnuda*. El dictamen que obtuvo sigue siendo un secreto.

Fuera cual fuese el nombre con que Goya quiso bautizarlas —las *Gitanas*, las *Majas* o las *Venus*, como las denominó en una ocasión Javier, el hijo del maestro—, éstas hoy penden de las paredes del Museo del Prado, una junto a la otra y no superpuestas como algunos estudiosos conjeturaron que en su día estuvieron colocadas para que la vestida ocultara a la desnuda.

En este preciso instante en que usted está leyendo estas líneas, las más seductoras musas de Goya permanecen sin temor a que las juzguen embaucando a los miles de admiradores que, sentados en el banco del museo, sueñan con sus caprichos.

## Dramatis personae

---

Breves notas sobre los personajes principales de esta historia según sus quehaceres y por orden alfabético.

**Abrantes, Manolita Téllez-Girón y Alonso-Pimentel, duquesa de** (Madrid, 6 de diciembre de 1794-Madrid, 8 de enero de 1838). Hija de los duques de Osuna. Casada con Ángel María de Carvajal y Fernández de Córdoba, duque de Abrantes. Musa de juventud que, junto a su hermana, la marquesa de Santa Cruz, inspiró a Goya. Aparece coronada de flores y con una partitura en las manos.

**Alba, María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo y Silva-Bazán, duquesa de** (Sevilla, 10 de junio de 1762-Madrid, 23 de julio de 1802). Musa seductora de Goya. Fue la única hija de Francisco de Paula de Silva y Álvarez de Toledo y de María del Pilar Ana de Silva-Bazán y Sarmiento. Casó a los doce años con su primo, José Álvarez de Toledo y Gonzaga, que llegaría a ser el decimoquinto duque de Medina Sidonia. Murió a los cuarenta años sin descendencia, y posó para Goya en múltiples ocasiones.

**Arriaza, Juan Bautista** (Madrid, 27 de febrero de 1770-Madrid, 22 de enero de 1837). Hijo de Antonio de Arriaza y de Teresa Superviela. Académico de la Lengua, fue probablemente el poeta que más versos escribió sobre la guerra de la Independencia española. Siempre fue partidario del absolutismo de Fernando VII. Dedicó un himno fúnebre al duque de Alba y conoció muy bien a las tres musas más destacadas de Goya.

**Arsenio, fray** (fallecido en Madrid en 1802). Morador de la ermita que encontraron los duques de Osuna al comprar la finca de El Capricho. La lápida de su tumba aún puede observarse junto al pequeño templo.

**Ascargorta, Domingo.** Contable y hombre de confianza que figura como firmante en gran parte de la documentación del archivo de los duques de Osuna que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional.

**Benavente, María Josefa Alonso-Pimentel de la Soledad y Téllez-Girón, Pepa, condesa-duquesa de** (Madrid, 26 de noviembre de 1750-Madrid, 5 de octubre de 1834). Fue quizá la «musa inteligente» de Goya, la principal artífice de tantos *Caprichos* como nadie pueda imaginar y es la voz de esta historia. Hija de Francisco Alfonso Pimentel y Borja y de María Faustina Téllez-Girón y Pérez de Guzmán, casó con Pedro de Alcántara y Téllez-Girón, noveno duque de Osuna, y fue madre de cinco hijos. Se hizo responsable del mecenazgo de múltiples artistas, entre los cuales se encuentra don Francisco de Goya, que la retrató en varias ocasiones, tanto sola

como junto a toda su familia. Pasado el tiempo, también pintó a sus hijas, ya casadas.

**Boccherini, Luigi** (Lucca, Italia, 19 de febrero de 1743-Madrid, 28 de mayo de 1805). Insigne músico, murió prácticamente arruinado y fue enterrado en la iglesia de San Justo de Madrid. En 1927, sus restos se trasladaron a Lucca, su ciudad natal. Como Goya, antes de trabajar para los duques de Osuna lo hizo como violonchelista y compositor para el infante Luis Antonio de Borbón. Fue profesor de canto y música de la condesa de Chinchón de niña, y posteriormente de los hijos de los duques de Osuna.

**Bonaparte, José** (Corte, Córcega, Francia, 1768-Floencia, Italia, 1844). Apodado «Pepe Botella», «Tío Copas», «El Rey Pepino» o «Pepe Plazuelas» por los españoles no afrancesados, reinó en España desde el 6 de junio de 1808 al 13 de julio de 1813. Hermano mayor de Napoleón, éste lo impuso como rey cuando Carlos IV y Fernando VII abdicaron en Bayona. Casado con Julia Clary, tuvo dos hijas a las que nunca trajo a España. Se le conocieron, en cambio, varias amantes. Entre las más destacadas figuran la marquesa de Montehermoso, María del Pilar Acedo, que le acompañó a Francia tras ser derrocado en la guerra de la Independencia después de cinco años como rey, y Teresa Montalvo, mucho más joven que la anterior y viuda del conde de Jaruco.

**Bonaparte, Luciano** (Ajaccio, Córcega, Francia, 21 de mayo de 1775-Viterbe, Italia, 29 de junio de 1840). Embajador de Francia en España antes de la invasión francesa. Es otro de los hermanos de Napoleón Bonaparte y vino a preparar el terreno para la entrada de los franceses en nuestro país. La duquesa de Osuna le conocía de su estancia en París y por haber sido quien catapultó a Napoleón al poder.

**Borbón, Carlos IV de** (Nápoles, Italia, 11 de noviembre de 1748-Roma, Italia, 20 de enero de 1819, en el destierro). Rey de España hasta el 19 de marzo de 1808, en que la invasión napoleónica le obligó a abdicar. Hijo de Carlos III y de María Amalia de Sajonia, casó con María Luisa de Parma. De carácter afable y sumiso, dejó la dirección de su gobierno en manos de su mujer y sus primeros ministros. El más duradero fue Godoy. El maestro Goya le retrató en numerosas ocasiones.

**Borbón, Fernando VII de** (San Lorenzo de El Escorial, 14 de octubre de 1784-Madrid, 29 de septiembre de 1833). Rey de España, apodado «el Deseado» o «el Rey Felón», según de qué lado se mire la historia. Noveno hijo y sucesor de Carlos IV y de María Luisa de Parma, con quienes se enfrentó abiertamente en la conjura de El Escorial y en el motín de Aranjuez. De sus cuatro esposas menciono a la primera, María Antonia de Borbón-Dos Sicilias, ya que es la única que aparece en esta novela. Entre otros nobles, fue defendido por los hijos de la duquesa de Osuna y por el duque del Infantado en su lucha por expulsar a los franceses de España. Goya le pintó en diversas ocasiones y con diferentes edades.

**Borbón y Vallabriga, María Luisa de** (Velada, Toledo, 1780-París, Francia, 1846). Hermana de la condesa de Chinchón e hija del infante don Luis María, casó en 1817 con el murciano Joaquín de Melgarejo, que albergó a su cuñada en su propia casa durante su posterior exilio en Francia. Goya también la pintó junto a su familia. Su marido fue quien se encargó de trasladar los restos mortales de la condesa de Chinchón de París a Boadilla del Monte.

**Brayé, Michelle.** Sombrerera y peluquera de la duquesa de Osuna. Es el único personaje realmente ficticio que se pasea por las páginas de este libro.

**Cabarrús, Teresa** (Carabanchel Alto, Madrid, 1773-Chimay, Región Valona, Bélgica, 1835). Conocida como madame Tallien, fue amiga en París de la duquesa de Osuna. Era hija de los ilustrados Francisco de Cabarrús, ministro de Carlos III, y de Antonia Galabert. A los catorce años la enviaron a estudiar a Francia, donde se casó con Jean-Jacques-Devin de Fontenay. Simpatizó con las ideas revolucionarias y terminó expulsada de la corte de Napoleón por escandalosa.

**Camarasa, Pepita Téllez-Girón y Alonso-Pimentel, marquesa de** (1783-1817). Hija mayor de los duques de Osuna. Casada con Joaquín María Gayoso de los Cobos y Bermúdez de Castro, marqués de Camarasa. Musa de juventud que, junto a su hermana, la marquesa de Santa Cruz, inspiró a Goya. Aparece coronada de flores y con una partitura en las manos.

**Caramba, María Antonia Vallejo Fernández, la** (Motril, Granada, 1750-Madrid, 1787). Una de las más famosas tonadilleras de finales del siglo XVIII en Madrid, actuaba en los teatros más conocidos del momento. Hija de Bernardo Vallejo y de María Fernández. De cantora pasó a abandonar la vida de los escenarios para ingresar en un convento, donde permaneció hasta el día de su muerte. La autora se permite una pequeña licencia para sacarla de la clausura por un breve período de tiempo.

**Charost, Felipe y Pedro.** Relojeros franceses que se afincaron en la calle Barquillo de Madrid. Llegaron a ser nombrados ingenieros-relojeros de su majestad después de haber inventado un reloj astronómico para utilización de la Marina y la Artillería. En la calle Fuencarral establecieron la primera escuela de relojería subvencionada por el rey.

**Chinchón, María Teresa de Borbón y Vallabriga, condesa de** (Velada, Toledo, 26 de noviembre de 1780-París, Francia, 1828). Fue, posiblemente, «la dulce musa» de Goya. Era hija del desterrado infante don Luis Antonio de Borbón, hermano de Carlos III y de María Teresa Vallabriga. Casó con don Manuel de Godoy por imposición de sus primos, los reyes don Carlos IV y María Luisa de Parma, y, después de un primer embarazo fallido, fue madre de una única hija, Carlota Luisa de Godoy, con la que apenas tuvo relación debido a las razones que se explican en esta novela.

El maestro Goya la pintó en tres ocasiones: de muy niña, con su familia al completo; a los cinco años con un perrito; y, por último, en un soberbio retrato cuando estaba embarazada.

**Chulapona Sainetera, la.** Actriz y tonadillera que competía con la Tirana y era la preferida de la duquesa de Osuna.

**Clemencín, Diego** (Murcia, 17 de septiembre de 1765-Madrid, 30 de julio de 1834). Escritor. A los veintitrés años viajó a Madrid para ser preceptor de los hijos de los duques de Osuna y más tarde fue nombrado académico de la Historia y de la Lengua. Acompañó a los duques de Osuna como preceptor de sus hijos durante su estancia en París y, al regresar, abandonó la carrera eclesiástica para casarse con Dámasa Soriano.

**Costillares, Joaquín Rodríguez** (Sevilla, 20 de julio de 1743-Madrid, 27 de enero de 1800). Torero preferido de la duquesa de Alba. Inventó la estocada a volapié e impuso un determinado vestir en la plaza según se actuara en ella como matador o bien como otro miembro de la cuadrilla.

**Esteve, Agustín** (Valencia, 12 de mayo de 1753-Valencia, 1830). Pintor. Estudió en la Real Academia de San Fernando y fue retratista de corte. Realizó un retrato de la duquesa de Osuna que desagradó tanto a la susodicha que se cuenta que lo acuchilló. Fue profesor de pintura de los hijos de los duques de Osuna.

**Fernández de Moratín, Leandro** (Madrid, 10 de marzo de 1760-París, Francia, 2 de junio de 1828). Poeta, dramaturgo, ensayista y traductor. Era uno de los intelectuales preferidos de la duquesa de Osuna y, por tanto, habitual en las tertulias literarias que organizaba en El Capricho. Hijo de Nicolás Fernández de Moratín y de Isidora Cabo, desde muy niño aprendió de las tertulias literarias que su padre organizaba en su casa. El maestro Goya también le retrató a la edad de treinta y nueve años.

**Gippini, Antonio.** Cocinero y dueño de la fonda de San Sebastián en Madrid, donde se reunían Leandro Fernández de Moratín, Tomás de Iriarte, Samaniego o José Cadalso para sus tertulias de poesía y literatura.

**Godoy y Álvarez de Faria, Manuel** (Badajoz, 12 de mayo de 1767-París, Francia, 4 de octubre de 1851). Duque de Alcudia, de Sueca y príncipe de la Paz. Después de un vertiginoso ascenso llegó a ser primer ministro de Carlos IV y posteriormente siguió sus pasos hacia el destierro. Hijo de José Godoy de Cáceres y de Alejandra Antonia Álvarez de Faria, casó dos veces: la primera con María Teresa de Borbón y Vallabriga, condesa de Chinchón y la musa más dulce de Goya, y la segunda, ya viudo, con Pepita Tudó, su amante de siempre. Tuvo tres hijos vivos: Carlota, hija de su primer matrimonio con la condesa de Chinchón, y los dos que sobrevivieron a los cuatro embarazos extramatrimoniales de Pepita Tudó.

**Godoy y Borbón, Carlota Luisa Manuela de** (Madrid, 7 de octubre de 1800-París, Francia, 13 de mayo de 1886). Hija de Manuel Godoy, el príncipe de la Paz, y María Teresa de Borbón, la condesa de Chinchón. Los Reyes de España la apadrinaron en El Escorial. Apenas tuvo relación con su madre y después del motín de Aranjuez siguió a su padre a Francia, donde la crió la misma María Luisa de Parma. Hieren las palabras de su madre refiriéndose a ella: «Aborrezco a esta criatura, porque con su sola presencia me recuerda que es hija de Godoy.» Casó con el príncipe italiano Camilo Rúsoli.

**Goya y Lucientes, Francisco de** (Fuendetodos, Zaragoza, 30 de marzo de 1746-Burdeos, Francia, 15 de abril de 1828). Pintor de las tres protagonistas principales de esta historia, de sus contemporáneos, de sus vidas, virtudes, defectos y sufrimientos. Devoto de la belleza, la inteligencia y la dulzura e inventor de los caprichos en lienzo más codiciados en el mundo entero. Sin vanidad, pero con gusto, también se retrató a sí mismo dejando constancia de su evolución como genio y persona.

**Infantado, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo y Salm-Salm, duque del** (Madrid, 20 de julio de 1768-Madrid, 27 de noviembre de 1841). Les prestó su casa de París a los duques de Osuna durante la estancia de éstos en la ciudad. Hombre de confianza de Fernando VII, le acompañó a Bayona y, después de que el rey abdicara, regresó para librar a España de los franceses. Fue presidente de la Junta General del Consejo de Regencia Constitucional durante la guerra. Napoleón, al llegar a Madrid a ayudar a su hermano José, se hospedó a las afueras de la villa y corte en su palacio de Chamartín, muy parecido al de El Capricho. Como hizo con los de la duquesa de Osuna, José Bonaparte confiscó todos sus bienes. Presidió la Tercera Regencia hasta que concluyó la guerra de la Independencia.

**Larrea, Francisca Javiera Ruiz de Larrea y Aherán**, más conocida como **Frasquita** (Cádiz, 1775-El Puerto de Santa María, Cádiz, 1838). Embajadora consorte. Casada con el embajador alemán Juan Nicolás Böhl de Faber y madre de la escritora Cecilia Böhl de Faber (también conocida como Fernán Caballero), reunía para las tertulias políticas en su propia casa de Cádiz a los personajes más insignes del momento.

**Machuca y Vargas, Manuel** (Valladolid, 1722-1799). Arquitecto, falleció sin concluir El Capricho. Fue miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que obtuvo varios premios. Fue el encargado de reformar y ampliar el edificio que anteriormente existía en El Capricho.

**Medina, Mateo de.** Arquitecto del palacio de El Capricho.

**Montehermoso, María del Pilar Acedo y Sarriá, marquesa de** (10 de marzo de 1784-Carrese, Francia, 27 de febrero de 1867). Conocida por ser la amante más destacada de José Bonaparte durante su reinado en España. Casó con Ortuño María

de Aguirre y del Corral, marqués de Montehermoso, y tuvo una única hija llamada María Amalia, que sería pintada por el maestro Goya en 1810.

**Mulot, Jean Baptiste.** Diseñador de los jardines y canales de El Capricho. Antes de la Revolución francesa estuvo al servicio de los reyes de Francia en Versalles.

**Parma, María Luisa de** (Parma, Italia, 9 de diciembre de 1751-Roma, Italia, 2 de enero de 1819). Reina consorte de España por su matrimonio con Carlos IV. Hija de Felipe I, duque de Parma, y de Isabel de Francia, hija de Luis XV. Llegó a estar veinticuatro veces embarazada, y pasó la vida entre intrigas y amantes. El más destacado de sus protegidos fue su primer ministro Manuel Godoy, al que llegaron a achacarle la paternidad de sus dos últimos hijos. Vanidosa como pocas mujeres, detestaba a cualquier dama que la superase en elegancia, hermosura o inteligencia, como fue el caso de las duquesas de Alba y Osuna. A María Teresa de Borbón, condesa de Chinchón, la obligó a casarse con Godoy para acallar los rumores de su propia relación con él. Goya la pintó en muchas ocasiones y sin temor a reflejar todos y cada uno de sus defectos.

**Pepe-Hillo, José Delgado Guerra** (Sevilla, 14 de marzo 1754-Madrid, 11 de mayo de 1801). Torero. Las duquesas de Alba y de Osuna fueron testigos presenciales de su mortal cogida en la plaza de la Corte, que Goya inmortalizó en sus grabados de tauromaquia.

**Prévost, Pedro.** Jardinero francés que estuvo al servicio de los duques de Osuna y murió a manos de los franceses.

**Romero, Pedro** (Ronda, Málaga, 1754-1839). El torero preferido de la duquesa de Osuna. Creador de la escuela de Ronda. Compartía cartel con Pepe-Hillo el día en que éste murió y fue inmortalizado en un soberbio retrato por el maestro Goya. Los aficionados y críticos siempre alentaron el enfrentamiento entre Pedro Romero, Costillares y el citado Pepe-Hillo.

**Santa Cruz, Joaquina Téllez-Girón y Alonso-Pimentel, marquesa de** (Madrid, 21 de septiembre de 1784-Madrid, 17 de noviembre de 1851). Hija de la duquesa de Benavente y del duque de Osuna, casó con José Gabriel de Silva y Waldstein, décimo marqués de Santa Cruz. Se convirtió en la mayor confidente de la condesa de Chinchón cuando ésta llegó a la corte. Goya la pintó de niña junto a sus padres y recién casada como musa de la juventud. Aparece recostada con una corona de flores y una lira.

**Tadey, Ángel María.** Decorador, pintor y tramoyista. Según consta en las cartelas y documentos de construcción de El Capricho, «entre los años 1792 y 1795 realizó una serie de pequeños edificios en el jardín de la duquesa de Osuna. En estas obras, Tadey representó la idealización pintoresca de la vida en el campo que se había puesto tan de moda en la corte de la reina María Antonieta, esposa de Luis XVI de

Francia». Los trampantojos principales que pintó aún se pueden admirar en la ermita y en la casa de cañas del pantano.

**Tejada, Sebastián.** Cirujano que en la enfermería de la calle del Viento atendió a los heridos del 2 de mayo de 1808 en Madrid.

**Tirana, María del Rosario Fernández, la** (Sevilla, 1755-Madrid, 1803). Actriz y tonadillera asidua al teatrillo de El Capricho y preferida de la duquesa de Alba. Goya la retrató de cuerpo entero.

**Torres, Hilario.** Médico al servicio de la casa de Osuna que redactó un cuaderno del viaje de la familia de Madrid a París parecido al que Clavijo escribió décadas antes. Como catedrático-cirujano emitía informes para la censura de estudios de otros médicos en la Real Academia de Medicina de Madrid.

**Tudó, Josefa de Tudó y Catalán, condesa de Castilofiel, más conocida como Pepita** (Cádiz, 19 de mayo de 1779-Madrid, 20 de septiembre de 1869). Hija del artillero Antonio Tudó y Alemany y de Catalina Luesia, fue amante de Manuel Godoy y tuvo con él cuatro hijos (de los que dos no sobrevivieron al parto). Sólo se casó con él cuando, años más tarde, éste hubo quedado viudo de la condesa de Chinchón. Muy probablemente, el maestro Goya, bien por propia intención o por indicación de Godoy, puso su rostro a dos de sus más bellas pinturas: la *Maja vestida* y la *Maja desnuda*.

**Vallabriga y Rozas, María Teresa de** (Zaragoza, 6 de noviembre de 1759-Zaragoza, 26 de febrero de 1820). Madre de la condesa de Chinchón. El infante don Luis de Borbón y Farnesio colgó los hábitos y fue desterrado de la corte por ella. El maestro Goya la pintó en Arenas de San Juan en varias ocasiones junto al resto de su familia.

**Wellington, Arthur Wellesley, duque de** (Dublín, Irlanda, 1 de mayo de 1769-Walmer, Kent, Inglaterra, 14 de septiembre de 1852). El principal general británico que, después de su victoria en la batalla de Toulouse, libró a España del asedio francés. De sus victorias en la guerra de la Independencia se hablaba constantemente en Cádiz, sobre todo cuando llegó a puerto su hermano Richard Colley Wellesley para asumir las funciones de embajador británico en España. El maestro Goya le retrató vestido de mariscal de campo.

## Bibliografía

---

AGUILAR MERLÓ, Miguel, *La guerra de la Independencia en doce rectificaciones*, Editorial 33.

BULL, Duncan, y HARRIS, Enriqueta, *The Companion of Velázquez's Rokeby Venus and a Source for Goya's Naked Maja*, *The Burlington Magazine*, CXXVIII, 1002, Londres, 1986.

BATICLE, Jeannine, *Francisco de Goya*, Crítica, Barcelona, 1995.

CALVO SERRALLER, Francisco, *Goya y la imagen de la mujer*, catálogo de la exposición de la que fue comisario en el Museo del Prado, Madrid, 2002.

CARRETE, Juan, *Goya: los Caprichos, dibujos y aguafuertes*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 1994.

CASARIEGO, Rafael, *Francisco de Goya, los Caprichos*, Ediciones de Arte y Bibliofilia, Madrid, 1988.

DELEITO y PIÑUELA, José, *También se divierte el pueblo*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

FUENTE, Modesto de la, *Historia General de España*, Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1889.

EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín, *La duquesa de Alba y Goya*, Aguilar, Madrid, 1959.

GÁLLEGO, Julián, *Las majas de Goya*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

GARCÍA, Reyes, y Ana M.<sup>a</sup> Écija, *Leyendas de Madrid: mentidero de la villa*, Ediciones La Librería, Madrid, 1998.

GEA ORTIGAS, María Isabel, *Curiosidades y anécdotas de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid en el Bolsillo, Madrid, 1993.

GLENDINNING, Nigel, *Goya and his Critics*, Yale University Press, Londres, 1977.

GOYA, Francisco de, *Carta dirigida a Bernardo de Iriarte*, 4.I.1794, la autora dirige ficticiamente estas palabras del autor a la duquesa de Osuna.

HELMAN, Edith F., *Transmundo de Goya*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

HOWARD, Seymour, *The Dresden Venus and its Kin: Mutation and Retrieval of Types*, *The Art Quarterly*, vol. II, 1, p. 105, Londres, 1979.

IGLESIAS, Carmen, *Las mujeres españolas de finales del siglo XVIII*, catálogo de la exposición del Museo del Prado, Madrid, 2002.

INFANTE, José, *La musa oculta de Goya*, Martínez Roca, Madrid, 2007.

- LARRETA, Antonio, *Volavérunt*, Planeta, Barcelona, 2008.
- LUNA, Juan J., «La maja desnuda», artículo, 1996.
- MADOZ, *Diccionario geográfico y estadístico de España*, 1845.
- MENA, Manuela de, y Gudrun Möhle-Maurer, *La duquesa de Alba, musa de Goya*, Museo del Prado, Ediciones El Viso, Madrid, 2006.
- MONTERO ALONSO, José, *Sucedió en palacio*, Martínez Roca, Barcelona, 1999.
- MORENO ALONSO, Manuel, *Sevilla napoleónica*, Alfar, Sevilla, 1995.
- MUÑOZ ROCA-TALLADA, Carmen (condesa de Yebes), *La condesa-duquesa de Benavente: una vida en unas cartas*, Espasa Calpe, Madrid, 1995.
- OLIVARES PRIETO, Ángel J., *Historias del antiguo Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid, 2001.
- PADRÓN FERNÁNDEZ, Rafael, *Notas del «Diario del viaje a Francia y Flandes de José Viera y Clavijo»*, Instituto de Estudios Canarios, 2008.
- RIBEIRO, Aileen, *La moda femenina en los retratos de Goya*, catálogo de la exposición del Museo del Prado, Madrid, 2002.
- RÍO LÓPEZ, Ángel del, *Viejos oficios de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid en el bolsillo, Madrid, 1993.
- ROSE-DE VIEJO, Isadora, *Manuel Godoy. Patrón de las artes y coleccionista*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1983.
- SEMPERE y GUARINOS, Juan, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, tomo I, Imprenta Real, Madrid, 1788.
- SERRERA, Juan Miguel, *Goya: los Caprichos y el teatro de sombras chinescas*.
- SOLÉ, José María, *Los pícaros Borbones*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- TOMLINSON, Janis A., *Burn it, Hide it, Flaunt it. Goya's Majas and the Censorial Minds*, Art Journal, 1, 4, Nueva York, 1991.
- , *Imágenes de las mujeres en las estampas y dibujos de Goya*, catálogo de la exposición del Museo del Prado, 2002.
- TORTELLA, Jaume, «Cayetana de Alba: la duquesa seducida por el pueblo», artículo de la revista *Historia National Geographic*, n.º 74.
- VALLEJO-NÁGERA, Juan Antonio, *Yo, el Rey*, Planeta, Barcelona, 1985.
- VIARDOT, Louis, *Les musées d'Espagne*, 1852.
- YRIARTE, Charles, *Goya: su biografía y el catálogo de su obra*, 1867.
- YEBES, condesa de, *La condesa-duquesa de Benavente*, Espasa Calpe, Madrid, 1955.



ALMUDENA DE ARTEAGA. Nació en Madrid el 25 de junio de 1967, ciudad en la que reside actualmente junto a su marido y sus dos hijas. Es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y diplomada en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto Salazar y Castro.

Ejerció la abogacía durante seis años, especializándose en Derecho Civil y Laboral. Trabajó como documentalista en los libros de La insigne Orden del Toisón de Oro y La Orden Real de España, un ensayo histórico. En 1997 publicó su primera novela La Princesa de Éboli. Después del éxito obtenido dejó el ejercicio del Derecho para dedicarse en exclusiva a la literatura. A esta primera novela le siguieron otras diez obras de distintos géneros.

Reconocida por la crítica como una de las más destacadas escritoras de novela histórica actuales, sus libros han llegado a permanecer más de cuatro meses en las listas de los más vendidos, con numerosas reediciones y se han traducido a varios idiomas.

En marzo de 2012 fue galardonada con el XIX Premio Azorín de Novela por su obra Capricho, un recorrido histórico con intriga por el Madrid del siglo XIX.

Actualmente continúa escribiendo, conferenciando en foros literarios e históricos y colaborando como articulista en periódicos y revistas de ámbito nacional.

## **Obra**

Novelas

- La Princesa de Éboli (1997).
- La vida privada del emperador Carlos V (1999).
- Eugenia de Montijo (2000).
- La Beltraneja, el pecado oculto de Isabel la Católica (2001).
- Estúpida como la luna (2001).
- Catalina de Aragón. Reina de Inglaterra (2002).
- María de Molina: Tres coronas medievales (2004).
- La esclava de marfil (2005).
- El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares (2006).
- El Marqués de Santillana (2009).
- Los ángeles custodios (2010).
- Capricho (2012).

## Ensayos

- La insigne Orden del Toisón de Oro (1996), como documentalista.
- La orden Real de España (1808-1813) (1997), junto a Alfonso Ceballos-Escalera.
- Herencias y legados adquiridos por Don Íñigo López de Mendoza. Marqués de Santillana (1398-1458), Tomo «El Hombre» (2001).
- Leonor: ha nacido una reina (2006), junto a Nieves Herrero.
- Beatriz Galindo «La Latina» Maestra de Reinas (2007).

## Relatos

- Confesiones Secretas (Hijas y padres, 1999).
- Cabeza de cera (La Razón, 2005).
- La paz de la experiencia (La Razón, 2005).
- El duende que convirtió humo en cristal (Cuentos con corazón, 2005).
- El extraño zahorí (La Razón, 2006).
- Zarpamos trazando una estela (2007).

## Premios

- Premio de Novela Histórica Alfonso X El Sabio (2004) por su obra María de Molina, tres coronas Medievales.
- Finalista del Premio Internacional de Novela Histórica «Ciudad de Zaragoza»

(2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.

- Mención honorífica en el Premio Espartaco (2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.
- Premio Algaba (2007) ex aequo por «La Latina» Beatriz Galindo, maestra de reinas.
- Premio Azorín (2012) por «Capricho».